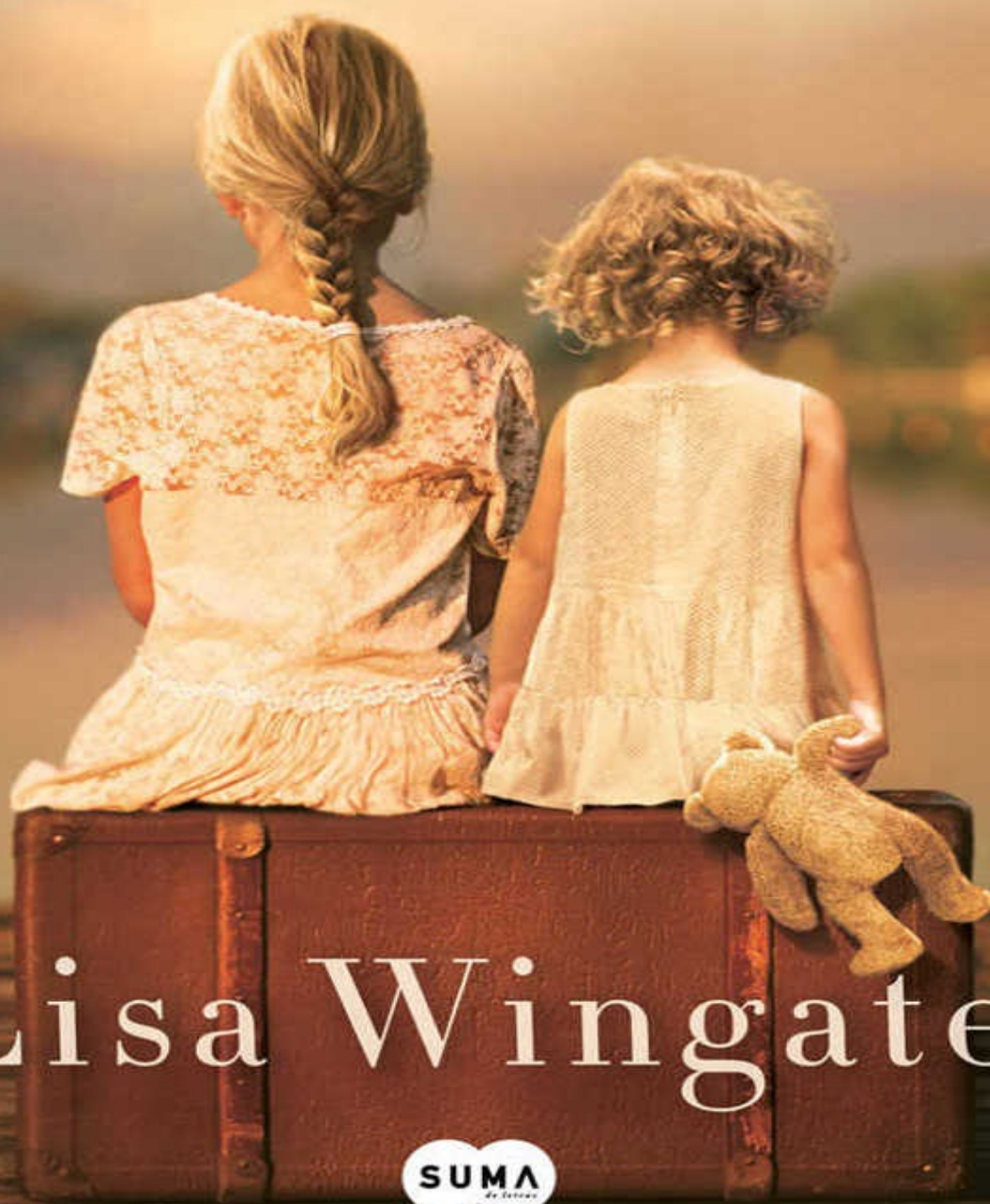


ANTES *de que* LLEGARAS



Lisa Wingate

Lisa Wingate

Antes de que llegaras

Traducción de
Laura Vidal



SÍGUENOS EN
megustaleer



[@megustaleerebooks](#)



[@megustaleer](#)



[@megustaleer](#)

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

*A los cientos que desaparecieron y a los miles que no.
Que vuestras historias no se olviden nunca*

*A aquellos que ayudan hoy a los huérfanos a encontrar un hogar
definitivo.*

No olvidéis nunca el valor de vuestro trabajo y de vuestro amor

«¿Sabían ustedes que en esta tierra de la libertad y hogar de los valientes hay un gran mercado de niños? Y las mercancías que cambian de manos... no son meros trozos de papel impreso que prometen unos dividendos económicos determinados, sino bebés de carne y hueso, que se mueven y respiran».

Del artículo «El mercado de niños»,
The Saturday Evening Post, 1 de febrero de 1930

«Son, dijo [Georgia Tann] varias veces, pizarras en blanco. Nacen sin contaminar y, si los adoptan de pequeños y los rodean de belleza y cultura, llegarán a ser lo que queramos que sean».

Barbara Bisantz Raymond,
The Baby Thief (La ladrona de niños)

Preludio

Baltimore, Maryland

3 de agosto de 1939

Mi historia empieza una sofocante noche del mes de agosto, en un lugar que nunca veré. La habitación cobra vida solo en mi imaginación. Casi siempre que la evoco es grande. Las paredes son blancas y limpias, las sábanas tienen el apresto de una hoja seca. La *suite* privada tiene de todo y de la mejor calidad. Fuera, la brisa es perezosa y las chicharras palpitan en las copas de los árboles, sus escondites frondosos justo debajo de las ventanas. Las mosquiteras se comban hacia dentro mientras el ventilador traquetea en el techo, haciendo circular un aire húmedo que no tiene deseo alguno de moverse.

Entra el aroma de los pinos y los gritos de la mujer aumentan mientras las enfermeras la sujetan con fuerza a la cama. El sudor se le acumula en la piel y le baja por la cara, los brazos y las piernas. Si fuera consciente de ello, estaría horrorizada.

Es bonita. Un alma buena, frágil. No de las que desencadenarían de manera intencionada la serie de desgracias que van a sucederse a partir de este momento. En mis muchos días de vida he aprendido que la mayoría de las personas hacen lo que pueden. Su intención no es hacer daño a los demás. Cuando esto ocurre, no es más que una consecuencia del impulso de sobrevivir.

No es culpa suya todo lo que pasará después de un último y violento empujón. Ha dado a luz lo último que querría. Asoma un cuerpo mudo: una

niña diminuta y rubia, bonita como una muñeca, pero azul e inmóvil.

La mujer no tiene manera de conocer el destino de su hija y, si lo hace, para mañana la medicación habrá convertido ese recuerdo en algo borroso. Deja de luchar y se rinde a un sueño narcótico, arrullada por las dosis de morfina y escopolamina que le administran para combatir el dolor.

Para ayudarla a olvidar. Y eso hará.

Mientras los médicos suturan y las enfermeras limpian los restos, intercambian comentarios compasivos.

—Es una pena cuando pasan estas cosas. Qué injusto cuando una criatura no llega viva a este mundo...

—Es difícil de entender a veces... por qué... cuando es un niño tan deseado...

Una mortaja cubre los ojos diminutos. Ojos que nunca verán.

La mujer oye, pero no entiende. Las palabras vienen y van. Es como si intentara atrapar la marea, que se le escapa entre los dedos agarrotados hasta que por fin se deja arrastrar por ella.

Un hombre espera muy cerca, quizá en el pasillo a la salida de la habitación. Su actitud es solemne, digna. No está acostumbrado a sentirse tan impotente. Hoy iba a convertirse en abuelo.

La maravillosa ilusión se ha transformado en angustia desgarradora.

—Señor, lo siento muchísimo —dice el médico al salir de la habitación—. No dude que hicimos todo lo humanamente posible por su hija y por salvar al bebé. Entiendo lo difícil que es esto. Por favor, transmita nuestro pésame al padre cuando consigan ponerse en contacto con él. Después de tantas decepciones, su familia debía de estar muy ilusionada.

—¿Podrá tener más hijos?

—No es aconsejable.

—Esto la matará. Y a su madre también, cuando lo sepa. Christine es nuestra única hija, ¿sabe usted? El correteo de unos piecitos... El principio de una nueva generación...

—Lo entiendo, señor.

—¿Qué riesgo habría si...?

—Podría morir. Y es muy poco probable que su hija lleve otro embarazo a término. Si lo intentara, los resultados podrían ser...

—Entiendo.

El médico apoya una mano en el hombre con el corazón roto para

consolarlo, o al menos eso es lo que imagino. Sus miradas se encuentran.

El médico se vuelve para asegurarse de que las enfermeras no pueden oírle.

—Señor, ¿me permite una sugerencia? —dice con voz queda y seria—.
Conozco a una mujer en Memphis...

1

Avery Stafford

Aiken, Carolina del Sur, época actual

Respiro hondo, me acerco al borde del asiento y me estiro la chaqueta mientras la limusina se detiene en el asfalto recalentado. A lo largo de la calle hay aparcadas furgonetas de televisión, lo que subraya la importancia de la en apariencia rutinaria reunión de esta mañana.

Pero hoy no habrá ningún momento dejado al azar. Estos últimos dos meses en Carolina del Sur han estado dedicados a garantizar que los matices son los indicados, a moldear los mensajes de manera que sugieran, pero nada más.

No habrá declaraciones definitivas.

Al menos no de momento.

Y, si de mí depende, no en mucho tiempo.

Me encantaría poder olvidarme de por qué he vuelto a casa, pero el simple hecho de que mi padre no esté leyendo sus notas ni revisando el informe de Leslie, su ultraeficiente jefa de prensa, me sirve de recordatorio ineludible. No hay forma de escapar del enemigo que viaja en silencio en el coche con nosotros. Está ahí, en el asiento trasero, agazapado detrás del traje sastre gris de mi padre que le queda ligeramente holgado a la altura de sus anchos hombros.

Papá mira por la ventana con la cabeza ladeada. Ha mandado a sus asistentes y a Leslie al otro coche.

—¿Te encuentras bien?

Sacudo un cabello rubio largo, mío, del asiento para que no se le pegue a los pantalones cuando salga. Si mi madre estuviera aquí, sacaría un cepillito quitapelusas, pero se ha quedado en casa preparándose para el segundo compromiso del día, una fotografía familiar navideña que hay que hacer con meses de antelación..., no sea que el pronóstico de papá empeore.

Él se endereza más en el asiento, levanta la cabeza. La electricidad estática le ha erizado un poco el pelo y quiero alisárselo, pero no lo hago. Sería saltarse el protocolo.

Si mi madre se implica íntimamente en microaspectos de nuestras vidas tales como quitar pelusas u organizar la fotografía navideña familiar en julio, mi padre es lo contrario. Es distante, una isla de masculinidad acérrima en una casa de mujeres. Sé que nos quiere mucho a mi madre, a mis dos hermanas y a mí, pero rara vez expresa ese sentimiento de viva voz. También sé que soy su favorita, pero también la que más lo desconcierta. Mi padre proviene de una época en que las mujeres iban a la universidad para encontrar marido. No sabe muy bien qué hacer con una hija de treinta años que fue la primera de su promoción en la Facultad de Derecho de Columbia y que ahora disfruta trabajando en el rudo ambiente de la oficina de un fiscal general.

Sea cual sea la razón —quizá porque los puestos de hija perfeccionista e hija cariñosa ya estaban cogidos—, siempre he sido la hija lista. Me encantaba estudiar y había un acuerdo tácito de que sería la abanderada de la familia, la sustituta del hijo, la que sucedería a mi padre. No sé por qué, pero siempre supuse que cuando eso ocurriera sería mayor y estaría preparada.

Ahora miro a mi padre y pienso: *¿Cómo puedes no quererlo, Avery? Es para lo que ha trabajado tu padre toda su vida. Para lo que han trabajado generaciones de Staffords desde la guerra de Independencia, por amor del cielo.* Nuestra familia siempre se ha asido con fuerza al timón de la administración pública. Papá no es una excepción. Desde que se graduó en West Point y sirvió en la aviación, antes de que yo naciera, ha llevado el apellido familiar con dignidad y determinación.

Pues claro que lo quieres, me digo. Siempre lo has querido. No esperaba que fuera tan pronto, ni de esta manera. Eso es todo.

Pero, en secreto, me aferro con uñas y dientes al mejor pronóstico: que los enemigos serán derrotados en ambos frentes, el político y el médico. Mi padre se curará gracias a la combinación de la cirugía que lo obligó a volver a casa antes de que terminara la sesión estival del Congreso y la bomba de

quimioterapia que debe llevar sujeta a una pierna cada tres semanas. Mi vuelta a Aiken será solo temporal.

El cáncer ya no será parte de nuestras vidas.

Puede vencerse. Otras personas lo han derrotado y, si otros pueden, el senador Wells Stafford también.

No hay en ninguna parte un hombre más fuerte ni mejor que mi padre.

—¿Preparada? —me pregunta mientras se estira el traje. Me siento aliviada cuando se alisa la cresta del pelo. No estoy preparada para cruzar la línea que separa a la hija de la cuidadora.

—Cuando tú quieras.

Haría cualquier cosa por él, pero confío en que falten muchos años aún hasta que tengamos que invertir los papeles de padre e hija. He aprendido lo difícil que es viendo a mi padre obligado a tomar decisiones sobre su madre.

Mi en otro tiempo ingeniosa y divertida abuela Judy es ahora una sombra de lo que fue. Por doloroso que esto resulte, papá no puede hablar con nadie de ello. Si los medios de comunicación se enteran de que la hemos llevado a una residencia, sobre todo a una de lujo, en una finca preciosa a unos escasos quince kilómetros de aquí, sería un desastre desde el punto de vista político. Después del gran rechazo público que despertaron una serie de homicidios por negligencia y malos tratos en varios centros de mayores propiedad de corporaciones en nuestro estado, los enemigos políticos de papá se apresurarían a señalar que solo las personas con dinero pueden permitirse cuidados de calidad. Eso o lo acusarían de internar a su madre porque es un miserable sin corazón al que no le importan las personas mayores. Dirían que está dispuesto a hacer la vista gorda con las necesidades de los desvalidos si con ello beneficia a sus amigos y a los contribuyentes a su campaña.

La realidad es que las decisiones que tomó mi padre respecto a la abuela Judy no tenían nada de políticas. Somos como cualquier otra familia. Cada camino posible está pavimentado de culpa, lleno de dolor y marcado por la vergüenza. Nos avergonzamos de la abuela Judy. Tememos por ella. Nos duele el corazón cuando pensamos adónde puede llevarla este cruel descenso hacia la demencia. Antes de que la trasladáramos a la residencia, mi abuela se escapó de su cuidadora y del personal de servicio de su casa. Llamó a un taxi y estuvo un día entero desaparecida hasta que la encontraron deambulando por un complejo de negocios que había sido en otro tiempo su centro comercial favorito. Cómo consiguió hacer eso cuando ni siquiera recordaba

nuestros nombres es un misterio.

Esta mañana llevo puesta una de sus joyas preferidas. Soy vagamente consciente de ella en la muñeca antes de bajar de la limusina. Simulo haber elegido la pulsera de las libélulas en su honor, pero lo cierto es que está ahí a modo de recordatorio silencioso de que las mujeres Stafford cumplen con su deber, incluso cuando no quieren. El lugar donde se celebra hoy el acto me hace sentir incómoda. Nunca me han gustado los hogares de ancianos.

No es más que llegar y saludar, me digo. La prensa ha venido a cubrir el acto, no a hacer preguntas. Estrecharemos manos, visitaremos el edificio, nos uniremos a los residentes en la celebración del cumpleaños de una mujer que cumple los cien. Su marido tiene noventa y nueve. Toda una hazaña.

En el pasillo huele como si alguien hubiera dejado sueltos a los trillizos de mi hermana con botes de espray desinfectante. Un aroma a jazmín artificial llena el aire. Leslie lo olisquea y a continuación asiente con la cabeza en un gesto de aprobación mientras se coloca, acompañada de un fotógrafo y varios becarios y asistentes, a nuestro lado. En esta ocasión no llevamos guardaespaldas. Sin duda han ido a prepararlo todo para el acto de esta tarde en el Ayuntamiento. A lo largo de los años mi padre ha recibido amenazas de muerte de grupos radicales y anticomunistas, así como de toda clase de trastornados que afirman ser francotiradores, bioterroristas y secuestradores. Rara vez se toma las amenazas en serio, pero su personal de seguridad sí lo hace.

Cuando doblamos la esquina, nos reciben la directora de la residencia y dos reporteros con cámaras. Hacemos la visita. Nos graban. Mi padre despliega su encanto. Estrecha manos, posa para fotografías, dedica tiempo a charlar con los presentes, se inclina delante de sillas de ruedas y da las gracias a las enfermeras por el trabajo tan duro y difícil al que se entregan cada día.

Yo le sigo y hago lo mismo. Un caballero mayor y elegante con bombín de *tweed* coquetea conmigo. Con un encantador acento británico, me dice que tengo unos ojos azules preciosos.

—Hace cincuenta años habría conseguido que aceptara salir conmigo.

—Y ahora también —le digo y reímos a la vez.

Una de las enfermeras me advierte de que el señor McMorris es un donjuán de pelo cano. Él le guiña un ojo a modo de confirmación.

Mientras vamos por el pasillo camino de la fiesta de la mujer centenaria,

me doy cuenta de que en realidad lo estoy pasando bien. Las personas aquí parecen contentas. No es tan lujosa como la residencia de la abuela Judy, pero está muy lejos de los centros mal gestionados que citaron los abogados en la última oleada de demandas judiciales. Lo más probable es que ninguno de esos abogados llegue a ver un centavo, con independencia de los daños y perjuicios que sean reconocidos por los tribunales. Los que controlan el dinero detrás de las cadenas de centros de mayores utilizan holdings empresariales y sociedades instrumentales que pueden llevar a la quiebra en cualquier momento para así evitar pagar indemnizaciones. Por eso, que se hayan descubierto vínculos entre una de esas cadenas y un viejo amigo y uno de los principales donantes de las campañas de mi padre ha sido tan potencialmente devastador. Mi padre es muy conocido y, por tanto, un blanco fácil en el que concentrar las iras del público y las acusaciones políticas.

La ira y la culpa son armas poderosas. La oposición lo sabe.

En la sala común han instalado un estrado pequeño. Me siento en una esquina, con el séquito, cerca de las puertas acristaladas que dan a un jardín umbroso donde un caleidoscopio de flores sobrevive al brutal calor del verano.

En uno de los senderos en sombra del jardín hay una mujer sola. Está de espaldas y parece ajena a la fiesta, con la mirada fija en algún punto lejano. Sus manos descansan en un bastón. Lleva un vestido sencillo de algodón color crema y un jersey blanco, a pesar de lo caluroso del día. La espesa melena gris está trenzada y enroscada alrededor de la cabeza y eso, unido al vestido claro, le da una apariencia casi fantasmal, de vestigio de un pasado remoto. Una brisa agita la glicinia, pero no parece tocarla, lo que aumenta la sensación de que no está realmente allí.

Vuelvo a concentrarme en lo que dice la directora de la residencia. Da la bienvenida a todos, explica el motivo de la reunión: al fin y al cabo no todos los días se cumple un siglo de vida. Haber estado casada casi todo ese tiempo y conservar a la persona que quieres a tu lado es aún más notable. Es, de hecho, un acontecimiento digno de la visita de un senador.

Por no mencionar que esta pareja se cuenta entre los seguidores de mi padre desde que trabajaba en el gobierno estatal de Carolina del Sur. Técnicamente lo conocen desde hace más tiempo que yo y lo quieren casi tanto como yo. La homenajead y su marido levantan sus finas manos unidas y aplauden con furia cuando se menciona el nombre de mi padre.

La directora cuenta la historia de estos dos adorables enamorados sentados en la mesa de honor. Luci nació en Francia cuando por las calles aún circulaban coches de caballos. Cuesta incluso imaginarlo. Trabajó en la Resistencia francesa durante la Segunda Guerra Mundial. Su marido, Frank, piloto de guerra, fue derribado en combate. Su historia parece salida de una película, un romance cautivador. Luci formaba parte de una cadena de evacuación y ayudó a Frank a disfrazarse y a salir herido del país. Terminada la guerra, volvió a buscarla. Seguía viviendo en la misma granja con su familia, todos apiñados en el sótano, la única parte de la casa que seguía en pie.

Las adversidades que ha superado esta pareja me maravillan. Estas cosas son posibles cuando el amor es verdadero y fuerte, cuando las personas están entregadas la una a la otra, cuando lo sacrifican todo por estar juntas. Es lo que quiero para mí, pero a veces me pregunto si es algo posible para mi generación. Estamos tan ensimismados, tan... ocupados.

Miro mi anillo de compromiso y pienso: *Elliot y yo sí podemos. Nos conocemos muy bien. Siempre nos hemos apoyado...*

La cumpleañera se levanta despacio y se coge del brazo de su marido. Avanzan juntos, encorvados y torcidos y apoyados el uno en el otro. Verlos es bonito y enternecedor, espero que mis padres vivan hasta esa etapa de la vida. Espero que puedan disfrutar de una larga jubilación... algún día... Dentro de muchos años, cuando mi padre por fin se decida a bajar el ritmo. La enfermedad no puede llevárselo con solo cincuenta y siete años. Es demasiado joven. Se le necesita demasiado, tanto en casa como en el mundo. Todavía le queda trabajo por hacer y, después de eso, mis padres se merecen una jubilación y una vida tranquila, con tiempo para estar juntos.

Un sentimiento de ternura se instala en mi pecho y ahuyento estos pensamientos. *Nada de muestras excesivas de emoción en público*, es lo que me recuerda siempre Leslie. *En el mundo de la política las mujeres no pueden permitírselo. Se ve como signo de incompetencia, de debilidad.*

Como si no lo supiera. Un tribunal no es muy diferente. Las mujeres que ejercen la abogacía estamos sometidas a un juicio constante. Nos regimos por reglas distintas.

Mi padre saluda a Frank cuando se reúne con él cerca del estrado. Este se detiene, se yergue y le devuelve el saludo con precisión militar. Sus miradas se encuentran y el momento es genuino. Puede que quede perfecto en la

pantalla, pero no está pensado para las cámaras. Mi padre aprieta los labios. Intenta no desmoronarse.

Es raro en él que se le note tanto algo.

Supero otro momento de emoción. Reprimo un suspiro. Bajo los hombros, miro para otro lado, hacia la ventana, y me pongo a estudiar a la mujer en el jardín. Sigue allí, con la mirada perdida. ¿Quién es? ¿Qué busca?

El ruidoso coro que canta el *Cumpleaños feliz* traspasa el cristal y la hace volverse despacio hacia el edificio. Soy consciente de que la canción sube de volumen y sé que es probable que las cámaras me enfoquen y que pareceré distraída, pero soy incapaz de apartar los ojos del camino del jardín, quiero verle la cara a la mujer, por lo menos. ¿Será tan inescrutable como el cielo de verano? ¿Estará simplemente deambulando, confusa? ¿O habrá huido a propósito de la celebración?

Leslie me tira de la chaqueta desde detrás y me endezco igual que una colegiala a la que han regañado por hablar en la fila.

—Cumpleaños fe... Céntrate —me canta al oído y asiento mientras ella se aleja para tener mejor ángulo en las fotos que está sacando con el móvil y que después colgará en la cuenta de Instagram de mi padre. El senador está en todas las redes sociales, aunque no sabe usar ninguna. Su *community manager* es un lince.

La ceremonia prosigue. Hay flashes de cámaras. Familiares felices se enjugan lágrimas y graban vídeos cuando mi padre hace entrega de una carta de felicitación enmarcada.

Llega la tarta en una mesa con ruedas, cien velas encendidas.

Leslie está encantada. La habitación está tan llena de felicidad y emoción que se hincha igual que un globo de helio. Un gramo más de alegría y saldremos flotando.

Alguien me toca la mano y la muñeca, unos dedos me sujetan tan inesperadamente que me sobresalto y al instante me controlo para no llamar la atención. El tacto es frío, huesudo y tembloroso, pero sorprendentemente fuerte. Me vuelvo y veo a la mujer del jardín. Endereza la espalda encorvada y me mira con unos ojos del color de las hortensias del jardín de casa, en Drayden Hill. Un azul suave y claro con un asomo de bruma en los bordes. Los labios rodeados de arrugas le tiemblan.

Antes de que me dé tiempo a recobrar del susto, viene una enfermera a llevársela, cogiéndola con firmeza.

—May —dice, y me mira como pidiendo disculpas—. Venga conmigo. No debe molestar a los invitados.

En lugar de soltarme la muñeca, la mujer se aferra más fuerte. Parece desesperada, como si necesitara algo, pero no tengo idea de qué puede ser.

Me mira a la cara. Alarga el cuello.

—¿Fern? —susurra.

2

May Crandall

Aiken, Carolina del Sur, época actual

A veces es como si los goznes de mis recuerdos se hubieran oxidado y gastado. Las puertas se abren y cierran cuando quieren. Un atisbo aquí. Un espacio vacío allí. Un lugar oscuro al que me da miedo asomarme.

Nunca sé lo que me voy a encontrar.

No hay forma de predecir cuándo se abrirá, o por qué, una barrera.

Detonantes. Es como los llaman los psicólogos en los programas de televisión. Detonantes... Como si la pólvora prendiera e impulsara un proyectil por el cañón de una escopeta. Es una metáfora apropiada.

Verle la cara ha detonado alguna cosa.

Se abre una puerta al pasado. Cruzo el umbral inconscientemente primero, preguntándome qué puede haber encerrado dentro de la habitación. En cuanto la llamo Fern, sé que no estoy pensando en Fern. He retrocedido más en el tiempo. A quien veo es a Queenie.

Queenie, nuestra madre, una mujer fuerte cuyos preciosos rizos dorados todos heredamos. Todos menos la pobre Camellia.

Mis pensamientos viajan ligeros como plumas sobre copas de árboles y lechos de valles. Llego hasta una orilla en pendiente del Misisipi, a la última vez que vi a Queenie. El aire cálido y suave de aquella noche de verano en Memphis sopla en remolinos sobre mi cabeza, pero la noche es una impostora.

No es clemente. No perdona.

Después de esta noche no habrá vuelta atrás.

Doce años, aún delgada y fibrosa como la columna de un porche. Balanceo las piernas debajo de la barandilla de nuestra casa flotante a la espera de ver los ojos de un caimán en el parpadeo ámbar del farol. No debería haber caimanes a esta altura del Misisipi, pero se rumorea que alguien ha visto uno hace poco. Eso convierte buscarlos en una suerte de juego. Los niños que viven en el río se divierten como pueden.

Y ahora mismo necesitamos más que nunca una distracción.

A mi lado, Fern se sube a la barandilla y busca luciérnagas entre los árboles. Con casi cuatro años, está aprendiendo a contarlas. Señala con un dedo gordezuelo y se asoma, sin pensar en los caimanes.

—¡He visto una, Rill! ¡La he visto!

Le agarro el vestido y tiro de ella.

—Si te caes a esta hora no pienso tirarme a sacarte.

Lo cierto es que no le vendría mal caerse al agua. Le serviría de lección. El barco está amarrado en un agradable remanso cruzando el río desde la isla de Mud. A la altura de la popa del *Arcadia*, el agua solo me llega a la cadera. Fern podría tocar el fondo de puntillas, pero, en cualquier caso, los cinco nadamos como renacuajos, incluso el pequeño Gabion, que aún no sabe decir una frase entera. Cuando naces en el río, este se vuelve algo tan natural como respirar. Conoces sus sonidos, sus formas y sus criaturas. Para habitantes del río como nosotros, el agua es un hogar. Un lugar seguro.

Pero ahora mismo hay algo en el aire..., algo que no va bien. Un escalofrío me sube por los brazos y me agujonea las mejillas. Una parte de mí siempre ha sentido cosas. Nunca se lo he contado a nadie, pero así es. Es una sofocante noche de verano y tengo frío. El cielo está cubierto. Las nubes, maduras como melones a punto de reventar. Se acerca una tormenta, pero eso por sí solo no explica cómo me siento.

Dentro de la casa, los suaves gemidos de Queenie se aceleran, ajenos a la voz espesa como la melaza de la partera.

—A ver, señora Foss, tiene usted que dejar de empujar, y ahora mismo. Si este niño sale mal colocado, no estará mucho tiempo en este mundo, y usted tampoco. Tiene que tranquilizarse. Cálmese.

Queenie emite un sonido grave y abrupto como el de una bota despegándose del espeso cieno del pantano. Nos ha dado a luz a los cinco con apenas un jadeo, pero esta vez está tardando mucho más. Me seco el sudor

frío de los brazos y tengo la impresión de que hay algo entre los árboles. Una presencia maligna. Nos está mirando. ¿Qué hace aquí? ¿Ha venido a llevarse a Queenie?

Quiero bajar la pasarela, correr por la orilla y gritar: «¡Largo de aquí! ¡Vete! ¡No te vas a llevar a mi madre!».

Lo haría. No me asusta que pueda haber caimanes. Pero en lugar de ello me quedo quieta igual que un chorlito en su nido. Escucho lo que dice la partera. Habla tan alto que la oigo como si estuviera dentro.

—Por Dios santo, que el cielo se apiade de nosotros. Tiene más de un niño dentro. ¡Desde luego que sí!

Mi padre murmura algo que no consigo oír. Sus botas cruzan la habitación, vacilan, cruzan otra vez.

—Señor Foss —continúa la partera—, no puedo hacer nada. Si no lleva enseguida a esta mujer a un médico, estos niños no llegarán a ver el mundo y su mamá morirá también.

Briny tarda en contestar. Golpea con fuerza los puños contra la pared y hace temblar los marcos de las fotografías de Queenie. Algo se desprende, se oye un sonido de metal chocando contra madera y sé qué es por dónde cae y cómo suena. Veo la cruz de hojalata con el hombre de aspecto triste y quiero entrar corriendo y cogerla y arrodillarme junto a la cama y susurrar palabras polacas misteriosas, como hace Queenie cuando Briny no está en la casa y el agua de lluvia cae a chorros por el tejado y las olas golpean el casco del barco.

Pero no conozco ese lenguaje extraño y seco que Queenie aprendió de la familia que dejó atrás cuando huyó para irse a vivir en el río con Briny. Si juntara en una frase las pocas palabras polacas que sé, no formarían más que una tontería sin sentido. Aun así, si pudiera coger la cruz de Queenie ahora mismo, se las diría al hombre de hojalata al que ella besa cada vez que hay tormenta.

Haría casi cualquier cosa por que terminara el parto y por ver a Queenie sonreír de nuevo.

Al otro lado de la puerta, la bota de Briny araña los tablones y oigo la cruz rodar por el suelo. Briny mira por la ventana empañada sacada de la casa que derribó para construir el barco antes de que yo naciera. Con la madre de Briny en el lecho de muerte y una nueva sequía, el banco se iba a quedar la granja de todos modos. Briny decidió que lo mejor era irse a vivir al río. Y

acertó. Para cuando llegó la Depresión, a Queenie y a él les iba bien. *Ni siquiera la Depresión puede matar de hambre al río*, dice cada vez que cuenta la historia. *El río tiene su propia magia. Cuida de su gente. Siempre lo hará.*

Pero esta noche la magia ha salido mal.

—¡Señor! ¿Me oye? —La partera se deja de cortesías—. No pienso cargar con sus muertes. Lleve a su mujer al hospital. Ya.

Al otro lado del cristal, Briny arruga el semblante. Cierra los ojos con fuerza. Con un puño se golpea la frente y a continuación la pared.

—Con esta tormenta...

—Por mí como si está el demonio ahí fuera, señor Foss. No puedo hacer nada por esta mujer. Nada. Y no pienso cargar con su muerte en mi conciencia.

—Nunca ha tenido problemas... Con ninguno de los otros. Les...

Queenie suelta un chillido fuerte y agudo y el sonido se pierde en la noche como el aullido de un gato salvaje.

—A no ser que se le olvidara contármelo, nunca ha tenido dos bebés a la vez.

Me levanto, cojo a Fern y la dejo en el porche con Gabion, que tiene dos años, y Lark, que tiene seis. Camellia sigue mis movimientos desde donde está mirando, junto a la ventana delantera. Cierro la cancela que hay en el arranque de la pasarela para encerrarlos a todos en el porche y le digo a Camellia que no deje a los pequeños subirse. Camellia me contesta frunciendo el ceño. A sus diez años, ha heredado la obstinación de mi padre y también su pelo y sus ojos oscuros. No le gusta que le digan lo que tiene que hacer. Es terca como un tocón de ciprés y a veces el doble de dura. Si los pequeños se ponen a armar jaleo, tendremos un problema todavía más gordo.

—Todo va a salir bien —prometo y les acaricio las cabezas suaves y doradas como si fueran cachorros—. Queenie está pasando un mal rato, nada más. No conviene que nadie la moleste ahora. Quedaos aquí. El rugarú anda suelto esta noche, le he oído respirar hace un minuto. No es seguro salir.

Ahora que tengo doce años, no creo ni en el hombre lobo ni en el hombre del saco ni tampoco en Jack, el capitán loco de los piratas del río. Por lo menos no mucho. Dudo de que Camellia se tragara alguna vez las historias llenas de imaginación de Briny.

Agarra el picaporte.

—No —le digo en un susurro—. Voy yo.

Nos han ordenado que nos quedemos fuera, algo que Briny no dice nunca sin motivo. Pero ahora Briny habla como si no tuviera ni idea de qué hacer y me preocupan Queenie y mi nuevo hermanito o hermanita. Todos hemos estado esperando a ver qué era. Aunque se suponía que no tenía que llegar tan pronto. Es pronto, más pronto incluso que cuando nació Gabion, que era tan poquita cosa que salió antes de que a Briny le diera tiempo a llevar el barco a la orilla y encontrar a una mujer que ayudara en el parto.

Este nuevo bebé no parece demasiado dispuesto a poner las cosas tan fáciles. Quizá cuando nazca se parezca a Camellia y sea igual de terco.

Bebés, me corrijo. Caigo en la cuenta de que viene más de uno, como pasa con los cachorros, y que no es normal. Detrás de la cortina que cosió Queenie con cuatro sacos de harina Golden Heart hay tres vidas. Tres cuerpos que intentan separarse los unos de los otros, pero que no pueden.

Abro la puerta y, antes de que me dé tiempo a decidir si entro o no, tengo a la partera encima. Me agarra el brazo con una mano. Es como si sus dedos dieran dos veces la vuelta alrededor de mi brazo. Bajo la vista y veo el círculo de piel oscura contra mi piel pálida. Si quisiera, podría partirme en dos. ¿Por qué no puede salvar a mi hermanito o hermanita? ¿Por qué no puede sacarlo del cuerpo de mi madre y traerlo a este mundo?

La mano de Queenie se aferra a la cortina y chilla y tira, arqueándose en la cama. Se desprenden media docena de arandelas. Veo la cara de mi madre; su pelo largo rubio y sedoso como el maíz pegado a la cara; sus ojos azules, esos preciosos ojos celestes que nos distinguen a todos menos a Camellia, desorbitados. La piel de las mejillas está tan tirante que la recorren arañas de venillas como alas de libélula.

—¿Papá?

Mi susurro llega una vez ha terminado el grito de Queenie, pero aun así parece alterar el aire de la habitación. Jamás llamo a Briny «papá» ni a Queenie «mamá», a no ser que algo vaya muy mal. Eran tan jóvenes cuando me tuvieron que creo que ni se les ocurrió enseñarme las palabras «mamá» y «papá». Siempre hemos sido como amigos de la misma edad. Pero de vez en cuando necesito que sean mis padres. La última vez fue hace semanas, cuando vimos a un hombre colgado de un árbol, muerto, con el cuerpo hinchado.

¿Tendrá Queenie ese aspecto cuando muera? ¿Morirá ella primero y

después los bebés? ¿O será al revés?

Tengo el estómago tan encogido que ni siquiera siento ya la manaza de la partera en el brazo. Quizá incluso me alegro de que esté ahí, sosteniéndome, impidiendo que me mueva. Me da miedo acercarme más a Queenie.

—¡Díselo! —La partera me sacude como si fuera una muñeca de trapo y me hace daño. Le brillan los dientes a la luz de la lámpara.

No muy lejos retumba el trueno y una ráfaga de viento golpea la popa y la partera da un traspiés hacia delante llevándome con ella. Los ojos de Queenie encuentran los míos. Me mira como mira un niño pequeño, como si pensara que puedo ayudarla y suplicándome que lo haga.

Trago con dificultad e intento sacar mi voz.

—¿P-papá? —tartamudeo otra vez, pero Briny sigue con la vista perdida. Está paralizado como un conejo cuando presiente peligro cerca.

Por la ventana veo a Camellia con la cara pegada al cristal. Los pequeños se han subido al banco para mirar. A Lark le ruedan gruesas lágrimas por las mejillas regordetas. No soporta ver sufrir a ninguna criatura. Si puede, tira al río los peces que usamos de cebo. Cada vez que Briny caza comadreja, patos, ardillas o ciervos se comporta como si acabaran de matar a su mejor amigo delante de sus ojos.

Me mira para que salve a Queenie. Todos lo hacen.

De algún lugar lejano llega el fogonazo de un relámpago. Hace retroceder el resplandor amarillo de la lámpara de aceite, luego se apaga. Intento contar los segundos antes de oír el trueno, para saber a qué distancia está la tormenta, pero estoy demasiado nerviosa.

Si Briny no lleva pronto a Queenie al médico, será demasiado tarde. Como siempre, estamos fondeados en la orilla virgen. Memphis está al otro lado del ancho y oscuro río Misisipi.

Toso para expulsar el nudo de la garganta y enderezo el cuello para que no se me vuelva a formar.

—Briny, tienes que llevarla a la otra orilla.

Se vuelve hacia mí despacio. Su expresión sigue siendo perpleja, pero da la impresión de que estaba esperando algo así, que alguien que no fuera la partera le dijera lo que tiene que hacer.

—Briny, tienes que llevarla en el esquife ahora, antes de que llegue la tormenta.

Sé que mover el barco llevaría demasiado tiempo. Briny también lo sabría,

si fuera capaz de pensar con claridad.

—¡Díselo! —La partera me espolea. Se vuelve hacia Briny y me empuja hacia él—. Como no baje a esta mujer del barco, para mañana esta niña se habrá quedado sin madre.

3

Avery Stafford

Aiken, Carolina del Sur, época actual

Avery, baja! ¡Te necesitamos!

Nada te hace retroceder más deprisa de los treinta a los trece años que la voz de tu madre resonando en las escaleras como una pelota de tenis después de un buen saque.

—¡Bajo ahora mismo!

Elliot ríe al otro lado del teléfono. El sonido me resulta a la vez familiar y reconfortante. Me devuelve a un camino de recuerdos que llega hasta mi infancia. Con la madre de Elliot y la mía que no nos quitaban ojo, nunca teníamos ocasión de pasarnos de la raya y mucho menos de hacer esas travesuras que otros adolescentes sí hacían. Estábamos más o menos predestinados a ser buenos. Juntos.

—Parece que te reclaman, cariño.

—Es la foto familiar de Navidad. —Me inclino hacia el espejo y me retiro bucles rubios de la frente que, de inmediato, vuelven a caer. Mi rápida visita al establo a la vuelta de la residencia ha hecho aflorar los rizos que heredé de la abuela Judy. Sabía que pasaría, pero una yegua de cría parió anoche y no puedo resistirme a un potrillo recién nacido. Ahora estoy pagando por ello. No hay alisador de pelo hecho por la mano del hombre que pueda competir con la brisa húmeda del río Edisto.

—¿Foto de Navidad en julio? —Elliot tose y me doy cuenta de cuánto le echo de menos. Esto de vivir separados es duro y solo llevamos así dos

meses.

—A mi madre le preocupa la quimio. Le dijeron que papá no se quedaría sin pelo con el tipo de quimio que le están dando, pero le da miedo que pueda pasar.

En realidad no hay médico en todo el planeta capaz de tranquilizar a mi madre sobre el diagnóstico de cáncer de colon de mi padre. Mamá siempre ha estado a cargo del mundo y está decidida a no abdicar ahora. Si dice que papá va a perder pelo, es probable que así sea.

—Genio y figura. —Elliot vuelve a reír. Sabe de lo que habla. Su madre, Bitsy, y la mía están cortadas por el mismo patrón.

—Lo que pasa es que le da mucho miedo perder a papá.

Me cuesta terminar la frase. Estos últimos meses nos han dejado en carne viva, cada uno sangrando en silencio por dentro.

—Lógico. —Elliot calla y la pausa se me hace eterna. Oigo sonido de teclas de ordenador. Me recuerdo a mí misma que está dirigiendo una agencia nueva de corretaje y que el éxito de esta es lo más importante para él ahora mismo. Lo último que necesita es a su prometida llamándolo en plena jornada laboral y sin un motivo concreto—. Está bien que hayas ido, Aves.

—Espero estar ayudando. A veces me parece que estoy empeorando el estrés en lugar de reducirlo.

—Tienes que estar allí. Necesitas pasar un año en Carolina del Sur para restablecer allí tu residencia, por si acaso... —Elliot me recuerda lo mismo cada vez que hablamos de esto, cada vez que me entran ganas de coger un vuelo a Maryland y volver a mi antiguo despacho en la oficina del fiscal general, donde no tenía que preocuparme de tratamientos para el cáncer, fotos de Navidad hechas con meses de antelación, votantes y personas como aquella mujer de aspecto desesperado que me cogió del brazo en la residencia de mayores.

—Oye, Aves, espera. Perdona. Esta mañana está siendo una locura. —Elliot me pone en espera para atender una llamada y mis pensamientos retroceden a esta mañana.

Veo a la mujer, May, en el jardín con su jersey blanco. Luego está a mi lado, la cara le llega apenas a la altura de mi hombro, con sus manos delgadísimas aferradas a mi muñeca y el bastón colgado de su brazo. La expresión de sus ojos me resulta inolvidable incluso ahora. Transmite tanta certeza... Está convencida de que me conoce.

¿Fern?

¿Perdón?

Fernie, soy yo. Tiene lágrimas en los ojos. Cariño, cómo te he echado de menos. Me dijeron que te habías ido. Sabía que no romperías tu promesa.

Durante un segundo quise ser Fern, solo por hacerla feliz, para que pudiera dejar de estar sola en el jardín mirando la glicinia. Parecía tan desvalida. Tan perdida.

Me salvan de tener que decirle que no soy la persona que busca. Interviene la auxiliar, roja de vergüenza y claramente alterada. «Perdón», me susurra. «La señora Crandall es nueva». Le pasa un brazo con firmeza por los hombros a la señora Crandall y le suelta las manos de mi muñeca. La anciana es sorprendentemente fuerte. Se rinde centímetro a centímetro y la enfermera dice con voz queda: «Venga, May. La voy a llevar a su habitación».

La miro ir con la sensación de que debería hacer algo para ayudar, pero no sé qué.

Elliot vuelve a ponerse al teléfono y mis pensamientos regresan al presente.

—Y, en cualquier caso, al mal tiempo buena cara. Tú puedes. Te he visto ganar a los mejores abogados defensores del país. Aiken no puede suponerte un problema.

—Ya lo sé. —Suspiro—. Siento interrumpirte. Es que... necesitaba oír tu voz, supongo. —Me empiezo a ruborizar. Por lo general no soy tan dependiente emocionalmente. Quizá es consecuencia de la salud de papá y de los problemas con la abuela Judy, pero no me quito de encima una dolorosa sensación de mortalidad. Es espesa y persistente como la niebla del río. Lo único que puedo hacer es avanzar a tientas por ella sin ver lo que puede estar acechando.

He tenido una vida muy afortunada. Es posible que nunca haya sido consciente de ello hasta ahora.

—No seas tan dura contigo. —La voz de Elliot es tierna ahora—. Son muchas cosas a la vez. Date tiempo. Preocupándote demasiado no vas a solucionar nada.

—Tienes razón. Sé que la tienes.

—¿Podrías ponerlo por escrito?

La broma de Elliot me arranca una carcajada.

—Jamás.

Cojo el bolso de encima del secreter y busco algo con que recogerme el pelo. Cuando lo vuelco en la cama aparecen dos pasadores plateados. Servirán. Me recojo los mechones delanteros y me los sujeto formando ondas. A la abuela Judy le encantará esta foto. Después de todo, tengo su mismo pelo y ella siempre lo llevaba rizado.

—Esa es mi Aves.

Elliot saluda a alguien que acaba de entrar en su despacho y nos despedimos deprisa mientras me peino y me miro por última vez en el espejo, alisando el vestido verde de tubo que he elegido para la fotografía. Espero que la estilista de mi madre no se ponga a comprobar marcas. El vestido me lo compré en unos grandes almacenes. El pelo, en cambio, me ha quedado bien. Incluso a la estilista le gustará..., si está aquí..., y probablemente está. Leslie y ella coinciden en que necesito «trabajar un poquito el *look*», tal y como lo expresan ellas.

Llaman a la puerta suavemente.

—No pases, ¡tengo un pulpo gigante encerrado en el armario! —aviso.

Mi sobrina de diez años, Courtney, asoma su cabeza de rizos rubios por la puerta. También ella es un calco de la abuela Judy.

—La última vez dijiste que tenías un oso —se queja y pone los ojos en blanco para hacerme saber que mi chiste podía hacerle gracia cuando tenía nueve años, pero no ahora, que ha alcanzado oficialmente las dos cifras.

—Perdona, pero era un oso mutante que cambia de forma —digo haciendo alusión a un videojuego que la tiene demasiado obsesionada. Con la llegada inesperada de los trillizos, Courtney pasa mucho tiempo sola. No parece que su nueva libertad le moleste, pero a mí me preocupa.

Apoya una mano en la cadera y me mira con desparpajo.

—Si no bajas, te va a hacer falta ese oso, porque Honeybee te va a soltar los perros.

Honeybee, abejita, es el apodo cariñoso que usa mi padre con mi madre.

—Huy, ahora sí que me has asustado.

Los terrier escoceses de Drayden Hill están tan mimados que probablemente esperan que un intruso llegue con chucherías gourmet compradas en una pastelería para mascotas.

Le revuelvo el pelo a Courtney cuando paso a su lado.

—¡Allison! —grito hacia las escaleras y echo a correr—. ¡Tu hija está retrasando la fotografía familiar!

Courtney chilla y echamos una carrera hasta el piso de abajo. Gana ella porque es pequeña y menuda y yo llevo tacones. No necesito los centímetros de más, pero a mi madre no le gustaría que posara para el retrato familiar de Navidad con zapato plano.

En el salón para las visitas, el personal y el fotógrafo están embarcados en una misión. Empieza el frenesí fotográfico. Para cuando hemos terminado, los hijos adolescentes de mi hermana mayor están furiosos y yo necesito una siesta. En lugar de ello cojo a uno de los pequeños y me pongo a hacerle cosquillas en el sofá. Los otros no tardan en unirse a la refriega.

—¡Avery, por amor del cielo! —protesta mi madre—. Tienes la ropa hecha un higo y tienes que salir con tu padre en veinte minutos. —Leslie me mira con un solo ojo, una demostración de su habilidad de iguana para mirar en dos direcciones a la vez. Señala el vestido verde.

—Es demasiado elegante para el encuentro en el Ayuntamiento y lo que llevabas esta mañana es demasiado informal. Ponte el traje pantalón azul con el bajo de cordoncillo. Muy senatorial, pero también discreto. ¿Sabes cuál te digo?

—Sí.

Preferiría quedarme a luchar con los trillizos o hablar con los hijos de Missy sobre sus planes de hacerse monitores de campamento de verano, pero nadie me ofrece esas opciones.

Beso a mis sobrinos y corro escaleras arriba a cambiarme. Al poco estoy otra vez en la limusina con mi padre.

Este saca el móvil y repasa el dossier de la agenda de esta tarde. Entre Leslie, sus numerosos ayudantes y becarios, el personal de aquí y de Washington y los periódicos, siempre está bien informado. Necesita estarlo. Con el clima político actual hay riesgo real de que el equilibrio en la Cámara se vea alterado si el cáncer lo obliga a dejar el escaño. Papá se moriría antes de dejar que eso ocurra. Que estuviera tanto tiempo ignorando los síntomas y se quedara en Washington durante la sesión del Congreso es prueba de ello, como lo es el hecho de que yo haya tenido que volver a casa para recuperar mi residencia, tal y como dice Elliot, por si acaso.

En Carolina del Sur, el apellido Stafford siempre ha estado por encima de ideologías políticas, pero la publicidad generada por el escándalo del centro de mayores nos tiene a todos sudando como turistas en una tarde de verano en Charleston. Cada semana se publica algo nuevo; residentes que murieron

porque no les trataban las escaras, centros que contrataban personal no cualificado, otros que no cumplían ni de lejos las regulaciones federales, que exigen al menos 1,3 horas de cuidados a cada paciente y que, aun así, facturaban a Medicare y Medicaid. Familias destrozadas que creían que sus seres queridos estaban en manos competentes. Es desgarrador y horrible, y la ligera conexión con mi padre ha proporcionado a sus enemigos políticos munición de fuerte carga emocional. Quieren que todos crean que, con personas dispuestas a dejarse sobornar, mi padre usaría su influencia para ayudar a un amigo a beneficiarse del sufrimiento humano y luego evitar ser procesado por ello.

Cualquiera que conozca a mi padre sabe que esto es imposible. No está en posición de insistir en que quienes apoyan y financian las campañas políticas enseñen sus balances, y, aunque lo estuviera, la verdad quedaría oculta bajo capa tras capa de entidades corporativas que a primera vista parecen perfectamente legales.

—Será mejor que nos preparemos —dice papá y pulsa el botón del *play* en su agenda de voz. Sostiene el teléfono entre los dos y se inclina hacia mí, y de pronto vuelvo a tener siete años. Me invade esa sensación de cálida emoción que tenía cada vez que mamá me llevaba por los sacrosantos pasillos del Capitolio, se detenía delante de la puerta de mi padre y me dejaba entrar sola. Muy en silencio y con gran solemnidad, yo iba hasta la mesa de la secretaria y anunciaba que tenía una cita con el senador.

«Muy bien, déjeme confirmarlo», decía siempre la señora Dennison mientras levantaba una ceja y contenía una sonrisa pulsando el intercomunicador. «Senador, está aquí una tal señorita Stafford. ¿La hago pasar?».

Después de ser admitida, mi padre me recibía con un apretón de manos y decía: «Señorita Stafford, buenos días. Qué alegría que haya venido. ¿Está preparada para saludar al público?».

«¡Sí, señor!».

Siempre le brillaban los ojos de orgullo cuando yo me giraba para enseñarle cómo me había vestido para la ocasión. Una de las mejores cosas que puede hacer un padre por su hija es hacerle saber que está a la altura de sus expectativas. Mi padre lo hizo conmigo y, por mucho que haga, nunca podré pagar la deuda que tengo con él. Haría cualquier cosa por él y también por mi madre.

Ahora estamos hombro con hombro escuchando los pormenores de las actividades que nos quedan hoy, los temas a tratar y las preguntas a evitar. Se nos dan respuestas cuidadosamente argumentadas a preguntas sobre maltrato en centros de mayores, intentos de demanda y sociedades instrumentales que entran en bancarrota por arte de magia antes de poder pagar indemnizaciones. ¿Qué tiene intención de hacer mi padre al respecto? ¿Ha estado pidiendo favores, protegiendo a contribuyentes a su campaña y viejos amigos del largo brazo de la justicia? ¿Usará ahora su cargo para ayudar a las miles de personas mayores que tienen problemas para encontrar cuidados de calidad? ¿Y qué pasa con los que siguen viviendo en sus casas, sufriendo las consecuencias de la última e histórica inundación, obligados a elegir entre costear las reparaciones, comer, pagar las facturas de la luz o su medicación? ¿Qué cree mi padre que habría que hacer para ayudarlas?

Las preguntas no se terminan nunca. Cada una viene con al menos una respuesta perfectamente redactada. En muchas hay varias opciones que podemos usar en función del contexto, además de notas para refutarlas. El encuentro de esta tarde en el Ayuntamiento será una comparecencia para la prensa cuidadosamente orquestada, pero siempre existe la posibilidad remota de que un topo se haga con el micrófono. El ambiente podría caldearse.

Nos dicen incluso cómo reaccionar en caso de que alguien saque a relucir la cuestión de la abuela Judy. ¿Por qué pagamos una residencia que cuesta unas siete veces la cantidad por día que asigna Medicaid a los mayores de renta baja?

¿Por qué? Porque el médico de la abuela Judy nos dijo que Magnolia Manor era nuestra mejor opción, puesto que la abuela ya estaba familiarizada con el lugar. Una de sus amigas de infancia vivía en la propiedad antes de que fuera reconvertida, así que para ella es como ir a casa. Queremos que tenga todo lo que le proporcione consuelo, pero también nos preocupa su seguridad. Al igual que muchas familias, nos enfrentamos a un dilema complejo y delicado para el que no existe una respuesta sencilla.

Dilema complejo y delicado... No hay respuesta sencilla...

Me aprendo esas frases de memoria palabra por palabra por si me preguntan. En temas tan personales no me conviene improvisar.

—Muy buen trabajo en la residencia esta mañana, Wells —comenta Leslie cuando se sube al coche durante una parada para comprar café a unas manzanas de donde es el acto—. Nos queda poco para atajar esto de raíz. —

Está más intensa de lo habitual—. Que Cal Fortner y su equipo intenten aprovecharse del tema de los cuidados a los mayores. Terminarán ahorcados con su propia soga.

—Cuerda no les falta, desde luego. —El comentario de papá tiene poco de chistoso. Hay un plan de ataque muy bien pensado, una estrategia sistemática para retratar a mi padre como un elitista alejado de las necesidades de los ciudadanos, un político de Washington cuyos años en la capital le han vuelto ciego a los problemas de su estado natal.

—Más a nuestro favor —dice Leslie con convencimiento—. Una cosa: ha habido un pequeño cambio de planes. Vamos a entrar en el edificio por la puerta de atrás, hay una protesta frente a la entrada principal.

A continuación se dirige a mí:

—Avery, esta vez te vamos a sacar. Para el encuentro, el senador estará sentado frente al entrevistador, así le damos un aire informal a la cosa. Tú te sentarás al lado de tu padre en el sofá, a su derecha, la hija preocupada que ha vuelto a casa para cuidar de su salud y ocuparse de los asuntos familiares. Eres la hija soltera y sin niños que educar; tienes planeado casarte aquí, en Aiken, etcétera, etcétera. Ya sabes cómo va esto. No hagas un discurso político, pero que tampoco te dé miedo demostrar que conoces los temas a debatir y los aspectos legales. Lo que buscamos es una charla relajada, sin guion, que dé pie a que te hagan alguna pregunta de tipo más personal. Solo habrá programas de noticias locales, así que es la oportunidad perfecta de darte un poco de visibilidad sin demasiada presión.

—Muy bien. —Me he pasado los cinco últimos años con un jurado escrutando cada uno de mis movimientos y abogados defensores respirándome en el cuello. Los participantes en un encuentro cuidadosamente supervisado en el Ayuntamiento no me asustan.

O eso me digo a mí misma. Por alguna razón, tengo el pulso acelerado y noto la garganta rasposa y seca.

—Ya sabes, cariño. Cara de «aquí estoy yo». —Mi padre me dedica lo que en ocasiones llamamos «el guiño del millón de dólares». Rezuma confianza, como miel caliente, espesa e irresistible.

Si yo tuviera la mitad del carisma de mi padre...

Leslie sigue con el programa. Para cuando llegamos al Ayuntamiento, no ha dejado de hablar. A diferencia de la visita a la residencia de mayores de la mañana, aquí hay seguridad, incluidos agentes del Departamento de

Seguridad Pública. Oigo la algarabía delante del edificio y al final de la calle trasera veo un coche de la policía.

Cuando nos bajan de la limusina, Leslie parece dispuesta a enzarzarse con alguien a puñetazos. Yo empiezo a sudar dentro de mi conservador traje de chaqueta azul marino.

—¿Honrarás a tu padre y a tu madre? —grita un manifestante por encima del bullicio.

Quiero dar media vuelta, ir hasta la acera y preguntarle a estas personas cómo se atreven.

—¡Fuera los campos de concentración para mayores! —Esta nos sigue mientras entramos.

—¿Qué son? ¿Locos? —murmuro, y Leslie me dedica una mirada de advertencia y a continuación hace un gesto con los hombros señalando a los agentes de policía. Me está diciendo que me guarde mis opiniones en público, a no ser que hayan sido previamente aprobadas. Pero ahora estoy furiosa..., lo que quizá sea bueno. El pulso se me normaliza poco a poco y noto que se me empieza a poner la cara de «aquí estoy yo».

En cuanto se cierra la puerta, las cosas se tranquilizan. Nos recibe Andrew Moore, el coordinador del programa para los anfitriones del debate de hoy. Andrew, miembro de un CAP, un comité de acción política en defensa de los mayores, parece sorprendentemente joven para un puesto así. No puede tener más de veinticinco años. El traje de chaqueta gris sin una arruga combinado con una corbata ligeramente torcida y una camisa que parece elegida al azar le dan aspecto de niño al que han dejado la ropa preparada por la mañana, pero ha tenido que ponérsela solo. Nos cuenta que lo criaron sus abuelos, que hicieron enormes sacrificios por él. Es su manera de pagarles su esfuerzo. Cuando alguien menciona que he sido fiscal federal, me mira y comenta que al comité de acción política le vendría bien tener un buen abogado en plantilla.

—Lo tendré en cuenta —bromeo.

Mientras esperamos, charlamos de esto y lo otro. Parece agradable, sincero, enérgico y comprometido. Mi confianza en que tengamos un debate justo sobre los temas a tratar aumenta.

Enseguida nos presentan a más personas. Conocemos al periodista local que hará las veces de moderador. Nos meten micrófonos debajo de las chaquetas, nos los enganchan a las solapas y nos sujetan los transmisores a la

cintura con una banda.

Esperamos entre bastidores hasta que el presentador entra en el plató, da las gracias a los organizadores y recuerda a todos el formato del debate de hoy antes de presentarnos. El público aplaude y entramos en el plató saludando con alegría. Todos se portan bien aunque, cuando miro hacia el público, veo unas cuantas caras que parecen mostrar preocupación, escepticismo y cierta antipatía. Otras miran al senador con lo que podría considerarse adoración.

Mi padre se las arregla razonablemente bien para contestar preguntas y desviar las pocas que no pueden responderse con una frase jugosa. No hay soluciones sencillas al problema de la financiación de la jubilación, que ahora es mucho más larga que en generaciones pasadas, o a la cuestión de las familias fracturadas y el cambio de tendencia a recurrir a los cuidados profesionales en lugar de ocuparse de los parientes ancianos en casa.

A pesar de sus cuidadas respuestas, me doy cuenta de que mi padre no está hoy en plena forma. Tarda un poco en reaccionar cuando un joven le dice:

—Me gustaría oír qué tiene que decir de la acusación de Cal Fortner de que el objetivo de la cadena de residencias propiedad de una corporación es almacenar a la población mayor de la manera más barata posible y así aumentar los beneficios, y que su aceptación en repetidas ocasiones de contribuciones de L. R. Lawton y sus socios de inversión prueba que apoya este modelo de supeditar a las personas a los beneficios. ¿Admite que estos centros de mayores estaban atendidos por trabajadores con el salario mínimo y poca o nula formación, y eso en el mejor de los casos? La oposición pide que haya una legislación federal que haga responsable a cualquiera que saque beneficios de un centro de asistencia o al holding de empresas propietario de los cuidados que se proporcionan, así como de los daños que se reconozcan en los tribunales. Fortner también pide impuestos para ciudadanos ricos como usted para costear un aumento de las prestaciones de nuestros ciudadanos más pobres. A la vista de los últimos acontecimientos, ¿apoyaría esta propuesta en el Congreso y por qué? En caso contrario, ¿por qué no?

Casi me parece oír rechinar los dientes de Leslie detrás de la cortina. Este tipo de preguntas no estaban en el guion y sin duda no están escritas en la tarjeta que sostiene el joven.

Mi padre duda y parece momentáneamente desconcertado. *Vamos*, pienso. El sudor me baja por la espalda. Se me tensan los músculos y me agarro al

reposabrazos de la silla para tener las manos ocupadas.

El silencio es una tortura. Parece que pasan minutos, pero sé que no es así.

Mi padre se embarca por fin en una larga explicación sobre la existencia de regulaciones federales de las residencias de mayores y sobre los impuestos y los fideicomisos federales que financian Medicaid. Parece competente y sereno. Al mando una vez más. Deja claro que no está en situación de modificar él solo el sistema de financiación de Medicaid, el código impositivo o el estado actual del cuidado de los mayores, pero que son cuestiones prioritarias para él de cara a la próxima sesión del Congreso.

El encuentro vuelve entonces al guion previsto.

Por fin me hacen una pregunta y el presentador me mira indulgente. Contesto lo acordado a si me están preparando o no para ocupar el escaño de mi padre en el Congreso. No digo que sí ni tampoco digo: «Ni en un millón de años». En lugar de eso, termino con: «En cualquier caso, es prematuro pensar siquiera en ello... A no ser que quiera presentarme como su contrincante. ¿Y quién estaría tan loco para hacer algo así?».

El público ríe y remato la faena con el guiño que he heredado de mi padre. Está tan complacido que parece medir dos metros mientras contesta unas cuantas preguntas sencillas más y se termina el encuentro.

Al salir del plató, me preparo para que Leslie me dé palmaditas en la espalda. En lugar de eso, me detiene con cara de preocupación y se pega mucho a mí mientras salimos.

—Han llamado de la residencia. Al parecer te dejaste una pulsera.

—¿Qué? ¿Una pulsera?

De pronto recuerdo haberme puesto una esta mañana. Noto que me falta algo en la muñeca y, sí, la pulsera ha desaparecido.

—La llevaba puesta una de las residentes. La directora ha mirado las fotos del acto y ha comprobado que era tuya.

La mujer de la residencia..., la que me cogió la mano...

Ahora recuerdo las diminutas patas de oro de tres libélulas arañándose la muñeca mientras se llevaban a May Crandall. Debió de quedarse con la pulsera.

—Aaah, ya sé lo que pasó.

—La directora se ha disculpado muchísimo. La paciente es nueva y le está costando adaptarse. La encontraron hace dos semanas en una casa junto al río con el cuerpo muerto de su hermana y una docena de gatos.

—Qué horror. —Mis pensamientos vuelan y, sin poder evitarlo, imagino lo deprimente y espantoso de una escena así—. Seguro que fue un accidente. Lo de la pulsera, quiero decir. Me cogió de la mano mientras hablaba papá. La enfermera casi tuvo que soltarla a la fuerza.

—No debería haber ocurrido algo así.

—No pasa nada, Leslie. No tiene importancia.

—Mandaré a alguien a recogerla.

Recuerdo los ojos azules de May Crandall, la desesperación con la que me miraba. La imagino marchándose con mi pulsera, examinándola sola en su habitación, encajándosela en la muñeca y admirándola, feliz.

Si no fuera una herencia, dejaría que se la quedara.

—¿Sabes qué? Creo que voy a ir yo a buscarla. La pulsera era de mi abuela. —La agenda del día requiere que mi padre y yo nos separemos. Él estará un rato en su despacho antes de cenar con uno de sus electores, mientras mi madre hace de anfitriona de una reunión de un comité de acción política en Drayden Hill—. ¿Puede llevarme alguien? ¿O puedo coger uno de los coches?

Leslie me mira furiosa. Parecemos a punto de embestirnos la una a la otra, así que añado otra excusa, más convincente.

—Además tendría que pasarme a tomar el té con la abuela Judy ahora que estoy libre un rato. Y le gustará ver la pulsera.

El encuentro en el Ayuntamiento me ha dejado sintiéndome culpable por llevar casi una semana sin visitar a mi abuela.

A Leslie le tiembla la mandíbula cuando accede, dejando claro que mi capricho le parece inquietantemente poco profesional.

No puedo evitarlo. No dejo de pensar en May Crandall y en los numerosos artículos en la prensa sobre maltrato en las residencias de mayores. Quizá solo quiero asegurarme de que no acudió a mí porque tiene algún problema.

Quizá su historia triste y macabra ha despertado mi curiosidad. *La encontraron hace dos semanas en una casa junto al río con el cuerpo muerto de su hermana...*

¿Sería Fern el nombre de su hermana?

4

Rill Foss

Memphis, Tennessee, 1939

Queenie está pálida como la leche descremada, con el cuerpo tenso y rígido, cuando Briny la deja en el borde del porche y va a buscar el esquife, que está amarrado a un pilote río abajo. Queenie llora y grita, fuera de sí, con la mejilla apoyada en la madera suave y húmeda.

Lark se refugia en las sombras de la noche junto a la pared de la casa, pero los pequeños, Fern y Gabion, se acercan gateando. Nunca han visto a un adulto actuar de esta manera.

Gabion se inclina para mirar, no está seguro de que esa cosa que lleva el vestido floreado rosa de Queenie sea ella. Queenie es luz y risa y todas las viejas canciones que nos canta mientras navegamos de una ciudad a otra. Esta mujer que enseña los dientes y jura y gime y llora no puede ser ella, pero lo es.

—*Dil, Dil* —dice Gabion, porque tiene solo dos años y no sabe pronunciar mi nombre, Rill. Me agarra el borde de la falda y tira de él mientras yo me arrodillo para sujetarle la cabeza a Queenie—. *¿Quini pupa?*

—¡A callar!

Camellia pega a los pequeños en la mano cuando Fern intenta acariciar los rizos largos y dorados de Queenie. Su pelo es lo primero que llamó la atención de Briny y le hizo fijarse en ella. *¿A que tu madre parece una princesa de cuento?*, me pregunta a veces. *Reina del reino de Arcadia, esa es tu madre. Eso te convierte a ti en princesa, ¿verdad?*

Pero mi madre no está guapa ahora, con la cara sucia de sudor y la boca abierta en una mueca de dolor. Estos bebés la van a romper. El estómago se le encoge y crece debajo del vestido. Me coge y no me suelta, mientras, dentro de la casa, la partera se limpia las manos y guarda su instrumental en una cesta verde.

—¡Tiene que ayudarnos! —grito—. ¡Se está muriendo!

—No quiero tener nada que ver con este asunto —dice la mujer y su cuerpo voluminoso hace mecerse el barco y que la lámpara oscile y chisporrotee—. Se acabó. Sois unos locos, escoria del río.

Está como un perro rabioso porque Briny no ha querido darle dinero. Briny dice que prometió traer al mundo a un niño, cosa que no ha hecho, y que debería darse por satisfecha con los dos gruesos bagres que soltó del espinel esta mañana, además de algo de aceite de carbón para la lámpara que ha traído con ella. Se vengaría de nosotros si pudiera, pero es más negra que el alquitrán y nosotros blancos, y sabe lo que podría pasar si nos hace algo.

Se suponía que los bagres iban a ser nuestra cena, lo que nos deja con nada excepto una torta de maíz para los cinco. Es lo que se me pasa por la cabeza junto con media docena de cosas más.

¿Debería coger algo de ropa para Queenie? ¿Su cepillo de pelo? ¿Sus zapatos?

¿Tendrá Briny dinero suficiente para pagar a un médico de verdad? ¿Qué pasará si no es así?

¿Y si lo detienen? Una vez, cuando nos dedicábamos a trapichear en billares de las ciudades a orillas del río, lo pillaron. Briny es un buen jugador. Nadie le gana a un juego de bola ocho y toca el piano lo bastante bien para que le paguen por ello, pero con la Depresión el dinero en metálico escasea. Ahora juega al billar y toca y le pagan con cosas que luego podemos cambiar por lo que necesitamos.

¿Habrá dinero escondido en alguna parte? ¿Debería preguntarle a Briny cuando vuelva? ¿Recordarle que quizá lo necesite?

¿Cómo cruzará el río en la oscuridad con la tormenta que ha empezado ya a levantar olas?

La partera se vuelve hacia la puerta y la cesta le golpea el trasero. Hay algo rojo que sobresale y, a pesar de la escasa luz, sé lo que es: el sombrero de terciopelo rojo rematado con plumas de Queenie, el que ganó Briny en una partida de billar en un pueblo pequeño y mugriento llamado Boggyfield.

—¡Devuelve eso! —le digo—. ¡Es de mi madre!

La mujer cierra sus ojos oscuros y me mira levantando la barbilla.

—He estado aquí todo el día y no pienso conformarme con dos pescados. Tengo pescados de sobra. Me llevo el sombrero. —Mira a su alrededor en busca de Briny y a continuación se dirige hacia la pasarela en uno de los laterales del porche.

Quiero detenerla, pero no puedo. En mi regazo, Queenie grita y se revuelve. Su cabeza aterriza en la cubierta con un golpe hueco, como de una sandía. La sujeto con las dos manos.

Camellia adelanta corriendo a la mujer y le cierra el paso, con sus brazos delgados abiertos y extendidos sobre la barandilla.

—No vas a ir a ninguna parte con el sombrero de mi madre.

La mujer da un paso más, pero, si conociera a Camellia, no lo habría hecho. Puede que mi hermana no tenga más que diez años, pero no solo ha heredado el pelo negro y espeso de Briny, también su temperamento. Cuando Briny se enfada, se *vuelve loco*, tal y como dice el viejo Zede. *Alguien que se vuelve loco puede acabar matándote*. Zede ha advertido a mi padre de ello en más de una ocasión cuando nuestros barcos han estado amarrados uno junto al otro, y eso ha sido muchas veces. Zede es amigo de Briny desde que Briny se fue a vivir al río. Le ha enseñado cómo son las cosas.

—Mocosa insolente. Eres una desvergonzada.

Un brazo grande y oscuro aferra el de Camellia y la mujer tira de ella y Camellia se agarra tan fuerte a la barandilla que creo que se le va a salir el hueso del hombro. No han pasado dos segundos cuando Camellia se gira y le hinca los dientes. La mujer aúlla y retrocede, zarandeando el barco.

Queenie chilla.

A lo lejos, retumba el trueno.

Brilla un relámpago, la noche se convierte en día y vuelve a cubrirse con su velo negro.

¿Dónde está Briny? ¿Por qué tarda tanto?

Me viene un pensamiento aterrador. ¿Y si el esquife se ha soltado y Briny no lo encuentra? ¿Y si ha ido a pedir prestado otro a alguien del campamento? Por una vez me gustaría que Briny no fuera tan independiente. Nunca fondea en los campamentos del río y quienes reconocen nuestro barco jamás vienen por aquí a no ser que hayan sido invitados. Briny dice que en el río hay buenas y malas personas y que es mejor identificarlas de lejos.

Queenie patalea y hace caer a Gabion, que se golpea el brazo y suelta un alarido largo y agudo. Lark entra corriendo en la casa ahora que ya no está la partera. Queenie se está muriendo en mis brazos. Estoy segura.

En el arranque de la pasarela, Camellia sigue sin moverse. Su expresión de desdén desafía a la mujer a que intente enfrentarse a ella otra vez. Camellia se pelea con una facilidad pasmosa. Es capaz de coger serpientes con la mano o enzarzarse con muchachos de la orilla sin pensárselo dos veces.

—¡Deja el sombrero de mi madre! —grita haciéndose oír por encima del llanto de Gabion—. ¡Y tampoco te vas a llevar el pescado! Bájate de nuestro barco antes de que avisemos a la policía de que una mujer de color ha intentado matar a nuestra madre y robarnos. Te van a colgar de un árbol, ya lo verás. —Echa la cabeza hacia atrás, saca la lengua y a mí se me pone un nudo en el estómago. Hace dos miércoles vimos a un hombre ahorcado río abajo. Un tipo grande, de color, con pantalón de peto. No había una casa en kilómetros a la redonda y llevaba tanto tiempo allí que los buitres ya la habían emprendido con él.

Solo Camellia usaría algo así para salirse con la suya. Solo de pensarlo, me pongo enferma.

Quizá por eso está mal Queenie, me susurra una voz dentro de mi cabeza. Quizá es porque Briny no se paró a descolgar a aquel hombre y buscar a su familia para que pudieran enterrarlo. Quizá nos está mirando desde el bosque.

Queenie le suplicó a Briny que fueran hasta la orilla y se ocuparan del cuerpo, pero Briny se negó. «Tenemos que pensar en los niños, Queenie», dijo. «No sabemos quién lo ha hecho ni quién puede estar vigilando. Es mejor que sigamos navegando».

La partera saca el sombrero rojo de Queenie de la cesta, lo tira y pasa por encima de él, haciendo balancearse el barco al bajar la pasarela. Luego coge la lámpara que había dejado en la orilla. Lo último que decide es llevarse el portapeces con los dos bagres. A continuación se aleja sin dejar de maldecirnos.

—¡Que el diablo te lleve a ti también! —le responde Camellia asomada a la baranda del porche—. ¡Te estará bien empleado, por ladrona! —Está a punto de repetir las palabras soeces de la mujer. A sus diez años, Camellia ha comido jabón suficiente para lavar el estómago de una ballena. Prácticamente se ha criado con él. Es un milagro que no le salgan pompas por las orejas—.

Viene alguien. Gabion, calla. —Coge a Gabby, le tapa la boca con una mano y escucha en la noche. Yo también oigo un motor.

—Mira a ver si es Briny —le digo a Fern, y esta se dispone a ir, pero Camellia le pasa a Gabby.

—Que se esté callado. —Camellia cruza el porche y se inclina sobre la barandilla que da al agua y, por primera vez, oigo alivio en su voz—. Parece que trae a Zede.

El consuelo me envuelve como una manta. Si hay alguien capaz de arreglar las cosas es el viejo Zede. Yo ni siquiera sabía que andaba por la isla de Mud, pero Briny seguramente sí. Siempre se siguen la pista el uno al otro río abajo o río arriba. Lo último que supe de Zede es que estaba en tierra firme cuidando de una hermana que había tenido que ingresar en el hospital por tuberculosis.

—Ha venido Zede —le susurro a Queenie, inclinándome hacia ella. Parece que me oye y también que se tranquiliza un poco. Zede sabrá qué hacer. Calmará a Briny, le quitará la nube de los ojos que le impide ver y conseguirá que piense—. Ha venido Zede, Queenie. Todo va a salir bien. Todo va a salir bien... —repito una y otra vez hasta que cogen el cabo que les ha tirado Camellia y suben por la pasarela.

Briny cruza el porche de dos zancadas, se arrodilla al lado de Queenie y la incorpora con la cara cerca de la suya. Noto cómo el peso de mi madre me abandona, cómo su calor se esfuma de mi piel. Cae el rocío de la noche y, de pronto, tengo frío. Me pongo de pie, levanto más la lámpara y me abrazo.

Zede se agacha, mira a Queenie a los ojos, retira un poco la sábana que la envuelve y está llena de sangre. Le apoya una mano en el vientre, donde una mancha roja acuosa le sube por el vestido.

—¿Señora Foss? —Su voz es serena y clara—. Señora Foss, ¿me oye?

Queenie emite algo que podría ser un «sí», pero el sonido muere entre sus dientes apretados y pega la cara al pecho de Briny.

Detrás de la espesa barba gris, la boca de Zede forma una mueca de preocupación. Los ojos con el filo encarnado parecen bailarle en las cuencas. Toma aire por su nariz ancha y peluda y lo expulsa por entre los labios apretados. Desprende un fuerte olor a whisky y a tabaco, pero es un consuelo. Es lo único esta noche que sigue siendo como siempre.

Mira a Briny a los ojos y niega un poco con la cabeza.

—Queenie, niña, vamos a sacarte del barco, ¿me oyes? Tenemos que

llevarte al hospital en el *Jenny*. Va a ser un viaje duro, cruzando el río. Pero vas a ser valiente, ¿a que sí?

Ayuda a Briny a levantarla del suelo y los gritos de Queenie rasgan el aire igual que las mujeres rasgan velos en un funeral en Nueva Orleans. Antes de que consigan llevarla al bote, ya está inerte en brazos de Briny.

—Sujétala —le dice Zede a Briny, y a continuación me mira y me señala con ese dedo torcido que se rompió en la guerra con España—. Llévate a los pequeños dentro y acuéstalos, niña. Quedaos dentro. Yo volveré antes de que amanezca si no hay tormenta, pero, si no, el *Lizzy Mae* está amarrado río abajo, muy cerca de aquí. Allí está vuestro esquife. Tengo a un chico en el *Lizzy* conmigo. No tiene buena pinta ahora mismo, intentó subirse a un tren de polizón y los matones del ferrocarril lo cogieron. Pero no os hará daño. Le he dicho que se acerque por la mañana si no ha tenido noticias mías.

Enciende el motor del fueraborda y este ruge, y miro fijamente el lodo que levanta la hélice a la luz del candil. No quiero ver a Queenie con los ojos cerrados y la boca abierta de esa manera.

Camellia tira el cabo, que aterriza limpiamente en la popa de la lancha. Zede la señala con el dedo.

—Y tú, mocosa, haz caso a tu hermana. No hagas nada sin pedirle permiso antes a Rill, ¿me has oído?

Camellia arruga tanto la nariz que se le juntan las pecas de las mejillas.

—¿Me has oído? —vuelve a preguntar Zede. Sabe cuál de nosotros suele dar problemas.

—¡Mellia! —Las nubes de Briny se despejan por un momento.

—Sí, señor. —Camellia accede, pero no está contenta.

Entonces Briny se vuelve hacia mí, pero es como si me suplicara algo en lugar de decírmelo.

—Cuida de los pequeños, Rill. Cuida de todos hasta que volvamos... Queenie y yo.

—Nos portaremos bien, te lo prometo. Cuidaré de todos. No iremos a ninguna parte.

Zede tira de la caña del timón, acelera y la lancha se interna con mi madre en la oscuridad. Los cinco corremos a la barandilla y nos quedamos allí juntos mirando hasta que la nebrura engulle el *Jenny* por completo. Escuchamos el casco golpear contra la cresta de las olas, subiendo y bajando, el motor fueraborda que ruge y calla y vuelve a rugir. Su voz suena un poco

más lejos cada vez. Un contraemaestre toca el silbato. Ladra un perro.

La noche se vuelve silenciosa.

Fern se enrosca en mi pierna como un mono y Gabby se mete en la casa con Lark, porque es su preferida. Ahora no hay más que hacer que entrar y ver qué podemos comer. Solo tenemos la torta de maíz y unas peras que cambió Briny en Wilson, Arkansas, donde estuvimos tres meses y fuimos a la escuela hasta que llegó el verano. Para entonces, Briny tenía de nuevo el gusanillo y quería navegar otra vez.

En circunstancias normales, nunca nos habría acercado tanto a la orilla de una ciudad grande como Memphis, pero Queenie llevaba quejándose de dolores desde antes de ayer. Aunque era un poco temprano, después de haber tenido cinco hijos sabía que lo sensato era amarrar el barco y quedarnos donde estábamos.

Dentro del *Arcadia* todos están llorosos y preocupados, y acalorados y de mal humor. Camellia se queja porque he cerrado la puerta en lugar de solo la mosquitera y el calor húmedo es agobiante, incluso con las ventanas abiertas.

—Calla —la regaño y preparo la cena y nos sentamos en círculo en el suelo porque no nos parece bien sentarnos a la mesa cuando van a quedar dos sitios vacíos.

—*Teno hambe*. —Gabby hace un puchero cuando se termina la comida. Come más deprisa que un gato callejero.

Corto un pedazo de mi porción de torta de maíz y lo muevo delante de su boca.

—Comes demasiado deprisa.

Abre la boca como un pájaro cada vez que se lo acerco y por fin se lo meto en la boca.

—Ñam —dice y se frota la barriga.

Fern me sigue en el juego y lo mismo hace Lark. Para cuando hemos terminado, Gabby se ha comido la ración de todos excepto la de Camellia, que se come la suya entera.

—Mañana pondré los espineles —comenta, como si eso compensara su egoísmo.

—Zede nos ha dicho que no salgamos —contesto.

—Lo haré cuando vuelva Zede. O cuando venga el chico.

No puede poner un espinel sola y lo sabe.

—Ni siquiera tenemos el esquite. Briny lo ha amarrado al barco de Zede.

—Pero mañana lo tendremos.

—Mañana habrá vuelto Briny con Queenie y los bebés.

Entonces nos miramos, solo Camellia y yo. Noto que Lark y Fern están pendientes, pero las dos somos las únicas lo bastante mayores para estar preocupadas y compartirlo. Camellia mira hacia la puerta y yo también. Las dos sabemos que esta noche no la cruzará nadie. Nunca antes hemos estado solos de noche. Siempre estaba Queenie, incluso cuando Briny se había ido a cazar, o a trapichear en los billares o a pescar ranas.

Gabion se tumba en la estera trenzada de Queenie con los ojos cerrados y las largas pestañas castaño claro tocándole las mejillas. Todavía necesita pañal por las noches, pero esperaré a que esté dormido para ponérselo, como hace Queenie. Ahora que ha aprendido a usar el orinal durante el día, se enfada cuando nos ve acercarnos con un pañal.

Fuera, el trueno ruge y los relámpagos centellean y el cielo empieza a escupir bruma. *¿Habrán conseguido Zede y Briny llegar a la orilla con nuestra madre?*, me pregunto. *¿Estará en algún sitio donde los médicos puedan curarla como hicieron con Camellia cuando se puso mala del apéndice?*

—Atranca las ventanas que dan al río. Para que no entre la lluvia —le digo a Camellia y ni siquiera me discute. Por primera vez en su vida, está perdida. No está segura de qué conviene hacer. El problema es que yo tampoco.

Gabion abre la boca y empieza a roncar. Por lo menos uno de los pequeños no dará la lata esta noche. Lark y Fern son otra cosa. Los enormes ojos azules de Lark se llenan de lágrimas y susurra:

—Quiero a Queenie, *teno* miedo.

Yo también quiero a Queenie, pero eso no puedo decírselo.

—A callar, que ya tienes seis años. No eres un bebé. Cerrad las ventanas antes de que se levante viento y poneos el pijama. Vamos a cambiar las sábanas de la cama grande y a dormir ahí. Como cuando no está Briny.

Siento el cuerpo débil y exhausto, pero la cabeza me va a mil por hora. No puede pensar con claridad, se limita a producir palabras sin sentido, igual que el motor fueraborda girando en el bajío, levantando hojas y ramas y gusanos de cebo y barro.

Así sigue, de manera que no me deja oír los llantos y quejas y los resoplidos y el sorber de narices y a Camellia empeorando las cosas llamando gallina a Fern y a Lark bebé y otra palabra fea que ni siquiera debería

conocer.

Por fin, cuando todos están acostados en la cama grande y apago las lámparas, recojo la cruz con el hombre de hojalata del suelo y vuelvo a colgarla en su sitio en la pared. A Briny no le gusta, pero a Queenie sí y es el único que está aquí para cuidarnos esta noche.

Antes de meterme en la cama, me arrodillo y susurro todas las palabras polacas que me sé.

5

Avery

Vuelvo enseguida —digo a Ian, el becario de Leslie, cuando aparca bajo el soportal de la residencia de mayores.

Se detiene cuando se disponía a bajar del coche.

—Ah..., vale. Entonces espero aquí mientras contesto unos correos.

Parece decepcionarle que no necesite acompañante. Noto cómo su mirada curiosa me acompaña mientras bajo del coche y voy hacia el vestíbulo.

La directora me espera en su despacho. La pulsera de la abuela Judy está en su mesa. Los ojos hechos de piedras preciosas de las libélulas centellean cuando me pongo mi tesoro recuperado en la muñeca.

Charlamos un rato sobre el acto de unas horas antes y a continuación la directora se disculpa por las molestias causadas.

—Hemos tenido bastantes problemas con la señora Crandall —reconoce—. Pobre mujer. Casi nunca habla con nadie. No hace más que... deambular por los pasillos y el jardín hasta que cerramos, por la noche. Luego se queda en su habitación, a no ser que hayan venido voluntarios a tocar el piano. Parece que le encanta la música, pero ni siquiera cuando hacemos karaoke hemos conseguido convencerla de que cante con los otros residentes. El duelo y el cambio de casa a veces son más de lo que la cabeza y el cuerpo pueden soportar.

De inmediato imagino a alguien diciendo lo mismo de la abuela Judy. Sufro por esta pobre mujer, May.

—Espero que no se haya disgustado. Estoy segura de que no se quedó la pulsera a propósito. Se la regalaría, lo que pasa es que lleva mucho tiempo en

mi familia.

—Por favor, no. Es mejor que la devuelva. Una de las cosas que les cuesta más aceptar a nuestros residentes es que muchas de sus pertenencias no han venido con ellos. Tienden a ver cosas por aquí y a creerse que son suyas y que alguien se las ha quitado. Lo de tener que devolver objetos sustraídos es bastante frecuente. La señora Crandall todavía se está adaptando a haber dejado su casa. Ahora mismo está confusa y agitada, pero es normal.

—Sé que el cambio es duro. —La propiedad de mi abuela en la calle Lagniappe sigue cerrada con todas sus cosas dentro. No estamos preparados para decidir qué hacer con una vida de recuerdos e innumerables objetos familiares. Con el tiempo, la casa pasará a la siguiente generación, como ha ocurrido siempre. Con suerte una de mis hermanas se instalará en ella y así conservará la mayoría de las antigüedades—. ¿Tiene la señora Crandall familiares que la visiten? —Evito mencionar la historia de la hermana muerta. Me siento culpable hablando de esta mujer como si fuera una especie de... objeto de estudio. Es una persona. Igual que la abuela Judy.

La directora niega con la cabeza y frunce el ceño.

—Aquí no. Su hijo murió hace años. Tiene nietos, pero es una familia con matrimonios de segundas nupcias e hijos de padres distintos y ninguno vive cerca, así que es complicado. Hacen lo que pueden y, a decir verdad, la señora Crandall no ha colaborado nada. Al principio la llevaron a una residencia más cerca de su casa e intentó escaparse. La familia la trasladó aquí pensando que le vendría bien algo de distancia. En dos semanas ha tratado de irse tres veces. Que los residentes nuevos estén algo desorientados y sean poco colaboradores no es raro. Con un poco de suerte, mejorará cuando se haya aclimatado un poco. No me gustaría tener que trasladarla a la unidad de pacientes con alzhéimer, pero... —Cierra la boca antes de terminar la frase, al parecer porque se ha dado cuenta de que no debería estar contándome nada de esto.

—Lo siento mucho. —No puedo evitar tener la impresión de que he empeorado una situación ya mala de por sí—. ¿Podría verla... solo para darle las gracias por devolver la pulsera?

—No la devolvió... exactamente. La enfermera vio que la tenía.

—Por lo menos me gustaría decirle que agradezco haberla recuperado. — En realidad lo que me preocupa es que la directora parece tomarse todo esto de un modo tan... clínico. ¿Y si le he buscado problemas a May?—. Esta

pulsera era una de las favoritas de mi abuela. —Bajo la vista a las libélulas doradas de ornada montura con granates a modo de ojos y cuerpo multicolor.

—Aquí no restringimos las visitas, pero quizá sería mejor que no lo hiciera. Además, lo más probable es que la señora Crandall no quiera hablar con usted. Le haremos saber que hemos devuelto la pulsera y que está todo solucionado.

Terminamos la conversación con una charla agradable sobre la fiesta de cumpleaños y nos despedimos en la puerta de su despacho. De camino a la salida veo un cartel en el pasillo con nombres y números de habitación dispuestos ordenadamente en ranuras metálicas.

May Crandall, 107. Doblo la esquina.

La habitación 107 se encuentra al final del pasillo. La puerta está abierta. La cama de la primera mitad de la habitación está vacía. La cortina del centro está echada. Entro, susurro:

—¿Hola? ¿Señora Crandall?

El aire huele a cargado, las luces están apagadas, pero oigo el sonido ronco de una respiración.

—¿Señora Crandall?

Un paso más y veo unos pies que asoman de las mantas de la segunda cama. Son unos pies encogidos y curvos. Como si llevaran mucho tiempo sin soportar peso. No debe de ser ella.

Examino la mitad de la habitación que sin duda es de la señora Crandall. Es pequeña e impersonal y un poco deprimente. El apartamentito donde vive ahora la abuela Judy está amueblado con un sofá, una silla y una mesita y adornado con todas sus fotografías preferidas que pudimos meter; esta habitación dice que su ocupante no tiene intención de quedarse. Hay un único objeto personal en la mesilla de noche: un marco de fotos con un pie de terciopelo desgastado y polvoriento en la parte de atrás.

Sé que no debo ser cotilla, pero no me quito de la cabeza la imagen de May mirándome con sus ojos azules como el huevo de un petirrojo con expresión de necesitar algo. Desesperadamente. ¿Y si ha intentado escapar de aquí porque alguien la maltrata? Como fiscal federal, no puedo ignorar los horribles casos de maltrato a personas mayores. Los delitos federales como estafas por teléfono, suplantación de identidad o robo de cheques de la seguridad social entran dentro de nuestra jurisdicción. Hay demasiados casos de gente joven esperando echar el guante al dinero de sus parientes de mayor

edad. Es posible que los nietos de la señora Crandall sean maravillosos, pero es difícil entender que, en su estado, la hayan dejado aquí en lugar de en un sitio donde puedan supervisar sus cuidados.

Solo quiero cerciorarme, me digo. El sentido del deber de los Stafford es algo innato en mí. Me hace sentirme responsable del bienestar de los desconocidos, en especial de los indefensos o marginados. Las ONG son el segundo empleo a tiempo completo y no oficial de mi madre.

Por desgracia, el marco está vuelto contra la pared. Está hecho de esa celulosa nacarada que imita el marfil y que hacía juego con polveras, cepillos y abotonadores que usaban las mujeres en las décadas de 1930 y 1940. Ni siquiera inclinándome consigo ver la fotografía.

Al final lo hago y ya está. Le doy la vuelta al marco. Sepia y blanquecina en los bordes, es la fotografía de una pareja joven a la orilla de un lago o un estanque. El hombre lleva un sombrero de fieltro gastado y sostiene una caña de pescar. Es difícil distinguir sus facciones: ojos oscuros, pelo oscuro. Es guapo y la manera en que posa, con un pie apoyado en un tronco caído y los hombros delgados hacia atrás, transmite confianza, desafío incluso. Es como si retara al fotógrafo a que lo retrate.

La mujer está embarazada. El viento le atrapa el vestido de flores y dibuja los contornos de un vientre que parece demasiado grande para sus piernas largas y delgadas. La espesa melena rubia le llega formando espirales hasta casi la cintura. Lleva la parte delantera sujeta con un lazo desaliñado, como las niñas pequeñas. Es lo primero que me llama la atención de ella, que parece una adolescente disfrazada para una obra de teatro del instituto. *Las uvas de la ira*, quizá.

Lo segundo que pienso es que me recuerda a mi abuela. Parpadeo, me acerco más, pienso en las fotografías que colgamos con esmero en la habitación de la abuela Judy no hace mucho. Hay una en concreto, del viaje de fin de curso de su último año en el instituto; está sentada en un embarcadero de Coney Island y sonríe a la cámara.

Seguro que el parecido son imaginaciones mías. A juzgar por las ropas, esta fotografía es demasiado antigua para ser de la abuela Judy. Mi siempre estilosa abuela nunca habría vestido así, pero ahora mismo, mientras escudriño el cristal, solo me viene a la cabeza: *Podría ser ella*. También veo un parecido con mi sobrina Courtney, y, por supuesto, conmigo.

Saco el móvil e intento enfocar la cámara en la escasa luz.

El encuadre de la cámara viene y va. Saco una fotografía. Sale borrosa. Me acerco a la cama y pruebo otra vez. Por alguna razón, encender la lámpara me parece una intrusión y, si uso el flash, con el cristal no saldrá más que un destello blanco. Pero quiero una foto. Tal vez mi padre reconozca a alguna de estas personas... o quizá, una vez que llegue a casa y la mire de nuevo, me daré cuenta de que he exagerado el parecido. La fotografía es vieja y no demasiado nítida.

—Invadir el espacio de alguien sin haber sido invitado es de mala educación.

Me incorporo con un respingo mientras la cámara dispara otra vez y el teléfono se me resbala. Se cae dando vueltas y parezco un dibujo animado que intenta atraparlos en el aire a cámara lenta.

May Crandall entra en la habitación mientras rescato el móvil de debajo de la cama.

—Lo siento muchísimo. Quería... —No hay explicación posible a mi comportamiento. No la hay.

—¿Qué está haciendo exactamente? —Cuando me doy la vuelta se aparta, sorprendida. Pega la barbilla al cuello y a continuación la saca, despacio—. Has vuelto. —Mira el marco de fotos, indicándome que sabe que lo han movido—. ¿Eres uno de ellos?

—¿Ellos?

—Esta gente. —Mueve una mano en el aire indicando al personal de la residencia. Se acerca—. Me tienen encarcelada aquí.

Pienso en lo que me contó Leslie: la casa, el cadáver de la hermana. Quizá hay algo más que duelo y desorientación. En realidad no sé nada de esta mujer.

—Veo que lleva mi pulsera. —Señala mi muñeca.

Me vienen a la cabeza las palabras de la directora. *Casi nunca habla con nadie... No hace más que deambular por los pasillos y el jardín...*

Pero a mí me está hablando.

Sin poder evitarlo, pego la pulsera con fuerza a mi pecho cubriéndola con una mano.

—Lo siento, la pulsera era mía. Debió de caérseme cuando me cogió de la muñeca antes..., hoy..., en la fiesta de cumpleaños.

Parpadea como si no tuviera ni idea de lo que le hablo. ¿Quizá es que ha olvidado ya la fiesta?

—¿Tenía usted una igual? —pregunto.

—¿Una fiesta? No, claro que no.

El rencor asoma a su voz, potente y cáustico.

Tal vez la directora de la residencia ha valorado mal el estado de salud de esta mujer. He oído que la demencia senil y el alzhéimer pueden manifestarse en forma de paranoia y agitación. Lo que pasa es que nunca lo he visto. La abuela Judy está desorientada y en ocasiones impaciente consigo misma, pero sigue tan encantadora y cariñosa como siempre.

—Lo que quería decir es si ha tenido una pulsera como esta.

—Pues sí..., hasta que se la dieron a usted.

—No. Yo la llevaba cuando vine aquí esta mañana. Es un regalo de mi abuela. Una de sus joyas preferidas. De otro modo, se la... —Me interrumpo antes de decir: «De otro modo se la regalaría a usted». Me parece que sería ofensivo, como tratarla igual que a una niña pequeña.

Me mira largo rato. De pronto parece completamente lúcida, sagaz incluso.

—Quizá pueda presentarme a su abuela y así aclaramos esto. ¿Vive cerca de aquí?

Hay un cambio brusco en la atmósfera de la habitación. Lo noto, y no tiene nada que ver con el ventilador encendido en el techo. Esta mujer quiere algo de mí.

—Me temo que no es posible. Me gustaría, pero no puede ser. —En realidad jamás expondría a mi abuela a esta mujer extraña, implacable. Cuanto más habla, menos me cuesta imaginarla encerrada con el cadáver de su hermana.

—¿Está muerta, entonces? —De pronto parece abatida, vulnerable.

—No, pero tuvimos que sacarla de su casa y llevarla a una residencia.

—¿Hace poco?

—Hace aproximadamente un mes.

—Ah..., vaya, qué lástima. ¿Está contenta allí, por lo menos? —Una mirada implorante, desesperada, acompaña sus palabras y me invade una penetrante tristeza por May. ¿Qué vida habrá tenido? ¿Dónde están los amigos, los vecinos, los compañeros de trabajo..., las personas que deberían venir a verla ahora, aunque solo sea por sentido del deber? La abuela Judy al menos tiene una visita al día, en ocasiones dos o tres.

—Creo que sí. Para serle sincera, en su casa se sentía sola. Ahora que está en la residencia tiene gente con quien hablar, y todos los días hay juegos y

reuniones. Hacen manualidades y tienen una biblioteca con muchos libros. — Sin duda aquí también habrá alguna de esas cosas. Quizá consiga despertar un poco el interés de May, animarla a probar su nueva vida y a dejar de resistirse a las enfermeras. El rumbo que ha tomado nuestra conversación me está haciendo sospechar que no está tan desorientada como ha estado haciendo creer.

Ignora hábilmente mi insinuación y cambia de tema.

—Creo que la conocí. A su abuela. Me parece que íbamos al mismo club de bridge. —Me señala con un dedo torcido y arrugado—. Se parece bastante a ella.

—Eso dicen. Sí, tengo su pelo. Mis hermanas no, pero yo sí.

—Y sus ojos.

La conversación se ha vuelto íntima. Su mirada parece penetrarme hasta el tuétano.

¿Qué está pasando?

—Le..., le hablaré de usted cuando la vea. Pero es posible que no se acuerde. Tiene días buenos y malos.

—Como todos, ¿no? —May curva los labios hacia arriba y yo río nerviosa sin poder evitarlo.

Al cambiar de posición, rozo la lámpara de la mesilla con el codo y al sujetarla le doy al marco. Lo cojo antes de que se caiga, lo sostengo e intento resistirme a mirarlo de cerca.

—Siempre lo están tirando. Las chicas que trabajan aquí.

—Podría ponerlo en la cómoda.

—Lo quiero cerca.

—Ah..., vale. —Ojalá pudiera hacerle otra foto con el móvil. Desde este ángulo no habría destello y la cara se parece aún más a la de mi abuela. ¿Podría ser ella..., quizá vestida para una obra de teatro? En el curso de preparación a la universidad fue presidenta del club de teatro—. Precisamente cuando llegó usted me estaba preguntando... —Ahora que hemos tenido una charla amistosa, me parece que puedo preguntar—. La mujer de la fotografía me recuerda a mi abuela. Un poco.

Me vibra el teléfono, aún lo tengo en silencio del encuentro en el Ayuntamiento. Me acuerdo de que tengo a Ian esperando en el coche. Pero el mensaje es de mi madre. Quiere que la llame.

—Tienen el mismo pelo —admite May Crandall sin entusiasmo—. Pero

eso no es nada raro.

—No, supongo que no.

No me da más información. Devuelvo de mala gana el marco a su sitio en la mesilla de noche. May mira mi teléfono cuando vibra por segunda vez, es un mensaje de mi madre que quiere saber si he leído el otro. Sé que más me vale contestar.

—Me ha encantado conocerla —intento despedirme.

—¿Tiene que irse?

—Me temo que sí. Pero le preguntaré a mi abuela si se acuerda de su nombre.

Se humedece los labios y los chasquea un poco al separarlos.

—Vuelva y le contaré la historia de la fotografía. —Se gira con agilidad inesperada y, sin apoyarse en el bastón, se dirige hacia la puerta, añadiendo —: Tal vez.

Antes de que me dé tiempo a contestar, se ha ido.

Saco una fotografía mejor de la foto y me voy corriendo.

En el vestíbulo, Ian está revisando correos en el móvil. Al parecer se ha cansado de esperarme en el coche.

—Siento haber tardado tanto —digo.

—No pasa nada. Así he tenido tiempo de limpiar mi bandeja de entrada.

La directora de la residencia pasa cerca y frunce el ceño, preguntándose probablemente por qué sigo aquí. De no ser yo una Stafford, seguramente se habría parado para interrogarme. Pero como lo soy, aparta la vista y sigue su camino. Llevo dos meses de vuelta en Carolina del Sur y me sigue extrañando que me traten como a una estrella del rock solo por mi apellido. En Maryland he tratado a personas durante meses antes de que cayeran en la cuenta de que mi padre es senador. Era agradable tener la ocasión de demostrar quién soy por mí misma.

Ian y yo vamos al coche y enseguida quedamos atrapados en el atasco producido por unas obras en la carretera, así que aprovecho para llamar a mi madre. En casa no podré hablar con ella, con la reunión de las Hijas de la Revolución Americana celebrándose allí. Y después de eso estará ocupada asegurándose de que cada plato de porcelana y cada vaso de ponche está guardado en el sitio que le corresponde. Así es Honeybee, un as de la organización.

Y además nunca se le olvida un nombre.

—¿Conocemos a una tal May Crandall? —le pregunto después de que me pida que «me pase un momento» por la reunión de las Hijas de la Revolución Americana para causar buena impresión, estrechar unas cuantas manos y ganar puntos con las mujeres adecuadas. *Id a las mujeres y tendréis los votos*, dice siempre mi padre. *Solo los hombres poco inteligentes menosprecian su poder*.

—No creo —responde mi madre pensativa—. Crandall... Crandall...

—May Crandall. Tendrá la edad de la abuela Judy. ¿Puede ser que fueran compañeras de bridge?

—Huy, imposible. La abuela Judy solo jugaba al bridge con amigas. —Por «amigas» se refiere a conocidas de la familia desde hace muchos años, en su mayoría con vínculos de generaciones. Gente de nuestro círculo social—. Lois Heartstein, Dot Greeley, Mini Clarkson... Tú las conoces.

—Vale.

Quizá May Crandall no es más que una anciana desorientada con la cabeza llena de recuerdos mezclados que tienen poco que ver con la realidad. Aunque eso no explica la fotografía de la mesilla.

—¿Por qué?

—Por nada especial. La he conocido hoy en la residencia de mayores.

—Qué bien. Ha sido muy amable por tu parte charlar con ella. Algunas de esas personas están muy solas. Lo más seguro es que sepa quiénes somos, Avery. Le pasa a mucha gente.

Me horrorizo y confío en que Ian no haya oído la última frase de mi madre. Es embarazoso.

La fotografía no se me va de la cabeza.

—¿Quién va esta noche a ver a la abuela Judy?

—Tenía intención de ir yo. Después de la reunión de las Hijas de la Revolución Americana, si no se me hace muy tarde. —Mamá suspira—. Tu padre no podrá. —Como siempre, Honeybee se hace cargo de las responsabilidades familiares cuando el trabajo de papá le impide a él hacerlo.

—¿Por qué no te quedas en casa y descansas? —sugiero—. Ya voy yo.

—Pero ¿primero te pasarás por la reunión? —insiste mi madre—. Bitsy ha vuelto ya del lago Tahoe. Se muere de ganas de verte.

De pronto me invade la sensación horrible, desesperante, que debe de tener un animal salvaje cuando se cierra la puerta de su jaula. No me extraña que mi madre quiera que vaya a la reunión de las Hijas de la Revolución

Americana. Bitsy está en la ciudad. Dada la lista de invitadas, no me voy a librar de un interrogatorio múltiple acerca de si Elliot y yo hemos fijado ya la fecha de la boda, elegido vajilla y cubertería, hablado de dónde y cuándo: a cubierto o al aire libre, en invierno o en primavera.

«No tenemos ninguna prisa. Ahora mismo estamos los dos muy ocupados. Queremos esperar a cuando nos apetezca» no es lo que Bitsy quiere oír. Una vez que ella y las damas de la HRA me tengan acorralada, no me dejarán ir hasta que hayan usado todas las armas de su arsenal para obtener las respuestas que buscan.

Tengo el triste presentimiento de que, después de todo, no me va a dar tiempo a ir a Magnolia Manor esta noche a preguntarle a mi abuela por la fotografía.

6

Rill

En mi sueño navegamos por el río. El motor modelo T que puso Briny en la popa del barco nos permite remontar la corriente con facilidad, como si no pesáramos nada. Queenie está sentada sobre el techo de la casa igual que si viajara en elefante. Lleva la cabeza echada hacia atrás y el pelo le ondea bajo el sombrero rojo de plumas. Canta una canción que aprendió de un viejo irlandés en un campamento.

—¿No es bonita como una reina? —pregunta Briny.

El sol calienta, los gorriones cantores trinan y róbalos gordos saltan en el agua. Una bandada de pelícanos blancos vuela formando una flecha que apunta hacia el norte, lo que significa que tenemos todo el verano por delante. No se ven barcos de vapor de ruedas, barcas ni remolcadores por ninguna parte. El río es nuestro.

Solo nuestro.

—¿Y en qué te convierte eso? —me pregunta Briny en mi sueño.

—¡En la princesa Rill del reino de Arcadia! —grito.

Briny me pone una corona de madreselva en la cabeza y me nombra princesa, como hacen los reyes en los cuentos.

Por la mañana, cuando me despierto, conservo un sabor dulce en la boca. Me dura hasta que abro los ojos y me acuerdo de por qué estamos los cinco en la cama de Queenie y Briny, atravesados en el colchón igual que el contenido de la red de un pescador, brillantes de sudor.

Queenie no está. Pienso en ello justo antes de darme cuenta de lo que me ha despertado.

Alguien llama a la puerta.

El corazón me da un salto y yo también. Me pongo uno de los chales de Queenie por encima del camisón para ir a ver quién es. Al otro lado de la puerta está Zede y a pesar del cristal veo que su cara con largos bigotes blancos está larga y triste. Se me hace un nudo en el estómago.

Fuera, la tormenta ha amainado. El aire de la mañana se ha vuelto cálido y húmedo, pero abro la puerta y, cuando salgo, noto cómo el frío penetra el viejo camisón de algodón al que Queenie tuvo que coser un volante porque he crecido mucho. Dijo que una chica de mi edad no debía enseñar tanto las piernas.

Me cierro más el chal, no por Zede o porque tenga un cuerpo de mujer que ocultar —dice Queenie que ya llegará el momento, todavía no toca—, sino porque hay un muchacho en su bote. Es muy flaco, pero alto. Tiene la piel oscura como un cajún o como un indio. Aún no es un hombre, pero creo que es mayor que yo. Tendrá unos quince años. Zede siempre está adoptando a alguien; tiene prohibado a medio río.

El chico esconde su cara bajo una gorra raída y tiene la vista fija en el fondo de la barca y no en mí. Zede no nos presenta.

Sé lo que significa eso, pero me gustaría que no fuera así.

La mano de Zede me pesa en el hombro. Busca consolarme, pero quiero escapar de ella, salir corriendo a algún lugar de la orilla, corriendo tan deprisa que mis pies apenas dejen huella en la arena mojada.

Me suben lágrimas por la garganta y trago con fuerza. A mi espalda, Fern pega la cara al cristal. Era de esperar que se levantara y me siguiera. Nunca me deja alejarme demasiado.

—Los bebés de Queenie no han sobrevivido. —Zede no es de los que se andan por las ramas.

Algo se muere dentro de mí, un hermanito o una hermanita con el que tenía intención de jugar como si fuera una muñeca de porcelana nueva.

—¿Ninguno de los dos?

—El médico dijo que no. Que no pudo salvar a ninguno. Dijo que habría dado igual que Briny hubiera llevado antes a vuestra madre al hospital. Que los bebés no estaban destinados a vivir y eso es todo.

Sacudo la cabeza con fuerza en un intento de sacar esas palabras de mis oídos, como cuando te entra agua después de nadar. No puede ser verdad. No en el reino de Arcadia. El río es nuestro amuleto. Briny prometió que siempre

nos protegería.

—¿Qué dijo Briny?

—Está destrozado. Lo he dejado allí con vuestra madre. Tenían que firmar unos papeles en el hospital y no sé qué más. Todavía no le habían contado a tu madre lo de los bebés. Supongo que Briny se lo dirá cuando esté mejor. Se pondrá bien, ha dicho el médico.

Pero conozco a Queenie. No estará bien. Nada la hace más feliz que tener un nuevo bebé en brazos.

Zede me dice que tiene que volver al hospital, que Briny no estaba bien esta mañana.

—He ido a ver si encontraba alguna mujer en el campamento del río que pudiera echaros un ojo, pero casi no había nadie. Ha habido líos con la policía y casi todos los del campamento se han echado al río. He traído a Silas para que os cuide hasta que pueda traer a vuestro padre del hospital. — Hace un gesto en dirección al chico que está en la lancha, el cual levanta la vista, sorprendido. Supongo que no sabía que Zede tenía intención de dejarlo aquí.

—Podemos cuidarnos solos.

Yo lo que quiero es que Queenie y Briny regresen a casa y volvamos a navegar río abajo. Lo quiero tanto que me duele por dentro, debajo del nudo que tengo en el estómago.

—No tenemos para darle de comer. —Camellia está en la puerta haciendo su aportación.

—Buenos días, señorita Rayo de Sol. —Zede llama siempre así a Camellia porque es justo lo opuesto de un rayo de sol.

—Pensaba coger unas ranas. —Lo dice como si acabaran de nombrarla capitana del *Arcadia*.

—De eso nada —le contesto—. No debemos salir del barco. Ninguno.

Zede señala a mi hermana con el dedo.

—No os mováis de aquí. —Mira el río de reajo—. No sé qué es lo que ha echado a la gente del campamento de la isla de Mud, pero es mejor que estéis aquí en este remanso, solos. Lo importante es que no hagáis ruido, no llaméis la atención ni nada de eso.

Algo me presiona el pecho. Algo pesado. La preocupación se hace un nido dentro de mí y se instala. No quiero que Zede se vaya.

Fern se acerca y se agarra a mi pierna. La cojo en brazos y acerco la

barbilla a sus rizos despeinados. Es un consuelo.

Sale Gabion y lo cojo también a él y el peso de los dos no me deja moverme. El chal de Queenie se me tensa alrededor de los hombros y me aprieta.

Zede me pone de nuevo al mando y trae al chico, Silas, a bordo del *Arcadia*. Silas es más alto de lo que pensaba. Está flaco como una estaca, pero sería guapo si no tuviera el labio roto y un ojo amoratado. Si es verdad lo que Zede dijo de que viajaba de polizón en los trenes, ha tenido suerte de que los matones del ferrocarril no lo hayan dejado en peor estado.

Se sienta en la baranda del porche como si tuviera intención de quedarse ahí.

—Cuídalos —le dice Zede.

Silas asiente con la cabeza, pero salta a la vista que no está contento. Un azor pasa volando en busca de una presa y Silas lo mira. Luego se queda con la cara vuelta en dirección a Memphis.

Zede deja comida: un saco de harina de maíz, un puñado de zanahorias, diez huevos y algo de pescado salado.

Silas mira a Zede subirse al bote y desaparecer.

—¿Tienes hambre? —le pregunto.

Se vuelve a mirarme y entonces es cuando me acuerdo de que voy en camión. Siento el aire húmedo tocándome la piel donde tengo el escote abierto por el peso de mis dos hermanos en brazos.

Silas aparta la vista como si se hubiera dado cuenta.

—Algo. —Tiene los ojos oscuros como la medianoche en el agua. Reflejan todo lo que mira: una garza que pesca cerca, ramas que cuelgan de un árbol quebrado, el cielo de la mañana con sus nubes blancas como la espuma... A mí—. ¿Sabes cocinar?

Por la manera en que lo dice parece que ha decidido ya que no sé.

Levanto la barbilla y me pongo recta. El chal de Queenie me aprieta aún más. Me parece que Silas no me gusta demasiado.

—Sí, sé cocinar.

—Buah —suelta Camellia.

—Tú te callas. —Dejo a los pequeños en el suelo y los empujo en su dirección—. Y cuídalos. ¿Dónde está Lark?

—Sigue acostada.

—Pues cuídala a ella también.

Lark puede escabullirse tan veloz y silenciosa como un susurro. Una vez se tumbó en un pequeño claro junto a un arroyo y se quedó dormida. Tardamos un día y media noche en encontrarla. Queenie casi se volvió loca de preocupación.

—Será mejor que me asegure de que no quemas el barco —refunfuña Silas.

Entonces lo decido: este chico no me gusta nada.

Pero cuando cruzamos la puerta, me mira, y una de las comisuras del labio partido sube y pienso que igual no es tan malo.

Encendemos la estufa y cocino lo mejor que sé. Ni Silas ni yo tenemos demasiada idea. La estufa es territorio de Queenie y nunca me he interesado por ella. Siempre he preferido estar fuera mirando el río y sus animales y escuchando a Briny contar historias sobre caballeros y castillos e indios del oeste, en lugares lejanos. Yo creo que Briny ha estado casi en todas partes.

Silas también ha visto mundo. Mientras cocinamos y nos sentamos a comer, habla de cómo ha viajado de polizón por cinco estados, de cómo ha arañado comida en campamentos y vivido de la tierra como un indio salvaje.

—¿Por qué no tienes mamá? —pregunta Camellia cuando se termina una tortita solo un poco quemada por los bordes.

Lark asiente en silencio porque también quiere saberlo, pero es demasiado tímida para preguntar.

Silas agita un elegante tenedor de plata que Briny encontró en la arena junto a los restos de un viejo barco abandonado.

—La tuve. Y la quería y eso, hasta los nueve años. Luego me fui y no he vuelto a verla.

—¿Y eso? —Miro muy seria a Silas, para ver si habla en broma. Con todo lo que estoy echando ya de menos a Queenie, no me cabe en la cabeza que alguien se aleje de su madre a propósito.

—Se casó con un tipo al que le gustaba beber whisky y pegar zurras. Aguanté un año y decidí que era mejor hacer mi vida. —El brillo de sus ojos se apaga un instante y no queda más que oscuridad. Pero con la misma rapidez se encoge de hombros y sonrío y entonces reaparecen los hoyuelos de las mejillas—. Me fui con unos recolectores que buscaban trabajo. Subimos hasta Canadá recogiendo manzanas y cosechando trigo. Cuando eso se terminó, volví al sur y trabajé en lo que podía.

—¿Con solo diez años? —Camellia chasquea los labios para hacerle saber

que no se cree una palabra—. ¿Todo eso has hecho? Apuesto a que no.

Silencioso como un gato, Silas se gira en la silla, se levanta la falda de la gastada camisa y nos enseña las cicatrices que tiene en la espalda. Los cinco nos separamos de un salto de la mesa. Ni siquiera Camellia tiene una de sus respuestas de listilla preparada.

—Dad gracias de tener padre y madre. —Silas la mira con dureza—. No se os ocurra nunca abandonarlos si son buenos con vosotros. Los hay que no lo son.

Todos nos callamos durante un minuto y a Lark se le llenan los ojos de lágrimas. Silas rebaña los restos de su huevo y bebe un sorbo de agua. Nos mira por encima del borde de la taza de hojalata y frunce el ceño como si no entendiera por qué tenemos esas caras tan largas.

—Tú, peque. —Le pellizca la nariz a Lark y las pestañas de esta aletean como dos alas de mariposa—. ¿Te he contado lo que me pasó cuando conocí a Banjo Bill y a Henry, su perro bailarín?

Y así, de repente, ya está contando otra historia y luego otra más. El tiempo pasa volando mientras terminamos de comer y recogemos los platos sucios.

—No cocinas nada mal. —Silas se pasa la lengua por los labios cuando terminamos de fregar los platos en el cubo en el porche. Para entonces Fern lleva el vestido del revés porque se lo ha puesto ella sola y Gabion corretea medio desnudo buscando a alguien que lo limpie después de haber ido solo al retrete, que está en la parte trasera del barco. Menos mal que no se ha caído al río. El retrete no tiene suelo, solo agua.

Le digo a Camellia que lo saque al porche, le remoje el trasero en el río y se lo seque. Será lo más fácil.

A Camellia se le hinchan las aletas de la nariz. La única cosa en el mundo que le da miedo es la caca. Y esa es precisamente la razón por la que la obligo a limpiar a Gabby. Se lo merece. Esta mañana no ha ayudado en nada.

—¡Mellia! ¡Mellia! —grita nuestro hermano pequeño tambaleándose sobre sus piernas gordezuelas hacia la puerta, con el culo al aire—. ¡*Toi susio!*

Mi hermana me mira con desdén, abre la puerta mosquitera y saca a Gabion, cogiéndolo de un brazo de manera que este queda de puntillas.

—Ya lo hago yo —susurra Lark con la esperanza de poner fin a la discusión.

—Deja que se ocupe Camellia. Tú eres demasiado pequeña.

Silas y yo nos miramos y sonrío un poco.

—¿No piensas vestirme en todo el día?

Me miro y me doy cuenta de que ni me he cambiado ni he pensado siquiera en ello, tan distraída estaba con las historias de Silas.

—Debería —contesto y me río de mí misma mientras descuelgo el vestido de su gancho y me quedo con él en la mano—. Pero tienes que salir, y nada de espiar.

Me ha venido un pensamiento raro a la cabeza mientras Silas y yo cocinábamos y cuidábamos de los pequeños. He estado jugando a que soy la mamá y Silas el papá y que esta es nuestra casa. Me ayudaba a no pensar en que Queenie y Briny siguen fuera.

Pero no pienso desnudarme delante de él, ni de nadie. Este último año he crecido tanto que ahora siempre me visto detrás de la cortina, como hace Queenie. Prefiero que me azoten con un látigo y me dejen señales a que alguien me vea desnuda.

—Sí, claro —dice Silas y pone los ojos en blanco—. ¿Y qué voy a ver? Si eres una niña.

Me quema la piel de la cabeza a los pies y me arden las mejillas.

Al otro lado de la puerta mosquitera, Camellia se ríe.

Me sonrojo aún más. Si pudiera, los tiraría a ella y a Silas al agua ahora mismo.

—Y llévate a los niños —ordeno cortante—. Las mujeres necesitan intimidad.

—¿Y tú cómo vas a saberlo? No eres una mujer. No eres más que un muñeco pelón solo que con pelo —bromea Silas, pero no me hace gracia, sobre todo porque Camellia le está oyendo. Está en el porche con Fern y Lark disfrutando del espectáculo.

Se me tensa hasta el último músculo del cuerpo. No me enfado con facilidad, pero cuando lo hago es como si tuviera fuego dentro.

—Pues tú no eres más que... ¡un palillo! Un niño palillo. Como haga un poco de viento, saldrás volando, de lo flaco que estás. —Le hago frente con toda la cara de odio que soy capaz de poner y los brazos en jarras.

—Por lo menos no tengo un pelo que parece un trapo para fregar el suelo. —Coge la gorra del gancho y se va furioso hacia la puerta. Desde algún punto de la pasarela grita—: Deberías unirte al circo, eso es lo que deberías hacer. ¡Podrías trabajar de payaso!

Me miro en el espejo de la pared y veo rizos rubios apuntando en todas las direcciones y la cara roja como la cabeza de un pájaro carpintero. Antes de que me dé tiempo a asimilar mi aspecto, ya estoy corriendo a la puerta y gritando:

—Silas... Silas como te llames. Si es que tienes apellido. No te necesitamos y...

En la orilla, de pronto se agacha y me hace un gesto con la mano. No puedo verle la cara debajo de la gorra, pero está claro que algo malo pasa. Ha visto algo en el bosque.

El calor de mi piel cambia de dirección, se vuelve interno.

—¡Eso, sigue andando! —grita Camellia inmiscuyéndose en la pelea—. Lárgate de nuestro barco, so palillo.

Silas nos mira y nos hace un gesto de nuevo con la palma de la mano. Los arbustos se cierran detrás de él cuando se interna en la espesura.

—No te has escondido. ¡Te estoy viendo!

—¡Cállate, Camellia! —Abro la puerta mosquitera y meto a Fern y a Lark.

Camellia me mira con el ceño fruncido. Está inclinada sobre la barandilla sujetando a Gabion por los brazos. El trasero de este se balancea en el agua mientras da patadas y ríe. Camellia simula dejarlo caer, luego le tira de los brazos y Gabion grita antes de que me dé tiempo a llegar.

—Vamos dentro. —Me asomo e intento coger a mi hermano del brazo, pero Camellia me aparta y lo sostiene por una mano.

—Se lo está pasando bien —dice— y dentro hace calor. —La melena espesa y oscura le cae hacia delante, las puntas llegan hasta el agua y la tocan como tinta derramada—. ¿Quieres ir a nadar? —le pregunta a Gabby. Por un momento creo que se va a tirar al agua con él.

En la orilla, Silas se asoma entre los arbustos y se lleva un dedo a los labios en un intento por hacernos callar.

—Algo pasa. —Cojo la mano de Gabion y lo levanto como si fuera un hueso de los deseos, tirando de mi hermana con él.

—Auuuu —protesta esta cuando se golpea el hombro contra la barandilla.

—¡Meteos dentro! —En la orilla se abren las hojas y veo algo negro, quizá un sombrero de hombre—. Hay alguien ahí.

Camellia resopla.

—Lo que pasa es que quieres que vuelva el chico. —No ve a Silas, pero este debe de estar a menos de tres metros de donde se rompe una rama y un

cuervo echa a volar mientras grazna enfadado.

—Ahí, ¿lo ves?

Camellia ve la mancha negra. Es alguien que viene, eso seguro, pero, en lugar de entrar, Camellia va al otro lado del barco.

—Voy a bajar por la parte de atrás a ver quién es.

—No —susurro, pero lo cierto es que no estoy segura de qué hacer. Me gustaría soltar las amarras y sacar el *Arcadia* de la arena y navegar. El río está quieto y en calma esta mañana, así que nos resultaría fácil sacarlo, solo que no me atrevo. Con solo Camellia y yo y quizá Silas para evitar que el *Arcadia* encalle en un banco de arena o que lo arrollen una barcaza o un vapor de ruedas, no hay forma de saber lo que puede pasarnos en el río.

—Vamos dentro —digo—. Igual se piensa que el barco está vacío y sigue su camino.

Pero ¿qué puede traer a alguien a este remanso solitario?

—Tal vez es un cazador de ardillas —comenta Camellia esperanzada—. Y nos da una para cenar, si somos amables. —Sabe ser encantadora cuando quiere, por ejemplo, cuando alguien tiene caramelos para regalar o tortitas fritas para compartir alrededor de una hoguera.

—Zede nos dijo que no hiciéramos ruido. Y Briny nos dará una buena zurra si se entera. —Briny no nos ha zurrado a ninguno jamás, pero en ocasiones nos amenaza. La idea preocupa a Camellia lo suficiente para cruzar el porche hasta reunirse conmigo y entramos.

Atrancamos las puertas, nos subimos a la cama grande y corremos la cortina. Esperamos y escuchamos. Me parece oír al hombre en la orilla. Luego decido que ha debido de marcharse. Quizá no era más que un cazador o un vagabundo.

—¡Ah del barco!

—Chsss. —Me tiembla la voz. Ojos grandes y preocupados me miran. Cuando creces en el río, aprendes a desconfiar de desconocidos. El río es un sitio en el que terminan personas huyendo de cosas malas que han hecho en otra parte.

Camellia se me acerca.

—No es Zede. —Su susurro me eriza los pelos de la nuca.

El barco se mece un poco. Alguien ha puesto un pie en la pasarela.

Lark se arrima más a mí y Fern se acurruca en mi regazo, con la mejilla pegada a mi corazón.

El *Arcadia* se inclina hacia la orilla por efecto del peso del hombre. Es corpulento. Sea quien sea, Silas no es rival para él.

Me llevo un dedo a los labios. Los cinco nos quedamos paralizados como un cervatillo cuando su madre se aleja para alimentarse.

El hombre ya está en el porche.

—¡Ah del barco! —repite.

Vete... Aquí no hay nadie.

Intenta abrir la puerta y el pomo gira despacio.

—¿Ah del barco?

La puerta choca con la tranca y no se abre más.

Una sombra se dibuja en el cuadrado de la luz de la ventana en el suelo. Una cabeza de hombre. Los contornos de un sombrero. En la mano lleva un palo o un bate. Golpetea el cristal con él.

¿Un policía? Me temo que sí. La policía viene a por la gente que vive en barcos cuando les parece. Peinan los campamentos, dan palizas a los habitantes del río, se llevan lo que quieren y nos echan. Por eso siempre fondeamos solos, a no ser que Briny necesite estar con otras personas por algún motivo especial.

—¿Puedo ayudarlo, agente? —Silas interrumpe al desconocido cuando este se dirige a la otra ventana para ver el interior del barco. Sus sombras se alargan juntas en el suelo, una le saca una cabeza a la otra.

—¿Vives aquí, hijo?

—No. Estoy cazando. Mi padre está por aquí cerca.

—¿Viven aquí niños? —La voz no es despectiva, pero sí seria. ¿Y si detienen a Silas por mentir?

—No lo sé. No había visto el barco hasta ahora.

—No me digas. Me parece que me estás contando una patraña, golfillo del río. Te he oído hablar con alguien en este barco.

—No, señor. —Silas habla seguro como el amanecer—. Los he visto irse en un esquife hará... un par de horas quizá. Usted debe de haber oído a alguien del campamento. El sonido en el río viaja muy deprisa.

El hombre da un paso rápido hacia Silas.

—No me des lecciones, chico. Este es mi río y llevo media mañana buscando a esos niños. Haz que salgan, para que pueda llevármelos a la ciudad con su padre y su madre. —Cuando Silas no contesta, el agente se acerca más a él y las sombras de ambos se unen a la altura de las caras—.

Mira, hijo, estoy seguro de que no quieres buscarte problemas con la ley. Además, ¿quién te ha puesto así el ojo? ¿No habrás estado metido en algo? ¿Tienes familia o eres un vagabundo?

—Tengo a mi tío Zede. Me cuida.

—Creía que me habías dicho que estabas cazando por aquí con tu padre.

—También tengo a mi padre.

—Si mientes a un agente de policía, terminarás en la cárcel, golfillo del río.

—No estoy mintiendo.

Oigo otras voces que se acercan. Hombres gritar en el bosque y un perro ladrar.

—Di a los niños que salgan. Nos han mandado sus padres a buscarlos.

—Dígame entonces cómo se llama su padre.

Camellia y yo nos miramos. Tiene los ojos grandes como dos avellanas. Niega con la cabeza. Está pensando lo mismo que yo. *Briny no mandaría a la policía aquí y, si lo hubiera hecho, habrían sabido llegar al barco.*

¿Qué quiere este hombre de nosotros?

Miramos por la rendija de la cortina cómo la sombra grande levanta a la pequeña por el cuello de la camisa. Silas tose y se atraganta.

—No me seas insolente, chico. No he venido en tu busca, pero, como sigas dándome problemas, te llevaremos con nosotros. Ya verás dónde terminan los arrapiezos como tú en esta ciudad.

Antes de que a Camellia le dé tiempo a sujetarme, me he bajado de la cama.

—No, Rill. ¡No!

Me agarra del camión, pero se le desliza entre los dedos. Cuando abro la puerta, lo primero que veo son los pies de Silas suspendidos a quince centímetros del suelo. Tiene la cara morada. Intenta dar un puñetazo y el policía se ríe.

—¿Quieres pegarme, chico? Voy a meterte un minuto debajo del agua a ver si te tranquilizas.

—¡Pare, no! —Oigo llegar a más hombres. Hay algunos en la orilla y por estribor se acerca una embarcación a motor.

No sé qué hemos hecho mal —aparte de vivir en el río—, pero no hay duda de que nos han cogido. A Silas no le servirá de nada que lo maten o que se lo lleven con nosotros.

El agente lo suelta tan bruscamente que aterriza contra la pared de la casa y

se golpea fuerte contra la madera.

—Vamos, Silas —digo, pero me tiembla tanto la voz que apenas se me oye—. Vete a casa. Ni siquiera deberías estar aquí. Queremos ir a ver a papá y a mamá.

Imagino que será mejor que colaboremos. De estar yo sola, podría quizá saltar del barco y llegar al bosque antes de que los hombres me cogieran, pero con mis hermanas pequeñas y Gabion es imposible. Si una cosa tengo clara es que Briny quiere que permanezcamos juntos pase lo que pase.

Me pongo recta, miro al agente de policía y trato de parecer lo mayor posible.

Este sonrío.

—Buena chica.

—¿Está bien mi padre?

—Pues claro que sí.

—¿Y mi madre?

—Perfectamente. Quiere que vayáis a visitarla.

Ni siquiera tengo que mirarle a los ojos para saber que miente. Es imposible que Queenie esté perfectamente ahora mismo. Esté donde esté, tendrá el corazón roto por los bebés.

Trago saliva y la noto bajar como una esquirla de hielo que se acabara de desprender de un témpano.

—Voy por los demás.

El agente se acerca, me coge del brazo y hace ademán de detenerme.

—Tú eres una listilla, me parece. —Se pasa la lengua por los dientes y por primera vez lo tengo lo bastante cerca para verle la cara debajo del ala brillante del sombrero. Tiene ojos grises y mezquinos, pero no fríos, como habría imaginado. Están interesados en algo, aunque no sé en qué. Baja la mirada de mi cara por el cuello y hasta el hombro que ahora mismo asoma del camisón—. Alguien debería darte de comer.

Detrás de él, Silas se pone de pie vacilante, parpadea y se tambalea. Pone una mano en un hacha que hay junto a la pila de leña.

No, intento decirle sin hablar. ¿Es que no oye a los hombres en la orilla y la lancha a motor que se acerca?

De dentro de la casa llega un chirrido suave y agudo lo bastante alto para que pueda oírlo. La puerta del retrete. Camellia está intentando escapar por la parte de atrás.

Haz algo.

—Mi hermanito está aprendiendo a dejar el orinal. Tengo que limpiarle antes de irnos o habrá caca por todas partes. A no ser que quiera hacerlo usted.

Es lo único que se me ocurre. A los hombres no les gustan los niños sucios.

Briny no los toca si no es para meterlos en el río, y eso es si no estamos Queenie o Camellia o yo para hacerlo.

El agente frunce los labios, me suelta y se vuelve para escuchar. Silas levanta la mano del hacha y cierra los puños con los flacos brazos estirados.

—Será mejor que te des prisa. —Los labios del policía esbozan una sonrisa, pero no hay amabilidad en ella—. Tu mamá espera.

—Silas, vamos. Vete. —Me detengo en la puerta, le miro pensando: *Vete, ¡corre!*

El agente mira a Silas y después a mí. Se echa la mano al cinturón, donde lleva el arma, la porra, las esposas de metal negro. ¿Qué piensa hacer?

—¡Vamos, vete! —grito y le doy a Silas un empujón—. ¡Briny y Zede no te querían aquí!

Nos miramos. Niega ligeramente con la cabeza. Yo hago una inclinación con la mía. Cierra los ojos muy despacio, luego los abre y echa a correr por la pasarela.

—¡Hay uno en el agua! —grita otro policía desde la orilla. Los hombres de la lancha chillan y el motor acelera.

¡Camellia! Me giro y entro corriendo, con las pisadas pesadas del policía siguiéndome. Me empuja y aterrizo contra la estufa, él corre hasta la parte de atrás, donde la puerta de popa está abierta. Fern, Lark y Gabion están muy juntos, pegados a la barandilla. El hombre los obliga a entrar, con violencia, y aterrizan en un revoltijo, gritando y llorando.

—¡Mellia! ¡Mellia! —gime Gabion y señala el retrete, donde mi hermana ha bajado por el agujero de la letrina al agua. Ahora se dirige hacia la orilla, con el camisón mojado pegado a sus piernas largas y bronceadas. Un agente corre detrás de ella y los hombres de la lancha los siguen desde el río.

Se sube a una madera a la deriva, veloz y ágil como una liebre.

Gabion deja escapar un chillido.

El agente del porche trasero desenfunda su pistola.

—¡No!

Intento abalanzarme sobre él, pero tengo a Fern abrazada a las piernas. Nos

caemos, llevándonos a Lark con nosotras. Esta grita fuerte y lo último que veo antes de que el cajón de leña me tape la vista es al hombre de la orilla que salta por encima de una rama, alarga una mano y sujeta a Camellia por la melena.

Cuando consigo levantarme, está resistiéndose como una loca, dando patadas, chillando y gruñendo. Agita brazos y piernas mientras el policía la sujeta lejos de sí.

Los hombres de la lancha motora echan la cabeza atrás y ríen como borrachos en una pelea en los billares.

Hacen falta tres de ellos para subir a mi hermana a la lancha y dos para sujetarla una vez allí. Cuando se dirigen al *Arcadia*, tienen a Camellia inmovilizada en el suelo. Están sucios de barro y furiosos porque huele a letrina y ahora ellos también.

El agente que está a bordo del *Arcadia* se ha quedado en la puerta con los brazos cruzados y apoyado en el quicio, como si se encontrara cómodo ahí.

—Ahora os vais a vestir... donde yo pueda veros. No queremos que se escape nadie más.

No pienso vestirme delante de él, así que me ocupo primero de Gabion, Lark y Fern. Por fin me pongo el vestido encima del camisón, aunque hace demasiado calor para ello.

El policía ríe.

—Muy bien. Si es lo que quieres... Ahora vais a estar muy calladitos y educados y os llevaremos a ver a vuestros padres.

Obedezco y lo seguimos fuera de la casa y cierro la puerta a mi espalda. No puedo tragar, ni respirar, ni pensar.

—Menos mal que los otros cuatro no han dado tanta guerra —dice uno de los agentes. Tiene a Camellia inmovilizada en el suelo de la lancha con los brazos detrás del cuerpo—. Esta es un gato salvaje.

—Pues huele más bien a jabalí —bromea el otro agente. Nos ayuda a acomodarnos. Coge a Gabion, a Fern y luego a Lark y les dice que se sienten en el suelo. Camellia me mira mal cuando yo hago lo mismo.

Cree que es mi culpa, que debería haberme resistido y haber impedido esto de alguna manera.

Tal vez debería haberlo hecho.

—Estos le van a gustar —grita uno de los hombres mientras el motor arranca y nos aleja del *Arcadia*. Pone su manaza en la cabeza de Lark y esta

se aparta y gatea hasta pegarse a mí. Fern hace lo mismo. Solo Gabion es demasiado pequeño para saber que debería estar asustado.

—Le gustan rubios, ¿verdad? —El agente que subió a bordo del *Arcadia* ríe—. Lo que no sé es qué va a hacer con esta apestosa. —Señala con el mentón a Camellia y esta hace acopio de saliva y le escupe. El hombre hace ademán de abofetearla, pero luego se limita a reír y a limpiarse los pantalones.

—¿Al almacén Dawson entonces? —pregunta el hombre que lleva el motor.

—Eso dijeron.

No sé cuánto tiempo estamos en el agua. Cruzamos el río, luego el canal por el que el Wolf desemboca en el Misisipi. Cuando rodeamos el extremo de la isla de Mud, vemos Memphis. Edificios que se alargan hacia el cielo como monstruos esperando para engullirnos enteros. Pienso en saltar al agua. Pienso en escapar. Pienso en pelear. Veo pasar barcos: remolcadores, barcos de vapor de ruedas, lanchas de pesca y barcazas. Incluso una casa flotante. Pienso en gritar, agitar los brazos y pedir ayuda.

Pero ¿quién nos iba a ayudar?

Estos hombres son policías.

¿Nos llevan a la cárcel?

Una mano se posa en mi hombro como si alguien hubiera estado leyéndome los pensamientos. Se queda ahí hasta que llegamos a un embarcadero. Colina arriba veo más edificios.

—Ahora vas a ser muy buenecita y a no dejar que tus hermanos se porten mal —me susurra al oído el agente del *Arcadia*. A continuación les dice a los otros hombres que sujeten al gato salvaje un momento, hasta que «ella» nos haya visto a los cuatro.

Recorremos la pasarela en fila india, yo con Gabion a la cadera. Los tintineos y chasquidos de las máquinas y el olor a alquitrán caliente me atrapan y pierdo los aromas del río. Cruzamos una calle y oigo a una mujer cantar, a un hombre gritar, un martillo golpear metal. Las pelusas de las balas de algodón flotan en el aire como nieve.

En un arbusto escuálido de un extremo de un aparcamiento un cardenal emite su agudo canto: güip, güip, güip.

Hay un automóvil cerca. Un automóvil grande. Un hombre uniformado se baja de él y lo rodea hasta la puerta trasera y la abre para dejar salir a una

mujer. Se queda mirándonos, parpadeando en la luz del sol. Es una mujer ni joven ni vieja, sino algo entremedias. Es gruesa y corpulenta, su cuerpo forma pliegues de grasa dentro del vestido de flores. Lleva el pelo corto; parte de él es castaño, parte gris.

Su cara me recuerda a una garza. Por cómo nos mira mientras los agentes nos colocan en fila. Sus ojos grises se mueven veloces y nerviosos, registrando todo lo que ocurre.

—Debería haber cinco —dice.

—Ahora viene la otra, señorita Tann —responde uno de los agentes—. Ha dado algo más de guerra. Intentó escaparse por el río.

La mujer chasquea la lengua contra los dientes, tch, tch, tch.

—Vosotros no haríais eso, ¿verdad? —Apoya un dedo en la barbilla de Fern y se inclina hasta que las narices de las dos casi se tocan—. Tú no eres una niña mala, ¿verdad?

Fern abre mucho sus ojos azules y dice que no con la cabeza.

—Qué huerfanitos tan encantadores —comenta la mujer, la señorita Tann—. Cinco preciosos niños de rizos rubios. Es perfecto. —Junta las palmas y se las lleva debajo de la barbilla. Se le arrugan las comisuras de los ojos y cierra la boca con fuerza, de manera que sonrío, pero le desaparecen los labios.

—Solo cuatro. —El agente hace un gesto con la cabeza en dirección a Camellia, que viene del río con un policía que la tiene sujeta por la nuca. No sé qué le habrán dicho, pero ha dejado de resistirse.

La señorita Tann frunce el ceño.

—Esa... no ha salido al resto de la familia, me parece. Es bastante vulgar. Aunque supongo que encontraremos quien se la quede. Casi siempre lo hacemos. —Retrocede y se tapa la nariz con una mano—. Santo cielo, ¿qué es ese olor?

La señorita Tann no parece contenta cuando ve a Camellia de cerca y toda sucia. Les dice a los agentes que la dejen en el suelo del automóvil y a nosotros en el asiento. En el suelo hay otros dos niños, una niñita rubia que tendrá la edad de Lark y un niño un poco mayor que Gabion. Los dos me miran con ojos castaños grandes y asustados. No dicen una palabra ni se mueven un milímetro.

La señorita Tann intenta quitarme a Gabion cuando voy a subirme. Cuando me resisto, frunce el ceño.

—Pórtate bien —dice y suelto a mi hermano.

Una vez que estamos en el coche, se coloca a Gabion en el regazo y le pone de pie para que pueda mirar por la ventana. Gabion salta, señala y parlotea, nervioso. Es la primera vez que viaja en automóvil.

—Qué maravilla de rizos. —Desliza los dedos por la cabeza de mi hermanito, levantándole el pelo color trigo de manera que forme picos igual que el de los muñecos de la feria del condado.

Gabion señala la ventana y grita contento:

—¡Caballito! ¡Caballito!

Ha visto a una niña pequeña fotografiándose a lomos de un potrillo moteado delante de una casa grande.

—En cuanto te quitemos la peste del río, serás un niño muy guapo.

La señorita Tann arruga la nariz.

Me pregunto a qué se refiere. ¿Quién nos va a lavar y por qué?

Quizá es que no nos dejan entrar así en el hospital, me digo. Quizá tenemos que lavarnos antes... ¿de ver a Queenie?

—Se llama Gabion —aclaro, para que sepa cómo llamarlo—. O Gabby.

Gira deprisa la cabeza igual que hace un gato que ha visto un ratón en la despensa. Me mira como si hubiera olvidado que viajaba en el coche.

—Abstente de contestar preguntas que no te han hecho.

Alarga un brazo, carnosos y pálido, y coge a Lark y la separa de mí.

Miro a los dos niños muy juntos y asustados en el suelo y a continuación a Camellia. Los ojos de mi hermana me dicen que ya ha adivinado todo lo que yo ya sé, aunque no quiero reconocerlo.

No vamos al hospital a ver a mamá y a papá.

7

Avery

Una suave luz matutina baña la residencia de mayores. Incluso con el aparcamiento recién construido en lo que antes era un jardín delantero, Magnolia Manor recuerda a otra época, a la elegancia de los tés vespertinos, a espléndidos bailes de cotillón y a cenas formales alrededor de la larga mesa de caoba que hay en el comedor. Es fácil imaginar a Escarlata O'Hara abanicándose debajo de los robles cubiertos de musgo que dan sombra al porche de columnas blancas.

Recuerdo lo que fue este sitio en otro tiempo, un poco al menos. Mi madre me trajo a una fiesta de una amiga suya que esperaba un bebé cuando yo tenía nueve o diez años. Por el camino me contó que había asistido a una importante recepción de un primo que se presentaba a gobernador de Carolina del Sur. Por entonces mi madre era una estudiante universitaria y no le interesaba en absoluto la política. No llevaba ni media hora en Magnolia Manor cuando se fijó en mi padre, al otro lado de la habitación. Se propuso averiguar quién era. Cuando supo que era un Stafford, decidió que se casaría con él.

El resto es historia. Un matrimonio entre dos dinastías políticas. El abuelo de mi madre había sido miembro de la cámara de representantes antes de jubilarse y su padre tenía un cargo político.

Esta historia me hace sonreír mientras subo los escalones de mármol e inserto el código en el inesperadamente moderno teclado que hay junto a la puerta principal. Aquí siguen viviendo personas importantes. No se permite entrar a cualquiera. Por desgracia, tampoco salir. Detrás de la mansión, los

extensos jardines han sido cuidadosamente vallados con una ornada verja de hierro demasiado alta para que se pueda saltar. Las puertas están cerradas. Se puede mirar el lago y el espejo de agua, pero no acercarse a ellos... ni tampoco caerse.

A muchos de los residentes hay que protegerlos de sí mismos, esa es la triste realidad. A medida que su estado se deteriora, los van trasladando de un ala a otra. Acercándolos poco a poco a niveles más altos de cuidados delicadamente proporcionados. Es innegable que Magnolia Manor es un centro más exclusivo que la residencia en que vive May Crandall, pero ambos lugares se enfrentan a la misma compleja tarea, la de proporcionar dignidad, cuidados y consuelo cuando la vida entra en los años más difíciles.

Me dirijo a la Unidad de la Memoria, a la que nadie aquí se atrevería a llamar directamente Unidad de Alzhéimer. Cruzo otra puerta cerrada y llego a una sala de estar con un televisor que retransmite a gran volumen capítulos viejos de *La ley del revólver*.

Una mujer junto a la ventana me mira pasar con cara inexpresiva. Al otro lado del cristal, las rosas trepan frescas y cubiertas de rocío, de color rosa y llenas de vida.

Las rosas que hay al otro lado de la ventana de la abuela Judy son de un amarillo alegre. Está sentada en el sillón de orejas mirándolas cuando entro. Me detengo nada más cruzar el umbral y me preparo mentalmente antes de decir su nombre.

Me preparo para que me mire como me acaba de mirar la mujer de la salita, sin reconocermme en absoluto.

Espero que no sea así. Nunca se sabe.

—¡Hola, abuela Judy!

Pronuncio las palabras con tono animado, alto y alegre. Pero, incluso así, tardan en provocar una reacción.

Se vuelve despacio, hojea las páginas desperdigadas en su cabeza y, a continuación, con su dulzura acostumbrada, dice:

—Hola, cielo, buenas tardes.

Es por la mañana, claro. Tal y como me había temido, la reunión de las Hijas de la Revolución Americana anoche se alargó y no me libré del interrogatorio acerca de mis planes de boda. Me sentí como un desventurado saltamontes atrapado en un gallinero. Ahora tengo la cabeza llena de sugerencias, fechas con las que no puedo contar porque alguien importante

estará fuera de la ciudad y ofrecimientos de préstamos de vajillas, cuberterías, cristalerías y mantelerías.

—Fenomenal, gracias —le digo a la abuela Judy y cruzo la habitación para abrazarla con la esperanza de que ese momento de cercanía le despierte algún recuerdo.

Por un instante parece que es así. Me mira fijamente a los ojos y por fin suspira y habla:

—Qué guapa eres. Tienes un pelo precioso.

Me lo acaricia y sonrío. La tristeza invade mi pecho. He venido con la esperanza de encontrar respuestas sobre May Crandall y la vieja fotografía de su mesilla de noche. No parece que vaya a ser posible.

—Había una niñita que tenía un ricito que le caía justo sobre la frente.

Mi abuela me sonrío y unos dedos frescos con piel fina como el papel me acarician la mejilla.

—Y cuando era buena, era muy buena —añado. La abuela Judy siempre me recibía con este poema cuando la visitaba de pequeña en su casa de la calle Lagniappe.

—Pero cuando era mala, era malísima —termina, y sonrío y me guiña un ojo y reímos juntas. Es como en los viejos tiempos.

Me siento en la butaca que hay al otro lado de la mesita redonda.

—Me encantaba cuando me recitabas ese poema.

En casa de Honeybee, de las niñas pequeñas se esperaba que fueran cualquier cosa menos malísimas, pero la abuela Judy siempre fue famosa por una vena de rebeldía que rayaba en la incorrección. Se había manifestado sobre cuestiones como los derechos civiles y la educación femenina mucho antes de que resultara aceptable que las mujeres tuvieran opinión.

Me pregunta si he visto a Welly, como le gusta llamar a mi padre, Wells.

Le cuento la sesión con la prensa de ayer y el encuentro en el Ayuntamiento, luego la interminable reunión de las Hijas de la Revolución Americana en Drayden Hill. Por supuesto, me salto las conversaciones sobre la boda.

La abuela Judy mueve la cabeza en señal de aprobación mientras hablo, entrecerrando un ojo y haciendo comentarios inteligentes sobre el encuentro en el Ayuntamiento.

—Wells no debe dejar que esa gente lo amilane. Les encantaría arrastrar a un Stafford por el barro, pero no lo conseguirán.

—Pues claro que no. Lo gestionó de maravilla, como hace siempre.

No menciono su aspecto cansado ni el lapsus mental que pareció sufrir durante las preguntas.

—Ese es mi chico. Un muchacho estupendo. No sé cómo ha podido tener una hija tan malísima.

—Pues ya ves, abuela. —Pongo una mano sobre una de las tuyas y le doy un apretón. Está haciendo bromas y sabe quién es quién. Es un buen día—. Creo que en eso ha habido un salto generacional.

Espero una réplica ingeniosa, pero, en lugar de ello, se limita a decir:

—Bueno, pasa con muchas cosas. —Vuelve a recostarse en la butaca y me suelta la mano. Siento que el momento se escapa.

—Abuela Judy, quería preguntarte una cosa.

—Ah, ¿sí?

—Ayer conocí a una mujer que dice que te conoce. May Crandall. ¿Te suena?

Mi abuela suele recordar los nombres de viejas amistades y conocidos. Es como si el libro de sus recuerdos hubiera caído abierto y un viento persistente hubiera arrancado primero las páginas más recientes. Cuanto más antiguos son los recuerdos, más probable es que sigan intactos.

—May Crandall. —En cuanto repite el nombre, me doy cuenta de que lo reconoce. Me dispongo a sacar el teléfono para enseñarle la fotografía, cuando dice—: No, no me suena. —Levanto la vista del bolso y me está mirando con fijeza, con las pestañas blancas entrecerradas sobre sus ojos color aguamarina que, de pronto, han adquirido una extraña intensidad. Me temo que vamos a tener uno de esos momentos en que se detiene en medio de una conversación y, sin avisar, te saluda como si acabaras de llegar diciendo algo del tipo: «No esperaba verte hoy. ¿Qué tal estás?». Pero en lugar de eso añade—: ¿Por qué me lo preguntas?

—La conocí ayer... en una residencia de mayores.

—Sí, ya me lo has dicho. Pero mucha gente conoce a los Stafford de nombre, cielo. Debemos andarnos con cuidado. La gente siempre anda a la búsqueda de un escándalo.

—¿Escándalo? —La palabra me sobresalta.

—Pues claro.

De pronto noto el teléfono frío entre los dedos.

—No sabía que tuviéramos ningún secreto oscuro en la familia.

—Por favor. Pues claro que no lo tenemos.

Busco la fotografía y miro la cara de una mujer que me recuerda aún más a mi abuela, ahora que la tengo delante.

—Tenía esta fotografía. ¿Sabes quién es esta persona?

Quizá son ovejas negras de la familia. Parientes que mi abuela no quiere incluir en el árbol genealógico. Todos los clanes deben tener alguno. ¿Quizá hubo una prima que se fugó con un hombre que no debía y se quedó embarazada?

Le enseño la pantalla y espero a ver cómo reacciona.

—Queen... —murmura y se acerca el teléfono—. Ay...

Los ojos se le humedecen. La humedad forma lágrimas que rebosan y dibujan dos surcos en sus mejillas.

—Abuela Judy...

Está a miles de kilómetros de distancia.

De kilómetros no, de años. Está recordando algo. Sabe quién es la mujer de la fotografía. *Queen*. ¿Qué significa eso?

—¿Abuela Judy?

—Queenie. —Acaricia la imagen con la yema del dedo. Luego se vuelve hacia mí con una intensidad que me deja clavada en la silla—. No puede enterarse nadie... —dice en voz baja. Mira hacia la puerta, se inclina hacia mí y añade en un susurro—: Nunca deben saber lo del *Arcadia*.

Tardo un poco en responder. No hago más que pensar: ¿le he oído antes esa palabra?

—¿Qué? Abuela Judy, ¿qué es *Arcadia*?

—Chsss. —Lo dice tan fuerte que escupe una pequeña rociada de saliva en la mesa—. Si lo descubren...

—¿Quiénes?

Se mueve el pomo de la puerta y la abuela se recuesta de nuevo en la butaca y apoya una mano encima de la otra con cuidado. Con una mirada rápida, me indica que haga lo mismo.

Simulo tranquilizarme, pero tengo la cabeza repleta de hipótesis que van desde un encubrimiento tipo Watergate que involucre a mi abuelo a una especie de sociedad secreta de mujeres de políticos que ejercieran de espías durante la Guerra Fría. ¿En qué ha estado metida mi abuela?

Una amable auxiliar entra con café y galletas. En Magnolia Manor, a los residentes no solo se les da de comer, también tentempiés entre horas.

Mi abuela tapa enseguida mi teléfono con la mano mientras vuelve la cabeza hacia la camarera.

—¿Qué quiere?

La auxiliar no se inmuta ante un recibimiento tan brusco.

—El café de la mañana, señora Stafford.

—Ah, sí, claro. —La abuela Judy me hace un gesto discreto para indicarme que debo esconder el teléfono—. Nos vendrá bien una taza.

Miro la hora. Es más tarde de lo que pensaba. Se supone que tengo que reunirme con mi padre para un almuerzo y una inauguración en Columbia. «Una oportunidad de oro para que se os vea hombro con hombro en vuestro estado natal», como lo define Leslie. Estará la prensa y también el gobernador. Con los recientes rifirrafes entre Washington y la oposición, estos actos locales son importantes. Y lo entiendo, pero lo que en realidad me apetece es quedarme con la abuela Judy el tiempo suficiente para ver si consigo sacar algo en claro sobre May Crandall y qué tiene que ver Arcadia con ello.

¿Igual está hablando de un lugar? ¿De Arcadia, California? ¿De Arcadia, Florida?

—Tengo que irme, abuela. Tengo que acompañar a papá a una inauguración.

—Vaya por Dios, entonces no debería entretenerte.

La auxiliar entra y sirve dos tazas de café.

—Por si acaso —dice.

—Deberías llevártelo para el camino —bromea mi abuela. Nos han servido el café en tazas de porcelana.

—Me parece que no debo beber más esta mañana o me voy a poner a dar saltos. Solo he pasado para hablarte de May...

—Chsss. —El siseo y el dedo levantado me impiden terminar de decir el nombre. La abuela me fulmina con la mirada, como si hubiera dicho una palabrota en la iglesia.

La auxiliar, con buen criterio, recoge el carrito y se va. La abuela Judy susurra:

—Ten cuidado, Rill.

—¿C-cómo? —La intensidad me ha sobresaltado de nuevo. ¿Qué le pasa por la cabeza? *Rill*. ¿Es eso un nombre?

—Las paredes oyen. —La abuela señala una pared.

Su estado de ánimo cambia con idéntica velocidad. Suspira, coge la jarrita de porcelana y se echa una gota de leche en el café.

—¿Leche?

—No puedo quedarme.

—Vaya, cuánto lo siento. Ojalá tuvieras más tiempo. Me ha encantado que vengas.

Llegado este momento, llevamos charlando media hora por lo menos. Pero ya se le ha olvidado. Arcadia, sea lo que sea, ha desaparecido en la bruma.

Me regala una sonrisa tan limpia como una página en blanco. Es completamente sincera. No está segura de quién soy, pero intenta ser educada.

—Vuelve otro día que tengas más tiempo.

—Lo haré. —La beso en la mejilla y salgo de la habitación sin respuestas y con más preguntas de las que tenía.

Ahora sí que estoy decidida a seguir investigando. Necesito averiguar de qué va todo esto. Voy a necesitar otra fuente de información y sé dónde empezar a buscarla.

8

Rill

La sombra de la gran casa blanca envuelve el coche hasta engullirlo por completo. Altos magnolios se alinean en la acera formando un muro verde frondoso que me recuerda al castillo de la Bella Durmiente. Nos oculta de la calle, donde niños juegan en jardines y madres empujan carritos de bebé por las aceras. En el porche delantero de esta casa también hay un cochecito de niño. Es viejo y le falta una rueda, así que está torcido. Si alguien metiera en él un bebé, lo más seguro es que se caería.

Un niño está acuclillado debajo de uno de los magnolios igual que un mono. Será de grande como Lark, unos cinco o seis años. Nos mira llegar con el automóvil pero no nos sonríe, ni saluda ni se mueve. Cuando el automóvil se detiene, desaparece entre las hojas.

Un segundo después lo veo salir a gatas de debajo del árbol y colarse por debajo de una alta valla de hierro que encierra el jardín trasero de esta casa y de la propiedad de al lado. El pequeño edificio contiguo tiene aspecto de haber sido en otro tiempo una escuela o una iglesia. Hay algunos niños jugando en los balancines y columpios del jardín, pero las puertas y ventanas están tapiadas y en la madera apenas queda rastro de pintura. Delante del porche crecen zarzas, lo que me hace pensar de nuevo en la Bella Durmiente.

Camellia se levanta del suelo del automóvil para mirar.

—¿Esto es el hospital? —Dirige a la señorita Tann una mirada que le deja claro que no se lo cree. Mi hermana ha descansado durante el trayecto y está preparada para seguir peleando.

La señorita Tann se vuelve hacia ella y cambia de postura a Gabion, que se

ha quedado dormido como un tronco en su regazo. Se le cae el bracito y los dedos gordezuelos se abren y cierran. Mueve los labios como si estuviera lanzando besos en sueños.

—¿Cómo vais a ir al hospital así? Apestando a río e infestados de parásitos. La señora Murphy se ocupará de vosotros y luego, si sois muy buenos, ya veremos lo del hospital.

Una chispa de esperanza trata de prender en mí, pero no encuentro yesca con que alimentarla. Se apaga en cuanto la señorita Tann me mira.

Fern trepa por mi pecho y me clava las rodillas en el vientre.

—Quiero con Briny —susurra llorosa.

—Bajad. Ya hemos llegado. Aquí vais a estar muy bien —nos dice la señorita Tann—. Siempre que seáis buenos, ¿entendido?

—Sí, señora. —Intento contestar por todos, pero Camellia no piensa rendirse tan fácilmente.

—¿Dónde está Briny? —No le gusta nada de lo que está pasando y está a punto de ponerse como una fiera. Noto cómo se acerca la tormenta.

—¡Calla, Camellia! —la regaño—. Obedece.

La señorita Tann sonríe un poco.

—Muy bien. ¿Veis? Todo esto puede ser muy fácil. La señora Murphy os cuidará.

Espera a que el chófer rodee el automóvil y abra la portezuela. Luego sale la primera, con mi hermanito en brazos y Lark de la mano. Lark me mira con los ojos muy abiertos, pero, como de costumbre, no se va a resistir. Es mansa como una gatita.

—Ahora tú. —La mujer me reclama, así que salgo del coche y mis rodillas chocan con el niño y la niña de ojos castaños que están en el suelo. Fern me echa los brazos al cuello, por lo que apenas puedo respirar.

—Ahora vosotros dos.

Los niños que estaban en el coche antes que nosotros salen al camino de entrada.

—Y ahora tú. —La señorita Tann baja la voz cuando mira a Camellia. Me da a Gabion y a Lark y se sitúa junto a la portezuela, con las piernas separadas y bloqueando la salida con el cuerpo. No es una mujer menuda. Es más alta que yo y parece fuerte.

—Vamos, Camellia. —Le estoy suplicando que se porte bien y ella lo sabe. Hasta el momento no se ha movido un milímetro. Tiene una mano

detrás de la espalda y me temo que esté planeando intentar salir por la otra puerta. ¿De qué serviría? No sabemos dónde estamos ni cómo volver al río o llegar al hospital. Nuestra única esperanza es que, como dice la señorita Tann, si nos portamos bien, consigamos ver a Queenie y a Briny.

O que Silas les cuente lo que ha pasado y vengan a buscarnos.

El hombro de Camellia se mueve un poco y oigo moverse el picaporte. La puerta no se abre y se le hinchan las aletas de la nariz. Se gira para empujar, y la señorita Tann suspira y mete la cabeza dentro del coche.

Cuando la saca, arrastra a Camellia por la ropa.

—¡Ya está bien de tonterías! Ahora vas a obedecer y a portarte bien.

—¡Camellia, para! —grito.

—¡Mellia, no, no! —La voz de Fern es como un eco.

Gabion echa la cabeza hacia atrás y chilla, el sonido rebota en la casa y se adentra flotando entre los árboles.

La señorita Tann cambia de posición el brazo, de manera que tiene bien sujeta a Camellia.

—¿Nos estamos entendiendo? —Tiene las mejillas redondas rojas y sudorosas. Detrás de las gafas, sus ojos grises son saltones.

Cuando Camellia aprieta los labios pienso que la señorita Tann la va a abofetear, pero no es así. En lugar de ello le susurra algo al oído y luego se endereza.

—Vas a ser buena, ¿a que sí?

Camellia sigue teniendo la boca como si acabara de chupar un limón.

El instante se balancea igual que una botella en el borde de la cubierta del *Arcadia* antes de caer al agua y que la arrastre el río.

—¿A que sí? —repite la señorita Tann.

Los ojos oscuros de Camellia echan chispas, pero asiente con la cabeza.

—Así me gusta.

La señorita Tann nos hace formar una fila y Camellia sube los peldaños del porche con nosotros. Desde detrás de la verja de hierro nos miran niños y niñas de todas las edades. Ni uno solo de ellos sonrío.

Dentro, la casona huele mal. Todas las cortinas están echadas y hay penumbra. En el vestíbulo delantero hay una escalera ancha. Dos niños están sentados en el escalón de arriba. Uno de ellos me recuerda a Silas en grande, solo que tiene un pelo tan rojo como la piel de un zorro. Estos niños no se parecen nada a los del jardín o al del árbol. No pueden ser todos hermanos.

¿Quiénes son? ¿Cuántos hay? ¿Viven aquí? ¿Los han traído a todos para lavarlos antes de llevarlos a visitar a sus mamás y papás en el hospital?

¿Qué es este sitio?

Nos llevan a una habitación donde una mujer espera detrás de un escritorio. Es menuda, comparada con la señorita Tann, con unos brazos tan delgados que se le ven los huesos y las venas. La nariz le sobresale entre las gafas, ganchuda como el pico de una lechuza. Se le arruga cuando nos mira. Luego sonrío, se pone de pie y saluda a la señorita Tann.

—¿Cómo está, Georgia?

—Muy bien, gracias, señora Murphy. La verdad es que he tenido una mañana muy productiva.

—Ya lo veo. —La señora Murphy pasa los dedos por la superficie del escritorio y dibuja caminos en el polvo mientras se acerca a nosotros. Se le levanta una de las comisuras de la boca dejando ver un colmillo—. Cielo santo. ¿De dónde ha sacado a estos pobres desgraciados?

Los pequeños se arremolinan a mi alrededor, incluso los dos que no conozco. Tengo a Fern apoyada en una cadera y a Gabion en la otra. Se me están empezando a dormir los brazos, pero no pienso soltarlos.

—¿No dan muchísima lástima? —dice la señorita Tann—. Creo que los hemos rescatado justo a tiempo. ¿Tiene sitio para todos? No le causaría demasiado trastorno, espero trasladar a algunos enseguida.

—Pero ¡qué pelo! —La señora Murphy se acerca más y la señorita Tann la sigue. Su grueso cuerpo oscila de un lado a otro cuando se mueve. Por primera vez me doy cuenta de que es coja.

—Una maravilla, ¿verdad? Cuatro rubios con el pelo rizado de la misma familia y luego... esa. —Resopla y mira a Camellia.

—Pero esa no es de la misma camada. —La señora Murphy me mira—. ¿Es hermana tuya?

—S-sí —digo.

—¿Y cómo se llama?

—C-Camellia.

—Un nombre muy elegante para una niña tan vulgar. Y esas ridículas pecas. Me parece que la cigüeña se equivocó de nido contigo.

—No es nada colaboradora —le advierte la señorita Tann—. Ya nos ha dado problemas. Es la ovejita negra, en más de un sentido.

La señora Murphy entrecierra los ojos.

—Vaya por Dios. Bueno, pues en esta casa exijo buen comportamiento. Los que no cumplan mis exigencias no podrán dormir arriba en compañía de los otros niños. —Se pasa la lengua por los dientes.

Me quedo helada. Fern y Gabion me abrazan más fuerte del cuello. Lo que quiere decir la señora Murphy está muy claro. Si Camellia la hace enfadar, se la llevará y la dejará... en otro sitio.

Camellia asiente, pero sé que no tiene ninguna intención de obedecer.

—A estos otros dos, con el pelo castaño claro..., los encontré por el camino—. La señorita Tann obliga a acercarse al niño y la niña que han ido en el suelo del coche con Camellia. Ambos tienen el cabello largo y liso, de un tono pajizo, y grandes ojos marrones. Por cómo se aferra el niño a la niña, estoy segura de que ella es la hermana mayor—. También son vagabundos del río, claro, aunque cuando llegué el campamento estaba casi vacío. Alguien debió de correr la voz.

—Qué caritas tan encantadoras.

—Desde luego. Estos de los rizos son casi angelicales. Creo que van a estar muy solicitados.

La señora Murphy se aleja.

—¡Por el amor de Dios! Apestan a río. Así no puedo tenerlos en casa. Tendrán que quedarse en el jardín hasta la hora del baño.

—No los deje salir sin asegurarse de que entienden perfectamente las reglas de esta casa. —La señorita Tann le pone una mano en el hombro a Camellia y esta se retuerce, por eso sé que la mujer le está clavando los dedos con fuerza—. A esta le gusta escaparse. ¡Pero si hasta intentó bajarse del automóvil, nada menos! Esa escoria que vive en el río sabe cómo hacer niños, pero no cómo enseñarles modales. Me temo que esta tanda le va a dar trabajo.

—Pues como todas. —La señora Murphy asiente con la cabeza. De nuevo me mira a mí—: ¿Cómo te llamas?

—Rill. Rill Foss. —Trato de no decir nada más, pero las palabras salen de mi boca. No entiendo de qué están hablando y el corazón me late con fuerza. Me tiemblan las rodillas por el peso de mis hermanitos, pero no solo por eso. Estoy muerta de miedo. ¿Tiene la señorita Tann intención de dejarnos aquí? ¿Cuánto tiempo?—. ¿Cuándo podremos ir a ver a nuestros padres? Están en el hospital. Mamá ha tenido un bebé y...

—A callar —dice la señora Murphy—. Lo primero es lo primero. Saca a todos al vestíbulo y que se sienten junto a la escalera pegados a la pared, de

menor a mayor. Esperad ahí y nada de hacer ruido ni travesuras. ¿Entendido?

—Pero...

Esta vez la señorita Tann me pone a mí la mano en el hombro. Sus dedos me pellizcan la carne alrededor del hueso.

—De ti no espero problemas. Estoy segura de que eres más lista que tu hermana.

Me baja el dolor por el brazo y noto que Gabion se me escurre.

—S-sí, señora. S-sí, señora.

Me suelta. Me coloco a Gabion de nuevo en la cadera. Quiero frotarme el hombro, pero no lo hago.

—Y..., Rill, ¿qué clase de nombre es ese?

—Es del río. Me lo puso mi padre. Dice que suena tan bonito como una canción.

—Pues te pondremos un nombre como Dios manda. Un nombre de verdad para una niña de carne y hueso. May, por ejemplo. May Weathers.

—Pero soy...

—May. —Me indica la puerta y los otros niños me siguen. A Camellia vuelven a advertirle que no haga nada más que sentarse en silencio en el vestíbulo.

Los pequeños gimen y lloriquean como cachorros cuando intento despegarlos de mí y dejarlos en el suelo. Los dos niños que estaban al final de las escaleras se han ido. Fuera, los niños juegan a martín pescador. Conozco el juego de cuando hemos ido a la escuela. Cuando empieza el curso, Queenie y Briny suelen fondear cerca de alguna población para que Camellia y yo, y ahora también Lark, podamos ir. El resto del tiempo leemos libros y Briny nos enseña aritmética. Es capaz de calcular casi cualquier cosa. Camellia es una maga de los números. Incluso Fern se sabe ya el alfabeto y eso que es demasiado pequeña para ir a la escuela. El otoño próximo Lark irá a primer curso...

Lark me está mirando con sus grandes ojos de ratoncito asustado y una sensación de angustia brota dentro de mí como un remolino de aguas negras. No lleva a ninguna parte. Se limita a girar una y otra vez en círculos.

—¿Nos van a llevar a la cárcel? —susurra la niñita. Esa cuyo nombre ni siquiera sé.

—No. Claro que no —digo—. No se mete en la cárcel a niños pequeños.

¿O sí? La mirada de Camellia viaja hacia la puerta principal. Se está

preguntando si puede echar a correr y conseguir escapar.

—Ni se te ocurra —le susurro indignada. La señora Murphy nos ha dicho que no hagamos ruido. Cuanto mejor nos portemos, más probabilidades tendremos de que nos lleven a donde queremos ir, o eso supongo—. Tenemos que estar juntos. Briny vendrá a buscarnos en cuanto sepa que no estamos en el *Arcadia*. En cuanto Silas le cuente lo que ha pasado. Tenemos que estar todos en el mismo sitio cuando llegue. ¿Me oyes? —Hablo como Queenie cuando hay que romper hielo en la superficie del río y no nos deja subirnos a la barandilla, no sea que un témpano golpee el barco y nos haga caer al agua. En momentos como esos quiere que entendamos que no es no. No lo hace muy a menudo.

Todos asienten con la cabeza excepto Camellia. Incluso la niña y el niño.

—¿Mellia?

Camellia emite un murmullo de asentimiento. Se rinde, se pega las rodillas al pecho, cruza los brazos y baja la cabeza hasta golpeársela para dejarnos claro que no está contenta en absoluto.

Les pregunto sus nombres a los otros niños y ninguno de los dos dice una palabra. Por las mejillas del niño ruedan gruesas lágrimas y su hermana lo abraza con fuerza.

Un pájaro choca contra el cristal de la puerta principal y todos nos sobresaltamos. Me estiro para ver si ha conseguido levantarse y remontar el vuelo. Es un petirrojo pequeñito. Quizá es el mismo que solemos oír en el río, que nos ha seguido. Ahora se tambalea y sus alas despiden destellos en la luz lenta y perezosa de la tarde. Me gustaría poder rescatarlo antes de que lo atrape un gato —al entrar aquí hemos visto al menos tres entre los arbustos—, pero no me atrevo. La señorita Tann podría pensar que intento escaparme.

Lark se pone de rodillas para mirar, le tiemblan los labios.

—No le ha pasado nada —susurro—. Siéntate. Pórtate bien.

Obedece.

El pájaro se aleja tambaleándose hacia los peldaños de manera que tengo que separarme un poco de la pared para verlo. *Vuela, pienso. Date prisa. Echa a volar antes de que te cojan.*

Pero se queda allí, con el pico abierto y jadeando con todo el cuerpo.

Vuela. Vuelve a casa.

Estoy atenta. Si viene un gato, quizá pueda espantarlo desde la ventana.

Llegan palabras de debajo de la puerta al otro lado del vestíbulo. Me

levanto muy despacio y me acerco de puntillas.

Capto palabras sueltas de lo que dicen la señorita Tann y la señora Murphy, pero no entiendo nada.

—... papeles de renuncia de la patria potestad de los cinco hermanos en el hospital mismo. Así de fácil. Es la mejor manera de cortar lazos. Lo más complicado fue encontrar la localización exacta del barco. Estaba fondeado solo frente a la isla de Mud, según me dijo la policía. La pecosa intentó escapar nadando por el retrete. Así que no huele solo a río.

Se oyen risas, pero son siniestras, como el graznido del cuervo.

—¿Y los otros dos?

—Los encontré cogiendo flores cerca de donde estaban fondeados varios barcos de vagabundos del río. Enseguida tendremos papeles para ellos. No darán ningún problema. También parecen dóciles. Mmm..., Sherry y Stevie. Se pueden llamar así. Es mejor que los acostumbremos a estos nombres cuanto antes. Son una monería, ¿verdad? Y pequeños. Es probable que no estén aquí mucho tiempo. Tenemos planeada una visita para el mes que viene. Espero que estén preparados para entonces.

—Pues claro que sí.

—Para los otros cinco, May, Iris, Bonnie..., Beth... y Robby, creo. Weathers puede servir de apellido. May Weathers, Iris Weathers, Bonnie Weathers... Suena bien.

De nuevo risas. Suben tanto de volumen que me tengo que separar de la puerta.

Las últimas palabras que oigo son de la señora Murphy.

—Yo me ocupo. Puede estar segura de que estarán bien preparados.

Para cuando salen, he vuelto a mi sitio y comprobado que todos están bien pegados a la pared. Incluso Camellia levanta la cabeza y se sienta a lo indio, como hacemos en la escuela.

Esperamos, quietos como estatuas, mientras la señora Murphy acompaña a la señorita Tann a la puerta. Solo nuestros ojos se giran para verlas hablar en el porche.

El petirrojo ha llegado dando saltitos hasta los escalones, pero sigue allí, indefenso. Ninguna de las dos lo ha visto.

Vete.

Pienso en el sombrero rojo de Queenie. *Vete volando a buscar a Queenie y dile dónde estamos.*

Vete.

La señorita Tann da unos pasos cojeando y está a punto de pisar el pájaro. Me quedo sin respiración y Lark da un respingo. Entonces la señorita Tann se detiene para añadir alguna cosa.

Cuando echa a andar de nuevo, el petirrojo por fin se aleja volando.

Le hará saber a Briny que estamos aquí.

La señora Murphy entra en la casa, pero no sonrío. Regresa a la habitación al otro lado del vestíbulo y cierra la puerta.

Esperamos sentados. Camellia vuelve a esconder la cara entre las piernas.

Fern recuesta la cabeza en mi hombro. La niña —la señorita Tann la ha llamado Sherry— coge la mano de su hermano.

—Tengo hambre —susurra este.

—*Teno hambe* —le imita Gabion en voz demasiado alta.

—Chsss. —Su pelo es suave al tacto cuando le acaricio la cabeza—. Tenemos que estar callados. Como en el escondite. Como si fuera un juego.

Gabion cierra fuerte la boca y se esfuerza. Como solo tiene dos años, nunca le dejamos jugar con nosotros a «Vamos a jugar a que éramos...», así que está contento de poder participar por una vez.

Me gustaría que fuera un juego de verdad. Me gustaría conocer las reglas y cuál es el premio si ganamos.

Pero ahora mismo lo único que podemos hacer es esperar a ver qué ocurre.

Esperamos, esperamos y esperamos.

Parece que ha transcurrido una eternidad cuando sale la señora Murphy. Yo también estoy hambrienta, pero, por la expresión de su cara, sé que es mejor no decir nada.

Se acerca a nosotros con los brazos en jarras, los puños cerrados y las caderas que sobresalen bajo su vestido negro floreado.

—Siete más —dice, frunciendo el ceño y mirando escaleras arriba. De su boca sale un aliento espeso como la niebla. Huele mal—. Claro que tampoco tenemos mucha elección, puesto que vuestros padres no pueden ocuparse de vosotros.

—¿Dónde está Briny? ¿Dónde está Queenie? —salta Camellia.

—¡A callar ahora mismo! —La señora Murphy se tambalea mientras nos pasa revista y ahora sé a qué le olía el aliento. A whisky. He visitado los suficientes billares para reconocerlo.

La señora Murphy señala a Camellia con el dedo.

—Tú tienes la culpa de que tengan que estar todos aquí en lugar de fuera, jugando. —Recorre el vestíbulo a grandes zancadas y sus pasos dibujan una línea torcida.

Seguimos esperando. Los pequeños por fin se han quedado dormidos y Gabion está tumbado en el suelo. Pasan por allí unos cuantos críos, mayores y menores, niños y niñas. La mayoría llevan ropas que les quedan grandes o pequeñas. Ni uno solo nos mira. Pasan a nuestro lado como si no nos hubieran visto. Mujeres vestidas de blanco se mueven apresuradas por el vestíbulo. Tampoco ellas nos ven.

Me rodeo los tobillos con los dedos y aprieto con fuerza, para asegurarme de que aún estoy aquí. Casi tengo la impresión de que me he convertido en el Hombre Invisible, ese sobre el que escribió el señor H. G. Wells. A Briny le encanta esa historia. Nos la ha leído un montón de veces y Camellia y yo jugamos a ella con los niños de los campamentos. Nadie puede ver al Hombre Invisible.

Cierro los ojos y finjo durante un rato.

Fern necesita un orinal y, antes de que se me ocurra una solución, se ha hecho pis encima. Una mujer uniformada de pelo oscuro pasa a nuestro lado y ve la mancha en el suelo. Coge a Fern del brazo.

—Eso aquí no se hace. Hay que saber pedir ir al retrete. —Se saca un paño del delantal y lo tira sobre la mancha—. Límpialo —me dice—. La señora Murphy se va a poner furiosa.

Se lleva a Fern y yo hago lo que me ordena. Cuando vuelve Fern, ha lavado las bragas y el vestido y los lleva mojados. La señora nos dice al resto que también podemos ir al retrete, pero que nos demos prisa y volvamos luego junto a las escaleras.

No llevamos mucho tiempo en nuestros sitios cuando fuera alguien toca un silbato. Oigo niños corretear. Muchos. No hablan, pero el eco de sus pisadas traspasa la puerta al final del vestíbulo. Se quedan allí un rato y a continuación hay un estruendo, como si subieran corriendo unas escaleras, pero no las que tenemos nosotros al lado.

En el piso de arriba, los tablones del suelo crujen y rechinan como hacen la borda y el entablado del *Arcadia*. Es un sonido familiar y cierro los ojos para escuchar y fingir que puedo trasladarnos de vuelta sanos y salvos a bordo de nuestro barquito.

Mi deseo se esfuma enseguida. Una mujer de vestido blanco se detiene y

dice:

—Venid por aquí.

Nos ponemos de pie para seguirla. Camellia va la primera y yo cierro la fila de los niños más pequeños, incluidos Sherry y Stevie.

La señora nos hace cruzar la puerta al final del vestíbulo y allí todo tiene un aspecto distinto. Es feo y viejo. De la pared cuelgan tiras de papel y estopilla. En uno de los lados hay una cocina y dos mujeres de color tienen algo al fuego. Espero que nos den de comer pronto. Tengo la sensación de que el estómago se me ha encogido y es del tamaño de un cacahuete.

De solo pensar eso, me entran unas ganas horribles de comer cacahuetes.

Del otro lado de la cocina arranca una escalera grande. Se le ha borrado casi toda la pintura, como si la hubieran subido y bajado muchas veces. A la barandilla le faltan la mitad de los balaústres. Hay un par sueltos que cuelgan igual que los pocos dientes que se le ven al viejo Zede cada vez que sonrío.

La mujer del uniforme blanco nos lleva al piso de arriba y nos coloca de espaldas a la pared de un pasillo. Otros niños hacen fila cerca y oigo correr el agua de una bañera en alguna parte.

—No se habla —dice la mujer—. Esperaréis aquí en silencio hasta que os toque el turno de bañaros. Ahora quitaos la ropa y dejadla bien doblada en un montón a vuestros pies. Toda.

El rubor me escuece en la piel, caliente y pegajoso, y miro a mi alrededor y veo a los otros niños, grandes y pequeños, haciendo lo mismo que nos han ordenado hacer a nosotros.

9

Avery

May Crandall. ¿Estáis seguros de que no os suena el nombre? —Voy en la limusina con mi madre y mi padre de camino a una inauguración en Columbia—. Es la mujer que encontró mi pulsera en la residencia ayer. —Digo «encontró» porque suena mejor que «me la quitó de la muñeca»—. La del diseño Greer con las libélulas de granate, la que me regaló la abuela Judy. Creo que esta mujer la reconoció.

—Tu abuela se ponía mucho esa pulsera. Cualquiera que la viera con ella puede recordarla. Es bastante singular. —Mamá bucea en sus archivos de recuerdos con los labios perfectamente delineados muy cerrados—. No, ese nombre no me suena. ¿Igual es de los Crandall de Asheville? Cuando era joven salí con un chico de esa familia..., antes de conocer a tu padre, claro. ¿Le preguntaste de dónde es su familia?

Para Honeybee, al igual que para todas las sureñas de buena familia de su generación, es una pregunta de lo más normal cuando se conoce a alguien. *Encantada de conocerte. Qué buen día hace, ¿verdad? Y, dime, tu familia ¿de dónde es?*

—No se me ocurrió preguntarle.

—De verdad, Avery, que no sé qué vamos a hacer contigo.

—¿Encerrarme en el cobertizo?

Mi padre ríe y levanta la vista de un maletín lleno de documentos que ha estado leyendo.

—A ver, Honeybee. La he tenido bastante ocupada. Y a nadie se le da tan bien reunir información como a ti.

Mamá le da una palmada cariñosa.

—Cállate.

Mi padre le coge la mano y se la besa. Estoy atrapada entre los dos y me siento como si tuviera trece años.

—A ver, chicos, que estamos en público.

Desde mi regreso a casa he vuelto a adoptar expresiones como «chicos», que en el norte había eliminado de mi vocabulario. Son buenas palabras, he decidido. Muy agradecidas, igual que el humilde cacahuete cocido.

—¿Te suena una tal May Crandall, Wells, que fuera amiga de tu madre? —Honeybee recupera el hilo de la conversación.

—Creo que no. —Mi padre hace ademán de rascarse la cabeza y entonces se acuerda de que le han rociado generosamente con laca. Los actos al aire libre exigen preparación extra. Nada peor que terminar en un periódico con aspecto de haber metido los dedos en un enchufe.

Leslie se aseguró de que yo me recogía el pelo. De hecho, Honeybee y yo vamos a juego. Hoy toca moño francés.

—Arcadia —suelto de pronto, solo para ver si la palabra suscita alguna reacción—. ¿Puede ser el nombre de uno de los clubes de la abuela..., o quizá de un grupo de bridge...? ¿O quizá conocía a alguien que vivía en Arcadia?

Ni mi madre ni mi padre parecen reaccionar de forma inusual a la palabra.

—¿Arcadia, Florida? —pregunta mi madre.

—No estoy segura. Salió en la conversación sobre sus grupos de bridge. —No le digo que la manera en que pronunció la palabra la abuela Judy me dejó inquieta—. ¿Cómo puedo averiguar más?

—Te veo preocupadísima con este asunto.

Estoy a punto de sacar el teléfono para enseñarle la foto. A punto. Mi mano se detiene a medio camino y, en lugar de meterla en el bolso, me aliso la falda. La expresión de mi madre muestra claramente un asomo de nueva preocupación. Lo último que le hace falta ahora es otro motivo de estrés. Si le enseño la fotografía, pensará que hay en marcha algún plan malvado y que May Crandall quiere sacarnos algo. Mi madre es una profesional de la preocupación.

—No estoy preocupada, mamá, es solo curiosidad. La mujer parecía muy sola.

—Pues es muy amable por tu parte, pero la abuela Judy no le haría demasiada compañía, aunque se conocieran. Acabo de tener que pedir a las

chicas de las reuniones de los lunes que dejen de ir a Magnolia Manor. Tener tantas visitas de viejos amigos agobia a tu abuela. Le da vergüenza no poder situar nombres ni caras. Es más duro cuando no son familia. Le preocupa ser objeto de habladurías.

—Ya lo sé.

Tal vez debería olvidarme de este asunto. Pero me persigue. Me susurra, me asedia, me provoca. No me deja tranquila en toda la tarde. Charlamos, socializamos, aplaudimos cuando mi padre corta la cinta. Estamos un rato en la sala VIP del club de campo local, charlando con el gobernador y hablando con directivos de corporaciones. Incluso tengo ocasión de asesorar gratuitamente sobre la fracturación hidráulica y la legislación actual que podría levantar la veda para Carolina del Norte. Economía frente a medio ambiente..., a menudo las cuestiones se reducen a esos dos pesos pesados enfrentados en el cuadrilátero de la opinión pública y, por supuesto, de la nueva legislación.

Hasta cuando estoy discutiendo cuestiones relativas a costes-beneficios, algo que de verdad me interesa, una parte de mí sigue pensando en el móvil que llevo en el bolso y en la reacción de la abuela Judy a la fotografía.

Sé que reconoció a la mujer. *Queen... o Queenie.*

No es una coincidencia. Lo sé.

Arcadia. ¿Arcadia qué más?

En el coche de vuelta a la oficina de mi padre en Aiken, me invento una excusa inocente para escabullirme un rato de mis padres... Recados y esas cosas. Lo cierto es que voy a volver a ver a May Crandall. Si hay algo detrás de todo esto, será mejor que me entere. Así podré decidir lo que hay que hacer.

Papá parece algo desilusionado por que nos separemos. Tiene una reunión con su equipo para discutir estrategia antes de ir a casa a cenar. Tenía la esperanza de que yo también fuera.

—Por el amor del cielo, Wells. Avery tiene derecho a su vida privada —interviene mi madre—. Tiene un guapo prometido al que hacer caso. ¿Te acuerdas? —Levanta los delgados hombros y me sonrío con complicidad—. También una boda que organizar. No pueden prepararla si no hablan. —Termina la frase con entonación ascendente, llena de ilusión. Me da una palmadita en la rodilla y se acerca. Me dirige una mirada llena de significado: *Vamos a poner esto ya en marcha*, es lo que quiere decir. Rebusca un rato en

su bolso, deja que pasen unos instantes y simula cambiar de tema de conversación de forma natural—. El jardinero trajo el otro día un mantillo nuevo..., para las azaleas..., una recomendación del paisajista de Bitsy. Lo usaron el otoño pasado y sus azaleas crecieron el doble que las nuestras. La primavera próxima los jardines de Drayden Hill serán la envidia de..., bueno..., de todos. Hacia finales de marzo. Va a ser... celestial.

Las palabras no dichas, *perfecto para una boda*, flotan en el aire. Cuando anunciamos nuestro compromiso, Elliot hizo prometer a Bitsy y a Honeybee que no entrarían a saco y empezarían a tomar decisiones. Y la verdad es que lo están pasando fatal. Si las dejáramos, ya lo tendrían todo atado y bien atado, pero estamos decididos a planear las cosas cuando creamos que es el momento y de la manera que consideremos mejor. Ahora mismo, mi padre y Honeybee deberían estar totalmente centrados en la salud de él y no organizando mi boda.

Pero eso no puedo decírselo a Honeybee.

Simulo no haber captado la indirecta.

—Jason sería capaz de cultivar rosas en el desierto.

Jason se ocupa de los jardines de Drayden Hill desde mucho antes de que yo me fuera a la universidad. Le encantaría tener ocasión de presumir de ellos, pero Elliot nunca aceptará una boda ideada por nuestras madres. Elliot quiere a su madre, pero, como es hijo único, le agota su continua obsesión por organizarle la vida.

Cada cosa a su tiempo, me digo. *Papá, cáncer, política*. Esos son ahora los tres grandes objetivos.

Nos detenemos delante de la oficina. El conductor nos abre la puerta y me bajo, contenta de tener tiempo libre.

Una última y sutil indirecta me acompaña mientras bajo del coche.

—Dile a Elliot que le dé las gracias a su madre por la sugerencia de las azaleas.

—Lo haré —le prometo, y me apresuro a ir a mi coche, donde telefono a Elliot. No me lo coge. Es probable que esté en una reunión, aunque son más de las cinco. Sus clientes son internacionales, así que le llegan consultas las veinticuatro horas del día.

Le dejo un mensaje breve sobre las azaleas. Le hará reír y a menudo necesita algo así después de un día especialmente estresante.

Cuando he recorrido una manzana, me llama mi hermana mediana,

Allison.

—Hola, Allie, ¿qué tal todo? —digo.

Allison ríe, pero suena agotada. Oigo a los trillizos armando jaleo al fondo.

—¿Crees que podrías recoger a Courtney de clase de ballet? Tengo a los niños malos y hoy ya los he tenido que cambiar tres veces de ropa y..., sí, ahora mismo estamos desnudos otra vez, los cuatro. Lo más seguro es que Court esté a la puerta de la academia preguntándose dónde me he metido.

Cambio de sentido y me dirijo al estudio de la señorita Hannah, donde en su momento fui bailarina y *majorette* fracasada. Por suerte, Court tiene verdadero talento. En la función de primavera estuvo increíble.

—Pues claro. Yo la recojo. No estoy muy lejos, llego en diez minutos.

Allison contesta con un suspiro de alivio.

—Gracias, eres mi salvadora. Hoy eres mi hermana favorita.

Es una broma que compartimos desde niñas, quién es la hermana favorita de Allison. En calidad de hija mediana, tenía derecho a elegir. Missy era mayor y más interesante, pero yo era más pequeña y me podía mangonear.

Río con suavidad.

—Solo eso compensa cruzar otra vez la ciudad.

—Y, por favor, no le digas a mamá que los niños están malos. Vendrá corriendo y no quiero arriesgarme a que papá se exponga a un virus. Deja a Courtney en casa de Shellie, ahora te pongo un mensaje con la dirección. Ya he llamado a la madre de Shellie y me ha dicho que no hay problema con que Courtney se quede a dormir.

—Muy bien. —De las tres hermanas, Allison es la que más se parece a Honeybee. Funciona como un general de cuatro estrellas, pero desde que llegaron los trillizos se ha visto abrumada por un ejército invasor—. Estoy llegando a la academia. Te escribo cuando haya rescatado a tu hija.

Colgamos y a los pocos minutos detengo el coche delante de la escuela de la señorita Hannah. Courtney está en la puerta. Se alegra cuando ve que no la han abandonado.

—¡Hola, tía Aves! —dice mientras sube al coche.

—Hola, tú.

—¿Mamá se ha vuelto a olvidar de mí? —Pone los ojos en blanco y deja caer la cabeza a un lado, un gesto que la hace parecer mayor de diez años.

—No..., es que tenía ganas de estar contigo. He pensado que podíamos hacer algo juntas. Ir al parque, tirarnos por el tobogán, subirnos al fuerte, esa

clase de cosas.

—Sí, claro. En serio, tía Aves...

Me molesta la rapidez con que rechaza mi propuesta. Es demasiado madura para su edad. Hace nada me tiraba de la pernera del pantalón y me suplicaba que trepara con ella a un árbol en Drayden Hill.

—Vale, tu madre me ha pedido que te recoja, pero solo porque los trillizos están malos. Se supone que tengo que llevarte a casa de Shellie.

Se le ilumina la cara y se endereza en el asiento.

—¡Ah, genial! —La miro mal y añade—: A ver, lo de que los trillizos estén malos no.

Ofrezco parar a tomar un helado, algo que en otro tiempo fue nuestra actividad preferida, pero me dice que no tiene hambre. Solo le interesa llegar cuanto antes a casa de Shellie, así que enciendo el GPS y meto la dirección.

Ella saca su móvil para escribir a Shellie y mis pensamientos cambian de rumbo. Arcadia y May Crandall eclipsan las punzadas de tristeza que me produce ver a mi sobrina precipitarse a la adolescencia. ¿Cuál será la reacción de May cuando le pregunte por esa palabra, «Arcadia»?

No parece probable que consiga hacérsela hoy. Para cuando deje a Courtney, será la hora de cenar en la residencia. El personal estará ocupado, y May también.

Me salgo de la avenida principal y me adentro por calles arboladas flanqueadas por casas de principios del siglo xx rodeadas de céspedes y jardines perfectamente cuidados. Recorreremos varias manzanas antes de que caiga en la cuenta de por qué el viaje a casa de Shellie me resulta tan familiar. La casa de la abuela Judy en Lagniappe no está lejos.

—Oye, Court, ¿quieres venir un momento a casa de la abuela Judy antes de que te deje con Shellie? —No me apetece ir sola, pero se me acaba de ocurrir que a lo mejor entre las cosas de la abuela puedo encontrar respuestas a algunas preguntas.

Courtney baja el móvil y me mira desconcertada.

—Me parece un poco siniestro, tía Aves. La casa está vacía, pero todas las cosas de la abuela siguen allí. —Saca el labio inferior. Sus grandes ojos azules me miran con franqueza. A los niños les resulta difícil aceptar el cambio tan drástico que ha sufrido la abuela Judy. Es su primer encuentro real con la mortalidad—. Te acompaño si de verdad lo necesitas.

—No, no pasa nada. —Me salto el desvío. En realidad no hay necesidad de

meter a Courtney en esto. Me acercaré a Lagniappe después de dejarla en casa de su amiga.

Su alivio salta a la vista.

—Vale. Gracias por venir a buscarme, tía Aves.

—Es un placer, peque.

Minutos después sube corriendo el camino de entrada a la casa de Shellie y yo me dirijo a la casa de la calle Lagniappe en busca del pasado.

Un mazazo de dolor me golpea en cuanto aparco en el camino de entrada y bajo del coche. Mire donde mire, encuentro un recuerdo. Las rosas que ayudaba a mi abuela a cuidar, el sauce donde jugaba a las casitas con la niña que vivía calle abajo, la ventana salediza del castillo de Cenicienta en el piso de arriba, el amplio porche que hacía de fondo para las fotos de graduación, el jardín acuático donde los koi multicolor cabeceaban a la espera de migas de galleta.

Casi puedo sentir a mi abuela en el pórtico que recorre el lateral de la casa. Cuando subo las escaleras, estoy medio esperando encontrarla. Me duele que no sea así. Nunca más volveré a este lugar para ser recibida por mi abuela.

En el jardín trasero, el aire en el invernadero está viciado y huele a polvo. El aroma a tierra húmeda ha desaparecido. Tampoco están los estantes y las macetas. Sin duda mi madre se los dio a alguien que pudiera utilizarlos.

La llave escondida sigue donde siempre. Atrapa un rayo de luz del atardecer cuando levanto el ladrillo suelto cerca de los cimientos. A partir de ahí, entrar y quitar la alarma es tarea fácil. Luego me quedo en la sala de estar y pienso: *¿Y ahora qué?*

La madera del suelo cruje bajo mis pies y me sobresalto, aunque se trate de un sonido muy familiar. Courtney tenía razón. La casa parece vacía y tétrica, ya no tiene nada del segundo hogar que siempre fue para mí. A partir de los trece años y durante el curso, vivía aquí siempre que mis padres estaban en Washington para poder ir a clase en Aiken con mis amigos.

Ahora me siento como un ladrón entrando a hurtadillas.

Además, esto es absurdo. Ni siquiera sabes lo que estás buscando.

¿Fotografías, quizá? ¿Estará la mujer de la mesilla de May Crandall en alguno de los viejos álbumes? La abuela Judy siempre ha sido la historiadora de la familia, la guardiana del linaje de los Stafford, la que escribe infatigable etiquetas en su vieja máquina de escribir manual y las pega a objetos. No hay un solo mueble, cuadro, pieza de arte o fotografía en esta casa que no esté

cuidadosamente etiquetado con sus orígenes y el nombre de sus anteriores dueños. Sus objetos personales —los que le importan— también los guarda así. La pulsera de las libélulas me llegó en una caja muy gastada con una nota amarillenta pegada a la parte de abajo.

Julio, 1966. Un regalo. Piedras de luna por las primeras fotografías enviadas desde la Luna por la sonda espacial estadounidense *Surveyor*. Granates porque simbolizan el amor. Libélulas por el agua. Zafiros y ónices a modo de evocación. Hecho por encargo en Greer Designs, Damon Greer, diseñador.

Debajo de esto había añadido:

Para Avery:

Porque eres quien soñará nuevos sueños que abrirán nuevos caminos. Que las libélulas te lleven a lugares más allá de tu imaginación.

Tu abuela, Judy

Es extraño, ahora me doy cuenta, que no especificara de quién era el regalo. Me pregunto si encontraré esa información en alguno de sus dietarios. No pasaba una semana sin que documentara con precisión los detalles de su día a día, dejando constancia de todas las personas a las que veía, la ropa que vestía, lo que se servía en las comidas. Si May Crandall y ella fueron amigas o compartieron grupo de bridge, su nombre seguramente figurará ahí.

«Algún día los leerás y sabrás todos mis secretos», me dijo una vez cuando le pregunté por qué era tan meticulosa poniendo todo por escrito.

El comentario me parece ahora una autorización, pero, mientras cruzo la casa en penumbra, la culpa me atormenta. No es como si mi abuela hubiera ya muerto. Sigue aquí. Lo que estoy haciendo es husmear y, sin embargo, no logro quitarme de encima la sensación de que quiere que comprenda algo, de que esto es importante, de alguna manera, para las dos.

En su pequeño despacho junto a la biblioteca, su último dietario sigue sobre el escritorio. Está abierto por el día que desapareció durante ocho horas y terminó perdida y desorientada en el antiguo centro comercial. Un jueves.

La letra es apenas legible. Tiembla y se curva hacia abajo. No se parece en nada a la caligrafía bonita y redondeada de mi abuela. «Trent Turner, Edisto» es la única anotación del día.

¿Edisto? ¿Es eso lo que pasó cuando desapareció? Pensaba que iba a ir a la casa de la isla de Edisto a... ¿reunirse con alguien? ¿Quizá esa noche había

tenido un sueño y se había despertado creyendo que era real? ¿Tal vez estaba reviviendo algo ocurrido en el pasado?

¿Quién es Trent Turner?

Sigo pasando las hojas.

En los compromisos sociales de mi abuela de los últimos meses no hay mención alguna de May Crandall. Y, sin embargo, May me dio a entender que se habían visto hacía poco.

Cuanto más retrocedo, más clara se vuelve la escritura. Me sumerjo en rutinas familiares en las que en otro tiempo acompañé a mi abuela, actos del Club de la Federación de Mujeres, el consejo de la biblioteca, las Hijas de la Revolución Americana, el Club de Jardinería en primavera... Me resulta doloroso darme cuenta de que hace solo siete meses, antes de su súbita espiral descendente, siguiera funcionando razonablemente bien, mantuviera su calendario social, aunque un par de amigas les habían comentado a mis padres que había tenido algún que otro lapsus.

Sigo pasando hojas haciéndome preguntas, recordando, pensando en este año decisivo. La vida te puede cambiar de un día para otro. El dietario me hace ser más consciente aún de esto. Planificamos nuestros días, pero no los controlamos.

Las notas de enero de mi abuela empiezan con una única línea garabateada al azar en el margen justo antes del día de Año Nuevo. «Edisto y Trent Turner», ha vuelto a escribir. Debajo hay apuntado un número de teléfono.

¿Quizá estaba hablando con alguien sobre algún arreglo que había que hacer en la casa? Es difícil de creer. La secretaria personal de mi padre lleva ocupándose de los asuntos de la abuela Judy desde que murió mi abuelo, hace siete años. De haber sido necesario algún arreglo, lo habría gestionado ella.

Solo hay una forma de averiguarlo, supongo.

Saco el móvil y marco el número.

El teléfono suena una, dos veces.

Empiezo a preguntarme qué voy a decir si alguien contesta. *Esto... No estoy muy segura de por qué llamo. Encontré su nombre en una libreta vieja en casa de mi abuela y...*

Y... ¿qué?

Salta un contestador. «Inmobiliaria Turner. Soy Trent. Ahora no podemos atenderle, pero si deja un mensaje...».

¿Inmobiliaria? Estoy atónita. ¿Estaba la abuela Judy pensando en vender la

casa de Edisto? Es difícil de creer. Esa casa lleva en su familia desde antes de que se casara con mi abuelo. Le encanta.

Mis padres me lo habrían dicho si estuvieran pensando en vender el lugar. Tiene que haber otra explicación, pero, puesto que no tengo manera de averiguarlo, sigo buscando.

En el armario encuentro el resto de dietarios, guardados en una gastada estantería acristalada, donde siempre habían estado. Están cuidadosamente ordenados a partir del año en que se casó con mi abuelo hasta el presente. Solo por curiosidad, saco el más antiguo. La tapa de cuero color blanco lechoso está seca y atravesada por grietas marrones, de manera que parece una pieza de porcelana antigua. En el interior, la escritura es sinuosa y aniñada. Llenan las páginas notas sobre fiestas de la universidad, exámenes, despedidas de soltera, modelos para vajillas y citas vespertinas con mi abuelo.

En uno de los márgenes, aparecen ensayos de firmas con el que pronto sería su nuevo nombre de casada. Las florituras de las letras dan testimonio del atolondramiento del primer amor.

«Visita a los padres de Harold en Drayden Hill», dice una de las entradas. «Monté a caballo. Salté unas cuantas vallas. Harold me dijo que no se lo contara a su madre. Nos quiere ilesos en la boda. He encontrado a mi príncipe. No tengo la más mínima duda».

Una emoción me llena la garganta. Es agridulce.

No tengo la más mínima duda.

¿De verdad sentía eso? ¿De verdad supo que había encontrado al hombre de su vida cuando conoció a mi abuelo? ¿Deberíamos haber experimentado Elliot y yo algún tipo de... descarga eléctrica en lugar de la relajada transición de compañeros de aventuras infantiles a una amistad adulta y de las citas informales al compromiso porque, después de seis años saliendo, parece que ya toca? ¿Debería preocuparnos no haber sido más impetuosos, no tener prisa?

Me suena el móvil y contesto, deseando que sea él.

La voz al otro lado de la línea es masculina y cordial, pero no es de Elliot.

—Hola, soy Trent Turner. He recibido una llamada de este número. Siento no haber contestado. ¿En qué puedo ayudarla?

—Eh... Esto... —No se me ocurre ninguna frase con que romper el hielo, así que suelto sin más—: Encontré su número en la agenda de mi abuela.

Oigo ruido de papeles.

—¿Teníamos una cita aquí en Edisto? ¿Para ver alguna casa? ¿O es para un alquiler?

—No sé para qué es. De hecho esperaba que me lo dijera usted. Mi abuela ha tenido problemas de salud y estoy intentando poner orden en su agenda.

—¿Para qué día era la cita?

—No estoy segura de que la tuviera. He pensado que quizá lo llamó para hablar de la venta de una propiedad. La casa Myers. —Por aquí es costumbre conocer las propiedades por el nombre de quienes fueron sus dueños hace décadas. Los padres de mi abuela construyeron la casa de Edisto como un refugio para escapar de los veranos calurosos y húmedos del interior—. Stafford, Judy Stafford. —Me preparo para el cambio de tono que acompaña casi siempre el anuncio del nombre. En todo el estado la gente o nos quiere o nos odia, pero por lo general nos conoce.

—Staff... for... Stafford... —murmura. Quizá no es de por aquí. Ahora que lo pienso, en su acento no hay ni asomo de Charleston. No es del sur del estado, pero sí que arrastra las palabras. ¿Texas quizá? Al haber pasado gran parte de mi infancia con niños de otros lugares se me dan bien los acentos, tanto extranjeros como nacionales.

Hay una pausa extraña. Cuando vuelve a hablar, su tono es más cauto.

—Solo llevo aquí nueve meses, pero le prometo que nadie me ha llamado nunca para vender o alquilar la casa Myers. Siento no poder serle de más ayuda. —De pronto está intentando colgarme. ¿Por qué?—. Si fue antes de primeros de año probablemente hablaría con mi abuelo, Trent I. Pero falleció hace seis meses.

—Vaya, lo siento mucho. —De inmediato siento una afinidad que va más allá del hecho de que ese hombre me hable desde un lugar que siempre he amado profundamente—. ¿Tiene alguna idea de por qué estaba mi abuela en contacto con él?

Hay otro silencio incómodo, como si estuviera sopesando sus palabras.

—La verdad es que sí. Tenía unos papeles para ella. Es todo lo que le puedo decir.

Sale mi abogado interior. He detectado a un testigo reticente que se está guardando información.

—¿Qué clase de papeles?

—Lo siento. Se lo prometí a mi abuelo.

—¿Qué le prometió?

—Si viene ella en persona podré darle el sobre que le dejó.

Se dispara una alarma dentro de mi cabeza. ¿Qué está pasando aquí?

—No puede viajar.

—Entonces no puedo ayudarla. Lo siento.

Y, sin más, cuelga.

10

Rill

En la habitación hay silencio y huele a humedad. Abro los ojos, los cierro muy fuerte, los abro de nuevo muy despacio. La bruma del sueño no me deja ver demasiado claro. Es como la niebla del río que trepa por las ventanas de la casa flotante por la noche.

Nada está donde se supone que debe estar. En lugar de las puertas y ventanas del *Arcadia* hay gruesas paredes de piedra seca. El aire huele igual que en los compartimentos cerrados donde guardamos las cajas de víveres y el combustible. El hedor a moho y a tierra húmeda me entra en la nariz y ahí se queda.

Oigo a Lark gemir en sueños. Se oye un rechinar de muelles en lugar del susurro de los camastros abatibles donde Lark y Fern duermen.

Parpadeo, levanto la vista y distingo un ventanuco muy alto, cerca del techo. La luz de la mañana entra por él, pero es pálida y tenebrosa.

Un arbusto araña el cristal. Sus ramas emiten un suave gemido. Una rosa marchita de color rosa cuelga, medio rota.

De repente lo recuerdo todo. Recuerdo acostarme en el camastro que huele a humedad, mirar por la ventana la rosa hasta que la luz del día se apaga y la respiración de mis hermanos que duermen a mi alrededor se vuelve rítmica y tranquila.

Recuerdo a la empleada con uniforme blanco que nos condujo escaleras abajo y junto al cuarto de la caldera y las pilas de carbón hasta esta habitación diminuta.

«Dormiréis aquí hasta que sepamos si os vais a quedar definitivamente.

Nada de ruido ni de charlas. Tenéis que estar callados. No podéis levantaros de la cama». Señaló cinco camas plegables, como las que usan los soldados en los campamentos de prácticas que hay a veces cerca del río.

Luego salió y cerró la puerta detrás de ella.

Nos acostamos en silencio, también Camellia. Yo me alegraba de que estuviéramos solos otra vez los cinco. Sin empleadas, sin otros niños mirándonos con ojos curiosos, preocupados, tristes, mezquinos, ojos vacíos que están muertos, endurecidos.

Revivo todo lo ocurrido ayer como si fuera una película. Veo el *Arcadia*, a la policía, a Silas, el automóvil de la señorita Tann, la cola para el baño en el piso de arriba. Una náusea me recorre de la cabeza a los pies. Me engulle como una ola de agua estancada, caliente por el sol de verano, envenenada por todo lo que ha arrastrado.

Me siento sucia por dentro. No tiene nada que ver con el agua turbia marrón por la arena y el jabón de todos los niños que se habían bañado en ella antes que yo, incluidas mis hermanas y Gabion.

Veo a la empleada de pie junto a mí mientras me meto en la bañera, dándole la espalda para protegerme.

—Lávate —me dice. Señala el jabón y un trapo—. No tenemos tiempo para tonterías. Y además, los que vivís en el río no tenéis fama de pudorosos, precisamente. ¿No te parece?

No sé qué quiere decir ni qué contestarle. Quizá no deba hacerlo.

—¡He dicho que te laves! —grita—. ¿Te crees que tengo todo el día?

Ya sé que no lo tiene. Le he oído gritarle lo mismo a otros niños. He oído gimoteos y sollozos y balbuceos cuando empujaban cabezas bajo el agua para enjuagarlas. Por suerte, a ninguno de los Foss nos molestan las aguadillas. Los pequeños e incluso Camellia han pasado por el baño sin armar demasiado jaleo. Yo quiero hacer lo mismo, pero la mujer parece tenerla tomada conmigo, quizá porque soy la mayor.

Me acuclillo en el agua porque está sucia y fría.

Se acerca para verme mejor y me dedica una mirada que me pone la carne de gallina.

—Parece que después de todo no eres demasiado mayor para estar con las pequeñas. Aunque no falta mucho, y entonces tendremos que trasladarte a otro sitio.

Le doy la espalda todavía más y me lavo lo más deprisa que puedo.

Esta mañana me siento sucia por el hecho de que alguien me haya mirado así. Espero que nos vayamos de aquí antes de que nos toque bañarnos otra vez.

Quiero que la pequeña rosa color rosa desaparezca. Quiero que la ventana cambie, que las paredes se vuelvan de madera, que el suelo de cemento se marche, se transforme, se evapore. Quiero tablonces gastados por nuestros pies y el río meciéndonos bajo nuestras camas y el suave arrullo de Briny tocando la armónica en el porche.

Durante la noche me he despertado al menos diez veces. En la madrugada, Fern se acurrucó a mi lado y la lona hundida por el peso nos obligaba a estar tan juntas que es un milagro que pudiera respirar y aún más dormir.

Cada vez que me rindo al sueño, vuelvo a estar en el *Arcadia*. Cada vez que me despierto, estoy aquí, en este lugar, y me esfuerzo en comprender qué significa.

Dormiréis aquí hasta que sepamos si os vais a quedar definitivamente...

¿Qué significa eso de «definitivamente»? ¿No van a llevarnos al hospital a ver a Briny y a Queenie ahora que hemos pasado aquí la noche y estamos limpios? ¿Vamos a ir todos o solo algunos? No puedo dejar aquí a los pequeños. ¿Y si estas personas les hacen daño?

Tengo que proteger a mis hermanos, pero ni siquiera puedo protegerme a mí misma.

Las lágrimas me ponen la boca pegajosa. Me he dicho a mí misma que no voy a llorar. Solo asustaría a los pequeños. Les he prometido que todo saldrá bien y de momento me creen, incluso Camellia.

Cierro los ojos, abrazo a Fern, dejo que broten las lágrimas y le empapen el pelo. Los sollozos me suben por el estómago y me oprimen el pecho y los trago como si fueran hipidos. Fern no se despierta. Quizá en sus sueños no es más que el río meciendo su litera.

No te duermas, me digo. Tengo que devolver a Fern a su catre antes de que venga alguien. Pueden regañarnos por mi culpa. La mujer dijo que no debíamos levantarnos de nuestras camas.

Solo dos minutos más. Solo dos minutos más, luego me levantaré y me aseguraré de que todos están en su sitio.

Me adormezco y me despierto una y otra vez. El corazón se me desboca cuando oigo a alguien respirar cerca. No es ninguno de nosotros, es alguien más grande. Un hombre. Quizá es Briny.

En cuanto pienso eso, un olor a grasa vieja y hierba verde y carbonilla llena la habitación. No es Briny. Briny huele a agua del río y a cielo. A niebla de la mañana en verano y a escarcha y humo de leña en invierno.

Se me despeja la cabeza y escucho. Unos pies dan un par de pasos, a continuación se paran. Briny no camina así.

Le tapo la cabeza a Fern con las mantas, espero que no se despierte y se mueva precisamente ahora. Aún está muy oscuro, por la ventana entra la misma luz tenue. Quizá no se dé cuenta de que Fern no está en su catre.

Cuando vuelvo la cabeza, apenas alcanzo a verlo de reojo. Es mucho más grande, alto y grueso que Briny, pero es todo lo que puedo distinguir. Es una sombra de pie. No se mueve ni dice nada. Se limita a mirar.

Me moquea la nariz de tanto llorar, pero no me la limpio ni me la sorbo. No quiero que sepa que estoy despierta. ¿Qué hace aquí?

Camellia cambia de postura.

No, pienso. Chsss. ¿Está el hombre mirándola? ¿Ve si tiene los ojos abiertos?

Se adentra en la habitación. Avanza, se detiene, avanza otra vez, se detiene. Se inclina sobre el catre de Lark, toca la almohada. Se tambalea un poco y tropieza con la estructura de madera.

Lo miro con los ojos entrecerrados. A continuación viene hasta mi catre, me mira un segundo. La almohada cruje cerca de mi cabeza. La toca dos veces con mucha suavidad.

Luego se detiene junto a las otras camas y por fin sale y cierra la puerta.

Dejo de contener la respiración, tomo aire de nuevo y entonces huelo el aroma a caramelo de menta. Cuando retiro las sábanas y despierto a Fern, veo que hay dos pastillas blancas en la almohada. Enseguida me recuerdan a Briny. Cuando Briny saca dinero en los billares o trabaja en un barco con espectáculo, siempre vuelve al *Arcadia* con un cucurucho de pastillas de menta Beech-Nut Luster en el bolsillo. Son las mejores. Briny nos hace adivinanzas y, si acertamos las respuestas, nos da un caramelo. *Si hay dos petirrojos en un árbol y uno en el suelo y tres azulejos en un arbusto y cuatro en el suelo y un búho grande en una cerca y otro en el establo, ¿cuántos pájaros hay en el suelo?*

Cuanto mayor eres, más difíciles son las preguntas. Cuanto más difíciles las preguntas, mejor saben los caramelos.

El olor a menta me da ganas de correr hacia la puerta y ver si Briny está

fuera. Pero estos caramelos son de otra clase. Los noto raros cuando los cojo y llevo a Fern a su cama.

Junto a la puerta, Camellia se mete el suyo en la boca y lo mastica.

Considero dejar los caramelos en las almohadas de los pequeños, pero decido que es mejor cogerlos. Me preocupa que, si entran las empleadas, nos metamos en un lío por tenerlos.

—¡Ladrona! —Es lo primero que me dice Camellia desde que hicimos la cola para el baño anoche. Está sentada en su cama y la manga del camisón que le queda demasiado grande le deja el hombro al descubierto. Después del baño, una de las empleadas rebuscó en una pila de camisones y nos dio unos —. Nos ha dejado una pastilla para cada uno. No te las puedes quedar todas. No es justo.

—Chsss. —Habla tan alto que casi espero ver la puerta abrirse y a nosotros metidos en un lío—. Se las estoy guardando para después.

—Las estás robando.

—De eso nada.

Sin duda Camellia vuelve a ser ella hoy, pero, como casi todas las mañanas, está de mal humor. La mayoría de las veces le planto cara, pero hoy estoy demasiado cansada.

—Ya te he dicho que las estoy guardando para luego. No quiero que nos metamos en un lío.

Los delgados hombros de mi hermana se caen.

—En un lío ya estamos. —El pelo negro le cae hacia delante en marañas, como la crin de un caballo—. ¿Qué vamos a hacer, Rill?

—Vamos a portarnos bien para que estas personas nos lleven con Briny. No puedes volver a intentar escaparte, Camellia. No puedes enfrentarte a ellos, ¿de acuerdo? Si se enfadan con nosotros, no nos llevarán.

Me mira con intensidad, con sus ojos castaños tan entrecerrados que recuerda a los chinos que hacen la colada en enormes calderos de agua hirviendo en las orillas del río.

—¿De verdad crees que nos van a llevar? ¿Hoy?

—Si nos portamos bien.

Espero que no sea mentira, pero igual lo es.

—¿Por qué nos han traído aquí? —Está a punto de llorar—. ¿Por qué no nos dejan tranquilos?

Mis pensamientos trabajan tratando de entender. Necesito una explicación

para mí misma tanto como para Camellia.

—Debe de ser un error. Habrán pensado que Briny no iba a venir a buscarnos. Pero Briny hablará con ellos en cuanto se entere de que no estamos. Les dirá que todo esto es una equivocación y nos llevará a casa.

—Pero ¿hoy? —Le tiembla la barbilla y saca el labio inferior con determinación, como hace cuando se dispone a pelearse con un chico.

—Apuesto a que hoy. Estoy segura.

Se sorbe la nariz y se limpia los mocos con el brazo.

—No pienso dejar que esas mujeres me metan otra vez en la bañera, Rill. No pienso.

—¿Por qué? ¿Qué te van a hacer, Camellia?

—Nada. —Levanta el mentón—. Pero no van a meterme otra vez, eso es todo. —Alarga una mano y la abre—. Si no vas a dar caramelos a todos, dámelos a mí. Estoy muerta de hambre.

—Los vamos a guardar para más tarde... Si nos llevan a donde estaban los niños ayer. Entonces los sacaré.

—Has dicho que Briny vendría luego.

—No sé cuándo. Solo sé que vendrá.

Arruga los labios hacia un lado como si no me creyera en absoluto y luego se vuelve hacia la puerta.

—Igual ese hombre nos puede ayudar a escapar. El que nos ha traído los caramelos. Es nuestro amigo.

Eso ya lo he pensado. Pero ¿quién era ese hombre? ¿A qué ha entrado aquí? Es la primera persona que es amable con nosotros en casa de la señora Murphy.

—Esperaremos a Briny —digo—. Lo único que tenemos que hacer es portarnos bien y...

Se agita el pomo de la puerta. Camellia y yo nos metemos en nuestras camas a la vez y fingimos dormir. El corazón me late con fuerza bajo la sábana áspera. ¿Quién está ahí? ¿Será nuestro nuevo amigo u otra persona? ¿Nos habrán oído hablar?

No necesito esperar mucho. Una mujer de pelo castaño vestida de blanco entra en la habitación. La observo por una rendija en la manta. Es robusta como un leñador y tiene la cintura gruesa. No es ninguna de las mujeres que vimos ayer.

Desde la puerta frunce el ceño, mira nuestras camas y luego las llaves que

lleva en la mano.

—Todos *fuerra* de la cama. —Habla igual que la familia noruega que tuvo el barco fondeado junto al nuestro un mes el verano pasado. La palabra «fuera» la pronuncia rara, pero yo la entiendo. No parece enfadada, solo muy cansada—. De pie y doblad las mantas.

Nos levantamos todos excepto Gabion. Tengo que levantarlo del catre y una vez en el suelo se tambalea y se cae de culo mientras me ocupo de las mantas.

—Ha entrado alguien más en la habitación *durrante* la noche, ¿sí?

Sostiene una llave entre los dedos.

¿Deberíamos hablarle del hombre de las pastillas de menta? ¿Quizá no debía entrar en nuestra habitación? Igual nos metemos en un lío si no lo contamos.

—No, señora. No ha entrado nadie. Hemos estado solo nosotros —contesta Camellia antes de que me dé tiempo a mí.

—Tú *erres* la revoltosa, me han dicho. —Mira a Camellia con dureza y esta se encoge un poco.

—No, señora.

—No ha entrado nadie. —Tengo que mentir también. ¿Qué otra cosa puedo hacer si Camellia ha contado una patraña?—. A no ser que fuera cuando estábamos dormidos.

La mujer tira de la cadenilla de la bombilla del techo. Esta parpadea y pestañeamos, deslumbrados.

—Esta *puerrta* tenía que *estarr* cerrada. Lo estaba, ¿sí?

—No lo sabemos —contesta Camellia—. No nos hemos movido de nuestras camas.

La mujer me mira y asiento con la cabeza, luego empiezo a ordenar la habitación. Quiero deshacerme de los caramelos de menta, pero me da demasiado miedo, así que sigo con ellos en la mano, lo que hace que me cueste doblar las mantas, pero la mujer no se da cuenta. Tiene demasiada prisa por sacarnos de allí.

Cuando salimos, veo al hombre corpulento en el sótano, apoyado en el mango de una escoba junto a la gran estufa negra con rendijas que recuerdan a la boca de una calabaza de Halloween. El hombre nos mira pasar. Camellia le sonrío y él le devuelve la sonrisa. Tiene los dientes gastados y feos y el pelo castaño y fino le cuelga a ambos lados de la cara en mechones húmedos

de sudor, pero su sonrisa es agradable.

Puede que después de todo tengamos un amigo aquí dentro.

—*Señorr Riggs*, si no tiene nada que *hacerr*, ocúpese de la rama que se ha caído esta noche en el *jarrdín* —dice la mujer—. Antes de que salgan los niños.

—Sí, señora Pulnik. —Se le curvan las comisuras de los labios y mueve un poco la escoba cuando la señora Pulnik empieza a subir las escaleras seguida por nosotros, pero no barre.

Camellia se vuelve para mirarlo y él le guiña un ojo. El guiño me recuerda a Briny, así que puede que el señor Riggs me guste un poco.

En el piso de arriba, la señora Pulnik nos lleva al cuarto de la lavandería y nos da cosas de una pila de ropa. Las llama «ropas de jugar», pero en realidad son poco más que andrajos. Nos dice que nos vistamos y vayamos al cuarto de baño y eso hacemos, y el desayuno se parece mucho a la cena que nos dieron anoche después del baño: una cucharadita de gachas de maíz. Llegamos tarde a la mesa. Los otros niños ya han salido a jugar. Cuando hemos dejado los tazones bien limpios, nos dicen que salgamos y que no intentemos ir más allá del jardín ni del cementerio. O de lo contrario...

—Y tampoco os *acerrquéis* a la valla. —La señora Pulnik coge a Camellia y a Lark del brazo antes de que nos dé tiempo a cruzar la puerta. Se inclina hacia nosotros con las mejillas gordezuelas sudorosas y brillantes—. *Ayerr* un niño intentó colarse *porr* debajo. La señora Murphy lo ha mandado al *arrmario*. Que te manden al *arrmario* es malo, muy malo. En el *arrmario* está muy oscuro. ¿Lo entendéis?

—Sí, señora —respondo con un hilo de voz mientras cojo en brazos a Gabby y le tiendo la mano a Lark para llevármela. Está quieta como un tocón de árbol, inmóvil, pero por las mejillas le corren gruesos lagrimones—. Me aseguraré de que obedecen las reglas hasta que podamos ir a ver a nuestros papás.

La señora Pulnik aprieta y curva sus gruesos labios.

—Bien —dice—. Es una decisión sensata. *Parra* todos.

—Sí, señora.

Salimos lo más rápido que podemos. El sol es como un regalo, y el cielo se extiende entre chopos y arces, y la tierra desnuda al final de los escalones es fresca y suave. Me siento a salvo y cierro los ojos, y escucho hablar a las hojas y cantar a los pájaros sus canciones matutinas. Una a una reconozco sus

voces. El chochín de Carolina, el petirrojo, el pinzón. Los mismos pájaros que estaban ayer por la mañana cuando nos despertamos en nuestro viejo barco.

Las niñas pequeñas se aferran a mi falda y Gabby se retuerce en mis brazos para que le deje en el suelo y Camellia se queja porque estamos quietos. Abro los ojos y está mirando la valla negra de hierro que cierra el jardín. Está cubierta en gran parte por madreSelva, acebo espinoso y azaleas que crecen espesas y es más alta que nuestras cabezas. Hay una única puerta, por lo que veo, y lleva a un jardín detrás de la iglesia medio en ruinas contigua. Que rodea la misma valla.

Camellia es demasiado grande para pasar por debajo, pero tiene aspecto de estar buscando la mejor manera de intentarlo.

—Por lo menos vamos hasta los columpios —gimotea—. Desde allí podemos ver el camino... para cuando venga Briny a buscarnos.

Cruzamos el jardín; llevo a Gabion en brazos y mis hermanas forman un apretado nudo a mi espalda, incluso Camellia, que por lo general se enzarza en una pelea en menos que canta un gallo en cada nueva escuela a la que vamos. Los niños nos miran porque somos nuevos. Fingimos no darnos cuenta. Este juego se nos da bien: no mostrarnos demasiado simpáticos, cuidar los unos de los otros, hacerles saber que si se meten con uno de nosotros tendrán que vérselas con el resto. Pero esta vez es distinta. No conocemos las reglas de este lugar. No hay una profesora vigilando. No se ve a un solo adulto. Solo hay niños que dejan de saltar a la comba y de jugar al martín pescador para mirarnos fijamente.

No veo a la niñita que vino con nosotros del río ayer. Su hermano pequeño —al que la señorita Tann puso el nombre de Stevie— está sentado en el suelo con un camión de juguete al que le faltan la pintura y una de las ruedas.

—¿Dónde está tu hermana? —Me acuclillo a su lado. El peso de Gabion me hace perder el equilibrio, así que tengo que apoyar una mano en el suelo para evitar caerme.

Los hombros de Stevie suben y bajan y sus grandes ojos castaños se llenan de lágrimas.

—Puedes venir con nosotros —le digo.

Camellia protesta.

—No es problema nuestro.

La mando callar.

Stevie hace un puchero, asiente con la cabeza y levanta los dos brazos. En uno de ellos tiene una mordedura de gran tamaño y me pregunto quién se la habrá hecho. Lo cojo en brazos y me pongo de pie. Es mayor que Gabion, pero pesa más o menos lo mismo. Es una cosita delgaducha.

Dos niñas que juegan con platos de latón abollados nos miran. Han reunido hojas secas y montado una cocinita a la sombra de la caseta del pozo, como hacemos a veces Camellia y yo en el bosque.

—¿Queréis jugar? —pregunta una de ellas.

—Déjanos en paz —salta Camellia—. No tenemos tiempo. Vamos al cementerio a esperar a nuestro padre.

—Pues no deberíais. —Las niñas vuelven a su juego y nosotros seguimos caminando.

En la puerta del cementerio, un niño mayor sale de detrás del acebo. Ahora veo que hay una abertura en los arbustos. Hay cuatro o cinco niños con una baraja de cartas. Uno está tallando una lanza con una navaja. Me mira con ojos entrecerrados y prueba la punta afilada con la yema del dedo.

El niño mayor pelirrojo está en la puerta con los brazos cruzados.

—Tú, ven aquí —me dice, como si estuviera a sus órdenes—. Los otros se pueden ir a jugar.

Es evidente lo que quiere. Quiere que me meta entre los arbustos con los cuatro chicos. De otra manera mis hermanos no podrán entrar en el cementerio.

Me arde la cara. Noto que me estoy ruborizando. *¿Qué tiene pensado hacer?*

Camellia dice lo que estoy pensando.

—No vamos a ir a ninguna parte contigo. —Separa las piernas y saca pecho y barbilla—. Tú no nos mandas.

—No te estoy hablando a ti, lagartija. Eres más fea que un chucho callejero, ¿no te lo han dicho nunca? Estoy hablando con tu hermana la guapa.

A Camellia se le salen los ojos de las órbitas. Está a punto de ponerse furiosa.

—No soy tan fea como tú, pelo de zanahoria. ¿Lloró tu madre cuando naciste? ¡Seguro que sí!

Le doy a Gabby a Fern. El pequeño Stevie no quiere soltarse. Sigue con los brazos alrededor de mi cuello. Si vamos a pelearnos, no puedo tener a un

niño colgado del cuello. El chico pelirrojo seguramente podrá con Camellia y conmigo, y, si además salen sus amigos, vamos a tener problemas. No se ven empleadas por ninguna parte y uno de esos matones tiene una navaja.

Al pelirrojo se le hinchan las aletas de la nariz y descruza los brazos. Se va a armar una buena. Esta vez Camellia ha hecho una apuesta que no podemos pagar. El chico me saca al menos treinta centímetros y eso que soy alta.

Mis pensamientos corren igual que una ardilla que salta de rama en rama. *Piensa. Piensa en algo.*

Usa siempre la cabeza, Rill, oigo a Briny decirme, y enseguida encontrarás la salida de un atolladero.

—Tengo pastillas de menta —suelto y meto la mano en el bolsillo de mi vestido prestado—. Os las damos todas si nos dejáis pasar.

El chico mete la barbilla y me mira parpadeando.

—¿De dónde has sacado pastillas de menta?

—No estoy mintiendo. —Me cuesta decir esas tres palabras porque tengo a Stevie agarrado a mí con fuerza—. ¿Nos dejáis pasar o no?

—Dame los caramelos. —Los otros bravucones han empezado a salir de su escondrijo para coger su parte del botín.

—¡Son nuestros! —protesta Camellia.

—Cállate. —Saco los caramelos. Están algo sucios de llevarlos en la mano toda la mañana, pero no creo que a estos chicos les importe.

El pelirrojo abre la mano y le pongo un caramelo en ella. Se lo acerca tanto a la cara que se pone bizco y parece aún más estúpido que antes. Una sonrisa lenta y mezquina se dibuja en sus labios. Tiene mellado uno de los dientes delanteros.

—¿Te los ha dado el viejo Riggs?

No quiero causar problemas al hombre del sótano. Es la única persona que ha sido amable con nosotros hasta el momento.

—No es asunto tuyo.

—¡Es nuestro amigo! —Camellia es incapaz de tener la boca cerrada. Igual cree que asustará a estos chicos si creen que le caemos bien a un hombre mayor.

Pero el chico pelirrojo se limita a sonreír. Se acerca a mi oreja, tanto que huelo su aliento apesadoso y noto su calor en mi piel. Susurra:

—No dejes que Riggs se quede a solas contigo. Los amigos como él no te convienen.

11

Avery

El musgo español gotea de los árboles, tan delicadamente hilado como el encaje de un velo de novia. Una garza azul alza el vuelo desde la marisma, sobresaltada por el paso de mi coche. Al principio vuela con torpeza, como si necesitara un momento para sentirse cómoda en el aire, para usar las alas. Bate con fuerza y por fin flota hacia lo lejos, sin prisa por volver a la tierra.

Conozco la sensación. Llevo dos semanas intentando escabullirme para ir a la isla de Edisto. Entre las reuniones y los encuentros con la prensa que ya estaban previstos y las complicaciones inesperadas de la salud de papá, me ha sido imposible.

He pasado los últimos seis días en despachos de médicos, cogiéndole la mano a mi madre mientras tratábamos de comprender por qué, cuando se suponía que la cirugía había curado el cáncer y la hemorragia intestinal, papá volvía a estar anémico y tan débil que apenas podía sostenerse en pie. Después de interminables pruebas, creemos que han encontrado la causa. La solución era fácil: cirugía laparoscópica para sellar los vasos sanguíneos rotos de su aparato digestivo, un problema que no tenía relación con el cáncer. Paciente ambulatorio. Rápido y sencillo.

Excepto que nada es sencillo cuando estás intentando esconderte del mundo exterior y papá insiste en no contar a nadie que ha sufrido un pequeño percance de salud. Leslie está completamente de acuerdo. Está diciendo que mi padre ha sufrido una intoxicación alimentaria; que retomará su agenda en unos pocos días.

Mi hermana mayor, Missy, echó una mano en un par de actos benéficos

que no se podían cancelar.

—Te veo agotada, Aves —me comentó—. ¿Por qué no te vas unos días, aprovechando que Leslie ha despejado casi toda la agenda? Ve a ver a Elliot. Allison y yo estaremos pendientes de Drayden Hill.

—Gracias, pero... ¿estás segura?

—Ve. Hablad de la boda. Igual puedes convencerlo de que ceda a las presiones de mamá.

No le dije que, aparte de unas pocas conversaciones apresuradas, Elliot y yo no hemos hecho planes de boda. Tenemos demasiadas cosas de que ocuparnos.

—Elliot ha tenido que ir a Milán a reunirse con un cliente, pero creo que me voy a ir a la casa de Edisto. ¿Ha estado alguien hace poco?

—Scott y yo llevamos a los niños unos días..., esto..., creo que la primavera pasada. Los guardeses se ocupan muy bien de la propiedad. Seguro que lo tienen todo perfecto. Vete y descansa unos días.

Antes de que le diera tiempo a decirme que saludara a la playa de su parte, ya estaba haciendo la maleta. Antes de salir de la ciudad, hice una visita que debía desde hacía tiempo a la residencia de May Crandall. Una auxiliar me dijo que May estaba ingresada por una infección respiratoria. No sabía si era grave ni cuándo volvería.

Lo que significa que el misterioso paquete de documentos de Edisto es mi única pista, al menos de momento. Trent Turner no me coge el teléfono. Punto. Mi única opción es hacerle una visita. El sobre que tiene ha empezado a ocupar todos mis pensamientos. Estoy un poco obsesionada, invento historias en las que Trent Turner interpreta distintos papeles según la escena. A veces es un chantajista que ha descubierto un secreto horrible sobre mi familia y vendido la información a los enemigos políticos de mi padre; por eso no contesta mis llamadas. En otras es el hombre de la fotografía de May Crandall. La mujer embarazada que está a su lado es mi abuela, que tuvo alguna clase de vida secreta antes de casarse con mi abuelo. Un amor de adolescencia. Un escándalo silenciado durante generaciones.

Dio al niño en adopción y ha vivido en otra parte todo este tiempo. Ahora el heredero desposeído quiere la parte que le corresponde del dinero familiar. O de lo contrario...

Todas mis hipótesis me parecen descabelladas, pero no carecen por completo de fundamentos. Leyendo entre líneas los dietarios de mi abuela,

me he enterado de cosas. Mi pulsera de libélulas tiene algún tipo de vínculo con Edisto. *Un regalo encantador de un día encantador en Edisto*, decía la entrada. *A solas*.

Ese «a solas» es lo que me tiene intrigada. Solo una página antes anotó haber recibido carta de mi abuelo, que se había llevado a los niños a pescar a las montañas toda la semana.

A solas...

¿Quiénes? ¿Quién le regalaba cosas a mi abuela en Edisto en 1966?

Mi abuela a menudo venía aquí sola, pero muchas veces no estaba sola una vez llegaba a la isla. Eso queda claro de sus dietarios.

¿Es posible que tuviera una aventura?

Se me revuelve el estómago mientras veo el puente Dawhoo carretera adelante. No puede ser. A pesar de la presión de una vida pública, mi familia siempre se ha caracterizado por los matrimonios muy estables. Mi abuela quería a mi abuelo con toda su alma. Aparte de eso, la abuela Judy es una de las personas más rectas que conozco. Es un pilar de la comunidad y un referente en la Iglesia metodista. Nunca, jamás le ocultaría algo a su familia.

A no ser que fuera algo que pudiera hacernos daño.

Y eso es precisamente lo que me da miedo.

Es también la razón por la que hay un sobre con el nombre de mi abuela escrito y alguna clase de información clandestina en el interior.

—Estés o no preparado, aquí vengo —susurro al aire salobre—. ¿Qué es lo que querías de mi abuela, Trent Turner?

Mientras esperaba en coches y en salas de espera de médicos estas últimas semanas he tratado de averiguar cosas sobre Trent Turner I y II, abuelo y padre respectivamente del Trent con el que hablé por teléfono, que es Trent Turner III. He buscado vínculos políticos, antecedentes penales o cualquier cosa que pueda explicar su relación con mi abuela. He usado mis mejores trucos de fiscal. Por desgracia no hay nada evidente. Según una necrológica publicada hace siete meses en el diario de Charleston, Trent Turner I residió toda su vida en Charleston y en la isla de Edisto y era propietario de la inmobiliaria Turner. Un hombre como cualquier otro. Normal y corriente. Su hijo, Trent Turner II, está casado y vive en Texas, donde tiene una agencia inmobiliaria.

Trent Turner III no parece ser tampoco nadie extraordinario. Jugó a baloncesto en Clemson y era bastante bueno. Se dedicaba al negocio

inmobiliario hasta hace poco, sobre todo en Nueva York. Una noticia en la prensa local de hace unos meses informa de que dejó la ciudad para hacerse cargo del negocio de su abuelo en Edisto.

¿Por qué, no puedo evitar preguntarme, un hombre que se dedica a comprar y vender rascacielos se muda a un lugar perdido como Edisto a trabajar con casas de playa y alquileres vacacionales?

Pronto lo sabré, he buscado la dirección de su oficina. De una manera u otra, mi intención es salir de las oficinas de la inmobiliaria Turner con el sobre de mi abuela y todo su contenido, sea el que sea.

A pesar del nerviosismo que siento, Edisto empieza a ejercer su magia cuando salgo del puente y conduzco por la autopista ya del lado de la isla, dejando atrás casitas curtidas por el mar y unas cuantas tiendas escondidas entre pinos y robles de Virginia. Arriba, el cielo es de un color azul perfecto.

Este sitio sigue casi igual a como lo recordaba. Se respira una atmósfera apacible, elegante, virgen. No en vano los habitantes la llaman «la isla tranquila». Los robles centenarios se inclinan sobre la carretera como si buscaran protegerla del mundo exterior. Árboles recubiertos de musgo proyectan sombras oscuras en el pequeño todoterreno que he birlado del garaje de Drayden Hill para hacer este viaje. Las carreteras secundarias de Edisto pueden ser algo rústicas y, además, presentarme en un BMW no parecía una buena idea considerando que no sé si el contenido del sobre puede ser algo relacionado con un chantaje.

El edificio de la inmobiliaria Turner es fácil de encontrar. Es original, pero no necesariamente imponente, de esa clase de construcciones que se contentan con ser lo que son, un chalé tradicional de color azul marino en la calle Jungle, a un par de manzanas de la playa. Ahora que estoy aquí, me resulta vagamente familiar, claro que de niña no tenía ninguna razón para entrar en un sitio así.

Mientras aparco y cruzo el aparcamiento salpicado de arena, siento por un momento celos del hombre que he venido a ver. Yo podría trabajar en un sitio así. Podría incluso vivir aquí. Levantarme cada mañana en el paraíso. Llegan risas y sonidos de la playa cercana. Cometas de vivos colores sobrevuelan las copas de los árboles, la brisa marina las sostiene en lo alto.

Dos niñas pequeñas corren calle abajo tirando de cintas rojas atadas a un palo. Pasan tres mujeres en bicicleta, riendo. Una vez más siento envidia y entonces pienso: *¿Por qué no vengo aquí más a menudo? ¿Por qué no llamo*

nunca a mis hermanas o a mi madre y les digo: «Venga, vámonos unos días a tomar el sol. Nos vendrá bien un descanso haciendo planes de chicas, ¿no?»»?

¿Por qué no hemos venido nunca Elliot y yo?

La respuesta tiene un sabor amargo, así que no la mastico demasiado. Nuestras agendas están siempre llenas de otras cosas. Esa es la razón.

¿Quién decide nuestras agendas? Nosotros, supongo.

Aunque a menudo da la impresión de que no tenemos elección. Si no pintamos continuamente las murallas, el viento y el clima se colarán y erosionarán los logros de doce generaciones previas. Una buena vida exige mucho mantenimiento.

Cuando subo los peldaños del porche de la inmobiliaria Turner, respiro hondo para coger fuerzas. El letrero dice: «Pase, estamos abiertos...», y eso hago. El tintineo de una campana anuncia mi entrada, pero detrás del mostrador no hay nadie.

La habitación delantera es un vestíbulo con sillas de vinilo de colores alineadas contra las paredes. Hay un dispensador de agua con vasos de papel. En los estantes hay innumerables folletos. Una máquina de palomitas me recuerda que no he comido. Cubren las paredes atractivas fotografías de la isla. La base del mostrador al fondo está decorada con dibujos infantiles y fotografías de familias felices posando delante de sus nuevas casas en la playa. Algunas, en blanco y negro, parecen ser de principios de la década de 1950. Me pongo a mirarlas, buscando a mi abuela. No hay rastro de ella.

—¿Hola? —digo, puesto que de las habitaciones del pasillo no sale nadie —. ¿Hola?

Tal vez han salido un momento. El lugar está en completo silencio.

Me ruge el estómago, pidiendo palomitas.

Estoy a punto de asaltar la máquina cuando se abre la puerta trasera. Dejo la bolsa de papel de las palomitas y me vuelvo.

—Hola, no sabía que había alguien.

Reconozco a Trent Turner III de la fotografía de internet, pero esa imagen estaba sacada de lejos, un plano de cuerpo entero delante de un edificio. Llevaba gorra deportiva y barba. No le hacía justicia. Ahora está recién afeitado. Vestido con pantalones caqui, mocasines muy gastados sin calcetines y un polo entallado y favorecedor, parece salido de un almuerzo al aire libre o de un anuncio de muebles de jardín. Es rubio pajizo y de ojos

azules, lleva el pelo algo descuidado, lo justo para dar a entender: *Vivo al lado de la playa*.

Avanza por el pasillo con un par de bolsas de comida para llevar y una bebida. No puedo evitar que se me vayan los ojos a las bolsas. Me parece oler gambas y patatas fritas. Mi estómago vuelve a protestar de forma audible.

—Perdón... No había nadie. —Señalo con el pulgar hacia la puerta.

—He salido a comprar algo de comer. —Deja la comida en el mostrador, busca una servilleta y se conforma con un papel de la impresora para limpiarse de salsa rosa. El apretón de manos que nos damos es pegajoso, pero cordial.

—Trent Turner —dice con naturalidad—. ¿En qué puedo ayudarla?

Su sonrisa me hace querer sentir simpatía por él. Es la clase de sonrisa que da por hecho que gusta a la gente. Parece... sincero, supongo.

—Lo llamé hace un par de semanas. —No tiene sentido empezar diciendo nombres.

—¿Para alquiler o compraventa?

—¿Cómo?

—La casa. ¿Busca para alquilar o para comprar?

Es evidente que está intentando hacer memoria. Pero hay alguna cosa más que le interesa de mí. Siento una chispa de..., de algo.

Me doy cuenta de que le estoy devolviendo la sonrisa.

Al instante me remuerde la conciencia. ¿Debería una mujer prometida —por sola que se sienta— reaccionar así? Quizá es porque Elliot y yo apenas hemos hablado desde hace casi dos semanas. Ha estado en Milán. Con la diferencia horaria es difícil. Está centrado en su trabajo. Yo estoy centrada en los asuntos familiares.

—Ninguna de las dos cosas. —Supongo que no tiene sentido seguir posponiéndolo. El hecho de que este hombre sea atractivo y simpático no cambia la realidad—. Lo llamé en relación con algo que encontré en casa de mi abuela. —Mi naciente amistad con Trent Turner está sin duda destinada a ser fugaz—. Soy Avery Stafford. Me dijo que tenía un sobre dirigido a mi abuela, Judy Stafford. He venido a recogerlo.

Su actitud cambia de inmediato. Unos antebrazos musculosos se cruzan delante del pecho y el mostrador se convierte instantáneamente en una mesa de negociación. De negociación hostil.

Parece disgustado. Mucho.

—Siento que haya hecho un viaje en balde. Ya le dije que no puedo darle esos documentos a nadie salvo a las personas a las que van dirigidos. Ni siquiera a un familiar.

—Tengo un poder notarial. —Empiezo a sacarlo de mi bolso tamaño gigante. Al ser la abogada de la familia y con mi madre y mi padre centrados en la salud de este, soy la persona designada para representar a la abuela Judy. Despliego los papeles y empiezo a pasar hojas mientras él levanta la mano en señal de protesta—. No está en situación de llevar sus propios asuntos y estoy autorizada a...

Rechaza el ofrecimiento sin mirar siquiera los documentos.

—No es un asunto legal.

—Sí, si es correo dirigido a ella.

—No es correo. Es más... la limpieza de algunos cabos sueltos de los archivos de mi abuelo. —Aparta la vista y mira las palmeras agitadas por la brisa al otro lado de la ventana, esquivando mi curiosidad.

—Entonces, ¿es sobre la casa de Edisto? Después de todo, esto es una agencia inmobiliaria, pero ¿por qué tanto secreto con los papeles de una propiedad?

—No.

La respuesta es decepcionante en su brevedad. Por lo general, cuando haces una suposición incorrecta sobre un testigo, este reacciona dándote involuntariamente al menos algo de información veraz.

Es evidente que Trent Turner tiene mucha experiencia en negociaciones. De hecho, tengo la impresión de que ya ha tenido esta misma negociación. Ha dicho: «documentos» y «personas», en plural. ¿Hay otras familias a las que se niega a dar información?

—No pienso irme hasta descubrir la verdad.

—Hay palomitas. —Su intento de bromear no consigue más que encenderme más.

—Esto no es ninguna broma.

—Ya lo sé. —Por primera vez, parece compadecerse ligeramente de mi situación. Descruza los brazos. Se pasa una mano por el pelo con brusquedad. Cierra los ojos de espesas pestañas marrones. Se le forman en las comisuras unas arrugas que sugieren que no siempre ha llevado una vida tan relajada—. Mire, se lo prometí a mi abuelo... en su lecho de muerte. Y créame, es mejor así.

No le creo. Esa es la cuestión.

—Los solicitaré por la vía legal, si es necesario.

—¿Los archivos de mi abuelo? —Una risa sardónica me dice que no le gustan demasiado las amenazas—. Pues buena suerte. Eran propiedad suya. Y ahora mía. Tendrá que aceptarlo.

—No si es algo que puede perjudicar a mi familia.

La expresión de su cara me dice que me he acercado a la verdad. Se me pone mal cuerpo. Así que, después de todo, mi familia tiene un secreto profundo, oscuro. ¿Qué es?

Trent deja escapar un largo suspiro.

—Es... De verdad que es mejor así. Es todo lo que puedo decirle.

Suena el teléfono y lo contesta, según parece con la esperanza de que la interrupción me haga marcharme de allí. La persona que llama tiene un millón de preguntas sobre alquiler de casas de playa y sobre las actividades que se pueden hacer en la isla. Trent se toma tiempo para hablar de todo, desde la pesca de corvina negra hasta la búsqueda de fósiles de mastodonte y puntas de flecha en la playa. Le da a su interlocutor una encantadora lección de historia sobre familias acaudaladas que vivían en Edisto antes de la guerra entre estados. Habla de cangrejos violinistas, de cieno salino y del cultivo de ostras.

Se mete gambas fritas en la boca, las saborea mientras escucha. Me está dando la espalda, apoyado en el mostrador.

Regreso a mi asiento original junto a la puerta, me quedo en el borde de la silla y le miro la espalda mientras recita su letanía interminable sobre la bahía de Botany. Parece estar describiendo las mil seiscientos veinte hectáreas de parque nacional centímetro a centímetro. Golpeo el suelo con el pie y tamborileo con los dedos. Simula no darse cuenta, pero lo sorprende mirándome por el rabillo del ojo.

Saco el teléfono y miro los correos. En el peor de los casos, me meteré en Instagram o echaré un vistazo a las ideas que mi madre y Bitsy quieren que mire en Pinterest.

Trent Turner se inclina sobre un ordenador de mesa, busca información, habla de alquileres y fechas.

El cliente por fin se decide por un lugar y unas fechas para unas vacaciones ideales. Trent le confiesa que él no se ocupa de hacer las reservas. Tiene a su secretaria en casa con un niño malo, pero le enviará un correo y ella se

encargará de las confirmaciones.

Por fin, después de lo que me ha parecido al menos media hora de conversación, se endereza y mira hacia donde estoy. Sigue un duelo de miradas. Es muy posible que este hombre sea tan obstinado como yo. Por desgracia, él puede resistir más tiempo. Tiene comida.

Cuando cuelga el teléfono, se lleva un nudillo a los labios, menea la cabeza y suspira.

—Puede quedarse aquí todo el tiempo que quiera. Eso no va a cambiar nada.

Empieza a notársele que está irritado. He conseguido alterarlo.

Con toda tranquilidad, voy hasta la máquina de palomitas y el dispensador de agua y me sirvo.

Pertrechada ya para la espera, vuelvo a mi silla.

Él coloca con brusquedad una silla delante del ordenador, se sienta y desaparece tras un archivador de cuatro cajones.

Cuando me como la primera palomita, mi estómago deja escapar un rugido de lo menos discreto.

De pronto en el mostrador aparece un cesto con gambas. Unos dedos de hombre lo empujan en mi dirección, pero no dice una palabra. La amabilidad del detalle me hace sentir culpable, más aún cuando, con un gesto resuelto, añade un refresco. Sin duda estoy echando a perder su día perfecto.

Cojo unas pocas gambas y vuelvo a mi sitio. Resulta que el sentimiento de culpa y las gambas fritas casan bien.

Sonido de teclas de ordenador. De detrás del archivador sale otro suspiro. Pasa el tiempo. La silla de escritorio rechina a modo de protesta, como si se estuviera columpiando en ella.

—¿Los Stafford no tienen a gente que se ocupe de estas cosas?

—A veces, pero no en este caso.

—Seguro que están acostumbrados a salirse con la suya.

Esa insinuación me hace daño. Llevo toda la vida luchando por demostrar que soy algo más que una rubia guapa que lleva el apellido Stafford. Ahora, con las crecientes especulaciones sobre mi futuro en la política, estoy más que harta de oírlo. No me gradué con honores en la Facultad de Derecho de Columbia gracias a mi apellido.

—Lo que tengo lo consigo trabajando, si no le importa.

—Sí, ya...

—Nunca pido trato de favor y tampoco lo espero.

—Entonces, ¿puedo llamar a la policía para que se la lleven de mi sala de espera, como haría con cualquier otra persona que se instalara aquí y se negara a irse?

Las gambas y las palomitas forman una bola justo debajo de mi esternón. No haría algo así... ¿O sí? No quiero ni imaginarme lo que saldría en los periódicos. Leslie me cortaría la cabeza.

—¿Le pasa a menudo?

—No, a no ser que alguien se haya pasado con las cervezas en la playa. Y realmente Edisto no es ese tipo de lugares. No tenemos demasiadas emociones aquí.

—Lo sé. Y tengo la sensación de que es una de las razones por las que no quiere que venga la policía.

—¿Una de las razones?

—Dudo mucho que no sepa que hay personas que no habrían dudado en amenazar a mi familia con información que pudiera ser perjudicial... si es que tal información existe. Y esa clase de comportamiento es ilegal.

Al momento Trent Turner se ha levantado de la silla y yo de la mía. Nos miramos como dos generales desde lados opuestos de una mesa de operaciones.

—Está usted a punto de conocer a la policía de la playa de Edisto.

—¿Qué quería su abuelo de mi abuela?

—No era chantaje, si es lo que quiere insinuar. Mi abuelo era un hombre honrado.

—¿Por qué tenía un sobre para ella?

—Tenían asuntos comunes.

—¿Qué asuntos? ¿Por qué no le habló a nadie de ello?

—Quizá pensó que era lo mejor.

—¿Mi abuela venía aquí... a encontrarse con alguien? ¿Eso fue lo que descubrió su abuelo?

Retrocede y tuerce el gesto.

—¡No!

—Entonces, cuéntemelo. —Me he puesto en modo interrogatorio, centrada en un único objetivo: llegar a la verdad—. ¡Deme el sobre!

Da una palmada en el mostrador que hace vibrar todo lo que hay encima y a continuación lo rodea y sale. Da unos cuantos pasos y estamos cara a cara.

Me pongo lo más alta que puedo y, aunque sigue superándome en estatura, no me dejo intimidar. Vamos a solucionar esto. Aquí y ahora.

Suena la campanilla de la puerta y al principio casi ni me doy cuenta. Estoy concentrada en unos ojos azules sobre un fondo blanco y unos dientes apretados.

—Madre mía, qué calor hace fuera. ¿Hay palomitas? —Cuando miro por encima del hombro, veo a un hombre uniformado, un empleado del servicio de parques o quizá un guarda de caza, en la puerta, mirándonos a Trent Turner y a mí alternativamente—. Ah, no sabía que tenías visita...

—Pasa y coge unas cuantas, Ed. —Trent Turner recibe al recién llegado con una simpatía entusiasta que se esfuma en cuanto se vuelve de nuevo hacia mí y añade—: Avery ya se iba.

12

Rill

Pasan dos semanas hasta que me entero de que los niños aquí somos tutelados de la Asociación de Hogares Infantiles de Tennessee. No sé lo que significa «tutelado» la primera vez que se lo oigo decir a la señora Murphy por teléfono. Tampoco puedo preguntar, puesto que se supone que no estoy escuchando. He descubierto que, si me cuelo entre las azaleas que hay a lo largo de la pared de la casa, me puedo acercar lo bastante para oír a través de las mosquiteras de las ventanas de su despacho.

—Por supuesto que todos los niños son tutelados de la Asociación de Hogares Infantiles de Tennessee, Dortha. Entiendo la situación de su nuera. Cuando son infelices, los hombres recurren a la bebida y a... la haraganería. Para una mujer es muy duro. Tener un niño en casa puede animar un poco el ambiente y solucionar el problema por completo. La paternidad transforma a los hombres. Estoy segura de que no habrá problemas, puesto que pueden pagar los costes. Sí..., sí..., enseguida, por supuesto. Una sorpresa por su aniversario. Qué bonito. Si pudiera darle uno de estos, Dortha, sin duda lo haría. Ahora mismo tengo unos angelitos encantadores. Pero la señorita Tann es quien toma las decisiones, a mí solo me pagan por hospedar a los niños y...

De la conversación deduzco enseguida el significado de la palabra. «Tutelado» quiere decir que los padres de estos niños no han vuelto a buscarlos. Los niños de aquí dicen que, si tus padres no vienen a buscarte, la señorita Tann te da a otras personas que te llevan a casa con ellas. A veces se quedan contigo, pero a veces no. Me da miedo hacer demasiadas preguntas porque se supone que no tenemos que hablar de ello, pero tengo la sensación

de que por eso no hemos vuelto a ver a la hermana mayor de Stevie desde que llegamos. La señorita Tann se la dio a alguien. Sherry era una tutelada.

Nosotros tenemos suerte de no serlo. Nosotros somos de Briny y pronto vendrá a buscarnos, en cuanto Queenie esté bien. Está tardando más de lo que pensaba y por eso he empezado a escuchar debajo de la ventana de la señora Murphy, porque tengo la esperanza de oír algo sobre Briny. Cuando pregunto a las empleadas de aquí, me dicen que me porte bien o tendré que quedarme más tiempo. No imagino qué puede ser peor que eso, así que hago todo lo posible por asegurarme de que todos nos portamos bien.

Estoy corriendo un riesgo acercándome así a la ventana y lo sé. No nos dejan acercarnos a los parterres de la señora Murphy. Si supiera que estoy oyendo sus conversaciones telefónicas y las que tiene en el porche delantero cuando vienen visitas... Tengo cierta idea de lo que podría pasarme.

Se acerca a la mosquitera y entre las hojas de azalea veo salir humo de cigarrillo. Se queda suspendido en la humedad del aire como el genio flotando sobre la lámpara de Aladino y me pica la nariz por las ganas de estornudar. Me cubro la cara con la mano y las ramas se mueven. El corazón me golpea con fuerza las costillas.

—¡Señora Pulnik! —grita—. ¡Señora Pulnik!

Me quedo helada. *No salgas corriendo. No salgas corriendo*, me digo.

Unos pasos rápidos resuenan en el vestíbulo dentro de la casa.

—¿Qué ocurre, señora Murphy?

—Dígale a Riggs que eche veneno esta noche debajo de las azaleas. Esos conejos endemoniados han vuelto a meterse en mis parterres.

—Se lo *dirré* enseguida.

—Y que arregle el jardín delantero y limpie las malas hierbas. Dígale que ponga a los niños mayores a ayudarlo como crea conveniente. Que la señorita Tann viene mañana y que más le vale tener el lugar presentable. De lo contrario...

—Sí, señora Murphy.

—¿Qué ha pasado con los que estaban en la enfermería? Concretamente con el niño pequeño de ojos violeta oscuro. La señorita Tann quiere verlo. Lo tiene comprometido para un pedido de Nueva York.

—Está *aletarrgado*, me temo. Es que está muy flaco. Solo come unas pocas gachas de maíz. No creo que pueda *viajarr*.

—Pues a la señorita Tann no le va a gustar. Y a mí tampoco. Uno habría

esperado que, después de haber crecido en callejones y zanjas, estos pequeños pordioseros serían más resistentes.

—Eso es verdad. La niña de la *enferrmería* también está empeorando. Desde hace dos días se niega a *comerr*. Deberíamos *llamarr* al médico, ¿sí?

—Por supuesto que no. ¿Por qué en nombre del cielo vamos a llamar al médico por una simple descomposición? Los niños andan siempre con la tripa suelta. Denle raíz de jengibre. Con eso se le pasará.

—Lo que usted diga.

—¿Qué tal está el pequeño Stevie? Es más o menos del mismo tamaño que el niño de la enfermería. Mayor, pero eso lo podemos cambiar. ¿De qué color tiene los ojos?

—Castaños. Pero sigue mojando la cama todas las noches. Y se niega a *decirr* una palabra. No creo que le guste a ningún cliente.

—Pues no lo vamos a permitir. Átenlo a la cama y déjenlo ahí si vuelve a mojarse. Una ampolla o dos le enseñarán la lección. En cualquier caso, los ojos castaños no nos sirven para este pedido. Tienen que ser azules, verdes o violetas. Es lo que han especificado. No castaños.

—¿Y Robby?

Se me cierra la garganta. Robby es como llaman a mi hermanito. No hay otro Robby en la casa.

—Me temo que no. A esos cinco los estamos reservando para una visita especial.

Me trago el nudo de la garganta, lo empujo hasta el estómago. *Una visita especial*. Creo que sé lo que eso significa. He visto venir padres aquí unas cuantas veces. Esperan en el porche y las empleadas les sacan a los niños, limpios, vestidos y repeinados. Los padres traen regalos y los abrazan y lloran cuando se tienen que ir. Eso deben de ser las visitas especiales.

Briny vendrá pronto a vernos.

Pero eso también me preocupa. La semana pasada se presentó un hombre a ver a su hijito y la señora Murphy le dijo que no estaba aquí. «Ha sido dado en adopción. Lo siento mucho». Eso fue lo que dijo.

«Tiene que estar aquí», insistió el hombre. «Lonnie Kemp. Es mío. No lo he dado en adopción. Solo lo dejé en el hogar infantil hasta que pudiera hacerme cargo de él».

La señora Murphy no pareció preocupada, ni siquiera cuando el hombre se desmoronó y se echó a llorar. «Sea como sea, no está. El juzgado de familia

decidió que era lo mejor. Se lo han llevado unos padres que lo cuidarán muy bien».

«Pero es mi hijo».

«No debe usted ser egoísta, señor Kemp. Lo hecho hecho está. Piense en el niño. Tendrá lo que usted nunca podría darle».

«Es mi hijo...».

El hombre cayó de rodillas y se puso a llorar allí en el porche.

La señora Murphy entró en la casa y cerró la puerta sin más.

Al cabo de un rato, el señor Riggs hizo levantarse al hombre y lo acompañó a la calle y a su camioneta. Estuvo allí todo el día mirando el jardín, buscando a su hijo.

Me preocupa que Briny venga y tenga el mismo problema. Solo que Briny no se quedará llorando sin hacer nada. Entrará por la fuerza y ocurrirá algo horrible. El señor Riggs es un hombre grande. La señorita Tann conoce a la policía.

—Extremen los cuidados con el niño de la enfermería —está diciendo ahora la señora Murphy—. Denle un buen baño y un poco de helado. Quizá una galleta de jengibre. Estimúlenlo un poco. Voy a preguntarle a la señorita Tann si puede retrasar el pedido un día o dos. Quiero que esté lo bastante bien para viajar. ¿Me ha entendido?

—Sí, señora Murphy. —La señora Pulnik pronuncia las palabras entre dientes, lo que me dice que no me conviene que me encuentre hoy debajo de las azaleas. Cuando está de ese humor, más te vale correr y esconderte bien, porque está buscando con quien pagarlo.

Lo último que oigo es a la señora Murphy cruzando la habitación y gritando en dirección al vestíbulo:

—¡Y no se olvide de envenenar a los conejos!

Cojo una rama rota y froto con las hojas sobre las huellas de mis rodillas para que el señor Riggs no sepa que he estado aquí. No quiero que se lo cuente a la señora Pulnik.

Pero eso no es lo que más miedo me da. Lo que más me asusta es que el señor Riggs sepa que alguien se mete entre los arbustos. Para llegar hasta las azaleas hay que deslizarse por delante de las puertas del sótano. El señor Riggs las deja abiertas y, siempre que puede, se trae a algún niño. Nadie habla de lo que ocurre ahí abajo, ni siquiera los chicos mayores. «Si hablas de ello», dicen, «el señor Riggs te cogerá, te retorcerá el pescuezo y dirá que te

has caído de un árbol o tropezado con los peldaños del porche. Luego se llevarán tu cuerpo en un carro al pantano y se lo comerán los caimanes y nadie volverá a saber de ti».

James, el pelirrojo alto, lleva aquí el tiempo suficiente para haberlo visto. Le damos caramelos de menta y él nos cuenta lo que necesitamos saber para sobrevivir aquí, en la casa de la señora Murphy. No somos amigos, pero los caramelos sirven para comprar muchas cosas aquí. Cada mañana, cuando nos levantamos, hay un paquetito de pastillas de menta que nos han metido por debajo de la puerta de nuestra habitación. De noche oigo al señor Riggs acercarse. Prueba con el picaporte, pero la puerta está cerrada, y las empleadas siempre se llevan las llaves después de acostarnos. Mejor. A veces, después de que el señor Riggs venga a nuestra habitación, le oigo subir las escaleras de la casa. No sé adónde va, pero me alegro de que estemos en el sótano. Hace frío y los catres militares son ásperos y huelen mal, y tenemos que usar un orinal, pero al menos cuando estamos aquí nadie puede venir a por nosotros.

Espero que Briny venga antes de que se queden camas libres arriba y nos trasladen.

Riggs se dirige a la puerta del sótano justo cuando llego al final del seto de azaleas. Casi no me da tiempo a esconderme detrás de las ramas.

Mira hacia donde estoy antes de bajar las escaleras, pero no puede verme. Soy otra vez como el Hombre Invisible. La Niña Invisible. Esa soy yo.

Espero hasta estar segura de que se ha ido y entonces salgo de mi escondrijo tan sigilosa como un lince. Un lince puede estar a menos de un metro de ti sin que lo sepas. Cojo aire profundamente y paso corriendo delante de la puerta del sótano hasta rodear la higuera. Una vez hecho esto, estás a salvo. Riggs sabe que las empleadas se asoman mucho a las ventanas de la cocina. No hace nada donde otros puedan verlo.

Camellia me espera en el montículo detrás del jardín de la iglesia. Lark y Fern están subidas en el balancín con Gabion en el centro. Stevie está sentado en el suelo al lado de Camellia. En cuanto me siento, trepa a mi regazo.

—Qué bien —dice Camellia—. Quítamelo de encima. Apesta a pis.

—No es culpa suya. —Stevie me echa los brazos al cuello y se recuesta contra mi pecho. Está pegajoso y es verdad que huele mal. Le paso la mano por el pelo y gime y se aparta. Tiene un chichón en la cabeza. A las empleadas de aquí les gusta pegar a los niños donde no se vea.

—Sí es culpa suya. Y también podría hablar si quisiera. Lo único que está consiguiendo es buscarse líos con las empleadas. Le he dicho que más le vale parar. De lo contrario...

Mira quién fue a hablar. Si alguno de nosotros termina en el armario mientras estamos aquí será Camellia. Sigo sin saber con seguridad lo que pasa dentro de ese armario, pero debe de ser malo. Hace solo un par de días la señora Murphy se acercó a la mesa del desayuno y dijo: «Cuando pillemos al ladrón de comida, irá al armario, y no solo por un día».

Desde entonces no falta nada en la cocina.

—Stevie está asustado, eso es todo. Echa de menos... —me interrumpo antes de decir el nombre. Si hablo de su hermana, se pondrá más triste. A veces se me olvida que, aunque ya no habla, sí entiende todo lo que decimos.

—¿Qué has oído en la ventana? —Camellia odia que no deje a nadie más esconderse entre las azaleas. Siempre me mira de arriba abajo y me olisquea para ver si he encontrado caramelos de menta mientras estaba allí. Cree que los chicos mayores mienten cuando hablan del señor Riggs. Si no la vigilo, intentará escabullirse allí cuando salimos a jugar. No puedo perderla de vista un momento, si no es para dejarla a cargo de los pequeños.

—No ha dicho nada de Briny. —Sigo intentando encontrar sentido a lo que oí debajo de la ventana de la señora Murphy. No estoy segura de cuánto debo contarle a Camellia.

—No va a venir. Lo han metido en la cárcel o algo y no puede salir. Queenie está muerta.

Me pongo de pie con Stevie en brazos.

—¡De eso nada! ¡No digas eso, Mellia! ¡No lo digas nunca!

En el parque, los balancines se detienen y los pies arañan la tierra para parar los columpios. Hay niños mirándonos. Están acostumbrados a ver a los niños mayores pelear, rodar por el suelo y darse patadas y puñetazos. Con las niñas no suele pasar.

—¡Es verdad!

Camellia se pone de pie a la velocidad del rayo con el mentón levantado y los brazos largos y flacos en jarras. Los remolinos de pecas le achican los ojos hasta casi hacerlos desaparecer y arruga la nariz. Parece un cerdo moteado.

—¡No lo es!

—¡Claro que sí!

Stevie gime y se revuelve para soltarse. Decido que es mejor dejarlo en el suelo. Corre hasta el balancín, donde Lark lo coge en brazos.

Camellia saca un puño. No sería la primera vez que terminamos enredadas en un combate de escupitajos y tirones de pelo.

—¡Eh, parad ahora mismo!

Antes de que me dé cuenta, James ha salido del escondrijo de los chicos mayores y viene hacia nosotras.

Camellia duda el tiempo justo para que llegue hasta ella. Saca una manaza, la coge del vestido y la empuja al suelo con brusquedad.

—Quédate ahí —gruñe y la amenaza con el dedo.

Camellia no obedece, por supuesto. Se pone de pie más furiosa que una avispa a la que han intentado aplastar. James vuelve a tirarla al suelo.

—¡Oye! —grito—. ¡Para!

Es mi hermana, aunque estuviera a punto de dejarme inconsciente de un puñetazo.

James me mira y sonrío, el diente mellado deja ver la punta rosada de su lengua.

—¿Quieres que pare?

Camellia hace ademán de pegarle y él le coge un brazo y la sujeta lejos de él de manera que no pueda darle patadas. Camellia parece una araña que se ha enganchado una pata en una puerta. James la aprieta tan fuerte que se le amorata la piel. Tiene los ojos llenos de lágrimas a punto de brotar, pero sigue resistiéndose.

—¡Para! —grito—. ¡Déjala en paz!

—Si quieres que pare tienes que ser mi novia, chica guapa —dice. Y añade—: De lo contrario, que gane el mejor.

Camellia ruge y chilla y se pone como loca.

—¡Suéltala! —Intento pegarle, pero James me coge de la muñeca y ahora nos tiene a las dos. Me crujen los huesos. Los pequeños vienen corriendo de los columpios, también Stevie, y empiezan a pegar a James en las piernas. Él zarandea a Camellia y la usa para derribar a Fern y a Gabion. De la nariz de Fern sale sangre y grita, llevándose las manos a la cara.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! —digo. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Miro a mi alrededor en busca de adultos y, como siempre, no hay ninguno.

—¿De acuerdo qué, chica guapa? —pregunta James.

—De acuerdo, seré tu novia. Pero no pienso besarte.

Parece contentarse con eso. Deja caer a Camellia al suelo y le dice que más le vale quedarse ahí. Me hace seguirlo ladera arriba y rodear un antiguo retrete que está tapiado para que nadie pueda entrar y le muerda una serpiente. Por segunda vez en el mismo día, el corazón me martillea.

—No pienso besarte —le repito.

—Cállate —dice.

Una vez detrás del retrete me empuja al suelo y se tira a mi lado sin dejar de apretarme el brazo. Mi respiración se acelera y se me queda atrapada en la garganta. Me sabe la boca a bilis.

¿Qué piensa hacer conmigo? Al haber crecido en un barco y visto nacer a cuatro niños, sé un poco sobre lo que hacen hombres y mujeres cuando están juntos. No quiero que alguien me lo haga a mí. Nunca. No me gustan los chicos y nunca me gustarán. A James le huele el aliento a patata podrida y el único chico al que pensé que podría dejarle besarme fue Silas, y eso fue solo durante un minuto o dos.

Las cancioncillas de su panda nos llegan desde la casa: «James tiene novia. James y May. En un árbol sentaditos, se van a dar besitos...».

Pero James no intenta besarme. Se limita a estar a mi lado mientras unas manchas rojas le suben por el cuello hasta las mejillas.

—Eres guapa. —La voz le sale chillona como la de un lechón. Es gracioso, pero no me río. Estoy demasiado asustada.

—No lo soy.

—Eres muy guapa. —Me suelta la muñeca e intenta cogerme la mano. La retiro y me abrazo las rodillas formando una bola apretada.

—No me gustan los chicos —digo.

—Un día me casaré contigo.

—No quiero casarme con nadie. Voy a construirme un barco y navegar río abajo. Cuidarme sola.

—Igual me subo yo también al barco.

—De eso nada.

Nos quedamos sentados un rato. Los chicos canturrean colina abajo: «James tiene novia... Besitos».

Apoya los codos en las rodillas y me mira.

—¿De ahí venís? ¿Del río?

—Sí.

Hablamos de barcos. James es de una pequeña granja del condado de

Shelby. La señorita Tann los recogió un día a él y a su hermano cuando iban camino de la escuela. Entonces estaba en cuarto curso. Lleva aquí desde entonces y no ha ido a la escuela ni un solo día. Su hermano se fue hace mucho. Lo adoptaron.

James levanta la barbilla.

—No quiero padres nuevos —dice—. Dentro de poco seré demasiado mayor y saldré de aquí. Voy a necesitar una esposa. Podemos ir a vivir al río, si quieres.

—Va a venir mi padre a buscarnos. —Me siento mal diciendo esto. James me da pena. Más que ninguna otra cosa, parece estar muy solo. Solo y triste—. Vendrá pronto.

James se limita a encogerse de hombros.

—Mañana te traeré bollos de pasas. Pero tienes que seguir siendo mi novia.

No contesto. La boca se me hace agua de pensar en los bollos. Me parece que ya sé quién ha estado rondando por la cocina de noche.

—No deberías. Te pueden mandar al armario.

—No me da miedo. —Pone una mano encima de la mía.

La dejo estar.

Quizá no me moleste tanto, después de todo.

Pronto me doy cuenta de que no está tan mal ser novia de James. Es fácil hablar con él y lo único que quiere es cogermela mano. Durante el resto del día nadie me molesta. Nadie se porta mal con Camellia, con Lark o con los pequeños. James y yo paseamos de la mano y me cuenta más cosas que me interesa saber sobre la casa de la señora Murphy. Me promete otra vez los bollos. Me explica cómo se colará en la cocina esta noche a cogermelos.

Le digo que no me gustan los bollos de pasas.

En la cola para el baño, los chicos mayores no me miran. Saben que no les conviene.

Pero al día siguiente James no está en el desayuno. La señora Pulnik se acerca a la mesa dándose golpecitos en la palma de la mano grande y carnosa con una cuchara de madera. Dice que han enviado a James a un sitio donde los chicos tienen que ganarse el sustento en lugar de recibirlo gratis gracias a la amabilidad de la Asociación de Hogares Infantiles de Tennessee.

—Un chico que es lo bastante *mayorr* para *andarr* detrás de las chicas es lo bastante *mayorr* para trabajar y demasiado para que lo quiera una buena

familia. La señora Murphy no tiene intención de *tolerarr* este tipo de *comporrntamiento* entre chicos y chicas aquí. Todos conocéis las reglas. —Golpea fuerte el cucharón contra la mesa, respira en largas bocanadas que le hinchan las aletas de la nariz ancha y chata. Nos ponemos rectos como marionetas con un hilo en la cabeza. Se inclina hacia el lado de la mesa donde se sientan los chicos. Estos bajan la mirada y la fijan en sus cuencos vacíos—. Y en cuanto a las chicas —el cucharón y el brazo que se agita vienen ahora en nuestra dirección—, debería daros vergüenza *meterr* a los chicos en líos. Se acabó el *levantarrse* la falda, comportaos como señoritas. —Esa última palabra la acompaña con una mirada dura hacia mí—. De lo contrario, no quiero ni *pensarr* en lo que puede pasaros.

El rubor me sube por el cuello y las mejillas me arden. Me siento mal por haber hecho que se lleven a James. No debería haber sido su novia. No lo sabía.

Las empleadas tampoco traen a Stevie a desayunar hoy. No está en los columpios. Los otros niños me dicen que se ha tenido que quedar en la cama porque anoche volvió a mojarla. Lo veo más tarde detrás de la ventana del piso de arriba con la nariz pegada a la mosquitera. Me acerco y le susurro:

—Pórtate bien, ¿de acuerdo? Tú pórtate bien y ya está.

Después, esa misma tarde, las empleadas nos hacen formar fila en el porche y reúno a mis hermanos a mi alrededor porque tengo miedo. Ni siquiera los otros niños saben lo que pasa.

La señora Pulnik y las empleadas nos hacen pasar uno a uno por el barril con agua de lluvia. Lavan caras, brazos y rodillas sucias con trapos mojados, nos peinan y nos hacen lavarnos las manos. Algunos niños tienen que cambiarse de ropa allí mismo, en el porche. Algunos reciben ropa limpia o delantales que deben ponerse encima de sus ropas de juego.

La señora Murphy sale y se detiene en el primer peldaño para inspeccionarnos. Del brazo le cuelga una palmeta de sacudir alfombras hecha de alambre. Nunca he visto a las mujeres de la cocina usarla para quitar la suciedad de las alfombras, pero sí las he visto emplearla con niños muchas veces. Los niños la llaman la «bruja de alambre».

—Hoy va a pasar algo muy especial —anuncia la señora Murphy—, pero solo para los niños que sean buenos. Quien no se comporte hoy perfectamente no podrá participar. ¿Lo entendéis?

—Sí, señora —digo junto al resto de los niños.

—Muy bien. —Sonríe, pero la sonrisa me hace retroceder un paso—. Hoy viene la biblioteca móvil. Las amables damas de la Sociedad de Beneficencia van a dedicar su tiempo a ayudarnos a escoger libros. Es muy importante que demos buena impresión. Si sois buenos, cada uno tendréis un libro para leer. —Sigue hablando recordándonos que debemos tener buenos modales, decir «sí, señora» o «no, señora», no coger ni tocar todos los libros y, si las empleadas nos preguntan si somos felices aquí, debemos decir que estamos muy agradecidos a la señorita Tann por encontrarnos y a la señora Murphy por recogernos en su casa.

El resto me lo pierdo. En lo único que puedo pensar es en que vamos a tener la oportunidad de coger un libro, y pocas cosas hay en el mundo que me gusten más que los libros. Y al ser cinco, tendremos cinco libros.

Pero cuando las empleadas abren las puertas del jardín y empezamos a salir en fila, la señora Murphy nos detiene a Camellia, a mí y a los pequeños.

—Vosotros no —dice—. Puesto que aún no estáis en el piso de arriba, no tenéis dónde meter los libros y no puedo arriesgarme a que la propiedad de la biblioteca se estropee.

—Los trataremos con mucho cuidado, lo prometo —se me escapa. En condiciones normales jamás le habría contestado a la señora Murphy, pero esta vez no puedo evitarlo—. Por favor, ¿podemos coger aunque sea uno? ¿Y se lo puedo leer a mis hermanos? Queenie siempre... —Aprieto los labios antes de buscarme más problemas. Aquí tenemos prohibido hablar de nuestros padres.

Con un suspiro, la señora Murphy cuelga la palmeta de un clavo de una de las columnas del porche.

—Muy bien. Pero los pequeños no tienen por qué ir. Ve tú sola. Y date prisa.

Tardo un segundo en decidir si dejo o no a los pequeños. Camellia los coge de los brazos y los acerca a ella.

—Ve. —Me mira con los ojos muy abiertos—. Tráenos algo bueno.

Los miro por última vez antes de salir disparada por la verja. Tengo que hacer un esfuerzo por no echar a correr por el jardín y entre los magnolios. Aquí fuera huele a libertad. Huele bien. Tengo que obligarme a hacer cola y a seguir a los otros niños por la acera de manera ordenada.

Al otro lado de la pared que forman los árboles hay un gran camión negro. Aparcan dos automóviles más. De uno de ellos sale la señorita Tann y, del

otro, un hombre con una cámara de fotos. Se estrechan la mano y el hombre se saca del bolsillo una libreta y una estilográfica.

El camión negro grande lleva escrito «Bibliotecas del condado de Shelby» en uno de los lados y, cuando nos acercamos, veo que de la parte trasera sobresalen estantes. Y los estantes están llenos de libros. Los niños se arremolinan alrededor de ellos y tengo que sujetarme las manos detrás de la espalda y enlazar con fuerza los dedos para no tocar nada mientras espero mi turno.

—Como puede ver usted mismo, nos gusta proporcionar a estos niños oportunidades estimulantes —explica la señorita Tann y el hombre escribe en su libreta como si las palabras fueran a escaparse si no las atrapa a tiempo—. Algunos de nuestros pequeños no conocían el lujo de la lectura antes de venir aquí. En todos nuestros hogares tenemos libros y juguetes maravillosos.

Agacho la cabeza, me impaciento y me pongo a desear que haya menos gente. Si la señorita Tann tiene otros sitios como este, no sé cómo serán, pero en casa de la señora Murphy no hay un solo libro y todos los juguetes están rotos. Nadie se molesta en arreglarlos. La señorita Tann ha estado aquí las veces suficientes para saber eso.

—Pobres criaturas —le dice al hombre—. Las acogemos cuando nadie las quiere y están abandonadas. Les damos todo lo que sus padres no quieren o no pueden darles.

Clavo la vista en el suelo y cierro los puños detrás de la espalda. *Es mentira, me gustaría poder gritarle al hombre. Mi madre y mi padre no nos han abandonado. Nos quieren. Lo mismo que el padre que vino a ver a aquel niño, Lonnie, y terminó roto en el porche llorando como un crío cuando le dijeron que lo habían adoptado.*

—¿Cuánto tiempo de media se queda un niño en la asociación? —pregunta el hombre.

—Bueno, no tenemos una media. —La señorita Tann fuerza una risita—. Cada niño es especial. Algunos pueden quedarse más tiempo que otros, dependiendo de las condiciones en que nos lleguen. Algunos están débiles y famélicos, tan apagados que no pueden ni siquiera correr o jugar. Les devolvemos la energía con tres nutritivas comidas al día. Los niños necesitan una buena alimentación para crecer adecuadamente. Fruta y verdura en abundancia y carne roja les devuelven el brillo a las mejillas.

No en casa de la señora Murphy. En casa de la señora Murphy se comen

gachas de maíz, un tazón pequeño por la mañana y otro por la noche. Siempre estamos hambrientos. Gabby está pálido como la leche y Lark y Fern tienen los brazos tan flacos que se les ven los músculos y los huesos.

—Supervisamos todos nuestros hogares para asegurarnos de que los niños están bien alimentados y cuidados.

Se comporta como si dijera la verdad y nada más que la verdad.

El hombre asiente con la cabeza y dice «Ajá», como si estuviera tragándose todo y le supiera la mar de bien.

Mira en el jardín trasero, quiero decirle. Mira en la cocina. Verás cómo es en realidad. Me muero de ganas de decirlo. Pero sé que si lo hago, no me darán un libro. Y me mandarán al armario.

—Los niños están muy agradecidos. Los sacamos del arroyo y...

Alguien me toca el brazo y no puedo evitar sobresaltarme. Una señora con un vestido azul me mira. Tiene una sonrisa tan radiante como un rayo de sol.

—Y a ti ¿qué te gusta leer? —pregunta—. ¿Qué clase de libros? Llevas esperando mucho rato y has sido muy paciente.

—Sí, señora.

Me conduce hacia los estantes y los ojos se me salen de las órbitas. Me olvido de la señorita Tann y solo pienso en libros. He ido a bibliotecas en pueblos a lo largo del río antes, pero es que antes también teníamos libros en el *Arcadia*. Ahora no tenemos nada y, cuando no tienes un solo libro, la idea de tocar uno es como Navidad y tu cumpleaños juntos.

—Me... me gustan todos —balbuceo. Solo mirar los estantes y ver todos esos colores y palabras me hace sonreír de oreja a oreja. Por primera vez desde que llegué aquí, me siento feliz—. Quizá uno largo estaría bien, como solo podemos coger uno...

—Chica lista. —La mujer me guiña un ojo—. ¿Lees mucho?

—Sí, mucho. En el... —Agacho la cabeza porque he estado a punto de decir: «En el *Arcadia* Queenie nos hacía leer todo el rato».

Hay una empleada a menos de un metro de mí y la señorita Tann tampoco está lejos. Si me oyera, me echaría de aquí en un abrir y cerrar de ojos.

—Muy bien —dice la señora—. Pues vamos a ver...

—Me gustan las aventuras. Las historias de aventuras.

—Mmm. Aventuras ¿sobre qué?

—Sobre reinas y princesas e indios salvajes. De todo tipo. —La cabeza se me llena de fantasías.

—¿Una del oeste entonces?

—O del río. ¿Tienen alguna de aventuras en el río?

Leer un libro sobre el río sería como volver a casa. Nos consolaría hasta que Briny nos lleve de vuelta al *Arcadia*.

La mujer junta las manos.

—Pues sí, sí tenemos. —Levanta un dedo—. Tengo el libro perfecto para ti.

Después de buscar un minuto, me da *Las aventuras de Huckleberry Finn*, de Mark Twain, y me parece que es un libro pensado especialmente para mí. Nunca lo hemos tenido, pero Briny nos ha contado historias de Tom Sawyer y Huckleberry Finn y Joe el indio. Mark Twain es uno de los autores preferidos de Briny. Leía sus libros cuando era pequeño. Es casi como si Tom Sawyer y él hubieran sido amigos de verdad.

La señora del vestido azul escribe mi nuevo nombre, May Weathers, en la tarjeta. Cuando pone un sello con la fecha en el libro, me doy cuenta de que ayer fue el cumpleaños de Fern. Ya tiene cuatro años. Si estuviéramos en el *Arcadia*, Queenie le haría un pastelito y todos le daríamos regalos hechos a mano o encontrados en la orilla del río. Aquí, en casa de la señora Murphy, tendremos que conformarnos con el libro. Cuando vuelva al jardín, le diré a Fern que es su sorpresa de cumpleaños, pero que solo podrá quedársela un tiempo. Haremos un pastel de barro y usaremos flores como si fueran glaseado y velas hechas de palitos con hojitas en la parte superior, para que Fern pueda jugar a soplarlas.

La señora de la biblioteca me da un abrazo de despedida y me siento tan bien que quiero quedarme allí y agarrarme a ella y oler los libros, pero no puedo.

Me pego *Huckleberry Finn* al pecho y cruzo el jardín. Ahora podemos olvidarnos de este sitio siempre que queramos. Nos basta con unirnos a Huckleberry Finn. En su balsa cabemos los cinco. Quizá nos encontremos con el *Arcadia*.

Aunque tengo que volver a casa de la señora Murphy, me parece un sitio completamente distinto.

Ahora tiene un río.

Esa misma noche, antes de acostarnos, abrimos el libro de cumpleaños de Fern y empezamos nuestras aventuras con Huck Finn. Llevamos viajando río abajo con él casi una semana cuando el automóvil negro reluciente de la

señorita Tann sube una tarde por el camino de entrada. Es un día soleado y la casa está recalentada igual que la grasa de freír, así que la señora Murphy y ella se sientan a hablar en el porche. Me escabullo, rodeo la higuera y me escondo debajo de las azaleas para escuchar.

—Sí, sí. Los anuncios han salido ya en todos los periódicos —está diciendo la señorita Tann—. Tengo que reconocer que he estado de lo más inspirada. «Querubines de cabello rubio para el claro verano. ¡Solo tienen que pedirlos!». ¿A que es perfecto? Todos esos niñitos rubios.

—Como una reunión de ninfas del bosque. Duendecillos y hadas —se muestra de acuerdo la señora Murphy.

—Es casi tan atractivo como el programa de Un Bebé para Navidad. Los clientes ya han empezado a llamar. En cuanto vean a estos niños, se van a pelear por ellos.

—Sin duda.

—¿Los tendrá a todos preparados el sábado por la mañana, entonces? Doy por hecho que irán bien vestidos, con trajecitos tiroleses, lazos y todos los detalles. Todos bañados y restregados a base de bien. Nada de uñas mugrientas o de porquería detrás de las orejas. Asegúrese de que saben lo que se espera de ellos y lo que les pasará si me avergüenzan en público. Castigue a alguno a modo de ejemplo antes y que los otros lo vean. Esta fiesta representa una oportunidad importante de aumentar nuestra reputación de ofrecer lo mejor de lo mejor. Con los nuevos anuncios tendremos a las mejores familias de Tennessee y de una docena de estados más. Vendrán todos a ver a nuestros niños y cuando los vean no podrán resistirse. Querrán uno por encima de todo.

—Nos aseguraremos de que los niños están preparados como corresponde. Déjeme repasar la lista otra vez. —Dejan de hablar. Ruido de papeles. El viento cambia y agita las ramas de las azaleas y veo la cabeza de la señorita Tann. Su pelo corto gris atrapa la brisa y se le pone de punta cuando se inclina hacia la señora Murphy.

Me pego a la pared y me quedo muy quieta, por miedo a que me oigan y se asomen a la barandilla. El viento me trae el olor de algo muerto. No puedo verlo, pero probablemente se ha comido el veneno que puso el señor Riggs. Cuando el mal olor vaya a más, encontrará el cuerpo y lo enterrará en alguna parte.

—¿May también? —pregunta la señora Murphy y aguzo los oídos—.

Tiene poco de querubín.

La señorita Tann suelta una risita aguda.

—Ayudará con los más pequeños y, por lo que recuerdo, es una chica bonita.

—Supongo que sí. —La señora Murphy no parece contenta—. Desde luego no da problemas.

—Mandaré los automóviles a buscarlos a la una del sábado. Que no vayan hambrientos ni con sueño ni con ganas de ir al retrete. Espabilados, contentos y con buen comportamiento garantizado. Es lo que espero.

—Por supuesto.

—¿Se puede saber qué es ese olor horrible?

—Conejos. Hemos tenido problemas con ellos este verano.

Me escabullo antes de que decidan salir a mirar. El señor Riggs no está por ninguna parte, así que no tardo en rodear la higuera y estar de vuelta en la colina. A Camellia no le digo nada de la fiesta ni de que mañana toca bañarse. No tiene sentido que se lleve un berrinche antes de tiempo.

Tengo el presentimiento de que, en cualquier caso, ella no va a tener que bañarse.

Camellia no es rubia.

Resulta que tengo razón. El sábado después del desayuno, compruebo que Camellia no está en la lista. Donde sea que vayamos, ella no viene.

—No me importa que no me quieran, me alegro de no tenerme que dar otro baño. —Cuando intento darle un abrazo de despedida, me empuja.

—Pórtate bien mientras no estemos, Mellia. No te metas en líos con nadie y no te acerques a los chicos mayores y no vayas más lejos de la higuera ni...

—No necesito que nadie me cuide. —Camellia levanta la barbilla, pero el labio inferior le tiembla un poco. Está asustada.

—¡May! —ladra una de las empleadas—. ¡A la fila, ya!

Ya tienen reunidos a todos los niños de la lista.

—Enseguida volvemos —le susurro a Camellia—. No tengas miedo.

—No tengo miedo. —Pero a continuación me abraza, después de todo.

La empleada vuelve a gritarme y corro a la fila. Durante la hora y media siguiente nos frotan con jabón, nos peinan, nos recogen el pelo, nos cepillan debajo de las uñas, nos ponen lazos y ropas nuevas con encaje. Nos probamos zapatos de un armario lleno de ellos hasta encontrar unos que nos quedan bien.

Para cuando las empleadas nos llevan a los automóviles que esperan a la puerta, no parecemos los mismos niños. Estamos nosotros cuatro, otras tres niñas, un niño de cinco años, dos niños pequeñitos y Stevie, a quien le han dicho que si vuelve a mojarse en los pantalones le darán una azotaina.

En el automóvil no nos dejan hablar. Por el camino, quien habla es la empleada:

—Niñas, os sentaréis educadamente con las piernas juntas como señoritas. No habléis si no os hablan primero. Seréis corteses con los invitados de casa de la señorita Tann. Solo diréis cosas buenas de vuestra estancia en casa de la señora Murphy. Hoy en la fiesta habrá juguetes y lápices de colores, pasteles y galletas. Tendréis...

Dejo de escuchar en cuanto el automóvil sube una colina y se ve el río. May desaparece como una mota de sol en el agua y sale Rill. Se estira hasta la rendija de la parte superior de la ventana, aspira el aire y capta todos los aromas familiares.

Durante un minuto ha vuelto a casa.

Entonces el automóvil dobla una esquina y el río desaparece. Algo pesado y triste se instala en mí. Reclino la cabeza en el asiento y la empleada me dice que no lo haga; me estoy aplastando el lazo del pelo.

En mi regazo, Gabion se queda dormido y lo estrecho contra mí; dejo que su pelo me haga cosquillas en la barbilla y consigo estar otra vez en casa. Estas personas pueden controlar todo lo que hago, pero no dónde viajo con la imaginación.

Pero mi visita al *Arcadia* dura demasiado poco. Muy pronto el automóvil se detiene delante de una gran casa blanca que es incluso mayor que la de la señora Murphy.

—El que no se comporte como es debido lo lamentará y mucho —dice la empleada y nos señala con un dedo a la cara antes de dejarnos bajar—. Sed amables con los invitados de la fiesta. Si os lo piden, sentaos en su regazo. Sonreíd. Demostradles que sois unos niños buenos.

Entramos y la casa está llena de gente. Hay más niños, y bebés. Todos llevan ropas bonitas y hay pasteles y galletas para comer. Para los niños pequeños hay juguetes y, cuando quiero darme cuenta, Fern, Gabion e incluso Lark se han alejado de mi lado.

Un hombre saca a Gabion a jugar al jardín con una pelota azul. Una mujer de pelo oscuro se sienta con Lark y juntas colorean un libro. Fern se ríe y

juega a cucú-tras con una señora bonita de pelo rubio que está sentada sola con aspecto cansado y triste. Fern la hace reír y muy pronto la mujer empieza a llevarla en brazos de un juguete a otro como si Fern no supiera caminar sola.

Por fin se sientan juntas a leer un libro y se me encoge el corazón. Pienso en Queenie y en cómo nos leía. Quiero que la mujer suelte a Fern, que me la devuelva.

Entra un hombre y le hace cosquillas a Fern en la barriga y la mujer sonrío y dice:

—Darren, ¡es perfecta! Amelia tendría ahora su edad. —Da un golpecito en el brazo de la butaca—. Siéntate a leer con nosotras.

—Hazlo tú. —La besa en la mejilla—. Yo tengo que hablar con unas personas.

Y sale de la habitación.

Fern y la mujer van por el segundo cuento cuando vuelve el hombre. Están tan concentradas que ni siquiera se dan cuenta de que él se ha sentado a mi lado en el sofá.

—¿Sois hermanas? —pregunta.

—Sí, señor —contesto tal y como me han dicho. «Señor» y «señora» siempre.

Se aparta y me mira con atención.

—Sí que os parecéis.

—Sí, señor. —Me miro las manos. Se me acelera el corazón, me salta dentro del pecho como un gorrión atrapado en el interior de la casa flotante. ¿Qué es lo que quiere?

El hombre me pone una mano en la espalda. Cierro las escápulas alrededor de ella. Los pelillos de la base de la nuca me dan tirones. El sudor me baja por el áspero vestido.

—¿Y tú —pregunta el hombre— cuántos años tienes?

13

Avery

La casa está silenciosa y bañada por la luz de la luna cuando abro la puerta. Busco a tientas el interruptor de la luz y sujeto el móvil con el hombro mientras espero a que el tío Clifford me conteste a lo que le acabo de preguntar. Me ha puesto en espera mientras pide comida para llevar desde el coche.

Me asalta el recuerdo especialmente intenso de llegar aquí en una ocasión después de oscurecido, mi abuela y yo solas. La casa estaba igual que ahora, con haces de luna proyectados sobre el suelo en forma de hojas de palma, el aire oliendo a sal y a alfombras con arena, a aceite de limón y muebles que han vivido mucho tiempo junto al mar.

Muevo los dedos. Casi puedo sentir su mano cogiendo la mía. Yo debía de tener once o doce años, esa edad tonta en la que dejas de dar la mano en público, pero aquí, en nuestro rincón mágico, no pasaba nada.

Detenida ahora en la entrada, busco esa sensación de bienestar, pero esta visita está intensamente marcada por dos sabores opuestos: amargo y dulce. Familiar y desconocido. Los sabores de la vida.

El tío Clifford vuelve al teléfono. Después de un largo paseo por la playa y de cenar en el restaurante Waterfront, he decidido que mi tío puede ser el único medio de hacer progresos en mi búsqueda, de momento. Trent Turner me dejó plantada y se marchó en un jeep con el tipo uniformado. Lo esperé en el coche, pero la inmobiliaria Trent Turner siguió cerrada toda la tarde.

De momento, este viaje está resultando un fracaso.

—¿Qué me estabas diciendo, Avery? ¿Qué pasa con la casa de Edisto? —

pregunta el tío Clifford.

—Bueno, quería saber si papá y tú veníais mucho de pequeños aquí con la abuela Judy. Quiero decir, cuando erais pequeños. —Intento hablar con naturalidad. Que no sospeche nada. El tío Clifford fue agente federal de joven—. ¿Tenía la abuela Judy amigos aquí o personas a las que venía a visitar?

—Pues... déjame pensar. —Piensa un rato y al cabo se limita a decir—: Creo que no íbamos mucho, ahora que lo mencionas. Cuando era pequeño, sí fuimos más. Luego, cuando nos hicimos mayores, preferíamos la casa de la abuela Stafford en la isla Pawleys. Era más grande y estaba el velero y la mayoría de las veces teníamos otros primos con quienes jugar. Lo normal era que mamá fuera sola a Edisto. Le gustaba escribir allí. Ya sabes que cultivaba un poco la poesía y durante un tiempo llevó la columna de sociedad.

Por un momento me quedo boquiabierta.

—¿Que la abuela Judy escribía una columna de sociedad? —Que es lo mismo que decir de cotilleos.

—Bueno, no firmaba con su nombre, claro.

—¿Cómo firmaba?

—Si te lo contara, tendría que matarte.

—¡Tío Clifford!

Frente a lo convencional de mi padre, el tío Clifford siempre ha sido rebelde y algo provocador. La tía Diana tiene por su culpa completamente gris el pelo, que, como toda dama sureña que se precie, se tiñe con regularidad.

—Mira, deja estar los secretos de tu abuela. —Por un momento pienso que hay un mensaje oculto en esa frase, pero entonces me doy cuenta de que me está tomando el pelo—. ¿Así que estás en la casa Myers?

—Sí. He decidido escaparme unos días.

—Bueno, pues echa la caña al agua por mí.

—Ya sabes que no pesco. Puaj.

Con tres hijas, mi pobre padre se esforzó mucho por convertirnos al menos a una en una ávida pescadora. Pero incluso el tío Clifford sabe que fue una causa perdida.

—Pues desde luego en eso no has salido a tu abuela. Le encantaba pescar, sobre todo en Edisto. Cuando tu padre y yo éramos pequeños, nos llevaba mucho a ver a alguien que tenía una barquita de pesca. Navegábamos río arriba y pasábamos la mitad del día pescando. No recuerdo quién era. Un

amigo, supongo. Tenía un niño rubio con el que me gustaba jugar. Su nombre empezaba por T... Tommy, Timmie..., no, Tr... Puede que fuera Trey o Travis.

—¿Trent? ¿Trent Turner?

El Trent Turner actual es Trent III, su padre se llama Trent también y tendrá la edad de mi tío.

—Puede ser. ¿Lo preguntas por algo en especial? ¿Pasa algo?

De pronto me doy cuenta de que he hecho una pregunta de más y, sin querer, he abierto la puerta al detective.

—No, por nada. Al llegar a Edisto me he puesto a pensar en cosas. Me gustaría haber venido más a menudo con la abuela Judy. También me gustaría haberle hecho más preguntas cuando todavía recordaba las cosas.

—Bueno, es una de las paradojas de la vida. No se puede tener todo. Puedes tener un poco de esto y un poco de aquello o todo de esto y nada de aquello. Hacemos elecciones que en el momento nos parecen las mejores. Tú has conseguido mucho para una chica, quiero decir, para una mujer de treinta años.

A veces me pregunto si mi familia no ve más en mí de lo que hay en realidad.

—Gracias, tío Clifford.

—Son cinco dólares por la sesión.

—Te mando el cheque por correo.

Después de colgar, repaso la conversación mientras saco la compra que he hecho en BI-LO, que cuando yo era pequeña era todavía un Piggly Wiggly.

¿Hay alguna pista en lo que me ha contado el tío Clifford?

Nada me viene a la cabeza. Nada que lleve a alguna parte. Si el niño de la barca se llamaba Trent, eso indica que mi abuela tenía alguna clase de relación personal con Trent Turner I, algo que yo ya imaginaba. Pero si pasaban tiempo juntos pescando con los niños, eso desarma mi teoría del chantaje. Uno no se va de pesca con quien le está chantajeando, y mucho menos se lleva a niños pequeños. Tampoco llevas niños si estás viviendo una aventura amorosa extramatrimonial. Sobre todo niños lo bastante mayores para acordarse de la excursión.

Quizá Trent no era más que un viejo amigo. Quizá el sobre no contenga más que fotografías..., algo por completo inocente. Pero, entonces, ¿a qué viene la promesa entre nieto y abuelo en el lecho de muerte de este de que el

paquete no sería entregado más que a su propietaria?

Formulo teorías mientras llevo mis cosas al dormitorio, abro la maleta y me instalo. Lanzo dardos a las teorías, igual que haría si estuviera en una reunión de estrategia en mi despacho. Los dardos dan en la diana y no queda nada. En cualquier caso, ha sido un día muy largo. Necesito una ducha y dormir. Quizá mañana me venga la inspiración... o consiga pillar a Trent Turner III y sacarle la verdad.

Las dos posibilidades me parecen igual de remotas.

Hasta que no abro el grifo y me doy cuenta de que no hay agua caliente en la casa, no caigo en la cuenta de algo que ha dicho el tío Clifford. Mi abuela venía aquí a escribir.

¿Podrían estar aquí algunos de sus escritos? ¿Contendrán alguna pista?

Al momento he vuelto a vestirme. En cualquier caso, lo de la ducha fría no era muy tentador.

Fuera, las uniolas se mecen sobre las dunas y la luna brilla sobre las palmeras enanas. Las olas golpetean la orilla mientras busco en cajones y registro armarios y cómodas llenas de mantas y guardarropas. Estoy a punto de rendirme al hecho obvio de que no hay nada que encontrar, cuando después de mirar debajo del colchón de mi abuela me doy cuenta de que el mueblecito junto a la cama no es un escritorio ni un tocador, sino la mesa de una máquina de escribir. Hay una vieja máquina de escribir negra colgando boca abajo por debajo del panel central. Al haber crecido en hogares familiares llenos de muebles antiguos, más o menos sé cómo funciona. No tardo demasiado en conseguir abrir los cierres ni en girar los pivotes. La máquina de escribir se abre con un golpetazo contundente.

Paso un dedo por las teclas. Casi me parece oír a mi abuela pulsándolas. Me inclino y estudio el rodillo negro en el que se engancha la página. Las teclas han dejado en él muescas diminutas. Si esto fuera un ordenador, quizá podría sacar algo del disco duro, pero aquí no quedan palabras legibles. Es imposible saber lo que se ha escrito en esta máquina o cuándo.

—¿Qué sabes tú que yo no sé? —le susurro mientras rebusco en los cajones. En el mueble no hay más que plumas y lápices, papel de escribir amarillento, una caja de papel carbón y tiras de cinta correctora, blanco tiza por un lado y adhesivas por el otro. En la primera hoja hay huellas de letras. La sostengo a la luz y enseguida descifro las palabras mal escritas y luego corregidas: «Bulevar Palmetto, Isla de Edisto...».

Al parecer, mi abuela escribía aquí cartas, pero, ya fuera por accidente o a propósito, limpiaba después las huellas. No hay papeles a medio escribir y las hojas de papel carbón están prístinas, sin fantasmas de palabras. Es raro, porque en su escritorio de casa siempre había una carpeta con papel que podía reciclarse para trabajos manuales o dibujos de los niños.

Pulso una tecla de la máquina de escribir y el martillo sube y golpea el rodillo dejando solo la impresión tenue y trémula de una K. La tinta de la cinta está seca.

La cinta...

Al momento estoy inclinada sobre el armazón negro de metal de la máquina, desmontándolo para acceder al rodillo. Es sorprendentemente fácil. Por desgracia, la cinta entintada está casi sin usar. Solo unos pocos centímetros podrían contener la impresión de lo último que fue escrito. La desenrollo, la sostengo a la luz y entrecierro los ojos para desentrañarlo.

yduJ ,etnematnetA .someesed ol euq etnemadarepsesed rop ,tnerT ,acnun somapes ol on zev laT .eesenneT ed selitnafnI seragoH ed nóicaicosA al ed sovihcra sol ne rebah áirdop sám éuq emodnátnugerp y adaduarfed...

Al principio es un galimatías, pero he pasado tiempo suficiente con la abuela Judy para saber cómo funciona la cinta de una máquina de escribir. Va avanzando a medida que la golpean las teclas. Las letras tienen que seguir alguna clase de orden.

Las primeras letras de la línea de arriba de pronto adquieren significado: «Judy». El nombre de mi abuela escrito al revés, de derecha a izquierda, resultado de haber sido mecanografiado. De la confusión surge una nueva palabra: «Asociación», hacia la mitad del texto.

La preceden tres palabras más con mayúscula inicial: «Hogares Infantiles de Tennessee».

Cojo papel y lápiz y descifro el resto.

... defraudada y preguntándome qué más podría haber en los archivos de la Asociación de Hogares Infantiles de Tennessee. Tal vez no lo sepamos nunca, Trent, por desesperadamente que lo deseemos. Atentamente,
Judy

Leo lo que he escrito tratando de recomponer el resto de la historia. Los

hogares infantiles son para huérfanos y niños dados en adopción. La mujer joven de la foto de May Crandall estaba embarazada. ¿Sería pariente de mi abuela, una chica que se vio metida en un apuro?

Me vienen a la cabeza situaciones: una muchacha ingenua de buena familia, un hombre de dudosa reputación, una fuga envuelta en escándalo o, peor aún, nada de boda. Un embarazo fuera del matrimonio. ¿Quizá su enamorado la abandonó y tuvo que volver con su familia?

En aquellos días se enviaba a las jóvenes fuera a que tuvieran el niño y lo dieran en adopción. Incluso ahora, las mujeres del círculo social de mi madre murmuran de cuando en cuando sobre alguien que se ha ido a pasar una temporada a casa de su tía. Quizá eso es lo que me oculta Trent Turner.

Una cosa sí tengo clara. La última nota escrita con esta máquina de escribir estaba dirigida a Trent Turner y, aunque no sé cómo es de reciente, no hay duda de que el misterioso sobre contestará un montón de preguntas.

O planteará más.

Sin pensarlo dos veces, cruzo la casa corriendo, cojo el teléfono y marco el número de Trent Turner que ya me sé de memoria.

El teléfono suena tres veces antes de que se me ocurra mirar el reloj y vea que es casi medianoche. Una hora poco apropiada para llamar a un casi desconocido. Mi madre estaría horrorizada.

Me acaba de venir a la cabeza lo que me diría: *Si quieres conseguir la cooperación de ese hombre, esa no es la manera, Avery*, cuando un pastoso: «Dígame, soy Nrent Nurner», me confirma que lo he sacado de la cama. Probablemente por eso ha contestado el teléfono sin mirar antes quién llamaba.

—Asociación de Hogares Infantiles de Tennessee —suelto, porque calculo que dispongo de unos dos segundos y medio antes de que se espabile y me cuelgue.

—¿Qué?

—La Asociación de Hogares Infantiles de Tennessee. ¿Qué tiene que ver con su abuelo y mi abuela?

—¿Señorita Stafford? —A pesar de que se dirige a mí de manera formal, el tono pastoso, adormilado, convierte el saludo en algo íntimo, como de conversación entre enamorados. Sigue un suspiro profundo y oigo crujir ropa de cama.

—Avery. Por favor, llámame Avery. Tienes que contármelo. He

encontrado algo. Necesito saber qué significa.

Otro suspiro largo. Carraspea, pero la voz sigue siendo profunda y adormilada.

—¿Sabes qué hora es?

Miro tímidamente el reloj, como si eso pudiera disculpar mi mal comportamiento.

—Perdón. No me di cuenta hasta que ya había marcado.

—Podrías haber colgado.

—Me da miedo que no vuelvas a cogerme el teléfono.

Una risita me dice que he acertado.

—En eso tienes razón.

—Por favor, escúchame. Por favor. Llevo toda la noche buscando por la casa y he encontrado algo, y eres el único que puede contarme lo que significa. Solo... solo necesito saber lo que pasa y lo que debería hacer al respecto. —Si hay un escándalo en nuestra familia, es muy posible que ya dé igual, excepto quizá a unos pocos miembros conservados en salmuera de la Vieja Brigada de los Chismorreos, pero no hay manera de averiguarlo hasta que no sepa a qué me enfrento.

—De verdad que no puedo contártelo.

—Entiendo que se lo prometiste a tu abuelo, pero...

—No. —De pronto suena muy despierto, completamente despierto y dueño de la situación—. Es que no puedo decírtelo. No he abierto ninguno de los sobres. Ayudé a mi abuelo a hacerlos llegar a sus destinatarios. Eso es todo.

¿Está diciendo la verdad? Me resulta difícil de creer. Soy de esas personas que despega con cuidado el celo del papel de envolver y fisga los regalos de Navidad en cuanto aparecen en el árbol. No me gustan las sorpresas.

—Pero ¿de qué eran los sobres? ¿Qué tenían que ver con la Asociación de Hogares Infantiles de Tennessee? Los hogares infantiles son para huérfanos. ¿Podría mi abuela haber estado buscando a alguien dado en adopción?

En cuanto lo sugiero, me preocupa haber hablado demasiado.

—Eso es solo una teoría mía —añado—. No tengo razón ninguna para creer que sea verdad.

Será mejor que no abra la puerta a un escándalo en potencia. No sé si puedo fiarme de Trent Turner, aunque un hombre que guarda durante meses unos sobres sin abrir tiene que ser íntegro. Trent Turner I debía de saber que su nieto estaba hecho de buena pasta.

El teléfono se queda en silencio y sigue así tanto rato que me pregunto si Trent Turner se ha ido. Me da miedo hablar, me da miedo decir algo que incline la balanza a un lado o a otro.

No estoy demasiado acostumbrada a suplicar, pero por fin susurro:

—Por favor, sé que esta tarde hemos empezado con mal pie, pero no sé por dónde seguir.

Coge aire, casi puedo ver su pecho hincharse.

—Ven.

—¿Cómo?

—Que vengas aquí antes de que cambie de opinión.

Solo puedo responder con un silencio atónito. No estoy segura de si estoy contenta o muerta de miedo..., o incluso loca por considerar siquiera ir a casa de un desconocido en plena noche.

Por otra parte, es un hombre de negocios respetable y conocido en la isla.

Un hombre de negocios que ahora sabe que he desenterrado al menos parte de un secreto.

Un secreto que su abuelo se llevó al lecho de muerte.

¿Y si detrás de esta invitación nocturna hay una intención siniestra? Nadie sabrá nunca mi paradero. ¿A quién se lo puedo contar?

No se me ocurre nadie a quien quiera contarle esto ahora mismo.

Dejaré una nota... Aquí, en la casa.

No..., mejor me mandaré a mí misma un correo electrónico. Si desaparezco, es lo que mirarán primero.

La idea se me antoja melodramática y tonta, pero en realidad no lo es tanto.

—Cojo las llaves y...

—No te hace falta el coche. Estoy a cuatro casas bajando la calle.

—¿Vives por aquí? —Separo las cortinas de la cocina e intento ver algo a través de la pared de roble y acebo de yaupon. ¿Todo este tiempo estaba aquí al lado?

—Se llega antes por la playa. Encenderé la luz del porche trasero.

—Voy ahora mismo.

Recorro la casa en busca de una linterna y pilas. Por suerte, los familiares que han estado aquí dejaron las cosas básicas. Me suena el teléfono mientras me estoy enviando un correo a mí misma, documentando mi paradero y la hora de salida. Doy un salto de casi un metro de alto y aterrizo en un pozo de terror. *Trent ha cambiado de idea...*

Pero el número es del teléfono de Elliot. Estoy demasiado nerviosa para calcular qué hora es en Milán, pero sin duda está trabajando.

—Ayer cuando me llamaste estaba liado, perdona —dice.

—Ya me imaginé. ¿Mucho trabajo?

—Bastante —responde sin especificar, como acostumbra. En su familia, a las mujeres no les interesan los negocios—. ¿Qué tal por Edisto?

El radio macuto familiar es más eficaz que el rastreo de microchips.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí?

—Me lo dijo mi madre. —Suspira—. Ha estado en Drayden Hill para quitarse el mono de bebé, porque están allí tu hermana y Courtney y los niños. Y ya ha empezado otra vez con la tabarra de los nietos. —Es comprensible que Elliot esté molesto—. Me recordó que tengo ya treinta y un años y ella cincuenta y siete y que no quiere ser una abuela anciana.

—Ya... —A veces me pregunto cómo será tener a Bitsy de suegra. La quiero y su intención es buena, pero a su lado Honeybee es una mujer sutil.

—Podríamos contratar a tu hermana y los trillizos para que vayan a pasar unos días con mi madre —sugiere Elliot con tono lastimero—. Igual así se le pasan las ganas.

Aunque entiendo que es una broma, me duele. Adoro a los trillizos, aunque son unos trastos.

—Se lo puedes preguntar.

Aunque Elliot y yo solo hemos hablado de tener hijos como parte posible de nuestro plan de vida futura, le inquieta la abundancia de embarazos múltiples en mi familia. No se cree capaz de tener más de uno a la vez. De cuando en cuando, a mí me preocupa que tener hijos algún día se convierta en nunca con Elliot. Sé que iremos solucionando estas cosas sobre la marcha. ¿No es lo que hacen la mayoría de las parejas?

—Entonces, ¿cuánto tiempo te vas a quedar en la playa? —dice, cambiando de tema.

—Solo un par de días. Si me quedo más, Leslie mandará a alguien a buscarme.

—Bueno, Leslie mira por tu bien. Necesitas dejarte ver. Para eso has vuelto a tu casa.

He vuelto a mi casa a cuidar de mi padre, quiero decirle, pero con Elliot todo es un paso para conseguir algo. Es la persona más competitiva que conozco.

—Ya lo sé. Pero es agradable darme un pequeño respiro. Y me da la impresión de que a ti también te vendría bien. Descansa un poco en Milán, ¿vale? Y no te preocupes por tu madre y lo de los niños. Mañana ya estará distraída con otra cosa.

Nos despedimos y termino el correo cautelar dirigido a mí misma. Si no se vuelve a saber nada de mí, alguien terminará por buscar aquí. *Medianoche del martes. Voy cuatro casas más abajo de la casa de Edisto a hablar con Trent Turner sobre algo relacionado con la abuela Judy. Debería estar de vuelta en una hora más o menos. Dejo este mensaje por si acaso.*

Queda estúpido, pero lo mando antes de salir.

Fuera, la noche es serena y oscura mientras recorro el sendero entre las dunas alumbrándome con la linterna por si hay serpientes. A lo largo de la orilla, la mayoría de las casas están ya a oscuras y solo quedan el resplandor de la luna y unas lucecillas que parecen flotar sobre el horizonte de agua. Las hojas y las hierbas de la playa susurran y los cangrejos corretean de lado por la arena. Los ilumino con la linterna y cuido de no interrumpir su tráfico frenético pisando alguno.

La brisa me acaricia el cuello y se me mete por el pelo y quiero caminar relajada y disfrutar del arrullo del mar. Tengo música para meditar que suena así, pero pocas veces me tomo tiempo para disfrutar de la experiencia auténtica. Ahora que lo pienso, me parece una lástima. Me había olvidado de lo maravilloso que es este sitio, el encuentro perfecto entre tierra y mar, libre de rascacielos gigantes, de hogueras y de campistas.

Llego a la casa de Trent Turner antes de lo que me gustaría. Se me acelera el pulso mientras recorro un sendero desgastado a través de arbustos y cruzo una corta pasarela de madera hasta una cancela inclinada. Esta casa tiene más o menos los mismos años que la de mi abuela. Un camino de piedra conduce a los escalones del porche. Arriba, polillas aletean en círculos alrededor de una única bombilla.

Trent Turner abre la puerta antes de que me dé tiempo a llamar. Viste una camiseta descolorida con un desgarrón en el cuello y un pantalón de chándal que le queda grande. Lleva los pies morenos descalzos y no puede tener el pelo más revuelto.

Se cruza de brazos y se apoya en el marco de la puerta, estudiándome.

De pronto me siento todo piernas y brazos, igual que una adolescente en su primera cita para el baile de fin de curso. No sé qué hacer ni cómo ponerme.

—Empezaba a dudar —dice.

—¿De si iba a venir?

—De si la llamada no había sido más que un mal sueño. —Pero las comisuras de los labios se curvan hacia arriba y deduzco que está de broma.

Aun así, me ruborizo un poco. La verdad es que todo esto es un abuso.

—Lo siento. Lo que pasa es que... necesito saber. ¿Qué relación tenía tu abuelo con mi abuela?

—Lo más probable es que trabajara para ella.

—¿Haciendo qué?

Mira detrás de mí hacia una cabaña diminuta escondida bajo los árboles a uno de los lados de la casa. Percibo sus dudas. Está intentando decidir si está traicionando o no la promesa hecha en el lecho de muerte.

—Mi abuelo se dedicaba a buscar.

—¿A buscar qué?

—Personas.

14

Rill

Empieza a oscurecer para cuando la fiesta toca a su fin y las empleadas comienzan a reunir a los niños para meterlos en los automóviles y llevarlos de vuelta. Para entonces casi no quiero marcharme. Durante toda la tarde ha habido galletas y helado y tiras de regaliz y tarta y leche y emparedados y libros para colorear y cajas sin abrir de lápices de colores Crayola y muñecas para las niñas y automóviles de hojalata en miniatura para los niños.

Estoy tan llena que casi no puedo moverme. Después de tres semanas de pasar hambre, este sitio sabe a gloria.

Me siento mal porque Camellia se lo esté perdiendo, pero tampoco sé si habría aguantado aquí. No soporta que le hagan mimos..., ni siquiera que la toquen. Robo una galleta para dársela y me la guardo en el bolsillo delantero de mi delantal con la esperanza de que nadie nos registre antes de irnos.

Estas personas nos llaman «cariñín», «cielito» y «monada». Lo mismo hace la señorita Tann mientras estamos aquí. Igual que en la biblioteca ambulante, cuenta cosas que no son ciertas. Le brillan los ojos y sonrío, como si disfrutara engañando a todos.

Igual que en la biblioteca ambulante, mantengo la boca cerrada sobre la verdad.

—Son absolutamente perfectos —les repite una y otra vez a los invitados—. Especímenes maravillosos y además mentalmente avanzados para su edad. Muchos han tenido padres con talento para la música y el arte. Son pizarras en blanco esperando a ser llenadas. Pueden llegar a ser lo que ustedes quieran que sean.

»Es una monería, ¿verdad? —le pregunta a un matrimonio que lleva todo el día con Gabby en brazos. Han jugado a la pelota y con los automóviles en miniatura y el hombre ha lanzado a Gabby al aire mientras este reía.

Ahora que tenemos que irnos, la señora no quiere devolver a Gabby. Viene con él hasta la puerta principal y mi hermano pequeño se le agarra al cuello igual que Fern está agarrada al mío.

—No me *quiedo* ir —gimotea Gabby.

—Tenemos que irnos. —Me paso a Fern a la otra cadera mientras la señora Pulnik trata de empujarnos hacia el porche. No culpo a Gabby por resistirse. Yo también odio tener que volver a la casa de la señora Murphy. Preferiría ver a Fern leer algún libro más con esa señora tan simpática, pero se marchó hace un rato con su marido. Le dio un beso a Fern en la cabeza y le dijo: «Hasta muy pronto, cariñín», antes de devolvérmela.

—Gab... —Me interrumpo justo antes de decir el nombre que me costará un papirotazo en casa de la señora Murphy si me oye la señora Pulnik—. Robby, aquí no te puedes quedar. Venga. Tenemos que averiguar lo que les pasa a Huckleberry Finn y a Jim cuando bajan por el río hasta Arkansas, ¿no te acuerdas? —Le tiendo un brazo porque con el otro estoy sujetando a Fern. Gabby no quiere venirse conmigo y la mujer tampoco quiere soltarlo—. Lo leeremos cuando lleguemos a casa de la señora Murphy. Di adiós a esta señora tan buena.

—¡Silencio! —La señorita Tann me mira con fuego en los ojos y retrocedo y dejo caer el brazo tan deprisa que me golpeo sonoramente la pierna.

La señorita Tann sonrío a la mujer y luego se enrosca un mechón del pelo de Gabby en el dedo.

—¿A que nuestro pequeño Robby es adorable? Un encanto. —Con la misma rapidez con que se volvió cruel, ahora es simpática—. Me parece que los dos han hecho buenas migas.

—Sí, mucho.

El marido se acerca. Se tira del cuello del traje para que esté recto y pulcro.

—Quizá deberíamos hablar. Podríamos llegar a un acuerdo para que...

—Es muy posible. —La señorita Tann no le deja terminar—. Pero debo advertirles de que este pequeñín es muy popular. Ya he tenido varias peticiones. Esos ojos azules tan bonitos con las pestañas oscuras y los rizos dorados. Una rareza. Es como un angelito. Enamoraría a cualquier madre.

Todos miran a mi hermano. El hombre le pellizca una mejilla y Gabby deja

escapar su encantadora risa de bebé. Lleva sin reír así desde que la policía nos sacó del *Arcadia*. Me alegro de que esté contento, aunque sea por un día.

—Lleve fuera a los otros niños. —La voz de la señorita Tann se vuelve grave y sin entonación. Se acerca a la señora Pulnik y le susurra entre dientes —: Méталos en los automóviles. Espere cinco minutos antes de decirle al conductor que arranque. —En voz aún más baja, añade—: Pero no creo que la necesitemos.

La señora Pulnik carraspea y pone una voz alegre y cariñosa que nunca le hemos oído en casa de la señora Murphy.

—Todos a los automóviles. Vamos.

Lark, Stevie y los otros niños corren al porche. Fern me da patadas en la pierna y se revuelve contra mi cadera como si estuviera intentando hacer salir del establo a un caballo testarudo.

—Pero Ga... Robby. —Me han salido raíces en los pies y al principio ni siquiera estoy segura de por qué. Estas personas solo quieren abrazar y besar a Gabby un poco más. Les gusta jugar con niños pequeños. Llevo todo el día vigilando a Gabby, Lark y Fern cada vez que conseguía escapar de dos señores que querían saber quién soy y qué hacía allí puesto que soy mayor que el resto de los niños. He corrido de habitación en habitación, de ventana en ventana para asegurarme de que sabía dónde estaban mis hermanos y que nadie les hacía daño.

Pero en mi fuero interno he estado pensando en la hermana de Stevie. Que dejó la casa de la señora Murphy y no volvió. Sé lo que les pasa a los huérfanos como Sherry y Stevie, pero nosotros no lo somos. Tenemos una madre y un padre que van a venir a buscarnos.

¿Sabe eso la mujer que ha estado jugando con Gabby? ¿Se lo ha dicho alguien? No pensará que es huérfano, ¿verdad?

Doy otro paso hacia mi hermano.

—Deme. Ya lo cojo yo.

La mujer me da la espalda.

—Aquí está bien.

—¡*Fuerra!* —Los dedos de la señora Pulnik se cierran con fuerza alrededor de mi brazo y sé lo que va a pasar si no obedezco.

Le toco la rodilla a Gabby y digo:

—No pasa nada. Esta señora quiere decirte adiós.

Él levanta una manita y la agita.

—Adiós —repite. Tiene la sonrisa llena de dientes de leche. Recuerdo cuándo le salió cada uno de ellos.

—Al coche. —La uña afilada de la señora Pulnik se me clava en la carne. Me empuja, tropiezo en el umbral y salgo dando traspiés al porche; casi se me cae Fern.

—Ay, Dios mío, ¿es su hermana? —dice preocupada la señora que tiene a Gabion.

—Pues claro que no —contesta la señorita Tann mintiendo de nuevo—. En el hogar infantil los más pequeños se encariñan con los mayores, eso es todo. No se puede evitar. Pero los olvidan con la misma facilidad. La única familia que tiene este pequeñín es una niñita. Recién nacida. Adoptada por una familia ilustre, nada menos. Así que, como puede ver, no es un niño corriente. Ha escogido usted el mejor. La madre estudió en la universidad, era una joven de lo más inteligente. Por desgracia murió dando a luz y el padre abandonó a los niños. Pero no han sufrido ningún daño. ¿Y no resultaría adorable este niño en las playas de California? Claro que las adopciones entre estados tienen una tarifa especial...

Son las últimas palabras que oigo antes de que la señora Pulnik me arrastre por los escalones del porche diciéndome en voz baja lo que me hará la señora Murphy si no obedezco. Me aprieta tanto el brazo que estoy segura de que me lo va a romper.

Me da igual. No siento nada, ni la hierba seca de verano que cruje bajo mis pies, ni los zapatos tan duros que me dieron esta mañana las empleadas. Ni el aire caliente y pegajoso de la noche o el vestido demasiado apretado que me tira cuando Fern patalea y se retuerce y mira por encima de mi hombro gimoteando:

—Gabby... Gabby...

Estoy fría por fuera. Como si me hubiera caído al río en pleno invierno y se me hubiera ido toda la sangre muy dentro para impedir que muera congelada. Los brazos y las piernas no me parecen míos. Se mueven, pero solo porque saben lo que deben hacer, no porque yo se lo diga.

La señora Pulnik nos empuja a Fern y a mí al interior del automóvil con el resto de los niños y se sienta a mi lado. Yo estoy rígida con la mirada fija en la casa blanca, esperando a que alguien abra la puerta, cruce el jardín y me traiga a Gabion. Lo deseo tanto que me duele.

—¿Dónde está Gabby? —me susurra Fern al oído y Lark me mira con sus

ojos tristes y callados. No ha dicho gran cosa desde que llegamos a casa de la señora Murphy y ahora tampoco, pero yo la oigo igual. *Tienes que rescatar a Gabion*, me está diciendo.

Lo imagino cruzando el jardín.

Espero.

Miro.

Trato de pensar.

¿Qué debería hacer?

El reloj de pulsera de la señora Pulnik marca los segundos. Tic-tac, tic-tac.

Las palabras de la señorita Tann me revolotean dentro de la cabeza, salen disparadas igual que hacen los zapateros cuando alguien tira una piedra al río. Cada una en una dirección.

Murió dando a luz...

¿Está muerta mi madre?

... abandonó a los niños...

¿Briny no va a venir a buscarnos?

La única familia que tiene este pequeñín es una niñita. Recién nacida.

¿Uno de los niños no llegó a morir en el hospital? ¿Tengo una hermanita nueva? ¿La señorita Tann se la ha dado a alguien? ¿Es una mentira? ¿Es todo mentira? La señorita Tann cuenta patrañas con tal facilidad que parece hasta creérselas ella. Gabby no tiene una madre que estudió en la universidad. Queenie es lista, pero solo hizo hasta octavo curso antes de conocer a Briny y marcharse con él al río.

Son mentiras, me digo. Todo lo que dice es mentira. Tiene que serlo.

Está intentando agradar a las personas de la fiesta, pero van a tener que devolver a Gabion porque la señorita Tann sabe que papá va a venir a buscarnos en cuanto pueda. Briny nunca nos abandonaría. Jamás dejaría que una mujer como la señorita Tann se llevara a mi hermanita recién nacida, si es que la tengo. Nunca. Jamás. Antes preferiría la muerte.

¿Está muerto Briny? ¿Por eso no ha venido a buscarnos?

El automóvil arranca y salto hacia la ventana quitándome a Fern del regazo. Se acomoda en el asiento y yo cojo la manilla de la puerta. Correré hasta la casa y les diré la verdad a esas personas. Les diré que la señorita Tann es una mentirosa. Me da igual lo que me hagan después.

Antes de que pueda pasar nada, la señora Pulnik me está sujetando por el enorme lazo con que me adornaron las empleadas esta mañana. Fern se

retuerce entre las dos y termina en el suelo con Stevie y Lark.

—*Pórrtate* bien. —La señora Pulnik pega la boca a mi oreja y su aliento es caliente y acre. Huele al whisky de la señora Murphy—. Si no te *porrtas* bien, la señora Murphy te meterá en el armario. Y no solo eso. Os ataremos a todas y os dejaremos allí, colgadas como zapatos de los *corrdenes*. En el armario hace frío. Y está oscuro. ¿Crees que a tus *herrmanitas* les gustará la oscuridad?

El corazón me late con fuerza cuando me tira de la cabeza hacia atrás. El cuello me cruje y me chasca. Se me desprende pelo de las raíces. Un fognazo blanco de dolor me ciega.

—¿Has entendido?

Intento asentir con la cabeza.

Me empuja contra la puerta y me rebota la cabeza en el cristal.

—No pensaba que *fuerras* a *serr* tú la que diera problemas.

Se me llenan los ojos de lágrimas y pestañeo con fuerza para contenerlas.
No pienso llorar. No pienso.

El asiento se hunde y me acerca al grueso cuerpo de la señora Pulnik. Esta suspira con un ronroneo, igual que un gato al sol.

—*Chóferr*, llévenos a casa. Es la hora.

Me aparto de ella y miro por la ventana hasta que la casa blanca con grandes columnas desaparece.

En el automóvil nadie dice una palabra. Fern trepa de nuevo a mi regazo y nos quedamos todos quietos como estatuas.

De camino a casa de la señora Murphy busco el río. Una pequeña fantasía se cuela en mi cabeza con Fern agarrada a mi cuello y Lark apoyada en mi rodilla y Stevie acurrucado entre mis pies, cogido de las hebillas de mis zapatos. Imagino que cuando pasemos junto al río, el *Arcadia* estará allí y Briny verá el automóvil.

En mi ensueño, corre por la orilla y obliga al conductor a detenerse. Briny abre la portezuela y nos saca a todos, incluso a Stevie. Cuando la señora Pulnik intenta impedirlo, le da un puñetazo en la nariz, como haría con cualquiera que intentara robarle una bola en los billares. Briny nos secuestra igual que hace el padre de Huck Finn en el libro, pero el padre de Huck era un hombre malo y Briny es bueno.

Vuelve a la casa, le quita a Gabion a la señorita Tann y nos lleva a un lugar muy lejos de aquí.

Pero mi sueño no es real. El río viene y va. No hay rastro del *Arcadia* y muy pronto la sombra de la casa de la señora Murphy envuelve el automóvil. Debajo de la piel me noto vacía y fría, como las cuevas indias a las que nos llevó Briny una vez que fuimos de excursión por los riscos. En las cuevas había huesos. Huesos muertos de personas que ya no están. Dentro de mí hay huesos muertos.

Rill Foss no puede respirar aquí. No vive aquí. Aquí solo vive May Weathers. Rill Foss vive río abajo. Es la princesa del reino de Arcadia.

Hasta que no cruzamos la acera hacia la casa de la señora Murphy no pienso en Camellia. Me siento culpable por imaginar que Briny nos rescataba del automóvil y se nos llevaba sin Camellia.

Me da miedo lo que dirá cuando le cuente que Gabion no ha vuelto con nosotras, que esperamos que venga más tarde. Camellia dirá que tendría que haberme resistido más, que tendría que haber mordido y arañado y chillado como habría hecho ella. Y puede que sea verdad. Puede que me merezca oírlo. Es posible que sea demasiado cobarde, pero no quiero ir al armario. Y tampoco quiero que metan allí a mis hermanas pequeñas.

El miedo se apodera de mí cuando entramos. Es de esa clase de miedo que te asalta en un río crecido cuando llega el deshielo de primavera y ves un témpano que se dirige hacia el barco. A veces el hielo es tan grande que sabes que no se puede empujar con un remo. Va a golpear el barco y con fuerza, y, si el borde raja el casco, lo hundirá.

Tengo que esforzarme por no soltar a los pequeños, darme la vuelta y salir corriendo de la casa de la señora Murphy antes de que se cierre la puerta a nuestra espalda. La casa apesta a moho y a letrina y al perfume de la señora Murphy y a whisky. Los olores se me pegan a la garganta y no puedo respirar y me alegro cuando nos mandan salir porque aún no es la hora de la cena.

—¡Y nada de *ensuciarr* la ropa! —nos grita la señora Pulnik.

Busco a Camellia en los sitios donde le dije que se quedara, los sitios seguros. No está en ninguno. Los chicos mayores no contestan cuando les pregunto. Se limitan a encogerse de hombros y a seguir jugando a chocar castañas que cogen junto a la valla trasera y atan a un cordel.

Camellia no está escarbando en la tierra ni columpiándose ni jugando a las casitas en la sombra bajo los árboles. Todos los otros niños están, menos Camellia.

Por segunda vez en un día, me parece que el corazón me va a estallar. ¿Y

si se la han llevado? ¿Y si tuvo una pataleta cuando nos fuimos y se ha metido en un lío?

—¡Camellia! —grito y a continuación presto atención, pero solo oigo las voces de otros niños. Mi hermana no contesta—. ¡Camellia!

Me dispongo a ir al lateral de la casa, a los arbustos de azaleas, cuando la veo. Está sentada en una esquina del porche con las piernas pegadas al pecho y la cara tapada. Su pelo oscuro y su piel están cubiertos de un polvo gris. Parece que se ha peleado con alguien mientras yo no estaba. Tiene arañazos en un brazo y una rodilla desollada.

Tal vez por eso los chicos mayores no han querido decirme dónde estaba. Probablemente se ha peleado con ellos.

Dejo a los pequeños junto a los caquis y les digo que no se muevan de allí, subo las escaleras y recorro el largo porche hasta donde está Camellia. Mis zapatos rígidos resuenan contra la madera, clac, clac, clac, pero mi hermana no se mueve.

—Camellia. —Si me siento, me mancharé el vestido, así que me acuclillo a su lado. Quizá está dormida—. Camellia, te he traído algo, lo llevo en el bolsillo. Vamos a la colina donde no nos vean y te lo doy.

No contesta. Le toco el pelo y se aparta. Cuando mi mano se desliza hacia su hombro, se levanta una nubecilla gris. Huele a ceniza, pero no de chimenea. Conozco el olor, solo que no consigo situarlo.

—¿En qué lío te has metido mientras hemos estado fuera?

Vuelvo a tocarla y retira el hombro, pero levanta la cabeza. Tiene el labio inflamado y cuatro magulladuras redondas en la mejilla. Tiene los ojos hinchados y rojos, como si hubiera estado llorando, pero lo que más me preocupa es la expresión que hay en ellos. Es como mirar por una ventana a una habitación vacía. Dentro no hay nada más que oscuridad.

Me viene de nuevo el olor y entonces lo reconozco. Carbonilla. Siempre que amarrábamos el *Arcadia* cerca de unas vías de ferrocarril, cogíamos el carbón que se había caído de los trenes. Para calentarnos y cocinar. Y gratis, decía siempre Briny.

¿Ha estado aquí Briny?

En cuanto lo pienso, me doy cuenta de lo equivocada que estoy. Pero muy equivocada. Mientras estábamos fuera, ha sucedido algo muy malo.

—¿Qué ha pasado? —Me dejo caer en el suelo del porche, demasiado asustada para preocuparme por el vestido. En las piernas se me clavan

pequeñas astillas—. Camellia, ¿qué ha pasado?

Entreabre los labios, pero no emite ningún sonido. De uno de los ojos le brota una lágrima que traza un río rosa entre la carbonilla.

—Cuéntamelo. —Me inclino para verla mejor, pero se gira y mira para el otro lado. Tiene la mano cerrada en un puño. Se la cojo, le abro los dedos para ver qué está sujetando y, en cuanto lo hago, las galletas y el helado que he comido en la fiesta me suben por la garganta. En la palma de mi hermana hay unas pastillas de menta redondas y sucias tan pegadas que se le han fundido con la piel.

Cierro los ojos, meneo la cabeza e intento no saber, pero sé. Mis pensamientos me llevan contra mi voluntad al sótano de la señora Murphy, al rincón oscuro detrás de las escaleras donde las cenizas recubren el cubo del carbón y la caldera. Veo brazos flacos y fuertes peleando, piernas dando patadas. Veo una manaza tapar la boca que chilla, los dedos sucios y grasientos apretando tan fuerte que dejan cuatro marcas redondas.

Quiero entrar corriendo en la casa, aullar y gritar. Quiero pegar a Camellia por ser testaruda e ir a las azaleas cuando le dije que no lo hiciera. Quiero cogerla y estrecharla contra mí y que esto se pase. No sé exactamente lo que le ha hecho Riggs, pero sé que es algo malo. También sé que, si lo cuento, hará que mi hermana se caiga de un árbol y se golpee la cabeza. Tal vez incluso me haga lo mismo a mí. Y entonces ¿quién cuidará de las pequeñas? ¿Quién estará esperando a Gabion cuando vuelva?

Cojo la mano de mi hermana, sacudo las pastillas de menta y las dejo que reboten en el porche y caigan en el arriate, donde desaparecen debajo de una enredadera.

Cuando la hago ponerse de pie, no se resiste.

—Vamos. Si te ven así cuando suene la campana, pensarán que te has metido en una pelea y te llevarán al armario.

Tiro de ella y la hago bajar del porche como si fuera un saco de trigo y la llevo hasta el barril de lluvia y, poco a poco, le voy echando agua y la lavo lo mejor que puedo.

—Diles que te has caído de un columpio. —Aunque le tengo cogida la cara con las manos, no me mira—. ¿Me oyes? Si alguien te pregunta por las desolladuras, les dices que te has caído del columpio y ya está.

En los escalones nos esperan Fern, Lark y Stevie, callados como tumbas.

—Quedaos donde estáis y dejad tranquila a Camellia —les ordeno—. No

se encuentra bien.

—¿Te duele la tripa?

Fern se acerca sigilosamente y lo mismo hace Lark, y Camellia las aparta con brusquedad. Lark me mira, confusa. Por lo general es la única con la que Camellia es cariñosa.

—He dicho que la dejéis tranquila.

—¡Se te ven las bragas! —grita uno de los chicos mayores a medio camino desde el jardín. Siempre empiezan a acercarse a esta hora para ponerse los primeros en la fila para cenar. No sé por qué. Siempre nos dan lo mismo. En todas las comidas.

—Cállate, Danny Boy —siseo y le bajo a Camellia la falda del vestido hasta las rodillas. Las empleadas le llaman Danny Boy por la balada irlandesa y porque es irlandés. Pelirrojo y con mil pecas, igual que James. Es el jefe de los mayores, ahora que James ya no está. Pero Danny Boy no es como el chico de la canción, es una mala persona.

Se acerca y se lleva las manos a la cuerda con la que se sujeta unos pantalones que le quedan grandes.

—Míralas, todas finas y elegantes. Apuesto a que ni con esa ropa tan bonita habéis encontrado un papá y una mamá nuevos.

—No necesitamos padres nuevos. Ya tenemos.

—De todas maneras, ¿quién os iba a querer? —Repara en el brazo y la pierna llenos de rasguños de Camellia y se acerca para mirar—. ¿Qué le ha pasado? Parece que se ha peleado con alguien.

Le planto cara a Danny Boy. Si tengo que ir al armario para proteger a mi hermana, lo haré.

—Se ha caído y se ha hecho un poco de daño, nada más. ¿Te molesta?

Suena la campana de la cena y nos ponemos en fila antes de que pase nada más.

Y al final esta noche la que acaba en el armario no soy yo, sino Camellia. Durante la cena está callada y no se come su ración, pero, cuando llega la hora del baño, se espabila y monta una pataleta. Chilla igual que un animal y araña y da patadas y le deja a la señora Pulnik unas marcas rojas alargadas en el brazo con sus uñas.

Hacen falta tres empleadas para sujetar a Camellia y llevarla a rastras al cuarto de baño. Para entonces, la señora Pulnik ya me tiene a mí también sujeta del pelo.

—Calladita. Ni una palabra o *sufrirrás* las consecuencias.

Fern, Lark y Stevie se aferran los unos a los otros pegados a la pared.

En el cuarto de baño, Camellia ruge y grita. Hay ruido de salpicaduras. Una botella que se hace añicos. Cepillos de cerdas caen al suelo. La puerta tiembla en el marco.

—¡Riggs! —grita la señora Pulnik por el hueco de las escaleras—. Venga y tráigame la *cuerrda*. ¡Tráigame la *cuerrda* para el *armario*!

Y, sin más, Camellia desaparece. Lo último que veo de ella es a una empleada que la arrastra por el pasillo envuelta como una oruga en una sábana para que no pueda pegar y dar patadas.

Esta noche solo somos tres. No saco el libro, y mis hermanitas no me piden que les siga leyendo la historia. Lark, Fern y yo nos acurrucamos en uno de los catres y tarareo una de las viejas canciones de Queenie hasta que se duermen. Por fin yo también lo hago.

En algún momento, antes de que salga el sol, Fern moja la cama por primera vez desde que tenía dos años y medio. Ni siquiera la regaña. Me limito a limpiarlo lo mejor que puedo y a abrir todo lo posible el ventanuco del sótano. Enrollo la sábana y las bragas de Fern y las meto debajo de los arbustos, donde espero que nadie las encuentre. Luego iré a las azaleas y las tenderé para que se sequen antes de esta noche.

Cuando estoy extendiendo la sábana sobre las ramas, el viento atrapa las hojas y estas se levantan lo suficiente para dejarme ver algo. Debajo de la farola de la calle hay personas mirando la casa. En la penumbra del amanecer no distingo ni caras ni ropa, solo la silueta de un hombre encorvado y un chico alto y flaco.

Se parecen a Zede y a Silas.

Con la misma rapidez con la que han aparecido, las hojas vuelven a su sitio y los tapan.

15

Avery

El sobre es sorprendentemente normal. De esos de estraza que se usan en las oficinas. El contenido es delgado, quizá unas cuantas hojas dobladas en tres. Está cerrado y lleva el nombre de mi abuela escrito en el reverso en una letra temblorosa que se sale del margen y cae hacia una esquina.

—El párkinson del abuelo se le agravó un poco al final —explica Trent. Se frota la frente y mira el sobre con el ceño fruncido, como replanteándose si debería haber roto el juramento dándomelo.

Sé que lo mejor sería abrirlo antes de que se arrepienta, pero me remuerde la conciencia. Trent parece sentirse como si hubiera fracasado en algo y la culpa de eso es mía.

Entiendo muy bien lo que es la lealtad a la familia. De hecho, es lo que me ha traído hasta aquí en plena noche.

—Gracias —le digo, como si eso fuera a ayudar.

Se frota una ceja con las yemas de los dedos y asiente con la cabeza de mala gana.

—Solo para que lo sepas, esto puede empeorar las cosas. Hay una razón por la que mi abuelo dedicaba tanto tiempo a ayudar a localizar personas. Después de casarse con mi abuela y hacerse cargo del negocio familiar en Charleston, se matriculó en Derecho para poder llevar sus propios contratos inmobiliarios..., pero también por otro motivo. Cuando cumplió dieciocho años descubrió que era adoptado. Nadie se lo había dicho nunca. Su padre adoptivo era sargento en el departamento de policía de Memphis y, que yo sepa, nunca estuvieron muy unidos, pero que mi abuelo se enterara de que

habían estado mintiéndole toda su vida fue la gota que colmó el vaso. Se alistó en el ejército y no volvió a hablar a sus padres adoptivos. Estuvo años buscando a su familia biológica, pero nunca la encontró. Mi abuela siempre pensó que le habría ido mejor si no hubiera encontrado sus papeles de adopción. Para ser sincero, a ella le habría gustado que los padres adoptivos los hubieran destruido.

—Los secretos siempre acaban por salir a la luz.

Es una reflexión que me ha hecho mi padre muchas veces. «Los secretos también te hacen vulnerable ante tus enemigos, políticos o de otra clase».

Haya lo que haya dentro de este sobre, prefiero saberlo.

Aun así, me tiemblan los dedos cuando los deslizo bajo la solapa.

—Entiendo que tu abuelo quisiera dedicarse a ayudar a otras personas a encontrar información y a familiares perdidos.

Pero ¿qué tiene que ver mi abuela con eso?

La tira adhesiva se desprende un poco cuando tiro. Voy con cuidado, igual que mi madre cuando abre un regalo de cumpleaños, evitando que el papel se rasgue.

—No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy —digo. Muy despacio, saco un sobre más pequeño que ha sido abierto ya en algún momento. Los papeles que hay dentro están doblados como un folleto o una factura de la luz, pero no distingo si son documentos oficiales o de otra clase.

Al otro lado de la mesa, Trent se mira las manos mientras saco el contenido del sobre.

—De verdad... —No tiene sentido darle las gracias otra vez. No le quitará el cargo de conciencia—. Quiero que sepas que puedes contar conmigo para hacer con esto lo que sea mejor. No pienso dejar que te cause problemas con tu familia. Respeto la preocupación de tu abuelo, dada la clase de investigación a la que se dedicaba.

—Sabía por experiencia propia lo que podía pasar.

Un ruido en la casa nos hace volvernos justo cuando estoy alisando los papeles en la mesa. Identifico el sonido de unos pequeños pies recién salidos de la cama en un suelo con restos de arena. Casi espero ver a uno de mis sobrinos en el pasillo, pero quien aparece es un niño rubio de tres o cuatro años con ojos azules adormilados y un adorable hoyuelo en la barbilla. Sé de dónde lo ha sacado.

Trent Turner tiene un hijo. ¿Habrá una señora Turner durmiendo en una de

las habitaciones de la casa? Una extraña punzada de desilusión tiñe este pensamiento de un tono verdoso. Inconscientemente, busco una alianza en el dedo de Trent antes de volver a mirar al niño y pensar: *Ya está bien, Avery Stafford, ¿se puede saber qué te pasa?*

En momentos como este me pregunto qué problema tengo. ¿Por qué no me siento como una mujer que se ha comprometido con su alma gemela para siempre jamás, fin de la historia? Mis dos hermanas se enamoraron perdidamente de sus maridos y, que yo sepa, nunca tuvieron dudas. Mi madre igual. Y mi abuela.

El niño me mira mientras rodea la mesa bostezando y frotándose la frente con el dorso de un brazo. Lo hace de manera muy teatral. Parece la actriz de una película muda practicando un desmayo exagerado.

—¿No deberías estar en la cama, Jonah? —pregunta su padre.

—Zí...

—¿Y por qué te has levantado, a ver? —Puede que Trent pretenda parecer severo, pero su expresión es de lo más blandengue. Jonah apoya las dos manos en la rodilla de su padre, levanta una pierna y empieza a trepar por él como un mono en la jungla.

Trent lo levanta y Jonah se acerca a él para susurrar:

—Hay un *peterodáctil* en mi *armadio*.

—¿Un pterodáctilo?

—Zí.

—Jonah, en tu armario no hay nada. Eso es por la película que te dejaron ver los primos mayores el otro día en casa de la tía Lou, ¿te acuerdas? Ya tuviste otra pesadilla con ello. Un dinosaurio ni siquiera cabría en tu armario. Aquí no hay dinosaurios.

—Zí hay. —Jonah se sorbe la nariz. Agarrado a la camiseta de su padre, se gira lo bastante para examinarme con la boca abierta en un enorme bostezo.

No debería meterme, igual empeoro las cosas. Sin embargo, he vivido este asunto de los dinosaurios algunas noches en Drayden Hill y en vacaciones, con los hijos de mis hermanas.

—A mis sobrinos también les pasaba. Les daban miedo los dinosaurios, pero ¿sabes lo que hicimos?

Jonah niega con la cabeza y Trent me mira intrigado, con las cejas rubias muy juntas. Tiene una frente muy flexible.

Dos pares de ojos azules idénticos me están invitando a que dé mi solución

al problema de los dinosaurios.

Por suerte la tengo.

—Al día siguiente fuimos a comprar linternas, unas linternas alucinantes. Si tienes una linterna muy buena en la cama, cuando te despiertas por la noche y te parece ver algo, puedes encenderla, enfocarla y mirar. ¿Y sabes lo que pasa cada vez que enciendes la linterna?

Jonah aguarda mi respuesta conteniendo la respiración, su boquita perfecta abierta, pero está claro que su padre conoce la respuesta. Tiene aspecto de querer darse una palmada en la frente como queriendo decir: *¿Cómo no se me había ocurrido?*

—Cada vez que enciendes la linterna, no hay nada.

—¿Cada ves? —Jonah no está convencido.

—Siempre. Te lo prometo.

Jonah se vuelve a su padre buscando confirmación y se intercambian una dulce mirada de confianza. Salta a la vista que es un padre entregado. De los que matan monstruos y meten a sus hijos en la cama.

—Mañana iremos a BI-LO a compra una linterna. ¿Te parece bien?

Me fijo en que no dice: «Mamá te llevará mañana a comprar una linterna». También en que no le dice al pobre niño que ya es mayor ni lo manda de vuelta a la cama. En lugar de eso, se lo coloca contra su hombro y apoya una mano en la mesa señalando los documentos que estoy tapando con la mano.

Jonah se mete un pulgar en la boca y se acurruca contra el pecho de su padre.

Miro los papeles, sorprendida por el hecho de haberme olvidado de ellos por un momento.

La primera hoja es una fotocopia borrosa de algún tipo de formulario oficial. *Hoja de historial*, dice el encabezamiento en letras negritas. Abajo hay un número de expediente: 7501. *Edad: recién nacido. Sexo: varón.* El nombre del bebé que figura es *Shad Arthur Foss, religión: desconocida.* En la esquina del formulario hay estampada una fecha de octubre de 1939 y al parecer se cumplimentó en un hospital de Memphis, Tennessee. *Nombre de la madre: Mary Anne Anthony. Nombre del padre: B. A. Foss.* En la dirección de ambos padres dice: *indigentes, campamento del río.* Tanto el padre como la madre tenían menos de treinta años cuando nació el niño.

La funcionaria responsable del formulario, la señorita Eugenia Carter, expone en pocas palabras la situación del niño en apartados que recuerdan un

informe clínico: *Motivo de entrega a la Asociación H. I. T.: Nacido fuera del matrimonio – imposibilidad de manutención. Forma de entrega: Renuncia de patria potestad firmada por el padre y la madre en el momento del nacimiento.*

—No reconozco estos nombres —murmuro separando estas hojas del resto y dejándolas con cuidado en la mesa. De acuerdo, tenemos muchos parientes, pero nunca he visto un Foss ni un Anthony en una invitación de boda ni los he conocido en un funeral—. No sé qué relación puede tener nada de esto con mi abuela. Supongo que es más o menos del año en que nació. —La edad de la abuela Judy cambia cada vez que se la preguntan. Nunca admite nada y además le parece una pregunta poco elegante—. ¿Puede ser Shad Arthur Foss alguien a quien conociera después, en la escuela? ¿Es posible que estuviera ayudando a un amigo a rastrear información?

La siguiente página es una copia del expediente del niño Foss.

FECHA DE NACIMIENTO: 1 de septiembre de 1939

PESO AL NACER: prematuro – 1,8 kg

PESO ACTUAL: 3,1 kg

NIÑO: El niño nació prematuro, con solo un kilo ochocientos gramos de peso. Se ha desarrollado con normalidad en todos los aspectos. Kahn negativo. Wasserman y frotis de la madre negativos. Sin enfermedades ni vacunaciones infantiles.

MADRE: 28 años de edad, nacida en Estados Unidos, de origen polaco-holandés. Estudios medios, ojos azules, pelo rubio, altura aproximada 1,70 m. Peso: 52 kg. De religión protestante. Considerada muy atractiva e inteligente.

PADRE: 29 años de edad, nacido en Estados Unidos, de origen escocés-irlandés y cajún-francés. Estudios medios, ojos castaños, pelo negro, 1,80 m aproximadamente de estatura. Unos 80 kg de peso. Sin afiliación religiosa.

No existen enfermedades hereditarias por parte de ninguna de las dos familias, y a pesar de los deslices extramaritales de estos jóvenes individuos, tanto la familia materna como la paterna son trabajadoras y respetadas en sus comunidades respectivas. Ninguna está interesada en hacerse cargo de la custodia del niño.

Le paso el segundo documento a Trent, que está leyendo el primero. La tercera hoja dice:

Padres o Tutores
CEDEN LA PATRIA POTESTAD
A la Asociación de Hogares Infantiles de Tennessee

NUESTRO LEMA ES: AYUDA A UN NIÑO
A ENCONTRAR UNA FAMILIA

La triste historia del niño Shad está contada de nuevo en letras mal mecanografiadas sobre fondo rayado al lado de preguntas del tipo: *¿Saludable? ¿Robusto? ¿Deforme? ¿Lisiado? ¿Hernias? ¿Retraso mental? ¿Apto para la adopción?*

El niño Shad es firmado, sellado, testificado y despachado. Lo transfieren a la casa de acogida de Memphis para su observación y adopción.

—No tengo ni idea de qué significa todo esto. —Pero sí sé que es imposible que mi abuela viniera varias veces a Edisto a reunirse con Trent Turner I si no se tratara de algo importante. También me cuesta creer que llegara tan lejos para ayudar a un amigo. Tenía algún tipo de interés personal en esto—. ¿Hay más paquetes? ¿Dejó tu abuelo algo más?

Trent aparta la mirada como si estuviera intentando decidir si contármelo o no, luchando otra vez con su conciencia. Por fin dice:

—Solo más sobres con nombres escritos, igual que este. Mi abuelo consiguió entregar la mayoría de los documentos a sus dueños antes de morir. Los paquetes que quedaron suponía que pertenecían a personas que habían muerto sin que él lo supiera. —Hace una pausa para cambiar de postura a Jonah, que se está quedando dormido apoyado en su hombro—. Hubo casos que guardó durante cincuenta o sesenta años, desde que empezó las investigaciones. Lo que no sé es cómo decidía cuáles aceptar. Nunca se lo pregunté. Tengo un vago recuerdo de clientes que venían a verlo con fotografías y que se sentaban en la mesa que hay fuera de la casa a llorar y hablar, pero no era muy a menudo. Casi todo el trabajo lo hacía en la oficina de Charleston. La única razón de que yo lo viera es que venía a Edisto cada vez que tenía ocasión. De vez en cuando se reunía aquí con personas, supongo que para tener más intimidad. Tengo la sensación de que a veces trataba con clientes de perfil alto. —Me mira con expresión cómplice y sé que me está incluyendo en esa categoría. De pronto me pica la piel y me retuerzo debajo de la camiseta.

—Sigo sin entender qué tiene que ver esto con mi abuela. ¿Hay algo en los papeles de tu abuelo que tenga que ver con una mujer llamada May Crandall? ¿O quizá con alguien llamada Fern... o Queenie? Creo que es posible que fueran amigas de mi abuela.

Apoya la barbilla en la cabeza rubia de Jonah.

—No me suenan esos nombres, pero, como ya te he dicho, cuando mi

abuelo murió, no leí ninguno de esos documentos. Cerré su despacho con llave y no he vuelto a entrar desde entonces. —Señala con un gesto del hombro una cabaña diminuta iluminada por el resplandor de una farola del jardín—. Me hice cargo de los sobres, como me pidió, y nada más. Lo que haya quedado allí supongo que no lo consideró importante. Respetaba mucho la intimidad de estas personas, después de lo mucho que sufrió él cuando se enteró de la verdad sobre sus padres. Nunca quiso ser responsable de alterar el pasado de alguien de esa manera. A no ser que solicitaran la información.

—Entonces, ¿eso significa que fue mi abuela quien acudió a él?

—Basándome en lo que sé del trabajo de mi abuelo, sí. —Se acaricia el labio inferior pensativo. Cuando quiero darme cuenta, lo estoy mirando fijamente casi sin escuchar lo que me dice—. Si alguien hubiera estado buscando a tu abuela, por ejemplo, un familiar desaparecido, mi abuelo le habría dado los documentos y cerrado el expediente una vez que la hubiera localizado. Siempre dejaba a sus clientes la decisión última sobre si ponerse o no en contacto. El hecho de que no cerrara este caso y que lo dejara marcado con el nombre «Judy Stafford» quiere decir que tu abuela estaba buscando a alguien..., alguien a quien no consiguió localizar.

Mis pensamientos van a toda velocidad, a pesar de la hora que es.

—¿Podría ver el resto? —Sé que es muy atrevido pedir esto ahora, pero me da miedo que Trent cambie de idea si tiene tiempo de pensárselo. Es una lección que he aprendido de mi experiencia en los juicios. Si quieres que tu testigo cambie de idea, pide un receso. De lo contrario, sigue derecha hacia donde quieres llegar.

—Créeme, no es un sitio para ir de noche. El edificio es una antigua cabaña de esclavos que se trajo a la propiedad, así que no está muy bien aislado. Puede haber cualquier cosa dentro.

—He crecido rodeada de establos. No tengo miedo de casi nada.

Tuerce la boca y le sale un hoyuelo.

—¿Por qué será que no me sorprende? —Se cambia de hombro a Jonah otra vez—. Déjame que lo acueste.

Nuestros ojos se encuentran y por un instante... nos miramos. Quizá es la luz tenue de las lámparas retro o el silencio íntimo de la casa, pero siento algo que no quiero sentir. Me recorre, lánguido y cálido, visible como el charco que deja la marea una tarde de verano cuando el aire ha refrescado.

Metó un dedo del pie en el agua, río para mis adentros, noto que me

ruborizo, bajo la vista y luego vuelvo a mirar a Trent de reojo. La otra comisura de la boca se le tuerce en una sonrisa y una extraña sensación me recorre entera. Es como un relámpago sobre el agua, algo impredecible y peligroso.

Por un instante me aturde y me olvido de dónde estoy y de a qué he venido.

Entonces Jonah separa la cabeza del hombro de su padre y se rompe el hechizo. Me despierto igual que un paciente recién salido de la anestesia. Tengo la cabeza perdida. Tardo un momento en pensar con claridad y entonces aparto la mirada. En algún instante del proceso me miro el dedo anular, en el que ahora mismo no llevo el anillo de compromiso porque, antes de que la noche tomara este rumbo tan inesperado, me lo quité para no mancharlo de crema después de ducharme.

¿Qué es esto? Nunca en la vida me había pasado algo así. Jamás he tenido lapsus mentales. No me dejo seducir con facilidad por las personas, no me comporto de forma inapropiada con desconocidos. La tremenda importancia de no hacer esas cosas me ha sido inculcada desde que nací y la Facultad de Derecho ha sido un buen refuerzo en ese sentido.

—Tengo que irme. —Como si me hubiera oído, en ese momento me vibra el móvil en el bolsillo, la irrupción del mundo real. Mi silla rechina cuando la empujo. El sonido parece detener inesperadamente a Trent. ¿De verdad iba a dejarme entrar en el taller esta noche? ¿O estaba pensando en algo... más íntimo?

Ignoro el teléfono y le doy las gracias por darme el sobre y a continuación añado:

—¿Nos podríamos ver mañana? —*En la clara luz del día*—. Para mirar si queda algo más. —Haga lo que haga, me estoy arriesgando. Para mañana es posible que Trent haya cambiado de opinión. Pero aquí, esta noche, los riesgos son de otra clase—. Ya te he dado bastante la lata. Ha sido de muy mala educación llamar tan tarde. Perdóname... Es que estaba desesperada... por descifrar todo esto.

Suprime un bostezo y se obliga a abrir los ojos.

—No pasa nada. Soy noctámbulo.

—Ya lo veo —bromeo y se ríe.

—Mañana. —Pronuncia la palabra como si fuera una promesa—. Tendrá que ser después del trabajo. Tengo un día muy ocupado. A ver si la tía Lou se

puede quedar con Jonah un par de horas más.

Que se comprometa me alivia. Espero que se sienta igual después de pensar en todo esto.

—Entonces te veo mañana por la noche. Ya me dirás a qué hora. Ah, y no dejes a Jonah con su tía por mí. Tengo sobrinos trillizos de dos años. Me encantan los niños pequeños. —Recojo los papeles de la abuela Judy y la linterna, doy un paso en dirección a la puerta y entonces me paro y busco un lápiz y algo donde escribir—. Debería darte mi número de teléfono.

—Lo tengo. —Hace una mueca—. En el móvil..., como unas doscientas veces. —Debería resultar violento, pero en lugar de eso nos reímos. Se vuelve hacia el pasillo—. Déjame que acueste a Jonah y te acompañe a la playa y espero a que llegues a tu casa.

Mi cabeza dice no, pero tengo que obligarme a pronunciar las palabras:

—No hace falta, conozco el camino.

Al otro lado de la ventana, la noche está iluminada por el resplandor de la luna, el mar reluce entre las palmeras que rodean el jardín trasero de la casa. Las rosas y el jazmín se mecen en la brisa marina. Es la combinación perfecta. De las que solo son posibles en esta costa.

Trent me mira.

—Es muy de noche. Déjame por lo menos que sea un caballero.

Espero a que acueste a Jonah; después cruzamos el porche trasero juntos y bajamos los escalones. La brisa que llega del mar me atrapa el pelo y me lo revuelve, me acaricia la piel y se me cuele por la camiseta. Al llegar al final de las escaleras, miro la pequeña cabaña de esclavos, examino las viejas ventanas con marcos de madera, seis en total, que dan al porche delantero. ¿Habrá respuestas ocultas detrás del vidrio turbio por la sal?

—Es de alrededor de 1850. —Trent parece estar buscando temas de conversación. Quizá los dos notamos la presión de una situación que parece pedir algo más que una conversación intrascendente—. Mi abuelo la trajo cuando compró la propiedad. Al principio la usaba de despacho. Este solar fue su primera operación inmobiliaria. Compró el terreno adyacente a la casa Myers y lo dividió para hacer esta casa y las dos que hay en medio.

Otro vínculo entre Trent Turner I y mi abuela. Es evidente que se trataron durante muchos años. ¿Lo reclutaría ella para que la ayudara a buscar a alguien porque sabía que se ocupaba de esas cosas? ¿O fueron sus investigaciones las que lo condujeron hasta mi abuela? ¿Le sugirió ella que

comprara el terreno contiguo a la casa? ¿Es el Trent Turner actual realmente tan ajeno a estos vínculos como yo? ¿Ha llevado una generación de nuestras familias unas vidas inextricablemente ligadas que después han ocultado, por alguna razón, a la generación siguiente?

Las preguntas se ensartan unas con otras en mi cabeza cuando nos detenemos en el sendero de la playa, donde las uniolas brillan como filamentos de fibra de vidrio a la luz de la luna.

—Bonita noche —dice.

—Sí.

—Cuidado. Está subiendo la marea. Te vas a mojar los pies. —Hace un gesto con la cabeza en dirección al mar y no puedo evitar mirar. Un camino de olas relucientes conduce a la luna y una alfombra de estrellas centellea radiante en el cielo. ¿Cuánto tiempo hace que no me siento en la oscuridad a disfrutar de una noche así? Estoy hambrienta de agua, de cielo y de días que no estén divididos en recuadros de una agenda.

¿Se sentiría así mi abuela? ¿Es esa la razón de que viniera aquí tan a menudo?

—Gracias otra vez... por dejarme interrumpir tu velada. —Retrocedo y piso la arena. Algo me pasa corriendo al lado del pie y grito.

—Será mejor que enciendas la linterna.

Lo último que veo antes de rodearme de una esfera de luz artificial es a Trent sonriéndome.

Me doy la vuelta y me alejo, consciente de que me está mirando.

Me vuelve a vibrar el móvil y cuando me lo saco del bolsillo es como abrir una puerta a otro mundo. Cruzo el umbral enseguida. Necesito algo familiar y seguro en lo que centrarme después de ese momento tan extraño en la playa con Trent.

Pero ¿Abby? ¿Desde la oficina de Baltimore? ¿Por qué me llama de madrugada?

Cuando contesto, está sin aliento.

—Avery, por fin te localizo. ¿Estás bien? Me ha llegado un e-mail rarísimo tuyo hace un rato.

Me río.

—Ay, Abby, perdona. La idea era enviármelo a mí misma.

—¿Tienes que recordarte a ti misma dónde vas? ¿Así es como te sienta la vida de niña rica en Carolina del Sur?

Abby es una chica de Washington D. C. sin pájaros en la cabeza, una trabajadora nata que pasó de vivir en una casa de protección oficial a estudiar en la Facultad de Derecho. También es una excelente fiscal. Echo de menos comer con ella e intercambiar ideas sobre los casos que llevamos.

Si hay alguien a quien pueda confiar la información sobre la abuela Judy es Abby, pero es más seguro hablar de cómo va todo en la oficina, así que eso hago.

—Es una larga historia. ¿Qué haces despierta a esta hora?

—Trabajar. Mañana tenemos presentación de pruebas documentales. Blanqueo de dinero y fraude cibernético. Un caso gordo. Han contratado a Bracken y Thompson.

—Vaya... Artillería pesada. —La conversación sobre leyes me devuelve enseguida a Baltimore. Lo que fuera esa tontería que se apoderó de mí en casa de Trent se eclipsa y me alegro, porque así es como debe ser—. Cuéntame cómo está la cosa.

Mis sentidos se agudizan de una manera que no tiene nada que ver con la noche o con el hecho de que al volver la cabeza haya visto a Trent, que sigue mirándome.

Abby empieza a contarme los detalles de la investigación y me concentro. Una cosa sí es innegable.

Echo de menos mi vida de antes.

16

Rill

Arriba todo el mundo! ¡Parece que por fin ha salido el sol! —dice la señorita Dodd mientras abre con llave la habitación del sótano. La señorita Dodd es nueva aquí, lleva dos días. Es más joven que las demás y también más simpática. Si consigo pillarla a solas, voy a preguntarle por Camellia. Nadie quiere decirme dónde está mi hermana. La señora Pulnik me dijo que cerrara la boca y dejara de molestar a las empleadas.

Danny Boy asegura que Camellia está muerta. Dice que se despertó y oyó a la señora Murphy contarle a Riggs que Camellia murió después de que la metieran en el armario y le dio instrucciones sobre lo que hacer con ella. Danny Boy dice que Riggs llevó su cuerpo a la camioneta para tirarlo en el pantano. Que lo vio todo con sus propios ojos. Asegura que mi hermana está muerta y que adiós muy buenas.

No me creo una sola palabra de lo que dice Danny Boy. Es la persona más odiosa del mundo.

La señorita Dodd me contará la verdad.

Ahora mismo está preocupada por lo mal que huele en la habitación. Cuando llueve, hay moho y goteras y encima Fern lleva mojando la cama desde que se llevaron a Camellia y a Gabion. Le digo que no lo haga, pero no sirve de nada.

—¡Madre mía, qué olor! —La señorita Dodd nos mira preocupada—. Este no es sitio para que duerman unos niños.

Me acerco a ella desde el catre mojado. Lo he tapado con mantas porque no se me ocurre otra manera de esconderlo.

—Se..., se me ha volcado el orinal.

Mira al rincón. Debajo del orinal, el cemento está seco.

—¿Ha tenido alguno un accidente en la cama?

Se me llenan los ojos de lágrimas y Lark se refugia en un rincón llevándose a Fern con ella. Agarro a la señorita Dodd del delantal al tiempo que agacho la cabeza porque estoy esperando una bofetada. Aun así, tengo que evitar que suba a contárselo a la señora Pulnik.

—No se lo diga a nadie.

Las pestañas de la señorita Dodd aletean sobre sus amables ojos gris verdoso.

—¿Y por qué no, por san Francisco de Asís? Lo limpiamos y ya está.

—Castigarán a Fern.

Supongo que la señorita Dodd no sabe todavía lo que les pasa a los niños que mojan la cama.

—Por el amor del cielo, pues claro que no.

—Por favor. —El pánico me inunda como una marea que sube—. Por favor, no lo diga.

No puedo perder a Fern y a Lark. No estoy segura de lo que le ha pasado a Camellia, y después de cuatro días imagino que las personas que se llevaron a Gabby no lo van a devolver. He perdido a mi hermano. Camellia ha desaparecido. Lark y Fern son todo lo que tengo.

La señorita Dodd me coge la cara con las manos y me abraza con mucha amabilidad.

—Chsss, tranquila. Yo me ocupo. No te preocupes, tesoro. Será nuestro secreto.

Lloro más fuerte. Nadie me ha abrazado así desde Queenie.

—Y ahora, a tranquilizarse todos. —La señorita Dodd mira a su alrededor nerviosa—. Será mejor que subamos antes de que vengan a buscarnos.

Asiento con la cabeza y digo entre lágrimas:

—Sí, señora.

Meter en un lío a la señorita Dodd sería lo peor que podría hacer. La oí contarle a la cocinera que su padre murió el año pasado, que su madre está enferma de hidropesía y que tiene cuatro hermanos pequeños viviendo en una granja en el condado de Shelby, en el norte. La señorita Dodd vino a Memphis andando y con quien se ofreciera a llevarla para encontrar trabajo y así poder mandarles dinero.

La señorita Dodd necesita este trabajo.

Nosotros necesitamos a la señorita Dodd.

Cojo a Lark y a Fern y salimos por la puerta delante de la señorita Dodd. Riggs anda cerca de la caldera, husmeando igual que un perro en una cocina. Como siempre, mantengo la cabeza baja y lo miro por el rabillo del ojo.

—Señor Riggs —dice la señorita Dodd antes de que llegemos a la escalera—, ¿me haría usted un favor? No hace falta que se lo cuente a nadie.

—Sí, señora.

Antes de que me dé tiempo a detenerla, le pregunta:

—¿Podría mezclar un poco de agua y lejía y limpiar el catre que está junto a la puerta? Cuando termine déjeme el cubo, que luego ya limpiaré yo el resto.

—Sí, señora, claro que sí. —Los dientes torcidos le asoman al sonreír, largos y amarillos como los de un castor—. Creo que estas niñas se irán pronto al piso de arriba. —Nos saluda con el asa de la pala.

—Cuanto antes mejor. —La señorita Dodd no sabe lo equivocada que está. Una vez arriba, no habrá puertas cerradas con llave entre nosotras y Riggs—. Ningún niño debería dormir en una habitación del sótano.

—No, señora.

—Y si hubiera un incendio, quedarían atrapados.

—Si hubiera un incendio, yo echaría la puerta abajo. No lo dude.

—Es usted un buen hombre, señor Riggs.

La señorita Dodd no sabe la verdad sobre Riggs. No la sabe.

—Gr-gracias, señora.

—Y no le cuente a nadie lo de limpiar la cama —le recuerda—. Será nuestro secreto.

Riggs se limita a sonreír y a mirarnos, con los ojos blancos alrededor de las comisuras y más desquiciados que un oso en invierno. Si te encuentras a un oso en invierno, más te vale tener cuidado. Está hambriento y busca algo con que saciar esa hambre. Le dará igual qué.

La mirada de Riggs me persigue durante el desayuno e incluso más tarde ese día, cuando el jardín está por fin lo bastante seco para que salgamos a jugar. Al cruzar el porche, miro hacia el rincón, pienso en Camellia y me pregunto: *¿Estaría Danny Boy diciendo la verdad? ¿Es posible que mi hermana esté muerta?*

Sería mi culpa. Soy la mayor. Se suponía que tenía que cuidar de todos.

Fue lo último que me dijo Briny antes de irse corriendo al otro lado del río. *Cuida de los pequeños, Rill. Cuida de todos hasta que volvamos.*

Incluso el nombre me suena raro ya. Todo el mundo me llama May. Quizá Rill sigue en algún lugar del río con Camellia y Lark y Fern y Gabion. Quizá están flotando en las perezosas y suaves corrientes de verano, viendo barcos y barcasas pasar y azores de Cooper sobrevolar el agua en amplios y lentos círculos en busca de peces que cazar.

Quizá Rill es solo una historia que he leído, como la de Huck Finn y Jim. Quizá ni siquiera soy Rill y nunca lo fui.

Me vuelvo, bajo corriendo las escaleras y cruzo el jardín con el vestido pegado alrededor de las piernas. Extiendo los brazos, echo la cabeza atrás para crear mi propia brisa y durante un minuto recupero a Rill, soy de nuevo ella. Estoy en el *Arcadia*, nuestro trocito de cielo.

No me paro al llegar a la verja donde tienen su túnel los chicos mayores. Están ocupados metiéndose con dos niños nuevos que llegaron ayer mientras llovía. Hermanos, creo. En cualquier caso, me da igual. Si Danny Boy tratara de detenerme, le daría un puñetazo y lo tumbaría, igual que haría Camellia. Lo tiraría al suelo de espaldas justo al lado de la valla y lo usaría para trepar por ella y escapar.

No dejaría de correr hasta llegar a la orilla del río.

Rodeo el viejo retrete corriendo lo más deprisa que puedo y salto hacia los barrotes de hierro intentando subir lo bastante para llegar al otro lado, pero no puedo. Solo consigo trepar unos centímetros antes de resbalar y golpearme contra el suelo. Me agarro de los barrotes y grito y aúllo igual que una criatura salvaje encerrada en una jaula.

Así sigo hasta que los barrotes resbalan por el sudor y las lágrimas y están manchados de sangre. Los barrotes no ceden tampoco ante eso. No se mueven. Siguen donde estaban mientras yo me dejo caer al suelo y me abandono al llanto.

De algún lugar fuera de mis propios sonidos oigo decir a Danny Boy:

—La chica guapa ha perdido un tornillo.

Oigo a Fern y a Stevie llorar y a Fern llamándome y a los chicos mayores metiéndose con ellos y empujándolos cada vez que quieren llegar a la puerta. Tengo que ir. Tengo que ayudarlos, pero, más que nada, lo que quiero es desaparecer. Quiero estar sola en un sitio donde nadie me encuentre. Donde no me puedan quitar a las personas que quiero.

Danny Boy le retuerce el brazo a Stevie detrás de la espalda y lo obliga a decir «me rindo». Luego sigue hasta que el grito de Stevie es como un puñal en mi vientre. Se me clava justo en el lugar que quiero tener duro como una piedra. Igual que la espada de Arturo, el grito de Stevie me atraviesa.

Antes de darme cuenta de lo que hago, he cruzado el cementerio y tengo a Danny Boy sujeto por los pelos.

—¡Suéltalo! —Tiro con fuerza y le doblo la cabeza hacia atrás—. Suéltalo y no vuelvas a ponerle un dedo encima o te rompo el pescuezo igual que a un pollo. Te lo digo en serio. —Sin Camellia aquí para pelearse por todos, de pronto me he transformado en ella—. Te partiré el pescuezo y te tiraré al pantano.

Uno de los otros chicos suelta a Fern y retrocede. Me mira con los ojos muy abiertos. Entiendo por qué. Tengo el pelo erizado y apuntando en todas las direcciones. Parezco la Medusa de las fábulas griegas.

—¡Pelea! ¡Pelea! —gritan los niños y vienen corriendo a mirar.

Danny Boy suelta a Stevie. No quiere que le peguen delante de todo el mundo. Stevie cae de cara al suelo y se levanta con la boca llena de tierra. Escupe y llora y yo empujo a Danny Boy y cojo a Stevie y a Fern de la mano. Ya estamos en la colina cuando me doy cuenta de que nos falta alguien.

El corazón me da un vuelco.

—¿Dónde está Lark?

Fern se lleva un puño a la boca como si temiera que la vaya a regañar. Tal vez me tiene miedo después de verme como me ha visto.

—¿Queréis responder? ¿Dónde está Lark?

—*Ñora*. —Stevie balbucea la primera palabra que le oigo decir desde que llegamos aquí—. *Ñora*.

Me arrodillo en la hierba húmeda y los miro a los dos a la cara.

—¿Qué señora? ¿Qué señora, Fern?

—Una señora la cogió en el porche —susurra Fern con la mano todavía en la boca. Tiene lágrimas en los ojos—. Así. —Coge a Stevie del brazo y tira de él, arrastrándolo unos cuantos pasos. Stevie asiente para decirme que también él lo ha visto.

—¿Una señora? ¿No era Riggs? ¿No se la ha llevado Riggs?

Ambos niegan con la cabeza.

—*Ñora* —repite Stevie.

Sigo aturdida de lágrimas secas y restos de odio. ¿Se habrá metido Lark en

un lío? ¿Estará enferma? No puede ser. Cuando bajamos a desayunar estaba como siempre. No se llevan a los niños a la enfermería a no ser que tengan fiebre o estén vomitando.

Mando a Stevie y a Fern a los columpios.

—Id allí, al balancín, y no os bajéis pase lo que pase hasta que vaya yo a buscaros o suene la campana. ¿Entendido?

Los dos parecen muertos de miedo, pero asienten con la cabeza y se dan la mano. Me aseguro de que llegan al balancín y me dirijo a la casa. Cuando paso junto a la puerta, le hago saber a Danny Boy que, si los molesta, tendrá que vérselas conmigo.

El valor me flaquea mientras cruzo el jardín. No le quito ojo a la casa con la esperanza de ver a la señorita Dodd. Cuando subo al porche de puntillas y voy al cuarto de lavar, el corazón me late tan fuerte que me martillea los oídos. Dependiendo de quién me vea allí, puedo meterme en un buen lío. Alguien puede pensar que quiero robar comida.

Las mujeres de color están lavando y escurriendo ropa cuando paso. ¿Saben qué le ha pasado a Lark? ¿Me lo dirían si así fuera? Por lo general, cuando nos cruzamos, hacemos como si no nos conviniera vernos.

No me miran, así que no pregunto. En la cocina no hay nadie y la cruzo corriendo para que no me pillen allí.

La puerta batiente rechina un poco cuando asomo la cabeza en el vestíbulo delantero de la señora Murphy. Casi no me da tiempo a ocultarme cuando oigo su voz y veo la puerta de su despacho abierta.

—Creo que les va a encantar. —La señorita Tann también está en la habitación. Su voz suena empalagosa, así que sé que está hablando con alguien más aparte de la señora Murphy—. Es perfecta en todos los sentidos. Su madre incluso llegó a ir a la universidad antes de la Depresión. Una joven muy inteligente y con fama de hermosa. Claramente su hija ha salido a ella. Esta pequeña es igualita que Shirley Temple y ni siquiera necesita una permanente. Es un poco callada, pero se porta bien y tiene buenos modales. No les dará ninguna guerra en público, que sé que es algo muy importante, dada su profesión. Me habría gustado que nos hubiesen permitido llevársela a casa. Que los padres vengan a los hogares infantiles no es el procedimiento habitual.

—Le agradezco que hayan hecho una excepción. —La voz del hombre es profunda. Suena a capitán del ejército—. Nos resulta complicado ir a ningún

sitio sin que nos reconozcan.

—Lo comprendemos muy bien. —Nunca he oído a la señora Murphy hablar con tanta amabilidad—. Es un honor que nos visiten. ¡Aquí en mi propia casa!

—Han elegido a uno de los mejores niños que tenemos. —La señorita Tann se acerca a la puerta—. ¿Y te vas a portar muy bien, verdad que sí, Bonnie? Harás todo lo que te digan tu mamá y tu papá nuevos. Eres una niña muy afortunada. Y vas a dar las gracias por ello, ¿verdad?

Bonnie es el nuevo nombre de Lark.

Intento oír si Lark contesta, pero no consigo saberlo.

—Así que supongo que tenemos que dejarte marchar, aunque te echaremos mucho de menos —añade la señorita Tann.

Un hombre y una mujer salen al vestíbulo llevando a Lark con ellos. El hombre es apuesto, como un príncipe de cuento. La mujer es hermosa, con un peinado elegante y los labios pintados de un color bonito. Lark lleva un vestido blanco de volantes. Parece una bailarina en miniatura.

El aire se me espesa en la garganta. Abro de par en par la puerta de la cocina. *Tienes que detenerlos, me digo. Tienes que explicarles que Lark es tuya y que no se la pueden quedar.*

Una mano me coge del brazo y tira de mí y la puerta se cierra de golpe. Doy un traspiés y me tambaleo mientras alguien me lleva a rastras cruzando la cocina y el lavadero hasta el porche. Ni siquiera sé quién es hasta que la señorita Dodd me hace girarme y me ayuda a enderezarme sujetándome por los hombros.

—¡No deberías estar aquí, May! —Tiene los ojos muy abiertos y está pálida. Parece casi tan asustada como lo estoy yo—. Conoces las reglas. Si molestas a la señora Murphy y a la señorita Tann te castigarán a base de bien.

La bola que tengo en la garganta se rompe como un huevo de gallina recién puesto. Gotea, pegajosa, caliente y espesa.

—M-mi hermana...

La señorita Dodd me coge la cara.

—Ya lo sé, cariño, pero tienes que pensar en lo que es mejor para ella. Va a tener unos padres que son estrellas de cine. —Toma aliento como si acabara de ganar un premio en la feria de carnaval—. Ya sé que estarás triste un tiempo, pero es lo mejor que le podía pasar. Va a tener unos papás y un hogar nuevo. Una vida nueva.

—¡Tenemos madre y padre!

—Chsss. A callar. —La señorita Dodd empieza a tirar de mí por el porche, a alejarme de la puerta. Intento soltarme, pero no me deja—. Calla. Deja ya de protestar. Ya sé que te gustaría que tus padres vinieran a buscaros, pero no pueden. Os cedieron a la Asociación de Hogares Infantiles de Tennessee. Ahora sois huérfanos.

—¡No lo somos! —protesto. No lo puedo evitar. La verdad me sale a borbotones, le cuento todo sobre el *Arcadia* y Queenie y Briny y mis hermanos. Hablo de Camellia y el armario, y de las distintas versiones de las empleadas sobre lo que le ha pasado y lo de Danny Boy diciéndome que la habían tirado al pantano.

La señorita Dodd abre la boca y así se queda. Me tiene sujeta por los hombros tan fuerte que la piel se me irrita y me escuece.

—¿Me estás diciendo la verdad? —me pregunta cuando me quedo sin nada que decir.

Cierro con fuerza los ojos, asiento con la cabeza y trago lágrimas y mocos.

—Chsss —susurra y me abraza fuerte—. No digas nada más ahora. A nadie. Ve con los otros niños. Pórtate bien y estate tranquila. Voy a ver de qué puedo enterarme.

Cuando me suelta, le cojo la mano.

—No se lo diga a la señora Murphy. Me quitará a Fern. Fern es lo único que me queda.

—No se lo diré. Tampoco te voy a abandonar. Me enteraré de lo que le ha pasado a tu hermana. A Dios pongo por testigo de que vamos a solucionar esto, pero tienes que ser muy fuerte. —Me mira a los ojos y hay fuego en su mirada. El fuego es un consuelo, pero sé lo que acabo de pedirle que haga. Si la señora Murphy puede hacer desaparecer a Camellia, puede hacer lo mismo con la señorita Dodd.

—¡N-no deje que la cojan, señorita Dodd!

—Soy más inteligente de lo que la gente cree. —Me empuja hacia el jardín y de pronto tenemos una amiga aquí. Por fin alguien nos escucha.

Esa noche Fern llora y se queja sin parar preguntando por Lark. Incluso pruebo a leerle un poco el libro, pero no se calla y al final no lo puedo soportar. La cojo, le estrujo los brazos con fuerza, la levanto y pego mi cara a la suya.

—¡Ya está bien! —Mi voz resuena en la diminuta habitación—. ¡Ya está

bien, niña estúpida! ¡Lark se ha ido! ¡No es culpa mía! Como no pares, te vas a ganar una azotaina.

Alzo la mano y, hasta que mi hermana no pestañea varias veces, no me doy cuenta de lo que estoy haciendo.

La dejo en la cama y le doy la espalda y me tiro del pelo hasta que me duele. Me lo quiero arrancar todo. Hasta el último cabello. Quiero sentir un dolor que pueda entender en lugar de uno que no. Quiero un dolor que tenga un principio y un final, no uno interminable que te llega hasta el tuétano.

Este dolor me está convirtiendo en una niña a la que ni siquiera conozco.

Me está convirtiendo en una de ellas. En una de las personas que trabajan aquí. Lo veo en la cara de mi hermana. Eso es lo que más me duele.

Me dejo caer en el catre que la señorita Dodd consiguió que nos limpiaran. Ahora huele a lejía. De debajo de la sucia almohada salen tres pastillas de menta y las tiro al orinal.

Fern viene a sentarse a mi lado y me da palmaditas en la espalda, como haría una madre para tranquilizar a un niño pequeño. Este día, este lugar y todo lo que ha ocurrido aquí me pasa por la cabeza. Lo veo como si fuera una película, de esas que vemos por cinco centavos cuando el carnaval llega a las ciudades a orilla del río y enfocan un proyector a la pared de una casa o un granero. Pero la película que tengo en la cabeza es entrecortada y borrosa y pasa demasiado rápido.

Por fin me hundo aún más y todo se vuelve oscuro y silencioso.

Me despierto en plena noche y Fern está acurrucada a mi lado. Una manta nos tapa a las dos. Está retorcida y sin desdoblar bien, así que sé que la ha puesto Fern.

Entonces la abrazo y sueño con el *Arcadia* y es un buen sueño. Estamos todos juntos otra vez y hace tan buen día que sabe como las gotas de sirope de una mata de madreSelva. Saco la lengua y lo saboreo una y otra vez.

Me pierdo en el olor a humo de leña y bruma de la mañana, tan espesa que tapa la orilla opuesta y convierte el río en un mar. Corro por los bancos de arena con mis hermanas y me escondo entre la hierba y espero a que me encuentren. Sus voces serpentean atenuadas entre la niebla, así que no puedo saber a qué distancia están.

A bordo del *Arcadia*, Queenie canta una canción. Me quedo muy quieta en la hierba y escucho la voz de mi madre.

Cuando el mirlo en primavera
en el sauce
se meció, le oí cantar.
Cantaba Aura Lee.
Aura Lee, Aura Lee,
doncella de pelo dorado.
Contigo llega el sol...

Estoy tan absorta en la canción que ni siquiera oigo abrirse la puerta del sótano hasta que no gira el pomo. Me levanto de un salto y veo que ya es por la mañana. Hilillos de sol se cuelan entre las azaleas y entran oblicuos en la habitación.

En el rincón, Fern se está levantando del orinal y subiéndose las bragas. Después de anoche quizá está demasiado asustada para volver a mojar la cama.

—Buena chica —le susurro y me apresuro a hacer la cama.

—No hace falta. Hoy no vais a ninguna parte.

La voz desde la puerta no es la de la señorita Dodd, sino la de la señora Murphy. Me golpea como un látigo y me estremezco entera. Nunca había bajado aquí.

—¡Cómo te atreves! —Tensa la boca de manera que los pómulos sobresalen. El aire sale siseando por entre sus dientes torcidos. Da tres pasos y me coge del pelo—. ¿Cómo te atreves a usar mi hospitalidad, mi bondad, para contar mentiras sobre mí? ¿De verdad pensabas que esa palurda, esa inútil, te iba a ayudar? Por supuesto que es tan tonta como para creerse tus mentiras. Pero lo que has hecho le ha costado el empleo y la señorita Tann pronto estará recogiendo a los hermanitos y hermanitas Dodd. Los hemos denunciado a la Agencia del Bienestar del condado de Shelby y ya han empezado con el papeleo. ¿Es eso lo que querías? ¿Es eso lo que tenías en mente cuando le llenaste la cabeza de cuentos espeluznantes sobre el pobre señor Riggs? ¡Que es primo mío, nada menos! ¡Mi primo, que limpia la porquería que dejáis en el jardín vosotros, sanguijuelas, y os arregla los juguetes y cuida de la caldera para que sus queridos pequeñines no se acatarren en las noches frías! —Mira con una mueca de odio a Fern, que se ha pegado todo lo que puede al rincón.

—Yo... no...

¿Qué puedo hacer? ¿Dónde puedo ir? Podría intentar escapar y correr hacia

la puerta, pero tiene a Fern.

—No te molestes en negarlo. Debería darte vergüenza. ¡Vergüenza! Haber contado semejantes mentiras. Os he dado mucho más de lo que merecéis, escoria del río. Veremos qué tal estás cuando hayas pasado un tiempo a solas y reflexiones sobre lo equivocado de tu comportamiento. —Me empuja con fuerza y caigo de espaldas en el catre. Antes de que pueda levantarme, coge a Fern.

Mi hermana aúlla y trata de agarrarse a mí.

—¡No! —grito poniéndome de pie—. ¡Le está haciendo daño!

—Tienes suerte de que no le haga nada peor. Igual debería pagar ella por tus faltas. —La señora Murphy me da un empujón para apartarme de su camino—. Como me sigas dando problemas, lo haré.

Quiero pelear, pero me contengo. Sé que si lo hago solo perjudicaré a Fern.

—Pórtate bien —le digo a mi hermanita—. Sé buena chica.

Lo último que veo son sus pies deslizándose por la carbonilla mientras la señora Murphy la arrastra hacia la puerta. Gira la cerradura y oigo los gritos de Fern cada vez más lejos. Por fin desaparecen.

Me tiro en el catre y cojo la manta que conserva aún el calor de Fern y el mío y lloro hasta que no me queda una sola lágrima y lo único que puedo hacer es mirar al techo.

Espero todo el día, pero nadie viene a buscarme. Abro el ventanuco y oigo a los niños jugar fuera. El sol gana altura y luego empieza a marcharse hacia el oeste. Al cabo, suena la campana de la cena.

Pasado un rato, la madera del techo tiembla cuando todos suben a acostarse.

Tengo hambre y sed, pero sobre todo echo de menos a Fern. No la pondrán a dormir en otro sitio, ¿verdad? ¿Por lo que dije?

Pero sí lo hacen.

Cuando la casa está en silencio, vuelvo a tumbarme. El estómago me ruge y me duele como si tuviera una rata mordiéndome por dentro. Tengo la garganta como si alguien me la hubiera arañado hasta dejarla en carne viva.

Duermo y me despierto, duermo y me despierto.

Por la mañana viene la señora Pulnik y me trae un cubo con agua y un cazo.

—Bebe de poco en poco. Pasarás un tiempo sin *verr* a nadie. Estás con racionamiento.

Pasan tres días hasta que me traen comida. Tengo tanta hambre que he empezado a comerme las pastillas de menta que me mete Riggs por debajo de la puerta, aunque me odio por ello.

Un día se confunde con el siguiente y el siguiente y el siguiente. Llego al final de *Huckleberry Finn*, cuando Huck decide que prefiere huir a territorio indio antes que ser adoptado.

Cierro los ojos e imagino que también huyo a territorio indio. Tengo un caballo rojo grande y bonito, con calcetines blancos y un cordón en la testuz, como Tony el Caballo Maravilla y Tom Mix. Mi caballo es más rápido que nada y corremos, corremos sin parar.

Vuelvo a empezar el libro y estoy otra vez en Misuri, a orillas del gran río. Paso los días viajando en balsa con *Huckleberry Finn*.

De noche, cuando la brisa agita las ramas, miro por la ventana, buscando a Zede, a Silas o a Briny bajo la luz de la farola. En una ocasión en que hace viento los veo. Hay una mujer con ellos. Es demasiado robusta para ser Queenie. Creo que es la señorita Dodd.

Con la misma velocidad con la que aparecen, se van. Me pregunto si lo que me pasa es que me estoy volviendo loca.

Viene la señora Pulnik y me quita el libro y me dice que las señoras de la biblioteca ambulante han llamado la atención a la señora Murphy. Me llama ladrona y me abofetea con fuerza por no recordarle que tenía un libro de la biblioteca.

No sé muy bien cómo voy a sobrevivir sin *Huckleberry Finn*.

Me preocupa Fern y cómo estará, sola en el piso de arriba.

Pasan días y más días. Pierdo la cuenta de cuántos, pero pasa mucho tiempo hasta que por fin la señora Pulnik me saca de la habitación y me lleva al despacho de la señora Murphy. Huelo casi tan mal como el orinal y tengo el pelo anudado en un gran amasijo sucio. La luz del piso de arriba es tan fuerte que doy traspiés y me choco con cosas y tengo que avanzar a tientas.

La señora Murphy no es más que una sombra borrosa detrás de la mesa. Guiño los ojos para verla mejor y entonces me doy cuenta de que no es la señora Murphy. Es la señorita Tann. La señora Murphy está detrás de ella, junto a la ventana.

La señora Pulnik me da un empujón para que avance. Me fallan las piernas y caigo de rodillas. La señora Pulnik me agarra del vestido y del pelo para sujetarme.

La señorita Tann se levanta y se inclina sobre la mesa.

—Así es exactamente como debes estar. De rodillas y pidiendo perdón por todos los problemas que has causado. Por todas las mentiras que has contado sobre la pobre señora Murphy. Eres una niña mezquina y desagradecida, ¿no te parece?

—S-sí, señora —digo en un susurro. Estoy dispuesta a decir casi cualquier cosa con tal de salir de esa habitación.

La señora Murphy apoya los puños en las caderas.

—Contar esas mentiras sobre mi primo. Niña horrible y de mente calentú...

—Chsss. —La señorita Tann levanta una mano y la señora Murphy cierra la boca—. Creo que May sabe muy bien lo que ha hecho. Creo que solo quería llamar la atención. ¿Es eso lo que te pasa, May? ¿Quieres llamar la atención?

No sé qué decir, así que sigo arrodillada con el estómago encogido y el mentón tembloroso. La señora Pulnik me empuja para clavarme más en el suelo. El dolor me viene de las raíces del pelo y sube de las rodillas. Tengo lágrimas en los ojos, pero no las deajo salir.

—¡Contesta! —La voz de la señorita Tann llena la habitación como un trueno. Rodea la mesa cojeando y me mira agitando un dedo delante de mi cara. Sus ojos son del color azul grisáceo de una tormenta de invierno.

—S-sí, se... N-no, señora.

—¿En qué quedamos? ¿Sí o no?

Abro la boca, pero no sale nada.

Me coge la barbilla. Me obliga a estirar el cuello y se acerca. Huele a polvos de talco y a mal aliento.

—Ahora ya no estás tan parlanchina, ¿verdad? ¿Quizá es que te has dado cuenta de lo mal que te has portado?

Consigo asentir un poquito con la cabeza.

Se le curva la boca en una sonrisa y sus ojos brillan hambrientos, como si notara mi miedo y le gustara.

—Quizá deberías haberlo pensado antes de inventar una historia ridícula sobre tu hermana ficticia y el pobre señor Riggs.

Me late la sangre dentro de la cabeza. Intento encontrarle sentido a lo que dice, pero no puedo.

—Nunca ha existido ninguna Camellia... Tú y yo lo sabemos, ¿verdad, May? Cuando vinisteis erais solo cuatro. Dos hermanas pequeñas y un

hermanito. Solo cuatro. Y hasta el momento hemos hecho un maravilloso trabajo encontrándoles un hogar. Un buen hogar. Y por eso nos estás muy agradecida, ¿verdad? —Le hace un gesto a la señora Pulnik. Ya no tengo su peso en los hombros. La señorita Tann me tira de la barbilla hasta que estoy de pie delante de ella—. Se han acabado las tonterías, ¿entendido?

Digo que sí con la cabeza y me odio al mismo tiempo. Está mal. Todo lo que le conté a la señorita Dodd era cierto. Pero no puedo volver al sótano. Tengo que encontrar a Fern y asegurarme de que no le han hecho daño. Fern es todo lo que me queda.

—Bien. —La señorita Tann me suelta. Dobla una mano sobre la otra y gira sobre sus talones; la falda le revolotea alrededor de las rodillas.

La señora Murphy ríe bajito.

—Bueno, parece que estos pequeños palurdos tienen algo de seso dentro de la cabeza, después de todo.

Los labios de la señorita Tann se curvan hacia arriba, pero es una de esas sonrisas que te dan frío cuando las ves.

—Incluso los más rebeldes terminan aprendiendo. Es solo cuestión de encontrar la manera adecuada de enseñarles la lección. —Parpadea y me mira de arriba abajo antes de que el reloj de la repisa de la chimenea dé la hora y capte su atención—. Tengo que volver a mi trabajo.

Pasa a mi lado dejando su olor a talco en la habitación. Intento no olerlo, pero se me pega a la nariz.

La señora Murphy se sienta a su mesa y coge unos papeles como si se hubiera olvidado de que estoy ahí.

—A partir de ahora nos darás las gracias por nuestra hospitalidad.

—S-sí. ¿Puedo ver a Fern, señora Murphy? —Apenas me atrevo a preguntarlo, pero debo hacerlo.

No levanta la vista.

—Tu hermana ya no está. La han adoptado. No volverás a verla. Ahora puedes salir a jugar con los otros niños. —Ordena los papeles y saca una estilográfica—. Señora Pulnik, por favor, asegúrese de que May se baña antes de trasladarla al piso de arriba a su nueva cama esta noche. No soporto lo mal que huele.

—Me *ocuparé* de que así sea.

La señora Pulnik me coge del brazo, pero casi ni lo siento. Cuando me deja fuera, me quedo sentada largo rato en los escalones del porche. Los otros

niños se acercan y me miran como si fuera un animal del zoológico.

No les hago caso.

Stevie viene e intenta subirse a mi regazo, pero ni siquiera soporto tenerlo cerca. Me recuerda a Fern.

—Ve a jugar con los camiones —le digo y luego cruzo el jardín, hasta la valla detrás de la iglesia, y trepo a una parra para esconderme.

Miro entre las hojas hacia las ventanas del dormitorio donde duermen las niñas y me pregunto: *Si salto por una esta noche, ¿me mataré?*

No puedo vivir sin Fern. Llevamos unidas por el corazón desde que nació.

Y ahora me he quedado sin corazón.

Dejo caer la cabeza y siento los pinchacitos del sol en el cuello y dejo que el sueño se apodere de mí y deseo no despertarme nunca.

Cuando lo hago, alguien me está tocando el brazo. Doy un salto y me quedo acucillada, creyendo que es Riggs. Pero la cara que me mira me hace pensar que sigo soñando.

Tiene que ser un sueño.

—¿Silas?

Se lleva un dedo a los labios.

—Chsss —susurra.

Metó las manos temblorosas entre los barrotes. Necesito saber si es real.

Sus dedos se cierran alrededor de los míos. Me los aprieta.

—Por fin averiguamos dónde estabais —dice—. Una señora del hospital obligó a tus padres a firmar unos papeles justo después de que nacieran los bebés. Le dijeron a tu padre que, si los firmaba todos, le pagarían la factura del médico y que los niños tendrían un buen entierro. Pero los papeles no eran para eso. Les daban permiso para ir a buscaros al *Arcadia*. Cuando Briny y Zede fueron a la policía, les dijeron que Briny os había cedido a la Asociación de Hogares Infantiles de Tennessee, que no se podía hacer nada y que fin de la historia. Llevamos semanas buscándoos. Esa señora, la señorita Dodd, nos encontró y nos dijo dónde estabais. He estado viniendo aquí a vigilar cada vez que podía, esperando a ver si seguíais aquí.

—Me han tenido encerrada. Me han castigado. —Miro a mi alrededor, a las enredaderas. Todavía no me puedo creer lo que está pasando. Deben de ser imaginaciones mías—. ¿Dónde están Queenie y Briny?

—Cuidando del *Arcadia*. Preparándolo para navegar otra vez. Ha estado mucho tiempo amarrado.

Me dejo caer sobre los barrotes. Me arde la piel y estoy colorada. El sudor me corre debajo del camisón raído que llevo puesto desde hace semanas. ¿Qué pensará Briny de mí cuando sepa la verdad?

—Se han llevado a todos. Se han llevado a todos menos a mí. No pude hacer lo que me dijo Briny. No pude mantenernos juntos.

—No pasa nada —susurra Silas. Me acaricia el pelo mientras lloro y se le enredan los dedos en los mechones sucios—. Te voy a sacar de aquí. Esta noche vendré y cortaré uno de los barrotes... Aquí, debajo de las bayas de acebo, donde los arbustos son más espesos. ¿Puedes venir aquí esta noche? ¿Podrás escaparte?

Hipo, me sorbo los mocos y asiento con la cabeza. Si James podía bajar a la cocina a robar comida, yo también conseguiré llegar a la cocina. Si puedo llegar a la cocina, podré llegar hasta el cementerio.

Silas estudia la valla.

—Dame un rato. Espera un par de horas después de que haya anochecido para que me dé tiempo a venir y cortar el barrotes. Luego baja. Cuanto menos tiempo te echen de menos, mejor.

Repasamos el plan y luego me dice que me vaya antes de que alguien lo descubra. Tengo que hacer un esfuerzo por soltarlo, salir de debajo de la enredadera y alejarme.

Solo unas horas más, me digo. Lo que queda del día, luego la cena, un baño y estaré en casa. Estaré de vuelta en el Arcadia.

Danny Boy viene a meterse con Stevie a la puerta del cementerio.

—Déjalo en paz. —Me interpongo entre los dos y le planto cara a Danny Boy. Creo que en el sótano me he hecho mayor. El puño que agito delante de la cara de Danny Boy es tan huesudo que parece sacado de una tumba.

—No pienso pelear contigo, apestas demasiado. —Danny Boy traga saliva. Tal vez piensa que, si he resistido semanas en el sótano, soy demasiado dura para enfrentarse a mí. Tal vez tiene miedo de que, si se mete en una pelea, le hagan lo mismo a él.

Durante el resto del día no nos molesta ni a Stevie ni a mí.

Cuando anochece y formamos una fila para entrar en la casa, Stevie y yo nos ponemos los primeros. A Danny Boy no le hace gracia, pero no tiene arrestos para impedírmelo. Se conforma con burlarse de mi pelo y de lo mal que huelo.

—Me han dicho que mañana traen de vuelta a la idiota de tu hermanita —

me dice a la espalda cuando entramos—. He oído que no quieren quedarse con ella porque es tan tonta que no sabe dormir sin mojar la cama.

Es probable que sea una mentira más de las tuyas, pero aun así se enciende en mí una llamita de esperanza. No la apago; en lugar de ello, la avivo soplando con mucho cuidado. Después de cenar, reúno valor para preguntarle a una de las empleadas si es verdad que Fern va a volver. Me dice que sí. Durante todo el tiempo que ha estado fuera, Fern no ha dejado de llorar, de preguntar por mí y de orinarse encima.

—Parece que la terquedad es de familia —comenta la empleada—. Es una pena, porque ya no encontrará otros padres.

Intento no parecer contenta, pero lo estoy. Cuando Fern vuelva, podremos escapar las dos, pero tengo que conseguir que Silas espere un día más. Esta noche saldré a escondidas y se lo diré.

Solo tengo que pensar en cómo hacerlo sin que las empleadas me descubran. Puede que me vigilen de cerca porque es la primera noche que duermo arriba. Pero las empleadas no son lo que más me preocupa, sino Riggs. También él tiene que saber dónde duermo esta noche.

Y sabe que esa puerta no tiene cerradura.

17

Avery

Si necesitas matar el tiempo, la isla de Edisto no es un mal lugar para hacerlo.

La brisa del mar se cuele por las mosquiteras y levanta la falda del sencillo vestido cruzado que me he puesto después de un día sin hacer nada. Antes de salir de casa, se me olvidó coger el cargador del teléfono. Ahora tengo la batería baja y en toda la isla no hay un cargador compatible. En lugar de contestar correos o peinar internet en busca de algo relacionado con las revelaciones de anoche, me he visto obligada a entretenerme a la manera tradicional.

El paseo en kayak por la reserva ACE Basin ha compensado una segunda ducha con agua apenas templada y una mancha imposible de quitar en unos pantalones cortos de la mezcla negruzca de rocío y cieno salino del asiento de la canoa. Me siento como si hubiera redescubierto mi yo infantil.

Remar me devolvió recuerdos olvidados hace tiempo de una excursión en sexto curso a Edisto con mi padre. Yo había estado trabajando en un proyecto sobre ecosistemas para el concurso de ciencias. Como era tan perfeccionista, quería coger mis propias muestras y hacer fotografías en lugar de sacar las cosas de libros. Mi padre había accedido a ayudarme. Nuestra visita de una noche aquí hizo posible uno de esos momentos padre-hija que no estaba relacionado con una exhibición ecuestre o un posado para la prensa. Es un recuerdo que sigo atesorando, a pesar de todos los años transcurridos.

También recuerdo que fue Elliot quien me ayudó a preparar el fondo sobre el que montar el trabajo. Habíamos sacado cosas de un armario lleno de

materiales de acampada viejos, luego hecho los carteles y discutido largo rato sobre cómo conseguir que las enormes cartulinas se sostuvieran solas. A ninguno se nos daban muy bien las manualidades.

«No sé por qué no compraste algo hecho y ya está», se quejó después de nuestro segundo y épico fracaso. Para entonces era ya de noche y seguíamos en el granero de la casa de mi padre, hasta las cejas de manchas de pintura y maderos mal clavados.

«Porque quiero poner en mi redacción que mi trabajo se hizo con materiales reciclados. Quiero poder decir que lo hice sola».

«No veo la diferencia...».

El resto de la discusión, por fortuna, se ha perdido en las arenas del tiempo. Sí recuerdo que, cuando empezamos a subir la voz, el jefe de establos de papá entró con un conjunto de obstáculos de madera para hacer saltar a los caballos. Añadió una caja grande de bridas y cinta aislante. Elliot y yo entendimos la indirecta.

Acordarme del concurso de ciencias me hace reír. Miro el reloj pensando en llamar a Elliot y contárselo, pero no quiero estar comunicando cuando me llame Trent Turner. Me asalta la preocupación y pienso en la hora. Son más de las cinco y no he sabido nada de él. ¿Tal vez tiene que quedarse trabajando hasta tarde?

Quizá ha cambiado de opinión sobre dejarme ver el resto de los archivos de su abuelo.

Pasa otra media hora. Estoy tan nerviosa como un hámster en una jaula pequeña. Me siento. Me pongo de pie. Camino por la casa comprobando el móvil, para ver si tiene cobertura.

Por fin sucumbo a la tentación de bajar a la playa y buscar subrepticamente indicios de que hay alguien en su casa. Cuando suena el teléfono, estoy ya a medio camino, escudriñando entre las dunas y las uniolas.

El tono de llamada me coge tan desprevenida que salto, doy un traspiés en la arena y termino pescando el teléfono en el aire.

—Ya estaba a punto de darme por vencido —dice Trent cuando por fin contesto—. He llamado tres veces a la puerta y no ha contestado nadie. Pensé que igual habías cambiado de opinión.

Intento no parecer ansiosa, pero no lo consigo.

—No, estoy aquí. En la parte de atrás. —*¿Dice que ha llamado? ¿Está a la*

puerta de mi casa?

—Voy por atrás entonces.

Miro hacia la casa Myers y me doy cuenta de lo lejos que estoy. Va a saber lo que he estado haciendo.

—Creo que la cancela trasera está cubierta de hiedra venenosa.

—No. No parece.

Me giro y echo a correr hacia el jardín. Corro sobre la arena con el vestido largo pegado a las piernas, las chanclas haciendo chasquidos. Atisbo un trozo de camisa azul cerca del arbusto de palmito de mi abuela justo a tiempo de echar el freno y subir por la pasarela de madera con aire de naturalidad.

Aun así, Trent reacciona mirándome un poco perplejo.

—Te veo un poco demasiado elegante... para rebuscar en el cobertizo de mi abuelo. Te dije que estaba hecho una pena por dentro, ¿verdad? Y hace calor.

—Ah, ¿esto? —Me miro el vestido—. Es lo último que me quedaba limpio en la maleta. Esta mañana he estado haciendo kayak y me he destrozado la ropa. Soy un desastre.

—Pues nadie lo diría. —Intento descifrar si está simplemente siendo amable o coqueteando. Entiendo que se le dé tan bien el negocio inmobiliario. Destila encanto por todos sus poros—. ¿Preparada? —añade.

—Sí.

Cierro la cancela trasera y bajamos juntos hacia la playa. Pide disculpas por llegar tan tarde a casa.

—Hoy hemos vivido momentos de emoción en casa de la tía Lou. No sabemos cómo, ninguno de los primos ha querido confesar, Jonah terminó con un chocokrispi dentro de la nariz. He tenido que quedarme para ayudar a sacárselo.

—¿Y habéis podido? ¿Está bien?

Trent sonríe.

—Pimienta negra. La obstrucción se solucionó con aire comprimido desde el interior del tracto nasal. En otras palabras, estornudó. Ahora queda saber si la tía Lou conseguirá que alguno de los primos confiese quién ha sido. Son siete. Todos chicos y Jonah es el más pequeño, con tres años de diferencia, así que está aprendiendo lo que es la vida por la vía rápida.

—Pobrecito. Le comprendo. Ser el más pequeño no es fácil. En mi familia somos solo chicas y eso ya era bastante duro. Si tienes que ir a buscarlo...

—¿Estás de broma? Si fuera me enfrentaría a un motín. Le encanta estar ahí. Dos de las hermanas de mi madre y una prima viven en la misma calle, y mis padres suelen pasar aquí parte del año, así que siempre hay acción y comida, y alguien con quien jugar. Esa fue la razón principal por la que me vine a vivir aquí y compré la agencia inmobiliaria después de que muriera la madre de Jonah. Necesitaba trabajar menos horas, tener un horario más razonable, pero también quería que Jonah tuviera familia cerca. No quería que creciera en un apartamento solo conmigo.

Se me llena la cabeza de preguntas. La mayoría parecen demasiado personales.

—¿Dónde vivíais antes?

Conozco la respuesta. Estuve investigándolo cuando contemplaba la teoría del chantaje.

—Nueva York. —Con los pantalones chinos, el polo, los zapatos náuticos y ese ligero acento de Texas es difícil imaginarlo con el traje oscuro propio del profesional neoyorquino—. En el negocio inmobiliario.

Siento una afinidad inesperada con Trent Turner. Los dos nos estamos adaptando a un nuevo entorno, a una vida nueva. Envidio la suya.

—Qué cambio tan grande, ¿no? ¿Te gusta vivir aquí?

Hay un atisbo de algo, cierta nostalgia.

—El ritmo es mucho más lento..., pero sí. Está bien.

—Siento lo de tu mujer. —Me intrigan los detalles, pero no voy a preguntar. Lo que he creído que podía ser coqueteo por su parte es probablemente un sentimiento de soledad lógico cuando solo han pasado unos meses desde una pérdida tan importante. Y no quiero que se lleve una impresión equivocada. Llevo puesto el anillo de compromiso, pero es una esmeralda de talla princesa, así que no todo el mundo se da cuenta de que no es una joya sin más.

—No estábamos casados.

Me ruborizo al instante, sintiéndome una tonta por sacar conclusiones. Estos días nunca se sabe con estas cosas.

—Ah, lo siento... Quiero decir...

Sonríe para tranquilizarme.

—No pasa nada. Es que es complicado. Éramos colegas... y amigos. Después de su divorcio cruzamos alguna raya que no deberíamos haber cruzado. Yo sospechaba que Jonah era hijo mío, pero Laura decía que no.

Decidió mudarse al norte del estado para dar una nueva oportunidad a su matrimonio. Lo dejé estar. No supe la verdad sobre Jonah hasta después del accidente de tráfico. Jonah tenía lesiones internas y necesitaba un donante de hígado. La hermana de su madre se puso en contacto conmigo con la esperanza de que fuera compatible. Lo era y ya está.

—Ah... —Es todo lo que acierto a decir.

Me mira. Nos paramos antes de enfilear el camino hasta su casa y sé que va a contarme el resto de la historia.

—Jonah tiene dos medio hermanos a los que ya casi no recuerda. No parece que vaya a tener ocasión de conocerlos a no ser que, ya de adultos, decidan ponerse en contacto. Después del juicio por la custodia, su padre no quiso que tuvieran ninguna relación con Jonah, ni conmigo. No es lo que yo habría querido, pero así están las cosas. Comprendo a las personas a las que ayudaba mi abuelo mejor de lo que crees.

—Ya veo por qué. —Su franqueza me sorprende. Lo profundo de su dolor y su decepción son evidentes. Ni siquiera intenta ocultar el hecho de que tiene sentimientos encontrados sobre algunas de sus decisiones o por la posibilidad de que un error de juicio del pasado pueda afectar a Jonah toda su vida.

Vengo de un mundo donde nadie reconocería abiertamente cosas así, desde luego no a alguien que es prácticamente un desconocido. En el mundo en que yo vivo, una apariencia pulcra y una reputación sin mácula son fundamentales. Trent me hace preguntarme si no me he acostumbrado demasiado a las constricciones que lleva consigo estar siempre guardando las apariencias.

¿Qué haría yo si me enfrentara a una situación así?

—Jonah parece un niño estupendo —digo.

—Lo es. Ahora ya no imagino otra clase de vida. Supongo que a todos los padres les pasa lo mismo.

—Seguro que sí.

Espera a que enfile el camino y me sigue. Cuando entramos en el jardín, una telaraña se me pega a la cara y luego otra. Ahora me acuerdo de por qué mis primos y yo nos peleábamos siempre por quién saldría el primero cuando montábamos a caballo en Hitchcock Woods, en casa. Me quito la seda de la cara y arranco una hoja seca de palmera para agitarla en el aire delante de mí.

Trent se ríe.

—No eres tan urbanita como pareces.

—Ya te dije que crecí rodeada de establos.

—La verdad es que no te creí. Pensaba que el estudio del abuelo te asustaría en cuanto lo vieras.

—Eso es imposible. —Cuando me vuelvo a mirar, está sonriendo—. ¿Tenías la esperanza de que fuera así?

El camino termina en el jardín y Trent deja de sonreír cuando llegamos a la cabaña de techo bajo y subimos los escalones.

—No sé... Me gustaría que mi abuelo estuviera aquí y tomara él las decisiones.

La preocupación le dibuja profundas arrugas en la frente bronceada mientras busca las llaves en un bolsillo y se inclina para mirarlas.

—Te comprendo, lo digo en serio. Yo también me he preguntado más de una vez si debería estar escarbando en el pasado de mi abuela, pero no puedo evitarlo. Tengo la sensación de que la verdad es más importante.

Mete la llave en la cerradura de seguridad y descorre el cerrojo.

—Esas palabras son más propias de un periodista que de un político. Será mejor que tengas cuidado, Avery Stafford. Esa clase de idealismo puede volverse en tu contra en el mundo de la política.

Enseguida me pongo a la defensiva.

—Me parece que has tratado con la clase equivocada de políticos. —No está diciendo nada que no me haya dicho ya Leslie. Le preocupa que sea demasiado escrupulosa y demasiado poco realista sobre lo que significaría presentarme al Senado. Olvida que me he pasado la vida oyendo a desconocidos brindándonos sus opiniones sobre todo, desde la ropa que usamos hasta lo que cuestan los colegios privados a los que fuimos. De hecho, no solo desconocidos, también amigos—. En mi familia, el servicio público sigue significando servicio público.

Su expresión es impenetrable, así que no sé si está de acuerdo conmigo o no.

—Entonces no te va a gustar lo que estás a punto de descubrir sobre la Asociación de Hogares Infantiles de Tennessee. La mires por donde la mires, no es una historia bonita.

—¿Por qué?

—Era un sitio con mucha reputación y la mujer que lo dirigía, Georgia Tann, se movía en círculos poderosos, sociales y políticos. Estaba muy bien

considerada. La gente admiraba lo que hacía. Cambió la percepción pública de que los huérfanos eran mercancía defectuosa. Pero la realidad es que la Asociación de Hogares Infantiles de Tennessee de Memphis estaba corrompida hasta el tuétano. No me extraña que mi abuelo nunca quisiera hablar de lo que hacía en esta casita. Las historias son tristes y atroces, y hay literalmente miles. Se comerciaba con niños. Georgia Tann ganaba dinero cobrando precios altísimos por adopción, transporte, entregas fuera del estado. Les quitaba a familias pobres sus hijos y se los vendía a famosos y a personas con influencia en la política. Tenía comprados a la policía y a los jueces. Embaucaba a mujeres en las maternidades de los hospitales para que firmaran documentos renunciando a sus hijos mientras estaban bajo los efectos de la sedación. Le decía a la gente que los padres de los niños habían muerto cuando no era verdad. —Se saca un papel doblado del bolsillo y me lo da—. Hay bastantes más cosas. Esto te lo he impreso hoy en un momento que he tenido libre en el trabajo.

Es un artículo escaneado de un viejo periódico. El titular no se anda con rodeos. Dice: «La benefactora de los huérfanos pudo ser en realidad una prolífica asesina en serie».

Trent se detiene con la mano en el pomo de la puerta. Está esperando a que lea el artículo.

—Nadie entraba aquí salvo mi abuelo y, de vez en cuando, algún cliente. Ni siquiera mi abuela. Pero es que ella tampoco compartía su interés por este asunto. Ya te conté que mi abuela opinaba que no hay que remover el pasado. Quizá tenía razón. Al final mi abuelo también debió de decidir lo mismo. Me pidió que limpiara este sitio y destruyera todo lo que había. Para que estés avisada antes de entrar, no tengo ni idea de lo que hay al otro lado de esta puerta.

—Lo entiendo. Pero soy..., he sido fiscal federal en Maryland. No hay muchas cosas que me asusten.

Y sin embargo solo el título del artículo ya me ha conmocionado. Me doy cuenta de que Trent no va a dejarme entrar hasta que no me lea el artículo, hasta que esté sobre aviso. Quiere que entienda que lo que hay dentro de la casa no son historias tiernas y bonitas sobre huerfanitos solitarios que encuentran un hogar.

Vuelvo al artículo y empiezo a leer:

Saludada en otro tiempo como la «madre de la adopción moderna» y consultada por personalidades como Eleanor Roosevelt en los esfuerzos por reformar las leyes sobre adopción en Estados Unidos, Georgia Tann hizo posible la adopción de miles de niños entre las décadas de 1920 y 1950. También dirigió una organización que, bajo su dirección férrea, permitió o causó deliberadamente la muerte de hasta quinientos niños y bebés.

«Muchos de los niños no eran huérfanos», declaró Mary Sykes, quien, junto con su hermana, una niña de pecho, fue robada del porche de la casa de su madre, soltera, con solo cuatro años y puesta bajo la tutela de la Asociación de Hogares Infantiles de Tennessee. «Muchos tenían padres que los querían y querían criarlos. Los niños eran a menudo secuestrados literalmente en pleno día y, por mucho que lucharan sus padres por recuperarlos en un tribunal, no se les permitía ganar el juicio». La señora Sykes vivió tres años en una gran casa blanca gestionada por Georgia Tann y su red de ayudantes.

La hermana pequeña de Mary, que tenía solo seis meses cuando una mujer que decía ser enfermera de los servicios sociales se las llevó a las dos del porche de la casa familiar, solo pasaría dos meses en el hogar de la asociación.

«Los bebés no recibían ni alimentación ni atención médica adecuada», dice Mary Sykes. «Recuerdo estar sentada en el suelo en una habitación llena de cunas, acariciando a través de las barras el brazo de mi hermana. Estaba demasiado deshidratada y débil incluso para llorar. Nadie la ayudaba. Una vez que quedó claro que estaba demasiado enferma para recuperarse, una empleada la metió en una caja de cartón y se la llevó. No volví a verla. Más tarde supe que a los bebés que estaban muy enfermos o lloraban mucho los abandonaban en un cochecito al sol. Yo ahora tengo hijos, nietos y bisnietos. No concibo que alguien pudiera hacer eso con unos niños, pero así fue. Nos ataban a las camas y a las sillas, nos pegaban, nos hacían aguadillas en la bañera; sufríamos abusos. Era la casa de los horrores».

Al parecer, en el curso de tres décadas desaparecieron numerosos niños al cuidado de la Asociación de Hogares Infantiles de Tennessee. A menudo su documentación desaparecía también y, con ella, todo rastro de sus vidas. Si miembros de su familia biológica se presentaban allí en busca de información o elevaban una petición en los tribunales, se les decía sin más que los niños habían sido adoptados y que los expedientes eran secretos.

Al operar bajo la protección de Edward Hull Crump, conocido como «Jefe Crump», el tristemente influyente político de Memphis, parece que la red de Georgia Tann era intocable.

El resto del artículo proporciona detalles sobre la venta de niños a padres adinerados y famosos de Hollywood, el dolor de las familias biológicas y las acusaciones de abusos psicológicos y sexuales. Las últimas líneas citan las palabras de un hombre que mantiene una página web llamada «Los corderos perdidos».

«La rama de Memphis de la Asociación de Hogares Infantiles de Tennessee tenía ojeadores en todas partes, en las oficinas de los servicios sociales, en consultas médicas rurales, en vecindarios pobres y en campamentos. A menudo los niños eran entregados a trabajadores sociales y funcionarios que habrían podido entorpecer la carrera de Georgia Tann. En ocasiones se chantajeaba a los padres adoptivos amenazándolos con quitarles a los niños si no daban más dinero. Georgia Tann se ganó la protección del Jefe Crump y de los tribunales de familia. Tenía el poder para alterar vidas como se le antojaba. Jugaba a ser Dios, al parecer sin remordimiento alguno. Georgia Tann murió de cáncer

antes de que tuviera que rendir cuentas. Había personas poderosas que querían ver el caso cerrado, y así fue».

—Esto es... —Hago una pausa en busca de una palabra. Estoy a punto de decir «increíble», pero no es el término adecuado—. Es espantoso. Cuesta imaginar que algo así pudiera pasar, y a semejante escala..., durante años.

—La Asociación de Hogares Infantiles no fue obligada a cerrar hasta 1950.

Está claro que Trent comparte mi mezcla de espanto, perplejidad y furia. Lo que cuenta Mary Sykes de acariciar a su hermanita moribunda me hace pensar en mis sobrinos y en lo unidos que están a sus hermanos. Courtney se subía a la cuna de los trillizos y se dormía con ellos si los oía llorar de noche.

—No puedo... Es que no me lo puedo imaginar. —He sido fiscal en casos de abusos sexuales y de corrupción, pero este es a gran escala. Docenas y docenas de personas tenían que saber que esto estaba pasando—. ¿Cómo pudieron ignorarlo?

Entonces caigo en la cuenta. Yo tengo familia de Tennessee. Pertenecían al mundo de la política, eran influyentes. Tenían diversos cargos en las administraciones estatal y federal, en la judicatura. ¿Conocían estos hechos? ¿Miraron para otro lado? ¿Fue esa la razón por la que la abuela Judy se puso en contacto con Trent Turner I? ¿Estaba intentando expiar las malas acciones de la familia?

Quizá no quería que se supiera que su familia había cooperado en estas acciones monstruosas, que las había apoyado incluso.

Me mareo y apoyo una mano en la pared para recuperar el equilibrio. Siento las mejillas heladas a pesar del calor del verano.

La cara de Trent es de preocupación mientras sigue de pie sujetando la puerta.

—¿Estás segura?

Él no parece mucho más convencido que yo. Somos como dos niños reuniendo valor para aventurarse en territorio prohibido. ¿Estará esperando que cambie de opinión y así ahorrarnos a los dos los detalles que nos esperan, sean cuales sean?

—La verdad tarde o temprano termina por salir. Soy de las que creen que es mejor saberla cuanto antes.

Pero, mientras lo digo, no estoy tan segura. Toda mi vida he estado convencida de que los Stafford somos irreprochables. De que mi familia es

un libro abierto. Quizá ha sido ingenuo por mi parte. ¿Y si, después de todos estos años, resulta que me equivoco?

Trent se mira los zapatos, da una patada a una concha que hay en el suelo del porche. Choca con un tractor rojo de juguete que en este momento resulta especialmente enternecedor.

—Me da miedo descubrir que la adopción de mi abuelo fue como las que salen en el artículo, cuando habla de que daban niños a funcionarios para que tuvieran la boca cerrada. El padre adoptivo de mi abuelo era sargento de la policía de Memphis. No eran personas que pudieran permitirse una adopción cara... —Se interrumpe como si no quisiera añadir más palabras a la historia, pero en sus ojos veo reflejado mi propio miedo. ¿Cargamos con la culpa de nuestros antepasados? Y, si es así, ¿seremos capaces de soportar ese peso?

Trent abre la puerta y con ella, quizá, el misterio.

Por dentro, la casita tiene techos bajos y está en penumbra. Las paredes de madera blanca están agrietadas y desvaídas, y los marcos de madera de las ventanas están combados. El aire huele a polvo, a moho y a algo más que tardo un instante en identificar. Tabaco de pipa. El olor me recuerda automáticamente al abuelo Stafford. Su despacho en la casa de Lagniappe olía siempre así, aún huele.

Trent enciende la luz y la bombilla parpadea obstinada en una lámpara art déco que desentona con el entorno.

Entramos en la única habitación. Contiene un escritorio grande que parece comprado en el mercadillo de una biblioteca, dos muebles archivadores, una mesa pequeña de madera y un par de sillas desparejadas. Encima del escritorio hay un teléfono negro, antiguo, de disco. Hay un bote con lápices, una grapadora, un perforador de tres agujeros, un cenicero sucio, un flexo, una máquina de escribir eléctrica de color verde oliva apagado. Las estanterías de la pared están abarquilladas bajo el peso de cajas archivadoras, carpetas viejas, papeles sueltos y libros.

Trent suspira y se pasa una mano por el pelo. Parece demasiado grande para un espacio tan estrecho. La cabeza le queda a pocos centímetros de las vigas, que veo que están labradas a mano y tienen muescas; probablemente están hechas de madera recuperada de los naufragios.

—¿Estás bien? —pregunto.

Niega con la cabeza y a continuación se encoge de hombros mientras señala un sombrero, un paraguas anticuado con un dragón tallado en el

mango y unos zapatos náuticos azules. Las tres cosas aguardan junto al perchero, se diría que con la esperanza de que su dueño regrese.

—Es como si estuviera aquí, ¿sabes? Casi siempre olía igual que este sitio. Abre las contraventanas y se iluminan los corchos que llenan las paredes.

—Mira —susurro y el polvo me irrita la garganta.

Hay docenas de fotografías, algunas con los colores intensos de la fotografía moderna, otras con los tonos apagados de las viejas polaroids, algunas en tonos de negro y gris enmarcadas en recuadros blancos con fechas escritas: «julio de 1941, diciembre de 1936, abril de 1952...».

Miramos juntos la pared, cada uno perdido en sus pensamientos, fascinados y horrorizados a la vez. Comparo imágenes de niños yuxtapuestas a rostros de adultos. Los parecidos son evidentes. Son padres e hijos, supongo que familias biológicas a las que separaron. Las fotografías de los hijos están colgadas junto a retratos recientes de los adultos en que se convirtieron.

Miro los ojos de una hermosa mujer de vibrante sonrisa con un bebé apoyado en la cadera. Lleva un vestido y un delantal que le quedan grandes y le dan aspecto de una niña disfrazada con ropas de mayor. No puede tener más de quince o dieciséis años.

¿Qué me contarías?, me pregunto. *¿Qué te pasó?*

A mi lado, Trent levanta algunas de las fotografías. Debajo hay más, capa tras capa de imágenes. Trent Turner I fue muy meticuloso con su trabajo.

—En los reversos no pone nada —comenta—. Supongo que por eso no se molestó en pedirme que me ocupara de estas. Es imposible saber quiénes son estas personas a no ser que las conozcas de algo.

La tristeza tiñe mis pensamientos, pero es un sentimiento impreciso. Estoy concentrada en la fotografía de cuatro mujeres que posan cogidas del brazo en la playa. Aunque es en blanco y negro, imagino los colores vivos de los vestidos veraniegos y los sombreros de ala ancha de los años sesenta. Veo el destello dorado del sol en sus largos rizos rubios.

Una de las mujeres es mi abuela. Está sujetándose el sombrero. En la muñeca lleva la pulsera de las libélulas.

Las otras tres mujeres se parecen a mi abuela. Los mismos rizos rubios, los mismos ojos claros, probablemente azules. Podrían ser familia mía perfectamente, pero no reconozco a ninguna.

Todas llevan una pulsera de libélulas idéntica a la de mi abuela.

Al fondo, un poco desenfocados, hay unos niños pequeños acuclillados en

la orilla, las rodillas apuntando hacia arriba mientras trabajan con cubo y pala haciendo torres de arena.

¿Es uno de ellos mi padre?

Levanto la mano para intentar alcanzar la fotografía y Trent se estira para separarla del corcho y dármele. Cuando quita la chincheta, cae algo pequeño y blanco que revolotea como una cometa sin viento que la impulse. Antes de agacharme a cogerlo, ya sé lo que es.

Hay una versión ampliada en un marco nacarado en la habitación de la residencia de May Crandall.

Una voz rompe el silencio, pero estoy tan absorta que casi ni me doy cuenta de que la que habla soy yo:

—Esta foto ya la he visto.

18

Rill

Por dentro, la casa está oscura como boca de lobo. No queda encendida ninguna luz y las cortinas no dejan entrar la luna por la ventana del dormitorio. A mi alrededor, las niñas se revuelven en sus camas, gimen y rechinan los dientes en sueños. Después de tanto tiempo encerrada en el sótano a solas, estar acompañada me resulta un consuelo, pero lo cierto es que aquí no hay lugar seguro. Estas niñas cuentan cosas. Cuentan que Riggs a veces viene de noche y se lleva a quien quiere..., casi siempre niñas pequeñas, que pesan poco.

Yo soy demasiado grande para que me lleven en brazos. Espero. Pero no quiero tener que comprobarlo.

Silenciosa como una sombra, me deslizo de debajo de la manta y cruzo la habitación de puntillas. Ya la he recorrido con mucha atención antes de acostarme en mi nueva cama. Sé dónde están los tablones que rechinan, sé cuántos pasos hay hasta la puerta, cuántos hasta las escaleras, la forma más segura de pasar junto al cuartito contiguo a la cocina donde las empleadas estarán dormitando en sus sillas. James me explicó cómo bajar a la cocina de noche para robar bizcochos a la señora Murphy. Sé cómo lo conseguía sin ser descubierto.

Pero todas las cosas que sabía James no lo salvaron, así que he de tener mucho cuidado cuando me escabulla para decirle a Silas que debo esperar a que vuelva Fern. En cuanto lo haga, la cogeré en brazos y nos iremos cuando esté oscuro y Silas nos llevará de vuelta al río, y estos días horribles se habrán terminado.

¿Y si Briny y Queenie no me quieren de vuelta después de lo que he hecho? Quizá me odien tanto como me odio a mí misma. Quizá miren a la chica flaca y triste en que me he convertido y vean a alguien a quien nadie quiere.

Acallo mis pensamientos porque la cabeza puede echarlo todo a perder si la dejas. Tengo que prestar atención, hacerlo todo bien para que no me descubran.

No es tan difícil como había pensado. Enseguida he bajado las escaleras. Del cuarto contiguo a la cocina llega un pequeño círculo de luz. Dentro, alguien ronca sonoramente. Cerca de la puerta, unos pies enfundados en unos zapatones blancos se asoman como las alas de una polilla. Ni siquiera miro a ver de quién son. Me pego a la pared al otro lado de los fogones cuidando de quedarme en las sombras, como decía James. Tanteo cada tablón del suelo con la punta del pie, con mucho cuidado. El bajo raído de mi camisón roza contra la superficie áspera de hierro del horno. Imagino que está haciendo ruido, pero en realidad no es así.

La puerta mosquitera del lavadero chirría un poco cuando tiro de ella para abrirla. Me paro, contengo la respiración, aguzo el oído para ver si algo se mueve en la casa.

Nada.

Sigilosa como un suspiro, salgo. La madera del suelo del porche está húmeda de rocío, igual que la cubierta del *Arcadia*. En lo alto, saltamontes y grillos hacen palpitar el cielo y un millón de estrellas brillan como fogatas lejanas. La media luna está acostada, meciéndose de espaldas. Su gemela arruga el agua del barril de agua de lluvia cuando paso junto a él.

De pronto estoy de vuelta en casa. Envuelta en la manta de la noche y las estrellas. La manta es parte de mí y yo soy parte de ella. Nadie puede tocarme. Somos indistinguibles la una de la otra.

Croan las ranas y pájaros oscuros graznan cuando cruzo el jardín con el delgado camisón blanco pegado a las piernas, ligera como la semilla de la asclepia. Cuando estoy cerca de la valla trasera, me pego a los arbustos de acebo y silbo imitando al chotacabras.

Me contesta otro silbido, sonrío, aspiro el olor dulce e intenso del jazmín y corro hacia el sonido, cruzando el túnel de los chicos mayores hasta que llego a la valla. Silas está al otro lado. En las sombras de la noche no le veo la cara, solo el contorno de su gorra de visera y sus piernas huesudas dobladas como

ancas de rana. Mete la mano entre los barrotes.

—Vámonos —susurra y agarra uno de los barrotes como si pensara arrancarlo con las manos—. He aserrado este casi entero. Debería...

Le cojo la mano para detenerlo. Si abre un hueco, los chicos mayores lo verán por la mañana, cuando vengán a su escondite.

—No puedo ir. — Todo en mi interior grita: ¡Vete! ¡Corre!—. No puedo irme aún, Fern va a volver. Las personas que se la llevaron no la quieren. Tengo que esperar a mañana por la noche para poder traerla conmigo.

—Tienes que salir ahora. Yo volveré a por Fern.

Las dudas empiezan a asaltar mis pensamientos, a derrapar de un lado a otro de mi cabeza.

—No. Si se enteran de que me he ido, si ven el hueco en la valla, nunca lograremos sacarla de aquí. Mañana por la noche puedo escaparme otra vez. Y hay otro niño, Stevie. También es del río. No puedo dejarlo aquí. — ¿Cómo lo haré? Sé dónde duerme Stevie, pero sacarlo del cuarto de los pequeños y traer también a Fern sin que nadie nos vea...

Ni siquiera parece posible.

Aun así, que Silas esté aquí me da seguridad. Me da valor. Me siento capaz de cualquier cosa. Encontraré la manera. No puedo dejar aquí a Fern y a Stevie. Su sitio es el río. Su sitio es con nosotros. La señora Murphy y la señorita Tann ya me han quitado bastante. Quiero recuperarlo. Quiero volver a ser Rill Foss.

Antes de que esto termine, encontraré a todas mis hermanas y a mi hermanito y me los llevaré al *Arcadia*. Eso es lo que haré.

Silas se acerca y sus brazos delgados y largos me rodean. Me inclino hacia él y se le cae la gorra. Apoya la frente en mi mejilla y su pelo como ala de cuervo me hace cosquillas.

—No quiero que vuelvas ahí.

Me pasa la mano por el pelo, con suavidad y cuidado. Se me acelera el corazón.

Tengo que hacer un esfuerzo para no colarme por la valla.

—Es solo un día.

—Estaré aquí mañana por la noche —promete Silas.

Me besa en la mejilla. Algo nuevo me recorre de pies a cabeza y cierro los ojos con fuerza para ahuyentar el sentimiento.

Dejarlo allí es de lo más difícil que he hecho en mi vida. Mientras me alejo

a gatas, él tapa los barrotes con barro para que nadie vea los cortes en el metal. Espero que no cedan si uno de los chicos mayores se apoya en la valla mientras están en el túnel.

Estoy de vuelta en la casa y subiendo las escaleras sin que me haya dado tiempo a respirar, o al menos esa es la sensación que tengo. Una vez en el piso de arriba, me quedo en el pasillo y compruebo que no hay ningún ruido antes de rodear la barandilla donde hacemos fila para el baño. No hay nada salvo las sombras de la luna que entran por la ventana de la escalera y los ruidos de los que duermen. Un niño pequeño habla en sueños. Me paro inmediatamente, pero enseguida se calla.

Quince pasos más y estaré en mi habitación. Lo he conseguido. Nadie sabrá dónde he ido. Mañana será incluso más fácil ahora que ya lo he hecho. James tenía razón. Aquí no es tan difícil conseguir hacer las cosas si eres listo.

Puedo engañarlos a todos. La idea se apodera de mí. Me hace sentirme como si les hubiera quitado algo, algo que me robaron y que era mío. Poder. Ahora soy poderosa. Cuando estemos a salvo en el *Arcadia* y el río nos lleve lejos de aquí, me olvidaré de este lugar. Será como si nunca hubiera ocurrido.

Un mal sueño lleno de personas malvadas.

Tan entusiasmada estoy con la idea que piso donde no debo. Una tabla del suelo cruje bajo mi pie. Contengo un grito, miro al suelo y decido que lo mejor es darme prisa, no sea que aparezca una de las empleadas. Si estoy en la cama, no podrá saber quién...

Casi no veo al señor Riggs hasta que lo tengo encima. Viene del dormitorio de los niños pequeños. Pierde el equilibrio y yo también. Se golpea el hombro con la pared y susurra:

—Uf.

Me doy la vuelta para echar a correr, pero me agarra del camisón y del pelo. Su manaza me tapa la boca y la nariz. Huelo sudor y whisky, tabaco y cenizas de carbón. Me dobla la cabeza hacia atrás de tal manera que pienso: *Me va a partir el cuello aquí mismo. Me va a partir el cuello y a tirarme por las escaleras y dirá que me caí. Es el fin...*

Fuerzo los ojos para enfocarlos. Mira a su alrededor, tratando de decidir dónde llevarme. No puedo dejar que me lleve al sótano. Si lo hace, estoy muerta, lo sé. Fern volverá mañana y yo no estaré.

Cuando tantea las escaleras, tropieza. Me pisa el dedo del pie con la bota y

veo las estrellas y gimo. Aprieta la mano que me tapa la boca y no puedo respirar. Oigo cómo me cruje la espalda, me retuerzo e intento soltarme, pero me aplasta más contra él, levantándome del suelo y arrastrándome por el pasillo hasta las sombras junto al cuarto de baño. Busca a tientas el picaporte para abrirla. Gimo, me resisto y tiro hasta que con un gruñido me sujeta contra la pared para poder abrir la puerta. Me está aplastando el pecho con la barriga y se me empieza a nublar la vista, no me queda aire en los pulmones.

Acerca la cara a mi oreja.

—T-tú y yo p-podemos ser amigos. P-puedo darte pastillas de m-menta y ga-galletas. —Me restriega la mejilla por la barbilla y el hombro y me araña con su bigote cuando me huele el pelo, luego mete la cara por el cuello de mi camisón—. Hueles a aire li-libre. ¿Has es-estado con alguno de los chicos m-mayores ahí fuera? ¿Y-ya tienes otro novio?

Su voz parece llegar de muy lejos, convertida en un eco, como las sirenas de niebla de los barcos en las mañanas frías del río. Me tiemblan las rodillas. Siento un hormigueo en los pies, los tengo entumecidos. No siento ni la pared ni a él. Me palpitan los costados del cuerpo igual que las agallas de un pez colgando del anzuelo.

Veo chispas como las que salen de las varitas de las hadas. Bailan en la oscuridad.

¡No!, me digo. ¡No! Pero no me queda con qué luchar. No tengo cuerpo. Tal vez me asfixie y muera. Ojalá.

Entonces, de pronto me suelta y donde antes estaba su cuerpo ahora entra aire frío y puedo volver a respirar. Me deslizo por la pared y aterrizo hecha un guiñapo, mareada, parpadeando y tratando de levantarme del suelo.

—¿Señor Riggs? —La voz cortante de una empleada llega desde las escaleras—. ¿Qué hace aquí a estas horas?

Se me aclara la visión y veo que Riggs me tapa, así que la empleada no me ve. Me refugio en las sombras, me pego mucho a la pared. Si me cogen, seré yo la que tenga un problema, no él. Me encerrarán otra vez... O algo peor.

—He-he oído truenos hace un rato. T-tengo que cerrar las v-ventanas.

La empleada se acerca a la barandilla. La luz de la luna la ilumina y veo que es la nueva que vino cuando se marchó la señorita Dodd. No sé gran cosa de ella ni si es mala. Habla como si fuera mala. No le gusta que Riggs esté aquí arriba, eso está claro. Como se meta con él, no durará mucho tiempo en casa de la señora Murphy.

—No he oído nada. —Se vuelve a un lado y a otro, comprobando las puertas de los dormitorios.

—E-estaba fuera c-cuando lo he oído. Eran u-unos gatos v-vagabundos maullando. He c-cogido la escopeta para m-matarlos.

—Cielo santo, habría despertado a toda la casa. No creo que los gatos estén haciendo daño a nadie.

—A-a la prima Ida no le gusta que nadie merodee por a-aquí.

Cuando dice Ida se refiere a la señora Murphy. También lo dice para recordarle a la nueva empleada cuál es su sitio.

—Ya cierro yo las ventanas. —La empleada no retrocede y no sé si alegrarme de ello o no. Como se siga acercando, me verá. Si se va, Riggs me meterá en el cuarto de baño—. No hay necesidad de que se levante usted de la cama, señor Riggs, cuando a mí me pagan por vigilar a los niños de noche.

Riggs se aparta de mí y se acerca a ella con paso inseguro y tambaleante. Cuando llega a la esquina de la barandilla, le corta el paso. Las dos sombras se funden. Riggs susurra alguna cosa.

—¡Señor Riggs! —La mano de la mujer sale y entra de la sombra. Piel que abofetea piel—. ¿Ha bebido?

—He-he visto cómo me mira.

—Usted no ha visto nada.

—P-pórtese bien o se lo contaré a la prima Ida. N-no le gusta que se porten mal c-conmigo.

La empleada se pega a la pared para zafarse de él y él la deja.

—No... no vuelva a acercarse a mí o... o seré yo quien hable con ella. Le diré que ha bebido y ha sido descarado conmigo.

Riggs camina despacio hacia las escaleras.

—D-debería entrar a mirar... p-primero a los niños pequeños. A-alguno se ha caído de la cama.

Baja las escaleras con ruidosas pisadas. La madera del suelo cruje y silba.

La empleada lo mira marcharse con los brazos cruzados alrededor del cuerpo antes de ir al cuarto de los pequeños. Me pongo de pie con piernas temblorosas, corro a mi cama, me tapo con las mantas y me envuelvo bien en ellas. Hago bien, porque la empleada entra a continuación en nuestro dormitorio, quizá pensando que encontró a Riggs más cerca de él.

Pasea entre las camas, levanta las mantas y nos mira a todos como si quisiera comprobar alguna cosa. Cuando llega a mi cama, respiro pausada y

profundamente para no temblar cuando aparta las mantas y me toca. Quizá le extraña que esté tan tapada con el calor que hace. Quizá huele la noche en mí, como hizo Riggs.

Se queda un rato junto a mi cama.

Por fin se marcha y me quedo despierta mirando la oscuridad. *Un día más, me digo. Solo tienes que aguantar un día más.*

Me lo repito una y otra vez, como una promesa. Tengo que hacerlo. De otro modo, encontraría la manera de arrancar la mosquitera de esa ventana y saltaría confiando en que esté lo bastante alta para matarme.

No puedo vivir así.

Me duermo convencida de ello.

La mañana llega a trompicones. Dormito a ratos mientras espero a oír las voces de las empleadas ordenándonos levantarnos y vestirnos. Sé que antes de eso no debo moverme. La señora Pulnik se aseguró de explicarme las reglas del piso de arriba antes de enseñarme mi cama y la caja debajo de ella para guardar mi ropa.

Pero no la voy a necesitar mucho tiempo. Esta noche saldremos de aquí, los tres —Fern, Stevie y yo— como sea. *Si tengo que coger un cuchillo de la cocina y clavárselo a alguien para que nos deje pasar, lo haré, me digo. No dejaré que nadie me detenga.*

Hasta que no hemos bajado a desayunar, no me entero de que he hecho promesas que me resultará difícil cumplir. De entrada, la señora Pulnik ha visto esta mañana pisadas con arena en la cocina. Están secas, así que sabe que son de anoche. Desaparecen antes de llegar a las escaleras, lo que significa que no sabe dónde terminan, pero como son grandes está convencida de que pertenecen a uno de los chicos mayores. Les ha hecho formar una fila y está haciéndoles pisar uno a uno las huellas para ver cuál coincide.

Aún no se ha dado cuenta de que tengo los pies grandes. De pie junto a mi sitio en la mesa de las chicas, doblo los dedos y confío en que no me mire.

Quizá uno de los chicos tiene un pie que encaja en las huellas, me digo y sé que no está bien porque castigarán a alguien por mi culpa. Un castigo muy feo. La señora Murphy también está y parece un perro rabioso. Lleva un paraguas con la lona toda rota. Tiene intención de pegar a alguien con él. Después, seguramente lo mandarán al armario.

Yo no puedo ir al armario.

Pero no puedo dejar que metan a otra persona cuando es mi culpa. Sería lo mismo que pegarle yo misma con el paraguas.

Miro hacia el lavadero y veo a Riggs al otro lado de la puerta mosquitera. Está mirando el espectáculo. Me saluda con la cabeza y sonrío y me entra frío.

La empleada nueva mira desde un rincón, los ojos oscuros nerviosos.

—Es... es posible que haya sido yo —balbucea—. El señor Riggs me dijo que había gatos sueltos fuera y fui a echarlos.

La señora Murphy apenas la oye.

—¡No se entrometa! —chilla—. Y sus pies son demasiado pequeños. ¿A quién está encubriendo? ¿A quién?

—A nadie. —Sus ojos miran en mi dirección.

La señora Murphy y la señora Pulnik tratan de seguirlos. El tiempo empieza a pasar muy despacio.

No te muevas. No te muevas. Me quedo muy quieta.

—Puede que est-tuvieran ya anoche. Hay barro cerca del barril de agua. —Riggs interviene, ahora que todos están mirando a mi lado de la mesa. Al principio creo que Riggs quiere ayudarme y entonces comprendo que lo que busca es que no me encierren esta noche donde no pueda entrar a buscarme.

La señora Murphy le manda callar con un gesto de la mano.

—Chsss. De verdad que eres demasiado bueno con estos pequeños ingratos. Les das una mano y te cogen el brazo. —Se golpea la palma de la mano con el paraguas mientras estudia mi lado de la mesa—. Bien, y si no ha sido uno de los chicos..., entonces ¿quién?

La niña que durmió anoche en la cama frente a la mía, Dora, inclina la cabeza hacia atrás, se tambalea y cae al suelo inconsciente.

Nadie se mueve.

—Ella no, supongo —dice la señora Murphy—. Y si no fue ella, ¿quién?

El paraguas traza un círculo como una varita mágica.

—Apartaos de la mesa, niñas. —Los ojos le echan chispas—. Veamos quién es nuestra Cenicienta.

Suena el teléfono y todos damos un respingo. Luego nos quedamos muy quietos, incluso las empleadas, mientras la señora Murphy decide si contestar o no. Cuando lo hace, casi arranca el teléfono de la pared, pero, en cuanto oye quién está al otro lado de la línea, su voz se vuelve dulce como la miel.

—Pues claro que sí. Buenos días, Georgia. Qué alegría oírla tan temprano.

—Hace una pausa y a continuación dice—: Sí, sí. Por supuesto. Llevo horas levantada. Déjeme que vaya al despacho para que podamos hablar en privado.

Las palabras que salen del teléfono son rápidas como el ratatata de los rifles de repetición en las películas del oeste.

—Ah, entiendo. Pues claro. —La señora Murphy deja el paraguas y se lleva la palma de la mano a la frente y enseña los dientes en un gesto que me recuerda a Queenie la última noche que la vi—. Bueno, sí, podremos estar allí a las diez, pero no me parece aconsejable. Es que...

Salen más palabras del teléfono, sonoras y veloces.

—Sí, lo entiendo. No llegaremos tarde —dice la señora Murphy entre dientes y, cuando cuelga con violencia el auricular del teléfono en la horquilla, me señala con los ojos entrecerrados y la boca apretada—. Llévensela y vístanla de domingo. Algo azul que le haga juego con los ojos... y un delantal. La señorita Tann la quiere en el hotel del centro a las diez.

La cara de la señora Pulnik es como la de la señora Murphy. Lo último que quieren hacer conmigo ahora mismo es lavarme, peinarme y ponerme un vestido.

—Pero si ha...

—¡No me lleve la contraria! —aúlla la señora Murphy y a continuación pega con fuerza a Danny Boy en la cabeza porque es el que tiene más cerca. Todos nos encogemos mientras nos va señalando con el dedo—. ¿Se puede saber qué miráis?

Los niños no saben si sentarse o quedarse donde están. Esperan a que la señora Murphy salga furiosa por las puertas batientes. Luego se sientan a hurtadillas mientras las bisagras aún chirrían.

—Me voy a *ocuparr* de ti personalmente.

La señora Pulnik me coge del brazo y aprieta con fuerza. Sé que va a vengarse de mí de una manera u otra.

Pero también sé que, sea lo que sea lo que tiene planeado la señorita Tann, puede ser peor. Circulan historias sobre lo que les pasa a los niños cuando las empleadas los llevan a un hotel.

—¡Y no le dejen cardenales! —La orden de la señora Murphy llega como un eco desde el pasillo.

Así que me he salvado. Pero no. La señora Pulnik me tira del pelo y me hace darme la vuelta. Durante la hora siguiente hace lo posible por que sufra

al máximo y lo consigue. Para cuando me subo al automóvil donde me espera la señora Murphy, me estalla la cabeza y tengo los ojos rojos de las lágrimas que me han dicho que más me vale no derramar.

En el automóvil, la señora Murphy no dice una palabra y me alegro. Me pego a la puerta y miro por la ventana, asustada, preocupada y dolorida. No sé lo que me va a pasar, pero sé que no será bueno. Aquí nunca pasa nada bueno.

De camino al centro pasamos junto al río. Veo remolcadores y barcasas y un barco con espectáculo a bordo. La música de organillo entra en el coche y recuerdo cómo bailaba Gabion en la cubierta del *Arcadia* cuando pasaban los barcos con espectáculo. Nos hacía reír sin parar. Mi corazón viaja hacia el agua, con la esperanza de ver el *Arcadia* o el barco del viejo Zede o cualquier casa flotante, pero no hay nada. En la otra orilla hay un campamento abandonado. Solo quedan hogueras apagadas, círculos de hierba pisoteada y una pila de madera de deriva que alguien reunió, pero no llegó a quemar. Todos los barcos han desaparecido.

Por primera vez caigo en la cuenta de que ya debe de ser octubre. Muy pronto los arces y los gomeros cambiarán de color y el rojo y el amarillo se asomarán a sus hojas. Los habitantes del río han emprendido ya su viaje hacia el sur, donde los inviernos son cálidos y el agua rebosa de gruesos bagres.

Briny no se ha ido, me digo; pero de pronto tengo la sensación de que no volveré a verlo, ni a él ni a Fern ni a ninguno de mis seres queridos. El sentimiento me engulle por completo y lo único que puedo hacer es dejar que mis pensamientos abandonen mi cuerpo. Cuando el conductor aparca delante de un edificio alto, ya no estoy. Apenas oigo a la señora Murphy amenazándome con lo que me pasará si no me comporto. Casi no me duele cuando me pellizca a través del vestido y me retuerce la piel sobre las costillas y me dice que más me vale hacer lo que me ordenen cuando entremos y que no diga que no a nada, ni llore, ni proteste.

—Vas a ser encantadora como una gatita. —Me pellizca más fuerte y acerca mi cara a la suya—. O lo lamentarás... Lo mismo que tu amiguito, Stevie. No quieres que le pase nada malo, ¿verdad?

Sale a la acera y me arrastra con ella. A nuestro lado pasan hombres vestidos de traje. Las mujeres pasean con paquetes de colores brillantes. Una mamá con abrigo rojo empujando un cochecito de bebé sale del hotel y nos mira al pasar. Tiene una cara muy amable y quiero correr hacia ella. Quiero

aferrarme a su abrigo y contárselo todo.

Ayúdeme, le diré.

Pero no puedo hacerlo. Sé que, si lo hago, castigarán a Stevie. Y probablemente también a Fern, una vez esté de vuelta en casa de la señora Murphy. Pase lo que pase, hoy tengo que ser buena. Tengo que hacer todo lo que me digan para que no me encierren cuando volvamos a casa esta noche.

Enderezo la espalda y me digo que es la última vez. *Esta es la última vez que podrán obligarme a hacer nada.*

Sea lo que sea, lo haré.

Pero tengo el corazón acelerado y el estómago cerrado como un puño. Un hombre uniformado abre la puerta. Parece un soldado o un príncipe. Quiero que me rescate igual que hacen los príncipes en los cuentos.

—Buenos días. —La señora Murphy sonrío, levanta la nariz y echa a andar con paso firme.

Dentro del hotel, la gente ríe, charla y almuerza. Es un sitio bonito, como un castillo, solo que hoy no parece bonito. Parece una trampa.

El ascensorista es como una estatua al lado de los botones. Ni siquiera parece respirar mientras la cabina sube y sube y sube. Cuando salimos, me dirige una mirada triste. ¿Sabrá dónde me llevan, lo que está a punto de pasarme?

La señora Murphy me lleva por el pasillo y llama a una puerta con los nudillos.

—Adelante —dice una mujer y, cuando entramos, la señorita Tann está recostada en el sofá igual que un gato descansando al sol. A su espalda, las cortinas están descorridas y un gran ventanal deja ver todo Memphis. Estamos tan altos que se ven los tejados a nuestros pies. Nunca he estado en un sitio tan alto.

Cierro los puños, los escondo en el pichi de volantes e intento no moverme.

La señorita Tann sostiene un vaso lleno hasta la mitad. Tiene aspecto de llevar aquí un rato. ¿Igual es que vive en el hotel?

Hace girar la bebida marrón, la levanta en dirección a una puerta que hay frente al sofá.

—Métala en el dormitorio y luego puede irse, señora Murphy. Cierre la puerta al salir... y dígame que se esté sentada y en silencio a no ser que se le ordene otra cosa. Primero hablaré con él aquí, para asegurarme de que... de

que está todo en orden.

—No me importa quedarme, Georgia.

—Si lo prefiere. —Me mira mientras cruzamos la puerta; la señora Murphy me sujeta por la axila, así que no puedo evitar andar torcida—. La verdad es que hay mejores opciones, pero entiendo por qué quiere a esta —dice la señorita Tann.

—Yo no entiendo que pueda quererla nadie.

Cuando entramos en el dormitorio, la señora Murphy me sienta en la cama y despliega la falda de volantes de manera que parezco una muñeca de esas que se ponen de adorno encima de las camas. Me tira del pelo para que me caiga por delante de los hombros en largos rizos y luego me dice que no me mueva ni un milímetro.

—Ni uno solo —es lo último que dice mientras va hacia la puerta. La cierra al salir.

Las oigo a ella y a la señorita Tann hablar en la otra habitación. Charlan sobre las vistas y beben juntas. Luego solo se oye silencio y los sonidos lejanos de la ciudad. Bocinas de automóviles. La campana de un tranvía. Los gritos de un niño vendedor de periódicos.

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando llaman a la puerta de la habitación. Abre la señorita Tann y habla con voz melosa y oigo una voz de hombre, pero no entiendo lo que dicen hasta que se acercan.

—Por supuesto, es toda suya..., si está seguro de que aún la quiere, claro —dice la señorita Tann.

—Sí, y agradezco que haya alterado su procedimiento habitual y con tan poca antelación. Mi mujer ha sufrido mucho estos últimos años, hasta el punto de que ha pasado semanas en cama y sin querer hablar conmigo. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Desde luego. Entiendo que la chica responda a sus necesidades, pero disponemos de otras niñas más... tratables —sugiere la señorita Tann—. Tenemos muchas niñas mayorcitas. Puede elegir la que quiera.

Por favor, pienso. Escoja a otra. Y entonces me doy cuenta de que eso está mal, de que no debería desear cosas malas a los otros niños.

—No. La quiero a ella.

Pellizco la colcha de la cama. El sudor que me cubre las palmas de las manos empapa la tela. Clavo las uñas.

Pórtate bien. Sea lo que sea, pórtate bien.

Esta noche viene Silas...

—¿Qué otra cosa puedo hacer? —pregunta de nuevo el hombre—. Mi mujer está muy frágil. La niña no deja de llorar, no puedo tener ese jaleo y ese ruido constantes en casa. Soy compositor y eso interfiere en mi trabajo. Tengo que terminar varias bandas sonoras para películas que se estrenan en Navidad y me estoy quedando sin tiempo.

—Pero, señor, le aseguro que esta niña le va a dar problemas, no a quitárselos —interviene la señora Murphy—. Pensé... Había dado por hecho que solo la quería para... No tenía ni idea de que tenía intención de quedársela para siempre; de lo contrario habría dicho algo antes.

—Eso no viene al caso, señora Murphy —dice la señorita Tann, cortante—. La niña es lo bastante mayor para hacer cualquier cosa que el señor Sevier desee.

—Sí..., sí, por supuesto, Georgia. Perdona la interrupción.

—La niña es perfecta en todos los sentidos, se lo aseguro, señor. Nadie la ha tocado.

El hombre dice algo que no logro entender y entonces vuelve a hablar la señorita Tann.

—Entonces ya está. Tengo sus papeles para dárselos y, por supuesto, como en su otra adopción, pasará un año hasta que el proceso se decreta como definitivo, pero no creo que haya ningún problema en ese sentido, sobre todo con un cliente de su... categoría.

La conversación decae. Hay ruido de papeles.

—Solo quiero que Victoria vuelva a ser feliz. Quiero mucho a mi mujer y estos últimos años han sido un tormento. Los médicos dicen que la única posible solución a sus ataques de tristeza es darle una razón poderosa para mirar hacia delante y no hacia atrás.

—Situaciones como estas son, por supuesto, la razón misma de nuestra existencia, señor Sevier. —A la señorita Tann le tiembla la voz como si estuviera a punto de llorar—. Estos pobres niños perdidos y las familias que los necesitan son mi acicate y mi inspiración en mi incansable labor. Cada día me enfrento a mi ardua tarea y a la triste vida de estos pequeñines para poder rescatarlos y darles una vida a ellos y a tantos hogares vacíos. Claro que, al ser yo de buena familia, sin duda podría haber elegido un camino más fácil, pero alguien debe sacrificarse para proteger a los que no pueden hacerlo solos. Es una vocación. Es mi vocación y la acepto de buena gana sin esperar

méritos ni beneficio personal.

El hombre suspira y parece impaciente.

—Le estoy muy agradecido, por supuesto. ¿Hace falta alguna cosa más para cerrar este asunto?

—Ninguna. —Se oyen pisadas, pero que se alejan del dormitorio en lugar de acercarse—. Todos los papeles están en orden. Ha hecho el abono correspondiente y es suya, señor Sevier. Le está esperando ahí, en el dormitorio, así que los dejamos a solas para que se conozcan... o hagan lo que usted considere.

—Le aconsejo que tenga mano dura con ella. Es...

—Vamos, señora Murphy.

Entonces se van y me quedo muy quieta en la cama, atenta al hombre. Viene hasta la puerta y se detiene. Le oigo coger aire y expulsarlo.

Me pego con fuerza el vestido a las rodillas, estoy temblando de pies a cabeza.

Se abre la puerta y el hombre se queda allí, a solo unos metros de mí.

Lo conozco. Se sentó a mi lado en el sofá en la fiesta y me preguntó cuántos años tenía.

Su mujer era la que le leía cuentos a Fern.

19

Avery

El coche de delante reduce la velocidad, pero estoy tan concentrada mirando a dos chicas adolescentes montar a caballo a uno de los lados de la carretera que no piso el freno hasta que es casi demasiado tarde. El coche toma el desvío que lleva al centro de actividades ecuestres. Me pregunto si allí es donde irán las chicas con sus caballos. Es la época de los derbys. Cuando era más joven yo también habría estado allí, de espectadora o compitiendo, pero estos días apenas tengo tiempo de lamentarme de que la vida adulta no me deje tiempo para actividades que en otro tiempo me apasionaban, como la equitación.

Ahora mismo mis pensamientos van varios kilómetros por delante, entrando ya en la habitación de May Crandall en la residencia. Ian, el becario simpático, ha hecho unas cuantas llamadas discretas para comprobar dónde y cómo se encuentra ahora mismo. Ha vuelto a la residencia y está lo bastante restablecida para traer de cabeza a las cuidadoras.

Detrás de mí, Trent toca el claxon y levanta una mano, como para decirme: «Ve con cuidado», pero detrás de las gafas de sol está sonriendo.

Si no fuera en un coche separado le diría: «Has insistido en venir. Ya te dije que las cosas podían ser impredecibles».

Probablemente se reiría y diría que no tiene intención de perderse esto.

Somos como un par de niños de sexto curso que hacen novillos por primera vez. Ninguno estamos donde deberíamos estar esta mañana, pero después de descubrir esa foto anoche en el estudio de su abuelo, no hemos podido resistirnos a hacer este viaje. Ni siquiera una llamada a primera hora

de Leslie y media docena de consultas de nuevos clientes en la agencia de Trent han podido cambiar el plan que anoche hicimos llevados por un impulso. De una manera u otra vamos a descubrir lo que ocultaban nuestros abuelos y cómo mi vida y la suya están relacionadas... y qué tiene que ver May Crandall con ello.

Yo he ignorado adrede las llamadas de Leslie, Trent ha puesto una nota en la puerta de la agencia y nos hemos dado a la fuga a primera hora de la mañana.

Poco más de dos horas después, estamos en Aiken. Nuestra idea es ver a May Crandall después de que desayune. Dependiendo de lo que nos diga, es posible que después vayamos a la casa de mi abuela en Lagniappe.

Intento concentrarme en conducir mientras recorremos bonitas calles serpenteantes y arboladas, con magnolias somnolientas y enormes pinos que proyectan su sombra apacible en el todoterreno y parecen decir: *¿A qué viene tanta prisa? Tranquilízate. Disfruta del día.*

Por un momento me relajo, me convengo de que esta no es más que otra mañana de verano. Pero en cuanto la residencia aparece al doblar una esquina, la ilusión se desvanece. Como para subrayar este hecho, me suena el teléfono y el nombre de Leslie aparece en la pantalla por cuarta vez. Esta llamada tan inoportuna me recuerda que, cuando termine mi visita a May Crandall —dé el resultado que dé—, tendré que dar señales de vida. El mundo de los asuntos del día me llama. Literalmente.

Por lo menos sé que, si las llamadas tuvieran algo que ver con la salud de mi padre, serían mis hermanas las que me estarían buscando, no Leslie. Así que sin duda es algo del trabajo. Algo ha surgido desde que hablé anoche con Ian, o de lo contrario este lo habría mencionado entonces. Seguro que Leslie tiene un posible encuentro con la prensa que no hay que dejar escapar y quiere que vuelva antes de tiempo de mis minivacaciones en Edisto. Ni se imagina que ya he vuelto.

La idea de regresar al hervidero político me incomoda un tanto. La verdad es que no quiero pensar en ello. Pongo el teléfono en modo vibración y lo meto en el bolso sin mirar los mensajes que tengo acumulados. Seguramente también tengo correos electrónicos. A Leslie no le gusta nada que la ignoren.

Dejo de pensar en Leslie en cuanto aparco, cojo la carpeta donde están las fotos viejas del corcho y los papeles del sobre de la abuela Judy y salgo del coche.

Trent se reúne conmigo en la acera.

—Si alguna vez hacemos un viaje campo a través, yo conduzco.

—¿Por qué? ¿No te fías de mí?

Un extraño cosquilleo me baja por la espalda y enseguida sacudo los hombros para ahuyentarlo. Estar de nuevo en Aiken me recuerda ineludiblemente que, por muy agradable que me resulte Trent Turner, lo nuestro nunca pasará de una amistad.

Me aseguré de mencionar a mi prometido antes de salir de Edisto, para ser justa con todas las partes comprometidas.

—De ti sí me fío. De tu manera de conducir... no tanto.

—Pero si ni lo he rozado.

Seguimos bromeando mientras recorremos la acera y para cuando llegamos a la puerta estoy riéndome sin poder evitarlo. El aroma a ambientador y el silencio opresivo nos devuelven a la realidad.

La expresión de Trent se transforma casi de manera instantánea. Su sonrisa se desvanece.

—Esto me trae recuerdos.

—¿Has estado aquí?

—No, pero se parece mucho a donde llevamos a mi abuela después de que tuviera el ictus. No había elección, pero para el abuelo fue duro. No habían pasado más de una o dos noches separados en sesenta años.

—Es muy difícil cuando llegas a ese punto en que no hay solución buena.

Sabe lo de mi abuela Judy. El tema surgió anoche cuando estábamos sentados en el porche de la casita hablando de las fotografías y de lo que podrían significar.

Nos cruzamos con una cuidadora vestida con un pijama de colores alegres. Nos saluda y parece preguntarse si me conoce de algo. Luego sigue su camino. Me alegro. Lo último que me apetece ahora es que alguien sepa que estoy aquí. Si se enteran Leslie y mi padre, habrá un interrogatorio intenso y no tengo ni idea de qué decir.

En la puerta de la habitación de May Crandall, de pronto me doy cuenta de que tampoco estoy segura de lo que voy a decirle. Me pregunto si debo entrar con las fotografías y preguntarle sin más: *¿Qué relación tenía usted con mi abuela? ¿Qué tenía que ver en ella Trent Turner I?*

¿Debería empezar de forma más sutil? Con lo poco que he tratado a May, no tengo ni idea de cómo reaccionará a nuestra visita. Tengo la esperanza de

que la presencia de Trent ayude un poco. Después de todo, es muy probable que May conociera a su abuelo.

¿Y si que nos presentemos los dos resulta ser demasiado para ella? Lo cierto es que ha estado enferma. No quiero causarle más problemas. De hecho, estar aquí me hace darme cuenta de que debería hacer algo para ayudarla. Igual podría hablar con Andrew Moore, del comité de defensa de los derechos de las personas mayores. Quizá me pueda dar algunos nombres de organizaciones que ayuden a ancianos que, como May, tienen lejos a sus familias.

Trent se para en la puerta y señala la placa con el nombre.

—Parece que es aquí.

—Estoy nerviosa —confieso—. Sé que ha estado enferma. No sé si estará lo bastante fuerte para...

—¿Quién anda ahí? —May ataja mi inseguridad antes de que me dé tiempo a ponerla en palabras—. ¡Largo! No necesito nada. ¡No quiero chismorreos sobre mí!

Por la abertura entre la puerta y el marco sale volando una zapatilla y a continuación un cepillo, que aterriza con estrépito en el suelo.

Trent recupera los objetos arrojados.

—Tiene buen saque.

—Dejadme en paz —insiste May.

Trent y yo nos miramos inseguros y me acerco a la puerta evitando ponerme en la línea de fuego, por si May tiene más munición a mano.

—May, escuche un minuto, ¿de acuerdo? Soy Avery Stafford, ¿se acuerda de mí? Nos conocimos hace unas semanas. Le gustó mi pulsera de las libélulas. ¿Se acuerda?

Silencio.

—Me dijo que mi abuela era amiga suya. Judy. Judy Myers Stafford. Hablamos de la fotografía que tenía en la mesilla.

Tengo la sensación de que desde ese día mi mundo entero ha cambiado.

—¿Y entonces? —dice May al cabo de un instante—. ¿Vas a pasar o no?

Al otro lado de la puerta se oye un cuerpo moviéndose y también ruido de ropa de cama. No sé si se está preparando para recibirnos o para lanzarnos algún otro objeto.

—¿Ha terminado de tirar cosas?

—Si sigo tirando, imagino que te irás —dice.

Pero esta vez en su voz hay expectación. Está invitándome a entrar, así que lo hago, dejando a Trent a salvo en el pasillo.

Está recostada en la cama, con una bata azul que le hace juego con los ojos. Incluso así, apoyada en varias almohadas, hay un aire de realeza en su forma de mirarme, como si estuviera acostumbrada a que le llevaran el desayuno a la cama antes de vivir en una residencia de mayores.

—Tenía la esperanza de que hoy se encontrara lo bastante bien para hablar conmigo —me atrevo a decir—. Le pregunté por usted a mi abuela. Mencionó algo como Queen... o Queenie, pero era todo lo que recordaba.

May parece desolada.

—¿Tan mal está?

—Eso me temo. —Me siento fatal por ser portadora de esta noticia—. La abuela Judy no sufre. Simplemente no se acuerda de cosas. Es difícil para ella.

—Y supongo que para ti también.

La repentina perspicacia de May me deja temblando emocionalmente.

—Pues sí. Mi abuela y yo siempre estuvimos muy unidas.

—¿Y aun así nunca te habló de las personas de mi fotografía? —Detrás de la pregunta está la insinuación de que esta mujer conoce mejor a mi abuela que yo. No estoy segura de que consiga resignarme si nunca llego a conocer la verdad... Si May no me la cuenta.

—Sospecho que la abuela Judy me la contaría ahora, si pudiera. Pero, puesto que no puede, tengo la esperanza de que lo haga usted.

—No tiene nada que ver contigo. —May se vuelve de lado, como si temiera que la mire a la cara.

—Tengo la sensación de que sí lo tiene. Y a lo mejor...

Mira hacia la puerta.

—¿Quién está ahí? ¿Quién más está escuchando?

—He venido con alguien. Ha estado ayudándome a intentar descubrir lo que mi abuela no ha podido contarme. Es un amigo.

Trent entra y cruza la habitación con la mano extendida y una sonrisa que podría vender nieve a un esquimal.

—Soy Trent —se presenta—. Encantado de conocerla, señora Crandall.

Esta acepta la mano y la retiene entre las suyas, obligándolo a inclinarse un poco sobre la cama mientras se vuelve hacia mí.

—¿Un amigo, dices? Lo dudo.

Retrocedo un poco.

—Trent y yo nos hemos conocido hace unos días, cuando fui a Edisto.

—Precioso lugar, Edisto. —Se concentra en Trent con los ojos entrecerrados.

—Sí lo es —digo. *¿Por qué lo estudia así?*—. Mi abuela pasó bastante tiempo allí a lo largo de los años. Mi tío Clifford me ha contado que le gustaba escribir en la casa. Parece que ella y el abuelo de Trent hicieron..., colaboraron en algo allí.

Igual que si May fuera un testigo en el estrado, me fijo en si hay algún cambio en su expresión. Intenta disimularlos, pero los hay, y son evidentes. Más con cada frase que digo.

Se está preguntando cuánto sé.

—Creo que no he oído tu apellido. —Mira a Trent pestañeando.

El aire en la habitación parece tensarse mientras espera su respuesta, pero, cuando Trent se presenta de manera más formal, May asiente con la cabeza y sonríe.

—Mmm —dice—. Sí, tienes sus ojos.

Siento el mismo cosquilleo que cuando presiento que un testigo está a punto de hablar. A menudo es algo así lo que lo desencadena: la aparición por sorpresa de una cara que les resulta familiar, un vínculo con algo enterrado en el pasado, el indicio de un secreto guardado durante demasiado tiempo.

Los dedos temblorosos de May sueltan la mano de Trent. Se toca el mentón. Tiene las pestañas húmedas.

—Te pareces a él. También era guapísimo.

Esboza una sonrisa con los labios cerrados que me dice que en su día fue bastante coqueta, una mujer que no tenía dificultades para desenvolverse en un mundo de hombres.

Trent incluso se pone un poco colorado. Qué mono. La verdad es que disfruto mirándolos a los dos.

May me señala con el dedo.

—Este chico es una joya, tú hazme caso.

Ahora me toca a mí ponerme colorada.

—Por desgracia ya estoy comprometida.

—Pues no veo ninguna alianza todavía. —May me coge la mano y examina con ostentación mi anillo de compromiso—. Y detecto la chispa entre dos personas cuando la veo. Más me vale. He sobrevivido a tres

maridos.

Una carcajada se escapa de los labios de Trent; baja la cabeza y el pelo rubio pajizo le cae hacia delante.

—Y no tuve nada que ver con sus muertes, por si os lo estabais preguntando —nos informa May—. Los quise a todos mucho. Uno era profesor, otro predicador y el último un artista que descubrió su vocación ya mayor. Uno me enseñó a pensar, otro a aprender y el tercero a ver. Todos fueron una inspiración para mí. Yo me dedicaba a la música, ¿sabéis? Trabajé en Hollywood y también hice giras con grandes orquestas. Eso fue en la época dorada del cine, antes de toda esta tontería digital.

Me vibra el teléfono en el bolso y lo mira con el ceño fruncido.

—Esos chismes infernales. El mundo sería mejor si nunca los hubieran inventado.

Apago el móvil. Si May por fin se decide a contarme la historia de la fotografía de su mesilla, no quiero que nada nos distraiga. De hecho, lo que tengo que hacer ahora es conseguir que la testigo se centre en los hechos.

Abro el sobre y saco las fotografías que encontramos en la cabaña de Trent.

—Hemos estado preguntándonos qué son estas fotografías. Eso y la Asociación de Hogares Infantiles de Tennessee.

Al instante su expresión se endurece. Me mira con ojos encendidos.

—Me gustaría no volver a oír ese nombre en la vida.

Trent le coge la mano entre las suyas y mira los dedos entrelazados.

—Lo siento, señora Crandall..., si estamos desenterrando recuerdos dolorosos. Pero mi abuelo nunca me habló de ello. Quiero decir, me enteré de que lo habían adoptado cuando era bastante joven y que, cuando lo supo, dejó de hablarse con sus padres adoptivos. Pero no sabía gran cosa sobre la Asociación de Hogares Infantiles de Tennessee... hasta hace poco. Quizá había oído hablar de ella de pasada a personas que venían a ver a mi abuelo. Yo sabía que mi abuelo ayudaba a esas personas de alguna forma y que sentía la necesidad de tener esas reuniones en privado..., en su estudio o en el barco. A mi abuela nunca le gustó que se hablara de trabajo dentro de la casa, de asuntos inmobiliarios o de ninguna otra clase. Yo no sabía nada de la afición, o de la segunda ocupación de mi abuelo o lo que fuera hasta que lo ayudé a enviar los expedientes que le quedaban antes de que se muriera. Me pidió que no leyera los documentos y no lo he hecho. Hasta que Avery llegó a Edisto

hace unos días.

May abre la boca. Se le llenan los ojos de lágrimas.

—Entonces, ¿ha muerto? Sabía que estaba muy enfermo.

Trent le confirma que perdió a su abuelo meses atrás y May lo atrae hacia ella para besarlo en la mejilla.

—Era un buen hombre y un amigo muy querido.

—¿Lo adoptaron a través de la Asociación de Hogares Infantiles de Tennessee? —pregunta Trent—. ¿Por eso le interesaba?

May responde con un gesto sombrío de cabeza.

—Claro que sí. Y a mí también. Así nos conocimos. Claro que él entonces solo tenía tres años. Era una monada y muy cariñoso. Entonces no se llamaba Trent. Se cambió el nombre años después, cuando se enteró de quién era en realidad. Tenía una hermana de la que lo separaron mientras estábamos en el hogar infantil. Era dos o tres años mayor que él y creo que siempre tuvo la esperanza de que usar su verdadero nombre le ayudaría a encontrarla. Pero eso es lo triste. El hombre que ayudó a tantas personas a reencontrarse nunca consiguió localizar a su hermana. Quizá fue de los que no sobrevivieron. Fueron tantos...

La voz se le quiebra y se apaga. Se sienta más recta en la cama, carraspea.

—Nací en el río Misisipi en una casa flotante que construyó mi padre. Mi madre se llamaba Queenie y mi padre, Briny. Tenía tres hermanas pequeñas, Camellia, Lark y Fern, y un hermano, Gabion. Gabion era el pequeño...

Cierra los ojos, pero los veo moverse detrás de los párpados delgados y recorridos por venillas azules mientras prosigue su relato. Es como si soñara y viera las imágenes pasar flotando delante de ella. Cuenta que la policía se los llevó del barco y terminaron en un hogar infantil. Habla de semanas de incertidumbre y miedo, de empleadas crueles, de la separación de sus hermanos, de horrores como aquellos sobre los que hemos leído Trent y yo.

La historia que nos cuenta es desgarradora, pero fascinante. Estamos cada uno a un lado de la cama, escuchando casi sin respirar.

—En la casa perdí la pista de mis otros tres hermanos —dice por fin—, pero Fern y yo tuvimos suerte. Nos dejaron vivir juntas. Adoptadas.

Mira por la ventana y por un momento me pregunto si ya nos ha contado todo lo que tiene intención de contarnos. Por fin vuelve la vista a Trent.

—La última vez que vi a tu abuelo de niño me temí que fuera a ser de esos que no sobrevivían en el hogar. Era muy tímido. Siempre se metía en

problemas con las empleadas sin que fuera su intención. Para cuando me fui, era para mí casi como un hermano pequeño. Pensé que no volvería a verlo. Cuando un hombre llamado Trent Turner se puso en contacto conmigo años más tarde, di por hecho que era un impostor. Porque no reconocí el nombre, claro. Georgia Tann acostumbraba a cambiar los nombres a los niños, sin duda para impedir que sus familias biológicas los localizaran. La recuerdo como una mujer horrible y cruel y creo que la dimensión de sus crímenes nunca llegará a conocerse del todo. Pocas de sus víctimas fueron capaces de hacer lo que hizo tu abuelo, reclamar su certificado de nacimiento y su verdadera ascendencia. Incluso llegó a conocer a su madre biológica antes de que muriera y también se reunió con otros familiares. Volvió a ser Trent, pero yo lo conocí como Stevie.

Vuelve a distraerse y sus pensamientos parecen viajar con ella. Cambio un poco de sitio la fotografía de las cuatro mujeres y hago algunas suposiciones. En un tribunal, esto equivaldría a guiar al testigo, aquí solo ayuda a desenterrar una historia.

—¿Las que salen en esta fotografía con usted y mi abuela son sus hermanas?

Sé que las otras tres mujeres tienen que ser hermanas o primas. Es evidente, aunque los sombreros les ocultan parcialmente la cara. Sigue intrigándome lo mucho que se parecen a mi abuela. El color de pelo. Los ojos claros que dan la impresión de traspasar la fotografía. Pero la forma de la cara, al menos lo que puedo ver de ella, es distinta. Los rasgos de las tres hermanas son llamativos, perfectamente cincelados. Tienen barbillas amplias y cuadradas, narices rectas y ojos almendrados un poco rasgados en las comisuras. Son muy hermosas. Mi abuela también es guapa, pero sus rasgos son más delgados y recuerdan un poco a un pájaro, y los ojos azules casi parecen demasiado grandes para su cara. Son luminosos, incluso en blanco y negro.

May coge la foto y la sostiene con manos temblorosas. Parece estudiarla durante una eternidad. Tengo que contenerme para no preguntar. *¿Qué le pasa por la cabeza? ¿En qué está pensando? ¿Qué está recordando?*

—Sí, las tres... Lark, Fern y yo. Las bellas nadadoras. —Suelta una risa breve y traviesa y le da una palmadita a Trent en la mano—. Me parece que tu abuela se inquietaba un poco cuando aparecíamos. Pero no tenía razón para ello. Trent la quería con toda su alma. Le estábamos muy agradecidas por

ayudarnos a encontrarnos. Edisto era un lugar especial para nosotras. Fue donde nos reunimos por primera vez.

—¿Fue allí donde conoció a mi abuela? —Necesito una respuesta sencilla a todo esto. Una con la que pueda vivir. No quiero enterarme de que mi abuela estaba cumpliendo una penitencia por la participación de mi familia en la Asociación de Hogares Infantiles de Tennessee, que mis abuelos fueron de los muchos políticos que protegieron a Georgia Tann y su red, que ignoraron las atrocidades porque había familias poderosas que no querían que se hicieran públicos sus delitos o declaradas nulas sus adopciones—. ¿Fue allí donde se hicieron amigas?

Recorre con los dedos el recuadro blanco de la fotografía. Está mirando a mi abuela. Ojalá pudiera meterme dentro de su cabeza o, mejor aún, dentro de la fotografía.

—Sí, fue allí. Coincidimos en actos sociales antes incluso de tratarnos, aunque debo decir que antes de conocerla tenía una impresión completamente equivocada de ella. Llegó a ser una amiga muy querida. Y fue muy generosa prestándonos a mis hermanas y a mí la casa de Edisto de vez en cuando para que pudiéramos pasar unos días juntas. Esa foto se hizo durante una de nuestras visitas. Tu abuela se reunió con nosotras allí. Pasamos un día precioso de finales de verano en la playa.

Esta información me tranquiliza y me gustaría parar aquí, pero no explica por qué estaban las palabras «Asociación de Hogares Infantiles de Tennessee» en la cinta de la máquina de escribir de mi abuela... O por qué se puso Trent Turner I en contacto con mi abuela.

—El abuelo de Trent dejó un sobre para mi abuela Judy —digo—. A juzgar por su dietario, creo que tenía intención de ir a buscarlo antes de caer enferma. Dentro del sobre había documentos de la Asociación de Hogares Infantiles de Tennessee. Certificados médicos y documentos de cesión de un recién nacido llamado Shad Arthur Foss. ¿Para qué querría esos papeles mi abuela?

Ahora he pillado a May desprevenida. Hay más cosas que contar, pero no parece muy dispuesta a hacerlo.

Parpadea y cierra los ojos.

—De repente me encuentro... muy cansada. Y tanta charla... Es más de lo que hablo en una semana entera.

—¿Tenía mi abuela algo que ver con la Asociación de Hogares Infantiles

de Tennessee? ¿Estaba mi familia implicada?

Tengo la sensación de que, si no lo averiguo hoy, nunca lo haré.

—Eso tendrías que preguntárselo a ella.

May se recuesta en las almohadas y suspira de forma exagerada.

—No puedo. Ya se lo he dicho. Ya no recuerda esas cosas. Por favor, sea lo que sea dígame la verdad. Arcadia. ¿Tiene algo que ver con esto?

Agarro con fuerza los barrotes de la cama. Trent pone una mano encima de la mía.

—Tal vez sea mejor si lo dejamos por hoy.

Pero veo que May se está encerrando en sí misma y que la historia se desvanece como un dibujo a tiza en un día de lluvia.

Corro detrás de los colores que se van.

—Solo quiero saber si mi familia fue... responsable de alguna manera. ¿Por qué tenía mi abuela tanto interés en todo esto?

May palpa la barandilla hasta encontrar mi mano y me la aprieta en un gesto para tranquilizarme.

—Pues claro que no, querida. No te angusties. Durante un tiempo, Judy me estuvo ayudando a escribir mi historia, eso es todo. Pero luego me lo pensé mejor. En la vida he descubierto que los tiempos pasados son un poco como la berza. Tienden a tener un sabor amargo. Es mejor no masticarlos demasiado tiempo. Tu abuela era una estupenda escritora, pero le resultaba duro hablar de nuestras vivencias en el hogar infantil. Creo que su talento estaba hecho para relatos más alegres.

—¿La estaba ayudando a escribir su historia? ¿Eso es todo?

¿Podría ser esta la explicación? ¿Nada de secreto familiar? ¿Solo la abuela Judy usando su talento para ayudar a una amiga, para arrojar luz sobre una vieja injusticia, cuyas consecuencias aún perviven? Un inmenso alivio se apodera de mí.

Tiene todo el sentido del mundo.

—Eso es todo —confirma May—. Ojalá pudiera contarte más.

Esta última parte despierta mi curiosidad como la repentina bocanada de humo de un fuego supuestamente extinto. A los testigos que no están diciendo la verdad les cuesta trabajo atenerse a un sí o un no tajantes.

¿Qué es lo que le gustaría poder contarme? ¿Es que hay más?

May encuentra la mano de Trent, se la aprieta y la suelta.

—Siento mucho lo de tu abuelo. Para muchos de nosotros fue como un

regalo caído del cielo. Antes de que el estado hiciera públicos los expedientes de adopción en el 96, teníamos pocos medios para buscar a nuestras familias..., a nuestras verdaderas familias. Pero tu abuelo sabía cómo hacerlo. Sin él, Fern y yo nunca habríamos encontrado a nuestra hermana. Las dos han muerto ya, claro, Lark y Fern. Os agradecería que no molestaseis a sus familias..., ni a la mía tampoco, la verdad. Para cuando nos reencontramos éramos mujeres jóvenes con maridos y con hijos. Decidimos no interferir en nuestras vidas respectivas. Nos bastaba con saber que las otras estaban bien. Tu abuelo lo entendió. Espero que respetéis sus deseos. —Abre los ojos y me mira—. Los dos.

De pronto, todo indicio de agotamiento ha desaparecido. La mirada que me dirige es intensa, exigente.

—Por supuesto —dice Trent. Pero yo me doy cuenta de que no es la suya la respuesta que le interesa a May.

—No he empezado esto con intención de molestar a nadie. —Ahora soy yo la que se va por las ramas... y por eso no debería hacer promesas que no puedo cumplir—. Solo quería saber cuál era la participación de mi abuela en esto.

—Y ahora lo sabes, así que asunto terminado. —May asiente con la cabeza para dar énfasis. No estoy segura de a cuál de las dos nos está intentando convencer, si a mí o a ella—. Me he reconciliado con mi pasado. Es una historia que espero no tener que volver a contar. Como ya he dicho, me pensé mejor lo de contarle todo, aunque fuera a tu abuela. ¿Por qué hacer públicas cosas tan feas hoy? Todos tenemos problemas. Los míos pueden ser distintos de los de algunos, pero los he superado, lo mismo que Lark y Fern y supongo que, aunque nunca conseguimos encontrarlo, mi hermano también. Prefiero pensar que así fue. Él era la única razón por la que quería poner mi historia por escrito, hace años, cuando convencí a tu abuela de que me ayudara con el proyecto. Supongo que pensé que un libro o un artículo en un periódico podría llegarle si seguía vivo, y que si era de los muchos que desaparecieron estando al cuidado de la Asociación de Hogares Infantiles de Tennessee, podría al menos servir de homenaje. Quizá también para mis padres biológicos. No hay lápidas en las que poner flores. Por lo menos yo no las encontré.

—Siento..., siento mucho todo por lo que ha pasado.

Asiente con la cabeza y vuelve a cerrar los ojos, pidiéndome que me calle.

—Ahora necesito descansar. Enseguida vendrán a molestarme, a moverme o a llevarme a esa sala de rehabilitación infernal. Tengo casi noventa años. ¿Se puede saber para qué quiero ganar tono muscular?

Trent ríe.

—Eso mismo decía mi abuelo. De haber sido por él, lo habríamos dejado en una barca a la deriva en el río Edisto.

—Me parece un plan maravilloso. ¿Serías tan amable de buscarme un barco? Así podré volver a Augusta y bajar por el río hasta Savannah.

Cierra los ojos y sonrío un poco. A los pocos instantes, su respiración se alarga y los párpados aletean en sus arrugados ojos. La sonrisa permanece. Me pregunto si vuelve a ser la niña que navega las aguas turbias del Misisipi a bordo de la casa flotante que construyó su padre.

Trato de imaginar una historia como la suya, haber vivido dos vidas, haber sido, de hecho, dos personas distintas. No soy capaz. Para mí solo ha existido el amparo incondicional del apellido Stafford y una familia que me apoyó, me crio, me dio amor. ¿Cómo sería la vida de May con sus padres adoptivos? Caigo en la cuenta de que no me ha contado esa parte de la historia. Solo ha dicho que, después de una estancia desgarradora en un hogar infantil, su hermana y ella habían sido entregadas a una familia.

¿Por qué se interrumpió ahí? ¿Era el resto demasiado personal?

Aunque ha contestado a la pregunta que vine aquí a hacer y nos ha pedido que no sigamos indagando, no puedo evitar querer saber más.

Trent parece sentir lo mismo. Lógico. El pasado de su familia está vinculado al de May.

Nos quedamos unos minutos junto a la cama mirándola, los dos perdidos en nuestros pensamientos. Luego recogemos las fotografías y salimos de la habitación de mala gana. Ninguno hablamos hasta que estamos donde nadie puede oírnos.

—No sabía eso de mi abuelo —dice.

—Tiene que ser duro enterarse.

Trent frunce el entrecejo.

—Se me hace raro pensar que mi abuelo pasó por una cosa así de niño. Me hace admirarlo aún más, lo que hizo con su vida, la clase de persona que era. Pero también me pone furioso. No puedo evitar preguntarme cómo habría sido su vida si no hubiera estado en el lugar equivocado en el momento equivocado, si sus padres no hubieran sido pobres, si alguien hubiera

intervenido en la Asociación de Hogares Infantiles de Tennessee antes de que se lo llevaran. De haber crecido con la familia en la que nació, ¿habría sido la misma persona? ¿Le gustaba tanto el río porque venía de él o porque el padre que lo crio iba a pescar los fines de semana? May dijo que conoció a algunos de sus parientes biológicos. ¿Cómo se sentiría al respecto? ¿Por qué nunca nos presentó a ninguno? Son tantas las preguntas que tengo ahora mismo...

Nos detenemos justo después de cruzar la puerta principal, los dos reacios a separarnos e ir a nuestros respectivos coches. La historia de May nos ha dejado sin excusa para estar juntos. Deberíamos despedirnos, pero tengo la sensación de que hemos formado vínculos y que no deberíamos cortarlos.

—¿Crees que intentarás localizar a alguien de la familia de tu abuelo?

Se mete las manos en los bolsillos del pantalón vaquero y baja la vista a la acera.

—Hace tanto tiempo de eso que no le veo sentido. A estas alturas ya serían familia lejana. Igual por eso mi abuelo no se molestó en intentarlo. Aunque quizá investigue un poco. Me gustaría conocer detalles..., aunque solo sea por Jonah y mis sobrinos. Puede que algún día pregunten y no quiero más secretos.

La conversación decae. Trent se pasa la lengua por el labio como si quisiera decir algo, pero no acabara de decidirse si debe hacerlo o no.

Entonces hablamos los dos a la vez.

—Gracias...

—Avery, sé que...

Por alguna razón a los dos nos hace gracia. La risa afloja un poco la tensión.

—Las damas primero. —Me hace un gesto, como para darme la entrada a lo que estoy a punto de decir. Lo cierto es que no encuentro las palabras adecuadas. Después de lo que hemos vivido estos últimos días, casi me parece inconcebible que esto sea el final. Algo nos une, o al menos eso siento yo.

Quizá estoy siendo una tonta.

—Iba a darte las gracias por todo esto. Por no mandarme a casa con las manos vacías. Sé que romper la promesa que le habías hecho a tu abuelo fue difícil. No... —Nuestras miradas se encuentran. El resto de la frase se desvanece. Me arden las mejillas. Una vez más soy consciente de la química inesperada que hay entre los dos. Pensé que era la emoción de resolver el

misterio, pero ahora el misterio está resuelto y el cosquilleo de la fascinación sigue ahí.

Me viene un pensamiento aleatorio, en absoluto buscado, ni deseado. *Igual me estoy equivocando... con Elliot.* Y entonces me doy cuenta de que no es tan aleatorio como parece. Hasta ahora no he estado más que evitando hacerme la pregunta. ¿Estamos Elliot y yo enamorados o simplemente... hemos cumplido los treinta y tenemos la sensación de que ya toca? ¿Lo nuestro es una profunda amistad de muchos años o es pasión? Aunque nos hemos estado diciendo a nosotros mismos que no vamos a dejarnos avasallar por nuestras familias, ¿no lo hemos hecho al final? Me viene a la cabeza un consejo político de Leslie. De pronto me parece la demostración de todo. *Si necesitamos darte un perfil más público, Avery, un anuncio de boda bien organizado nos puede venir muy bien. Aparte de eso, a una mujer joven y guapa no le supone ninguna ventaja estar soltera en Washington, da igual lo mucho que cuide su lenguaje corporal en situaciones sociales. Los lobos necesitan saber que no está disponible oficialmente.*

Intento ahuyentar el pensamiento, pero es como una espiga en la crin de un caballo. Las agujas se enredan en cada mechón. A estas alturas no imagino cambiar de rumbo. Todos, absolutamente todos están esperando un anuncio de boda de un momento a otro. Una ruptura sería... inimaginable. A Honeybee y Bitsy se les rompería el corazón. Social y políticamente yo parecería una veleta, alguien incapaz de decidirse, que no sabe lo que quiere.

¿Es así?

—¿Avery? —Trent entrecierra los ojos y ladea la cabeza. Se está preguntando en qué pienso.

No se lo puedo decir.

—Te toca a ti.

No me atrevo a decir nada más, considerando lo descabellado de mis últimos pensamientos.

—Ya da igual.

—No es justo. En serio, ¿qué ibas a decir?

Se rinde sin resistirse demasiado.

—Siento que empezáramos con mal pie el primer día. No suelo hablar así a los clientes.

—Bueno, yo no era en realidad un cliente, así que tenías disculpa.

Lo cierto es que se portó bastante bien, teniendo en cuenta lo exigente que

estuve yo. Soy una Stafford de los pies a la cabeza. Tiendo a dar por hecho que siempre voy a conseguir lo que quiero.

Algo que, ahora me doy cuenta con un escalofrío, me asemeja inquietantemente a los padres adoptivos que financiaron sin saberlo el negocio de Georgia Tann. Sin duda, algunos eran personas decentes y algunos de los niños sí necesitaban un hogar, pero otros, sobre todo aquellos que sabían que se estaban pagando sumas exorbitantes por hijos de encargo, alguna idea debían de tener de lo que ocurría. Pero supusieron que el dinero, el poder y su posición social les daban derecho.

Al pensar esto, me siento culpable. Pienso en todos los privilegios que he tenido, incluido un escaño en el Senado prácticamente regalado.

¿Tengo derecho a todas estas cosas solo por la familia de la que provengo?

Trent vuelve a meterse las manos en los bolsillos, incómodo. Mira su coche y luego a mí otra vez.

—No desaparezcas. Dame un toque la próxima vez que estés en Edisto.

La idea me recuerda al sonido del clarín al comienzo de una cacería campestre, cuando tu caballo tensa los músculos y sabes que, si aflojas las riendas, toda esa energía en potencia se desatará en una dirección.

—Me encantará saber qué más descubres sobre la familia de tu abuelo... Quiero decir, si es que encuentras algo. Pero sin agobios, no quiero parecer entrometida.

—A buenas horas.

Toso, haciéndome la ofendida, pero los dos sabemos que tiene razón.

—Perdóname. Es la abogada que llevo dentro.

—Seguro que es muy buena.

—Lo intento. —Me lleno del orgullo que me produce oír a otra persona hacerme un cumplido sobre algo que me importa. Algo que me he ganado a base de trabajo—. Me gusta que se haga justicia.

—Se nota.

Un coche aparca junto a nosotros. La intrusión nos recuerda que no podemos quedarnos ahí para siempre.

Trent mira por última vez la residencia.

—Da la sensación de que ha vivido mucho.

—Sí, desde luego.

Me duele pensar en May, la amiga de mi abuela, languideciendo día tras

día en este sitio. Sin visitas. Sin nadie con quien hablar. Con los nietos viviendo lejos, en una situación familiar compleja. Decididamente voy a ponerme en contacto con Andrew Moore, del comité, a ver si me puede sugerir alguna organización que la ayude.

Suena un claxon y se cierra la portezuela de un coche. El mundo sigue moviéndose y Trent y yo también deberíamos.

El pecho se le hincha y a continuación se le relaja. Su respiración me acaricia el oído cuando se acerca para besarme en la mejilla.

—Gracias, Avery. Me alegro de haber descubierto la verdad.

Su cara sigue cerca de la mía. Huelo aire salobre, champú infantil y una pizca de cieno salino. O quizá son imaginaciones mías.

—Yo también.

—No desaparezcas —repite.

—No lo haré.

Por el rabillo del ojo veo a una mujer que se acerca por la acera. Blusa blanca, tacones, falda negra. Sus pisadas veloces se me antojan inoportunas, fuera de lugar en un día así. Me empiezan a arder las mejillas y me separo de Trent tan bruscamente que me mira desconcertado.

Leslie me ha localizado. No debería haberle pedido a Ian que preguntara por el estado de salud de May por mí. Leslie mete la barbilla mientras nos mira a Trent y a mí. Imagino lo que estará pensando. En realidad no necesito imaginarlo. Lo veo. La escena que acaba de presenciar era íntima.

—Gracias otra vez, Trent. —Intento borrar la impresión que debe de haberse llevado—. Conduce con cuidado.

Doy un paso atrás, junto las manos.

Sus ojos buscan los míos.

—Sí —murmura ladeando la cabeza y mirándome con los ojos entrecerrados. No tiene ni idea de que hay alguien detrás de él o de que el mundo real acaba de irrumpir igual que una galerna.

—Te hemos estado buscando. —Leslie hace notar su presencia sin perder el tiempo en cortesías—. ¿No te funciona el teléfono o es que te estás escondiendo?

Trent se hace a un lado, mira a la jefa de prensa de mi padre y luego a mí.

—Estaba de vacaciones —digo—. Todo el mundo sabía dónde localizarme.

—¿En Edisto? —contesta Leslie con un matiz de sarcasmo. Es evidente

que ahora mismo no estoy en Edisto. Dirige otra mirada desconfiada a Trent.

—Sí, bueno... He... —Intento pensar. Estoy sudando debajo del vestido playero de flores que me compré para tener algo limpio que ponerme hoy—. Es una larga historia.

—Bueno, pues me temo que no tenemos tiempo para que me la cuentes. Te necesitan en casa. —Quiere hacer saber a Trent que tenemos trabajo y que su presencia sobra. Funciona. Me dedica una última mirada perpleja y a continuación se disculpa diciendo que tiene que visitar a alguien en Aiken.

—Cuídate, Avery —se despide mientras se dirige hacia su coche.

—Trent... Gracias —le digo. Levanta una mano y saluda sin volverse como queriendo decir que, pase lo que pase aquí, no quiere tener nada que ver.

Me gustaría poder correr detrás de él y al menos disculparme por la intromisión tan brusca de Leslie, pero sé que no debo. No hará más que provocar más preguntas.

—Creo que tenía el móvil apagado —le digo a Leslie antes de que empiece su interrogatorio—. Lo siento. ¿Qué es lo que pasa?

Parpadea despacio, levanta la barbilla.

—Ahora te lo cuento. Primero quiero hablar de lo que he visto cuando venía por esta acera. —Levanta una mano en dirección a Trent y confío en que este se haya alejado ya lo bastante para no oírla—. Porque me ha parecido preocupante.

—Leslie, es un amigo. Me estaba ayudando a localizar información sobre la historia de mi familia, nada más.

—Información sobre tu familia. ¿De verdad? ¿Aquí? —Levanta el mentón y resopla, irritada—. ¿De qué tipo?

—Prefiero no contártelo.

Le relampaguean los ojos. Aprieta los labios hasta que forman una delgada línea. Respira hondo, vuelve a parpadear y me mira furiosa.

—Pues déjame que te diga una cosa. Lo que he visto aquí es exactamente la clase de escena que no te puedes permitir. Nada que pueda ser manipulado, usado o malinterpretado, Avery. Nada. Tienes que ser pura como la nieve virgen y de lejos no me has parecido nada pura. ¿Te imaginas cómo habría quedado algo así en una fotografía? Todos nosotros, el equipo entero, estamos dándolo todo por ti. Por si llega el momento...

—Lo sé. Lo entiendo.

—Lo último que necesita esta familia es abrir otro frente.

—Tomo nota. —Digo las palabras con confianza, pero en mi interior estoy confusa; estoy avergonzada; me humilla tener que vérmelas con Leslie ahora mismo. Me debato entre apaciguarla y salir corriendo detrás de Trent. Me da miedo hasta levantar la vista para comprobar si ha llegado ya al coche.

El motor arranca y eso contesta a mi pregunta. Lo oigo salir marcha atrás y alejarse. *Probablemente es lo mejor*, me digo. *Por supuesto que lo es*. Tenía mi vida entera planeada antes de ir a Edisto. ¿Por qué iba a querer ponerla en peligro por... el pasado remoto de mi familia, cosas que ya no importan, un hombre al que no me une nada excepto una historia que hasta quienes la vivieron prefieren olvidar?

—Hay novedades. —Tardo un momento en asimilar las palabras de Leslie, a pesar de que la estoy mirando—. *The Sentinel* acaba de publicar un reportaje larguísimo sobre centros de mayores propiedad de corporaciones y exención de responsabilidades. Es cuestión de tiempo que los medios de comunicación nacionales se hagan eco. El artículo hacía hincapié en los casos de Carolina del Sur. Tienen costes comparativos entre Magnolia Manor y la clase de centros que se han mencionado en algunas demandas por daños y perjuicios. Tienen fotografías de las víctimas y sus familiares. Lo han titulado «Envejecer en desigualdad de condiciones» y el artículo empieza con una fotografía de lejos de tu padre y tu abuela paseando por los jardines de Magnolia Manor.

La miro boquiabierta mientras una furia febril me enciende por dentro.

—¿Cómo se atreven? ¿Cómo se atreve nadie? No tienen ningún derecho a acosar a mi abuela.

—Es política, Avery. Política y sensacionalismo. Aquí no hay terreno vedado.

20

Rill

El hombre se llama Darren y la mujer, Victoria, pero nos han dicho que los llamemos papá y mamá, no Darren y Victoria, ni señor y señora Sevier. No me molesta demasiado. Nunca he llamado papá o mamá a nadie, así que esas palabras no ocupan ningún lugar en mí. Son solo palabras. Nada más.

Queenie y Briny siguen siendo nuestros padres y vamos a volver con ellos, en cuanto sepa cómo. No será tan difícil como pensé que podría ser. La casa de los Sevier es grande y está llena de habitaciones que nadie usa, y en la parte de atrás hay un porche amplio que da a campos de altos árboles y hierba verde, y todo forma una pendiente que conduce a lo mejor de todo: el agua. No es el río; es un brazo muerto largo y delgado que termina en un lago llamado Dedmen's Slough..., y Dedmen's Slough llega hasta el Misisipi. Esto lo sé porque le pregunté a Zuma, que limpia la casa y cocina y vive encima de la vieja cochera donde el señor Sevier aparca sus automóviles. Tiene tres. Nunca he conocido a nadie que tenga tres automóviles.

El marido de Zuma, Hoy, y su hija, Hootsie, viven ahí con ella. Hoy cuida el jardín y el gallinero, los perros de caza del señor Sevier que ladran y aúllan toda la noche y un poni que la señora Sevier lleva diciéndonos ya dos semanas que podemos montar si queremos. Le dije que no nos gustan los ponis, aunque no es verdad. Le advertí a Fern que no dijera lo contrario.

El marido de Zuma da miedo, es grande y negro como el betún y después de vivir en casa de la señora Murphy no quiero que ningún jardinero nos lleve a Fern o a mí a ninguna parte. No quiero que estemos solas con el señor Sevier. También él ha intentado llevarnos a montar en poni, pero solo porque

la señora Sevier lo obligó. Él hará cualquier cosa con tal de evitar que la señora Sevier se vaya por el camino del jardín donde los dos niños que nacieron muertos y tres que no llegaron a nacer tienen sus tumbas adornadas con corderitos de piedra. Cuando la señora Sevier va allí, se tumba en el suelo y llora. Luego vuelve a la casa y se mete en la cama y no se levanta. Tiene cicatrices en las muñecas. Yo sé por qué las tiene, pero no se lo cuento a Fern, claro.

—Tú siéntate en su regazo y déjala que te peine y juegue contigo a las muñecas. Asegúrate de que es feliz —le digo a Fern—. Nada de llorar ni de mojar la cama, ¿me oyes?

Esa es la única razón por la que los Sevier me trajeron aquí, porque Fern no dejaba de llorar, de mojar la cama y de quejarse.

Hasta ahora y en general, Fern lo está haciendo bastante bien. Pero algunos días no hay nada que ayude a la señora Sevier. Algunos días no quiere que la toque absolutamente nadie. Solo quiere a los muertos.

Cuando se tumba en la cama a llorar por los hijos que perdió, el señor Sevier se esconde en su sala de música y nosotras tenemos que estar con Zuma, que piensa que tenernos en la casa le supone demasiado trabajo. La señora Sevier antes le compraba cosas a la hijita de Zuma, Hootsie, que tiene diez años, dos menos que yo. Pero ahora la señora Sevier nos compra cosas a nosotras. A Zuma eso no le hace ninguna gracia. Le ha sonsacado información suficiente a Fern para saber de dónde somos y no entiende para qué quieren unas personas tan finas como el señor y la señora Sevier a unas vagabundas del río como nosotras. Nos lo dice bien claro, pero nunca cuando la señora Sevier pueda oírla, claro.

Zuma no se atreve a pegarnos, pero le gustaría. Cuando Hootsie se porta mal, Zuma le da una buena zurra. A veces, cuando nadie nos ve, Zuma nos mira agitando el cucharón largo de madera y nos dice: «Deberíais estar agradecidas. Deberíais estar besándole los pies a la señora por dejaros estar en esta casa tan buena. Pero yo sé quiénes sois, eso no lo olvidéis. Estáis aquí solo hasta que la señora tenga su propio hijo. El señor cree que, si deja de preocuparse tanto, lo tendrá. Cuando lo tenga, vosotras, alimañas del río, os largaréis. Con el resto de escoria blanca. Solo estáis aquí de momento. No os acostumbréis. Solo para que lo sepáis, esto yo ya lo he vivido. No os vais a quedar mucho tiempo».

Tiene razón, así que no veo motivos para llevarle la contraria. Por lo

menos aquí hay comida, y mucha. Hay vestidos de volantes, aunque pican y están tiesos, y cintas para el pelo, y lápices de colores y libros y zapatos merceditas nuevos y relucientes. Hay un juego de té pequeñito para jugar a tomar té con pastas por las tardes. Nunca habíamos jugado a tomar el té, así que la señora Sevier nos tiene que enseñar.

No hay que hacer cola para bañarse. No tenemos que desnudarnos mientras otras personas nos miran. Nadie nos da pescozones. Nadie nos amenaza con atarnos ni dejarnos en un armario. A nadie lo encierran en el sótano. Al menos no de momento, y, como dice Zuma, no estaremos aquí el tiempo suficiente para saber si lo harán una vez que se haya pasado la novedad.

De lo único que estoy segura es de que, cuando los Sevier se cansen de nosotras, no vamos a volver a casa de la señora Murphy. Por las noches, cuando estoy a salvo en mi dormitorio, contiguo al de Fern, miro hacia los prados y veo el agua a través de los árboles. Busco faros en el brazo muerto y veo algunos. A veces veo luces, incluso a lo lejos, en el lago, flotando como estrellas fugaces. Lo único que tengo que hacer es conseguir llegar a uno de los barcos y luego podremos cruzar Dedmen's Slough hasta el gran río. Una vez allí, será fácil bajar hasta donde el Wolf se encuentra con el Misisipi en la isla de Mud, y allí es donde nos estarán esperando Queenie y Briny.

Solo necesito conseguir una barca y lo haré. Cuando nos hayamos ido, los Sevier no tendrán la más mínima idea de lo que nos ha pasado. La señorita Tann no les dijo que somos del río y me apuesto a que Zuma tampoco. Nuestros nuevos padres creen que nuestra madre de verdad era una universitaria y nuestro padre, un profesor. Creen que ella enfermó de neumonía y se murió y él se quedó sin trabajo y no podía mantenernos. También creen que Fern no tiene más que tres años, pero tiene cuatro.

No les cuento a los Sevier la verdad. Lo único que hago es intentar portarme bien para que no pase nada antes de que Fern y yo podamos escapar.

—Ahí estáis —dice la señora Sevier cuando nos encuentra sentadas a la mesa esperando para desayunar. Frunce el ceño al ver que ya nos hemos puesto la ropa que nos dejaron preparada anoche. Fern lleva unos pantalones de cuadros azules con una blusita que se abrocha en la espalda. Tiene las mangas abullonadas y le deja a la vista la barriguita debajo del encaje del borde inferior. Yo llevo un vestido violeta lleno de puntillas y un poco estrecho por la parte de arriba. Tuve que contener la respiración para

abrochármelo, y no debería, pero estoy creciendo, supongo. Queenie dice que los niños Foss damos estirones de un día para otro.

Así que o he dado un estirón o es que aquí comemos muchas más cosas que gachas de maíz. Cada mañana nos sentamos todos a una mesa llena de comida y para el almuerzo Zuma nos sirve emparedados en una bandeja. Por la noche también cenamos mucho, a no ser que el señor Sevier esté ocupado en su sala de música. Cuando pasa eso, volvemos a comer emparedados en una bandeja y la señora Sevier juega con nosotras a juegos de mesa, que a Fern le encantan.

—May, te dije que no tienes por qué madrugar tanto y vestir también a la pequeña Beth. —Cruza los brazos sobre la bata de seda, que parece una túnica de las que lleva Cleopatra. Fern y yo tenemos batas a juego. Nuestra nueva mamá le mandó a Zuma que nos las hiciera especialmente. No nos las hemos puesto. Creo que es mejor que no nos acostumbremos a las cosas elegantes, puesto que no nos vamos a quedar mucho tiempo.

Aparte de que me están saliendo dos bultitos en el pecho y las batas son tan brillantes y finas que se me marcan y no quiero que nadie los vea.

—Hemos esperado... un rato. —Me miro el regazo. No entiende que llevamos toda la vida levantándonos al amanecer. No se puede vivir de otra manera en un barco. Cuando el río se despierta, tú también. Los pájaros hablan y los barcos silban y las olas rompen una detrás de otra si el barco está fondeado cerca de un canal grande. También hay que vigilar los sedales y los peces que pican y hay que encender la estufa. Hay cosas que hacer.

—Ya es hora de que aprendáis a dormir hasta una hora decente. —La señora Sevier me mira moviendo la cabeza y no sé si está bromeando o si no le gusto demasiado—. Ya no estáis en un orfanato, May. Esta es vuestra casa.

—Sí, señora.

—Sí, mamá. —Me pone una mano en la cabeza y se inclina para besar a Fern en la mejilla, luego hace como que le come la oreja. Fern se ríe y suelta un gritito.

—Sí, mamá —repito. No me sale natural, pero voy mejorando. La próxima vez lo recordaré.

Se sienta en el extremo de la mesa y mira hacia el largo pasillo mientras apoya la barbilla en una mano y frunce el ceño.

—¿No habéis visto a papá esta mañana?

—No..., mamá.

Fern se encoge en su silla y mira el ceño fruncido de nuestra nueva mamá con preocupación. Todos sabemos dónde está el señor Sevier. Oímos la música que llega por el pasillo. Se supone que no debe meterse en la sala de música antes del desayuno. Los hemos oído discutir por eso.

—¡Darreeeen! —grita tamborileando en la mesa con las uñas.

Fern se tapa los oídos y Zuma llega corriendo con una salsera de porcelana con tapa que le tiembla en las manos. La tapa casi se cae al suelo antes de que le dé tiempo a cogerla. Tiene los ojos muy abiertos y se le ve mucho el blanco, hasta que se da cuenta de que la señora Sevier no está enfadada con ella.

—Voy a llamarlo, señora. —Deja la salsera en la mesa y grita en dirección a la cocina—: ¡Hootsie, trae las fuentes antes de que se enfríen!

Pasa junto a la mesa tiesa como un palo de escoba y me mira furiosa cuando nuestra nueva mamá no la ve. Antes de que viniéramos, Zuma no tenía que manchar tantos platos para desayunar. Solo tenía que preparar una bandeja y llevarla al dormitorio de la señora Sevier. Me lo ha contado Hootsie. Antes de que viniéramos, a veces Hootsie se pasaba la mañana entera en el piso de arriba con la señora, hojeando la revista *Life* y libros con dibujos tratando de distraerla para que el señor Sevier pudiera trabajar.

Ahora Hootsie tiene que ayudar en la cocina y es culpa nuestra.

Cuando viene a traer los huevos, mete un pie debajo de la mesa y me pisa los dedos.

Al cabo de un minuto viene Zuma con el señor Sevier. Es la única que consigue sacarlo de la sala de música cuando tiene la puerta cerrada. Crio al señor Sevier cuando era un niño y sigue cuidándolo como si todavía lo fuera. Él la obedece más que a la señora Sevier.

—¡Tiene que comer! —dice mientras lo sigue por el pasillo agitando las manos en las sombras de la mañana—. He hecho un montón de comida y ahora se está quedando fría.

—Me he despertado temprano con una melodía en la cabeza. Tenía que ponerme a trabajar antes de que se me fuera. —El señor Sevier se detiene al final del pasillo, se lleva una mano al estómago y sube la otra. Da unos pasos de baile, como si fuera un actor subido a un escenario. Luego nos hace una reverencia—. Buenos días, señoras.

El ceño de la señora Sevier se frunce un poco más.

—Ya sabes en qué quedamos, Darren. No antes de desayunar y las

comidas se hacen a la mesa, todos juntos. ¿Cómo van a aprender las niñas a ser una familia si te pasas el día encerrado y solo?

El señor Sevier no se para en su silla, sino que rodea la mesa y la besa en los labios.

—¿Cómo está mi musa esta mañana?

—No empieces —se queja ella—. Ya estás intentando engatusarme.

—¿Y lo estoy consiguiendo?

Le guiña un ojo a Fern y esta ríe, yo hago como que no he visto nada. Algo me oprime dentro del pecho y me pongo a mirar mi plato y veo a Briny besando a Queenie de esa misma manera cuando cruzaba el barco para ir a la cubierta de popa.

De pronto la comida no huele tan bien, aunque el estómago me ruge de hambre. No quiero comerme el desayuno de estas personas ni reírme con sus chistes ni llamarlas «mamá» y «papá». Yo ya tengo mamá y papá y quiero irme a casa con ellos.

Y Fern no debería reírse ni seguir la corriente a estas personas. No está bien.

Le pellizco la pierna debajo de la mesa y da un pequeño aullido.

Nuestros nuevos mamá y papá nos miran tratando de averiguar qué ha pasado. Fern no se lo dice.

Zuma y Hootsie traen el resto de la comida y desayunamos mientras el señor Sevier nos habla de su nueva música y de cómo le llegó la melodía en mitad de la noche. Habla de partituras y notas y de muchas otras cosas. La señora Sevier suspira y mira por la ventana, pero yo no puedo evitar escuchar. Nunca he oído nada sobre cómo se escribe música en un papel. Las canciones que me sé son de escuchar a Briny tocar la guitarra o la armónica o incluso a veces el piano en unos billares. La música siempre me llega muy adentro y me hace sentir de una manera especial.

Ahora me pregunto si Briny sabía que hay personas que escriben melodías en un papel como si fuera un libro de cuentos y luego salen en películas, como explica el señor Sevier. Su música nueva es para una película. Sentado a la cabecera de la mesa, agita las manos en el aire y habla nervioso y emocionado de una escena en que los guerrilleros confederados de William Quantrill cruzan Kansas a caballo y queman una ciudad entera.

Tararea la melodía y usa la mesa de tambor y los platos tiemblan y me imagino los caballos galopando y el estruendo de los rifles.

—¿Qué te parece, cariño? —le dice a la señora Sevier cuando termina.
Esta aplaude y lo mismo hace Fern.

—Una obra maestra —responde la señora Sevier—. Por supuesto que es una obra maestra. ¿A que sí, Bethie?

No consigo acostumbrarme a que llamen a Fern «Beth», que creen que es su verdadero nombre, claro.

—*Oba maeta*. —Fern intenta decir «obra maestra» con la boca llena de gachas.

Los tres ríen y yo me limito a bajar la vista al plato.

—Qué alegría verla tan contenta. —Nuestra nueva mamá se inclina sobre la mesa y le retira a Fern el pelo de la cara para que no se lo manche de gachas.

—Desde luego. —El señor Sevier está mirando a su mujer, pero ella no lo sabe. Está ocupada haciendo carantoñas a Fern.

La señora Sevier se enrosca el pelo de Fern en el dedo uniendo mechones rizados hasta formar tirabuzones grandes como los de Shirley Temple. Así es como le gusta que lo lleve. La mayoría de los días yo me hago una trenza a la espalda para no darle ideas y que no quiera hacer lo mismo conmigo.

—Me preocupaba que no llegáramos a este punto —le dice a su marido.

—Estas cosas llevan tiempo.

—Tenía tanto miedo de no llegar nunca a ser madre...

El señor Sevier levanta la vista al cielo, como si estuviera contento. Mira hacia la mesa.

—Es nuestra.

¡No lo es!, quiero gritar. No eres nuestra madre. Tus hijos son esos niños muertos del cementerio. Odio a la señora Sevier por querer quedarse a Fern. Odio a esos niños por haberse muerto. Odio al señor Sevier por traernos aquí. Si nos hubiera dejado tranquilas, a estas alturas estaríamos de vuelta en el Arcadia Fern y yo. Nadie estaría haciéndole tirabuzones a lo Shirley Temple ni la llamaría Beth.

Aprieto tanto los dientes que el dolor me sube hasta la cabeza. Me alegro. Es un dolor pequeño y sé de dónde viene. Puedo pararlo cuando quiera. El dolor de mi corazón es mucho más grande. No puedo quitármelo por mucho que lo intente. Me da tanto miedo que no me deja ni respirar.

¿Y si Fern decide que le gustan más estas personas que yo? ¿Y si se olvida de Briny y de Queenie y del Arcadia? Allí no teníamos vestidos bonitos ni

juguets de cuerda en el porche, ni osos de peluche, lápices de colores y juegos de té en miniatura. Solo teníamos el río, pero el río nos alimentaba y nos hacía libres.

Tengo que asegurarme de que Fern no se olvida. No puede convertirse en Beth por dentro.

—¿May? —La señora Fern me está hablando y no la he oído. Pongo cara alegre y la miro.

—¿Sí..., mamá?

—Decía que voy a llevarme a Beth a Memphis para que le hagan unos zapatos especiales. Es importante que le corriamos la pierna que mete hacia dentro antes de que crezca más. Una vez que un niño crece, es demasiado tarde, me han dicho. Y sería una pena, cuando es algo que tiene remedio. —Ladea un poco la cabeza, parece un águila buscando peces. Bonita, pero a los peces más les vale tener cuidado. Me alegro de tener los pies debajo de la mesa porque así no me puede ver la pierna derecha. Todos tenemos un pie un poco torcido hacia dentro. Lo hemos heredado de Queenie. Briny dice que es la marca de linaje del reino de *Arcadia*.

Ahora lo enderezo, no sea que a la señora Sevier se le ocurra mirar.

—Por la noche tendrá que dormir con un aparato ortopédico —me dice la señora Sevier. A su lado, el señor Sevier abre el periódico y lo lee por encima mientras se come el tocino.

—Ah —murmuro. *Por la noche se lo quitaré. Eso haré.*

—Había pensado llevarla yo sola. —La señora Sevier habla muy despacio y sus ojos azul intenso me miran fijamente bajo unos rizos rubios que me recuerdan a Queenie aunque no quiera. Claro que Queenie es muchísimo más guapa. Lo es—. Beth tiene que acostumbrarse a pasar tiempo con su nueva mamá, las dos solas..., sin protestar.

Sonríe a mi hermana, que está ocupada intentando pescar una de las fresas en conserva de Zuma en el plato con un tenedorcito de plata. A los Sevier no les gusta que nadie coma con los dedos.

La señora Sevier da una palmada para llamar la atención del señor Sevier y este baja un poco el periódico y asoma la nariz.

—Darren. Pero, Darren, ¡mírala! ¡Mira qué monería!

—Sigue así, soldado —dice el señor Sevier—. Cuando captures esa, te daremos otra.

Fern pincha la fresa, se la mete entera en la boca y sonríe mientras le

chorrea jugo por las comisuras de la boca.

Nuestros nuevos papás se ríen. La señora Sevier le limpia el carrillo a Fern con una servilleta para que no se estropee la blusa.

Intento decidir si debo suplicar que me lleven al médico de los zapatos o no. Me da miedo que se lleve a Fern. Le comprará cosas y Fern se encariñará con ella. Pero no quiero ir a Memphis. Mi último recuerdo de Memphis es cuando la señora Murphy me llevó al centro y me entregó a mi nuevo papá en la habitación de un hotel.

Si me quedo en casa cuando no esté la señora Sevier, seguramente podré salir y explorar un poco. Casi nunca nos deja salir. Le da miedo que cojamos hiedra venenosa o que nos muerda una serpiente. No puede saber que los niños del río aprendemos todas esas cosas desde que somos lo bastante mayores para caminar.

—Pronto empezarás el colegio. —A nuestra nueva mamá no le ha gustado que no le haya contestado sobre lo de llevarse a Fern al médico—. Beth es demasiado pequeña, claro. Pasará dos años en casa antes de ir al jardín de infancia..., si es que va. Igual me la quedo un año más. Dependerá... —Se lleva una mano esbelta al estómago y se lo acaricia despacio. No lo dice, pero espera que haya un niño dentro.

Intento no pensar en eso. E intento no pensar tampoco en el colegio. Cuando vaya, la señora Sevier tendrá todo el día a Fern para ella. Fern la querrá más a ella que a mí, estoy segura. Tenemos que irnos de aquí antes de que eso pase.

La señora Sevier carraspea y su marido vuelve a dejar el periódico.

—¿Qué planes tienes para hoy, cariño? —le pregunta ella.

—Componer, por supuesto. Quiero terminar la partitura nueva mientras la tengo fresca en la cabeza. Luego llamaré a Stanley y le tocaré un trozo por teléfono..., a ver si le gusta para la película.

La señora Sevier suspira y le salen arrugas alrededor de los ojos.

—Había pensado que tal vez podías decirle a Hoy que enganchara al poni y así salíais los dos a dar un paseo. —Nos mira a mí y al señor Sevier—. ¿Te gustaría, May? Si papá te acompaña no te dará miedo el poni. Es hembra y es muy buena. Yo tuve una como ella cuando era pequeña, en Augusta. Era lo que más me gustaba del mundo entero.

Se me tensan los músculos y se me enfría la cara. No me da miedo el poni. Me da miedo el señor Sevier. No porque me haya hecho nada, sino porque

después de vivir en casa de la señora Murphy sé lo que puede pasar.

—No quiero dar trabajo.

Me sudan las manos y me las seco en el vestido.

—Hum... —El señor Sevier baja las cejas. La idea le gusta tan poco como a mí y me alegro—. Veremos cómo se me da el día, cariño. La producción de la película va tan retrasada que me han dado menos plazo del normal y con el caos que ha habido en casa estas últimas semanas por... —Su mujer levanta la barbilla, hace un ligero movimiento de negación con la cabeza y el señor Sevier se interrumpe—. Veremos cómo va el día.

Me miro el regazo y no vuelve a hablarse del paseo en poni. Terminamos de desayunar y el señor Sevier desaparece en su sala de música lo más deprisa que puede. Muy pronto Fern y la señora Sevier se han ido también. Cojo los lápices de colores y un libro y me siento en el amplio porche que da a los árboles y al lago. Del estudio del señor Sevier sale música de piano. Se mezcla con el canto de los pájaros y cierro los ojos y espero a que Zuma y Hootsie se vayan a la cochera para escabullirme y echar un vistazo por los alrededores...

Me quedo dormida y sueño que Fern y yo estamos en el muelle de pesca del señor Sevier. Estamos sentadas en una de esas maletas grandes que guardan en la despensa, cerca de los cepillos y escobas de Zuma, y la hemos llenado de juguetes para Camellia, Lark y Gabion. Estamos esperando a que Queenie y Briny vengan a recogernos.

El *Arcadia* aparece al final del brazo muerto. Avanza contra corriente muy despacio. Entonces, de pronto, el viento lo impulsa y lo aleja. Me vuelvo y veo un automóvil negro que cruza traqueteando el prado a nuestra espalda. La cara de la señorita Tann está pegada al cristal de la ventanilla. Le hierven los ojos de furia. Cojo a Fern e intentamos llegar al agua para escapar nadando.

Echamos a correr, pero, cuanto más corremos, más lejos está el embarcadero.

El automóvil se detiene en el muelle justo detrás de nosotras. Una mano me coge por el vestido y por el pelo.

«Eres una sinvergüenza y una ingrata», dice la señorita Tann.

Me despierto de un salto y veo a Hootsie con un vaso de té y un plato de comida para mí. Los deja con brusquedad en la mesa de mimbre. La bebida salpica la bandeja y el plato.

—Ahora estará como la comida del río, ¿verdad? Bien remojadita.

Me sonrío guiñando los ojos.

Cojo el emparedado mojado, doy un mordisco grande y le devuelvo la sonrisa. Hootsie no tiene ni idea de cómo vivíamos antes de venir aquí. Puedo comer gachas de maíz con gorgojos sin pensármelo dos veces. Un emparedado mojado de té no me va a hacer perder los estribos. Ni tampoco Hootsie, por mucho que lo intente. No es dura. Yo sí que conozco chicos duros.

Resopla y levanta la nariz, y se va. Cuando termino de comer, tapo el plato con una servilleta para que no vengan moscas. Luego voy por el largo porche hasta la sala de música. Ahora hay silencio, pero tengo cuidado cuando llego al final de la casa y doblo la esquina. No hay ni rastro del señor Sevier. Antes de acercarme, miro bien.

Cuando cruzo la puerta mosquitera, su sala de música está en penumbra, con las cortinas completamente echadas. En un rincón, un proyector dibuja un cuadrado blanco de luz en la pared. Me hace pensar en los espectáculos de cine ambulante que ponían en los pueblos junto al río. Me acerco y veo mi sombra, larga y delgada, con pedacitos rizados de luz que brillan a través del pelo. Pienso en cuando a veces Briny hacía sombras chinescas en la luz de la ventana del *Arcadia*. Intento hacer una, pero no me sale.

Junto al proyector, una aguja se mueve atrás y adelante sobre un disco de un fonógrafo. Un sonido suave, áspero, sale del lado del armario en que se encuentra. Voy hasta él, bajo la vista y miro el círculo negro dar vueltas. Durante un tiempo tuvimos uno de estos en el porche trasero del barco, pero era de manivela. Briny lo encontró en una casa vieja junto al río donde ya no vivía nadie.

Poco después lo cambió por leña.

Me digo que no debería tocarlo, pero no puedo evitarlo. Es la cosa más bonita que he visto en mi vida. Tiene que ser nuevecito.

Cojo la bola plateada que sujeta la aguja y la muevo hacia atrás solo un poquito, de manera que vuelve a sonar el último trocito de música. Luego la muevo otra vez, y otra. Está puesto bajito, así que supongo que no lo oírán nadie más.

Al cabo de un minuto voy hasta el piano y pienso en cuando Briny y yo nos sentábamos en los billares o en los barcos con espectáculo cuando no había nadie. Me enseñaba a tocar melodías. De todos los hermanos, yo era a la que se le daba mejor aprenderlas; eso decía Briny.

La música del fonógrafo se termina y la aguja araña el disco.

Encuentro las notas del piano sin hacer nada de ruido. Solo pulso las teclas un poco. Descifrar la música no es muy difícil. Me gusta, así que vuelvo a mover la aguja y toco un poco más. Esa parte es más difícil, así que tengo que esforzarme más, pero al final también lo consigo.

—¡Bravo!

Salto y veo al señor Sevier con una mano en la puerta mosquitera. La suelta y aplaude. Me levanto enseguida de la banqueta del piano y busco un sitio donde esconderme.

—Perdón. No tenía... —Se me forman lágrimas en la garganta. ¿Y si le he hecho enfadar y se lo cuenta a la señora Sevier y se desembarazan de mí antes de que Fern y yo podamos llegar al río y volver a casa?

Entra y cierra la puerta.

—No te preocupes. No vas a hacer daño al piano. Pero Victoria estaba decidida a que saliéramos con el poni mientras no está. Le he pedido a Hoy que lo enganche. Van a venir unas personas a construir una casita junto al lago, un sitio tranquilo donde pueda trabajar cuando haya demasiado barullo en la casa. Iremos en el coche, echaremos un vistazo y luego daremos un paseo por la finca. Cuando volvamos, te enseñaré a...

Se adentra unos pasos más en la habitación.

—Aunque, ¿sabes qué? Ahora que lo pienso, al poni no le importará esperar. Es muy paciente. —El señor Sevier hace un gesto con la mano en dirección al piano—. Repite eso.

Las lágrimas se me van secando en la garganta. Me trago lo que queda de ellas mientras el señor Sevier va hasta el fonógrafo.

—A ver, lo pongo otra vez. ¿Cuánto puedes tocar?

Me encojo de hombros.

—No lo sé. No mucho. Primero lo tengo que escuchar fijándome mucho.

Pone el disco un poco antes de lo que lo había puesto yo, pero pienso rápido y lo acierto casi todo.

—¿Has tocado antes? —pregunta.

—No, señor.

Retrocede más con la aguja y lo repetimos. Solo me equivoco en un trocito de la parte nueva.

—Impresionante —dice.

No lo es, pero me gusta mucho oírse lo decir. Al mismo tiempo me

pregunto: *¿Qué quiere? No necesita que le toque el piano. Ya lo toca él muy bien. Mejor incluso que el disco del fonógrafo.*

—Otra vez. —Gira la mano una vez más—. Pero toca de memoria.

Lo hago, pero algo sale mal.

—Ups —dice—. ¿Te has dado cuenta?

—Sí, señor.

—Porque es un sostenido. —Señala el piano—. Si quieres, te lo enseño.

Asiento con la cabeza, me vuelvo hacia el piano y pongo los dedos en las teclas.

—No, así. —Se inclina hacia mí a mi espalda y me enseña a extender la mano—. El do con el pulgar. Tienes dedos delgados y largos. Manos de pianista.

Son las manos de Briny, pero eso el señor Sevier no lo sabe.

Me toca los dedos uno a uno. Las teclas tocan la melodía. Me enseña cómo tocar el sostenido en el que me equivocaba.

—Es así —explica—. ¿Oyes la diferencia?

Digo que sí con la cabeza.

—¡Sí! Sí lo oigo.

—Y ahora ¿sabes dónde va esa nota? —pregunta—. Quiero decir en la melodía.

—Sí, señor.

—Muy bien. —Antes de que me dé tiempo a pensar, se ha sentado a mi lado—. Tú vas a tocar la melodía y yo los acordes. Verás cómo combinan. Así es como se compone una pieza, como la que has oído en el disco.

Hago lo que dice y él toca las teclas de su lado ¡y sonamos igual que en el disco! Siento cómo la música sale del piano y se desliza a través de mi cuerpo. Ahora ya sé lo que sienten los pájaros cuando cantan.

—¿Podemos tocarla otra vez? —digo cuando llegamos al final—. ¿Un trozo más largo?

Quiero más y más y más.

Pone el disco y me ayuda a encontrar las teclas y luego tocamos juntos. Cuando terminamos, se está riendo y yo también.

—Deberíamos pensar en buscarte unas clases —dice—. Tienes talento.

Le miro con mucha atención para ver si está bromeando. *¿Talento? ¿Yo?*

Me tapo la sonrisa con la mano, bajo la vista a las teclas y me arden las mejillas. *¿Lo dice de verdad?*

—No lo diría si no fuera verdad, May. Puede que no sepa mucho de criar a niñas pequeñas, pero de música sí entiendo. —Se acerca a mí para intentar verme la cara—. Entiendo que debe de ser difícil para ti venir a una casa nueva, a tu edad..., pero creo que tú y yo podemos ser amigos.

De pronto estoy de vuelta en la casa de la señora Murphy, en la oscuridad como boca de lobo, y el señor Riggs me tiene atrapada entre él y la pared y se pega mucho contra mí, dejándome sin aire, sin sensación en el cuerpo. El olor a whisky y a carbonilla me sube por la nariz y susurra: *T-tú y yo p-podemos ser amigos. P-puedo darte pastillas de m-menta y ga-galletas. L-lo que quieras. P-podemos ser muy b-buenos amigos...*

Salto de la banqueta y golpeo las teclas tan fuerte que unas cuantas suenan a la vez. El ruido se mezcla con el sonido de mis zapatos chocando contra el suelo.

No dejo de correr hasta que estoy en el piso de arriba hecha un ovillo dentro de mi armario con los pies contra la puerta para que no pueda entrar nadie.

21

Avery

Cuando el clan Stafford cierra filas somos una fuerza formidable. Durante casi tres semanas ya, nos hemos parapetado y repelido los ataques de la prensa, cuyo objetivo es retratarnos como unos elitistas delincuentes porque hemos elegido una residencia de mayores de lujo para mi abuela, quien, por cierto, puede permitírselo. No estamos pidiendo a los ciudadanos que paguen los recibos..., que es lo que me entran ganas de decir a cada reportero que nos acosa con un micrófono cuando vamos a actos públicos, reuniones, compromisos sociales..., incluso a la iglesia.

De vuelta de acompañar a mis padres a misa seguida de *brunch* dominical, veo a mis hermanas en uno de los *paddocks* de las yeguas de cría con los trillizos de Allison. Courtney va a lomos de Doughboy, un hermoso rucio que lleva a medio galope. Monta a pelo y, mientras aparco, imagino el ritmo del caballo. Los músculos que se tensan y relajan, el ancho lomo que sube y baja.

—¡Hola, tía Aves! ¿Te vienes a dar una vuelta? —me pregunta Courtney esperanzada mientras camino hacia la cerca—. Luego me llevas a casa.

Estoy a punto de decir: «Déjame ir a por unos vaqueros», pero la madre de Courtney se me adelanta:

—¡Court, tienes que prepararte para el campamento!

—Jooo, mamá —se queja mi sobrina, y a continuación se aleja al trote.

Entro en el *paddock* y cruzo el pasto con mis tacones altos. En la parte opuesta de la cerca, los niños lo pasan en grande metiendo flores y briznas de hierba entre los listones de madera para que los potrillos nuevos los olisqueen. Allison y Missy sacan fotografías sin parar con sus iPhones. Los

pantalones cortos de lino y las pajaritas de los chicos no están tan prístinos como en la iglesia.

Missy se agacha y achucha a uno de los niños mientras lo ayuda a arrancar una flor silvestre.

—Ay... Echo de menos esto —dice soñadora. Sus adolescentes están ya en el campamento de verano de Asheville al que fuimos durante toda nuestra infancia. Court se va mañana para una estancia más corta.

—Pues te alquilo a estos tres gamberros cuando quieras. —Allison abre los ojos esperanzada mientras se sujeta la melena caoba detrás de la oreja—. Cuando quieras, de verdad. Ni siquiera tienes que llevarte a los tres. Con uno o dos me conformo.

Reímos las tres. Es un momento agradable, sin estrés. Las últimas semanas nos han tenido a todos hechos un manojo de nervios.

—¿Qué tal papá en el *brunch*?

Como de costumbre, Missy vuelve a los asuntos prácticos.

—Bien, creo. Se han quedado hablando con unos amigos. Espero que mamá le haga echarse un rato en cuanto llegue a casa. Más tarde tenemos una cena.

Mi padre está decidido a seguir con el ritmo de siempre, pero la polémica sobre la abuela Judy lo está desgastando. Que su madre se haya convertido en blanco de las últimas refriegas políticas le resulta difícil de sobrellevar. El senador Stafford sabe defenderse cuando lo atacan a él, pero, cuando su familia queda atrapada en el fuego cruzado, la presión sanguínea se le dispara.

Los días en que tiene que llevar la bomba de quimioterapia sujeta a la pierna da la impresión de que el peso añadido va a derribarlo en cualquier momento.

—Pues nos iremos pronto, antes de que lleguen. —Allison mira hacia el camino de entrada—. Solo quería sacar unas fotos de los potrillos y los niños con la ropa de los domingos. Leslie piensa que un posado de niños Stafford con crías de animal en las noticias de sociedad puede gustar a la prensa. Algo inocente y mono.

—A mí, si fuera periodista, desde luego me encantaría.

Beso a uno de mis sobrinos en la cabeza y me acaricia cariñoso la cara con las manitas sucias de hierba.

—Eh, tía Aves. ¡Mira esto! —Courtney hace saltar un pequeño obstáculo a

Doughboy.

—¡Courtney, sin silla ni casco no! —grita Allison.

—Esa chica se parece a mí —digo.

—Sí. Demasiado. —Missy me empuja suavemente con el hombro.

—No tengo ni idea de a qué te refieres.

La nariz recta de Allison se arruga.

—Claro que lo sabes.

—Vamos, Al. Déjala quedarse y montar un rato. —No puedo evitar intervenir a favor de Court. Además, tengo algo de tiempo libre y dar una vuelta a caballo suena apetecible—. Te la llevo a casa en una hora... o dos. Luego ya puede hacer el equipaje para el campamento.

Court hace saltar de nuevo a Doughboy.

—¡Courtney Lynne! —la reprende Allison.

Estoy a punto de decir que no son más que obstáculos pequeñitos y que además Courtney monta a caballo igual que un nómada mongol, pero me distrae un coche que está aparcando frente al establo. Reconozco enseguida el BMW plateado descapotable. Un peso de diez kilos se instala en mi pecho.

—¿Qué hace aquí Bitsy? —pregunta Missy.

—Esto no puede ser bueno.

No debería decir algo así, y menos de mi futura suegra, pero lo último que me apetece hoy es que Bitsy venga a agobiarme con sus planes de boda. Su intención es buena, pero me persigue en cuanto tiene ocasión.

Se me quita el peso de encima cuando es otra persona la que baja del coche, alguien alto, moreno y decididamente guapo.

—Anda, mira quién ha venido a ver a su enamorada. No sabía que estaba aquí tu chico. —Missy me sonrío y saluda con la mano hacia el establo—. ¡Hola, Elliot!

Estoy atónita.

—No... No me ha dicho que venía a Aiken. Cuando hablamos ayer, estaba en Washington porque tenía una reunión y hoy volaba a California.

—Pues supongo que ha cambiado de opinión. Qué romántico, ¿no? —Allison me empuja hacia la cerca—. Ya puedes ir a darle un abrazo.

—Y un beso —añade Missy—. Y algo más que se te ocurra.

—Ya vale. —Quizá son los años de infancia que Elliot y yo pasamos soportando las bromas de mis hermanas sobre que éramos novios cuando no lo éramos, pero me pongo colorada mientras Elliot saluda y echa a andar

hacia el *paddock*. Está muy atractivo con un traje gris que le queda como un guante. Desde luego lleva ropa de trabajo. ¿Qué hace aquí?

De pronto me muero de ganas de saberlo. Me quito los zapatos, echo a correr por la hierba y me tiro a sus brazos. Me levanta del suelo y luego vuelve a dejarme y me da un beso rápido. Todo en el gesto me encanta. Es una sensación familiar, bonita, tranquilizadora, y me doy cuenta de es precisamente lo que necesito ahora.

—¿Qué haces en Aiken? —Sigo desconcertada por su aparición repentina. Feliz, pero desconcertada.

Sus ojos marrón intenso centellean. Está encantado de haberme dado una sorpresa.

—Cambié el vuelo para poder pasar aquí unas horas antes de seguir a Los Ángeles.

—¿Vuelas hoy a Los Ángeles? —Odio parecer decepcionada, pero ya había empezado a hacer planes mentalmente.

—Esta noche —contesta—. Siento no poder quedarme más. Pero, oye, es mejor que nada, ¿no?

Oigo un coche que se acerca por el camino y tiro de Elliot hacia el establo. Podrían ser papá o Honeybee que vuelven del *brunch*. Si nos ven, no tendremos tiempo para estar solos.

—Vamos a dar un paseo. Te quiero todo para mí.

Con un poco de suerte, mis padres ni se fijarán en el coche aparcado junto al de Allison.

Elliot me mira los pies descalzos con el ceño fruncido.

—¿No necesitas zapatos?

—Cogeré unas botas de goma en el cobertizo. Si subo a casa, todos se enterarán de que estás aquí y mamá querrá que te quedes a charlar. —Apenas acabo de decir estas palabras cuando la realidad se impone—. ¿Sabe tu madre que has venido?

Bitsy nos matará a los dos si Elliot no pasa tiempo con ella mientras está aquí.

—Tranquila. Ya he pasado a verla. Hemos desayunado juntos.

Eso explica por qué Bitsy no estaba en el *brunch*.

—¿Tu madre sabía que venías pero a mí no me lo dijiste?

Odio tener celos, pero así es. Elliot se presenta en la ciudad y la primera persona que va a ver es Bitsy.

Elliot me acerca a él y me besa de una manera que me deja claro a quién de las dos prefiere.

—Quería darte una sorpresa. —Recorremos despacio y muy juntos el pasillo del establo—. Y además quería quitarme a mamá de en medio. Ya sabes cómo es.

—Tienes razón. —Como siempre, ha manejado la cuestión de Bitsy de la mejor manera posible. Y nos ha evitado tener que ir a visitarla juntos y una intensa conversación sobre la boda—. ¿Te ha dado la murga con lo de los planes de boda?

—Un poco —reconoce—. Le dije que tú y yo lo íbamos a hablar.

Me abstengo de comentar que «lo vamos a hablar» significa «sí, haremos lo que tú quieras» en el lenguaje particular de Bitsy. Lo último que nos apetece a ninguno de los dos en este momento es hablar de su madre.

Me abre la puerta del cobertizo y cuelga su chaqueta en un gancho.

—¿Cómo está tu padre?

Le pongo al día de las últimas novedades de la salud de papá mientras encuentro unas botas de goma de mi número, me las pongo y me meto los pantalones por dentro.

—Muy guapa —bromea, inspeccionando mi atuendo cuando he terminado. Elliot no es de los de botas de goma con pantalones metidos por dentro.

—Si quieres voy a casa y me pongo algo más adecuado mientras hablas con Honeybee sobre lo bonitas que resultan las bodas en primavera...

Ríe, se frota los ojos y me doy cuenta de que está cansado. Eso hace que el hecho de que haya dado un rodeo para venir a verme sea aún más adorable.

—Es tentador, pero... no. Vamos a caminar un rato e igual luego podemos dar una vuelta en coche.

—Me parece perfecto. Voy a escribir a Allison y a Missy para que no les digan a mis padres que estás aquí. —Mando un mensaje rápido mientras echamos a andar por el sendero. Como siempre, tenemos mucho que contarnos. Elliot me coge de la mano y charlamos de trabajo, de la familia, de su viaje a Milán, de política. Nos ponemos al día de todo lo que no hemos tenido tiempo de hablar por teléfono. Es agradable, como volver a casa después de un largo viaje.

Los ritmos de conversación y movimiento son los que hemos ido aprendiendo con el tiempo. Ambos sabemos dónde vamos, hacia un pequeño lago natural donde podemos sentarnos en un cenador rodeado de pinos que

lleva allí desde que tengo uso de razón. Hemos casi llegado cuando, sin habérmelo propuesto, he empezado a contarle la historia de May Crandall, la Asociación de Hogares Infantiles de Tennessee y la extraña advertencia que me hizo la abuela Judy sobre Arcadia.

Elliot se detiene junto a las escaleras del cenador. Se recuesta en un poste, cruza los brazos y me mira como si me acabaran de salir cuernos.

—Avery, ¿a qué viene todo esto?

—¿Todo el qué?

—Todo esto..., no sé... Escarbar en cosas que han pasado hace mucho tiempo. Cosas que no tienen nada que ver contigo. ¿No tienes bastante con tu padre, el revuelo que se ha montado por los centros de mayores y Leslie que no deja de regañarte?

No sé muy bien si ofenderme o tomarme la protesta de Elliot como la voz de la razón.

—Es que esa es la cuestión. ¿Y si tuviera algo que ver con nosotros? ¿Y si la abuela Judy estuviera tan interesada en la Asociación de Hogares Infantiles de Tennessee porque nuestra familia tenía alguna vinculación con ella? ¿Y si tuvieron algo que ver en la legislación que hizo legítimas todas esas adopciones y protegió los expedientes?

—Si así fuera, ¿por qué querrías saberlo? ¿Qué importancia tiene ahora, décadas después? —Frunce el ceño y se le juntan las cejas formando un nudo oscuro.

—Porque..., bueno..., en primer lugar porque a la abuela Judy le importaba.

—Por eso precisamente tienes que andarte con cuidado.

Por un momento estoy perpleja. Siento calor debajo de la blusa de seda sin mangas que me he puesto para ir a la iglesia. De pronto mi prometido habla como su madre. Incluso la entonación de la frase me recuerda a Bitsy. En el pasado, mi abuela y ella han estado en lados opuestos en varias cuestiones relativas a la ciudad, a menudo con Honeybee en medio, haciendo de árbitro.

—Y eso ¿qué significa?

Quizá Elliot solo está cansado, o puede que Bitsy lo irritara durante el desayuno, pero me quedo atónita cuando agita una mano en el aire y se da una palmada en la pierna.

—Avery, sabes que Judy Stafford nunca se ha caracterizado por su discreción. No es ningún secreto. Así que no me mires como si nadie lo hubiera dicho antes. —Me mira a los ojos con una expresión tan tranquila

que me irrita—. Estuvo a punto de arruinar la carrera política de tu abuelo varias veces... y la de tu padre también.

Me ofendo al instante.

—Creía que cuando algo no estaba bien había que decirlo.

—A tu abuela le encantaba ser polémica.

—De eso nada. —Noto el pulso en el cuello, tengo ganas de llorar. Me siento un poco traicionada por esta opinión hasta ahora disimulada sobre mi familia, pero por encima de todo estoy pensando: *Elliot por fin viene a verme ¿y nos ponemos a discutir?*

Me acaricia el brazo y me coge la mano.

—Oye, Aves... —Su tono es conciliador, me tranquiliza—. No quiero discutir. Solo te estoy dando mi opinión sincera. Y eso es porque te quiero y quiero lo mejor para ti.

Nos miramos y es como si pudiera verle el corazón. Está diciendo la verdad. Me quiere. Y está en su derecho de tener su opinión.

—Yo tampoco quiero discutir.

La pelea termina donde lo hacen todas, en el punto en que cada uno cede un poco.

Se lleva mi mano a los labios y la besa.

—Te quiero.

Le miro a los ojos y veo todos los años, los kilómetros y las experiencias que hemos compartido. Veo al niño que era mi amigo y hoy es un hombre.

—Lo sé. Yo también te quiero.

—Supongo que deberíamos hablar de la boda. —Me guiña un ojo y tengo la sensación de que su desayuno no ha sido fácil. Saca el móvil y comprueba la hora—. Se lo prometí a mamá.

Vamos a nuestro rincón preferido del cenador y estamos sentados un rato, pero hace demasiado calor, por lo menos para hablar de detalles. Terminamos por ir a nuestro restaurante preferido de la ciudad para hacer lo que hacíamos en nuestra infancia, en nuestra adolescencia, durante la universidad: entresacar lo que queremos y tratar de separarlo de lo que los demás quieren para nosotros.

Para cuando Elliot tiene que volverse al aeropuerto, no hemos llegado a ninguna conclusión, pero nos hemos puesto al día de nuestras vidas y nos llevamos bien, que es lo que de verdad importa.

Cuando vuelvo a casa, me encuentro a Honeybee en la puerta. Hace

ademán de salir al camino de entrada. No sé cómo se ha enterado de la visita de Elliot y le ha decepcionado que no haya entrado conmigo en la casa.

—Está muy ocupado, mamá —le digo para disculparlo—. Tenía que coger un avión.

—Podría haberse quedado en uno de los cuartos de invitados. Nos encanta tenerlo aquí.

—Lo sabe, mamá.

Tamborilea con un dedo mientras sostiene la puerta abierta y mira pensativa el camino. Para cuando la cierra y renuncia a Elliot, probablemente el aire acondicionado ha llegado a toda la finca.

—Ha llamado Bitsy. Dice que ha comentado vuestros planes de boda, o la ausencia de ellos, con Elliot esta mañana y que este le prometió que lo hablaríais. Así que supuse que, después de pasar un rato juntos, vendríais aquí.

—Hemos hablado de algunas posibilidades. Pero no hemos tomado aún ninguna decisión.

Se muerde el labio con el ceño fruncido.

—No quiero que todo lo que está pasando... interfiera en vuestros planes. No quiero que penséis que tenéis que poner vuestro futuro en espera.

—Mamá, no nos sentimos así.

—¿Estás segura?

La decepción y desesperación en su cara me duelen. Un anuncio de boda sería una noticia feliz, una razón para mirar hacia delante. También transmitiría el mensaje de que los Stafford están tranquilos y siguen adelante con sus vidas.

Tal vez Elliot y yo estamos siendo egoístas manteniendo a todo el mundo en vilo. ¿Tan malo sería fijar una fecha y un lugar, quizá incluso en el jardín de las azaleas en primavera? Eso haría muy feliz a toda la familia. Y si se supone que te vas a casar con la persona adecuada, ¿por qué importa tanto cuándo y dónde sea?

—Pronto decidiremos algo, te lo prometo. —Pero en lo más recóndito de mis pensamientos están estas palabras: *Avery, sabes que Judy Stafford nunca se ha caracterizado por su discreción. No es ningún secreto.* De lo que Elliot no se da cuenta (quizá porque no quiere reconocerlo) es de que mi abuela y yo nos parecemos mucho.

—Estupendo. —Las arrugas de preocupación alrededor de los ojos de

Honeybee se suavizan—. Pero no te estoy presionando.

—Lo sé.

Me coge la cara con sus manos frías y me mira con adoración.

—Te quiero, garbancita.

El apelativo de mi infancia me hace sonrojar.

—Yo también te quiero, mamá.

—Elliot es un hombre afortunado. Estoy segura de que se da cuenta cada vez que estáis juntos. —Está algo llorosa y me contagia. Me siento bien viéndola... tan feliz—. Y ahora cámbiate o vamos a llegar tarde a la gala benéfica del coro infantil de África. Tengo entendido que son maravillosos.

—Sí, mamá.

Me hago la firme promesa de hablar con Elliot de la boda en cuanto vuelva de Los Ángeles. El hecho de que mañana sea mi día de visita a la abuela Judy en Magnolia Manor no hace más que reforzar mi determinación. Quiero que mi abuela esté en la celebración. Desde que soy pequeña, he imaginado ese día con ella en él. Y no hay forma de saber cuánto tiempo nos queda.

Doy vueltas a varias ideas durante la velada. Intento imaginarme una boda en un jardín, Elliot y yo, varios centenares de amigos y conocidos, un precioso día de primavera. La verdad es que podría ser muy bonito, la versión moderna de una tradición antigua. La abuela Judy y el abuelo se casaron en los jardines de Drayden Hill.

Elliot accederá, por mucho que se resista instintivamente a que mi madre o la suya nos organicen la vida. Si una boda en un jardín es de verdad lo que quiero, también lo querrá él.

Por la mañana voy a Magnolia Manor con un nuevo propósito en la cabeza. Le preguntaré a la abuela Judy por los detalles de su boda. Igual tiene momentos preferidos que podemos recrear.

Como si presintiera que esta vez vengo para hablar de algo importante, me recibe con una sonrisa radiante que me dice que me reconoce.

—¡Has venido! Siéntate aquí a mi lado, tengo que contarte una cosa. — Intenta acercar un sillón de orejas al suyo, pero no puede. Lo empuja un poco y me siento en el borde de manera que nuestras rodillas se tocan.

Me coge la mano y me mira con tal intensidad que me quedo muy quieta.

—Quiero que destruyas todo lo que hay en el armario de mi despacho. El de la casa de Lagniappe. —Sus ojos me taladran—. No creo que vaya a salir de aquí, así que no podré hacerlo yo. No me gustaría que nadie leyera mis

dietarios cuando ya no esté.

Me resisto a la inevitable punzada de dolor.

—No digas eso, abuela Judy. Te vi el otro día en clase de gimnasia. La profesora dijo que estabas estupenda. —Me hago la tonta respecto a los dietarios. No puedo soportar la idea. Sería como decir adiós a la ajetreada activista que siempre ha sido mi abuela.

—Hay nombres y números de teléfono. No quiero que caigan en las manos equivocadas. Haz una fogata en el jardín y quémalos.

Ahora me pregunto si no se le ha ido otra vez la cabeza, pero el caso es que parece lúcida. Hacer un fuego en el jardín..., ¿en una calle llena de casas históricas meticulosamente conservadas? Los vecinos tardarían dos segundos y medio en llamar a la policía.

Me imagino lo que dirían los periódicos.

—Pensarán que estás quemando hojarasca. —Sonríe y me hace un guiño cómplice—. No te preocupes, Beth.

De pronto queda muy claro que no estamos en el mismo sitio. No tengo ni idea de quién es Beth. Casi me siento aliviada de que la abuela Judy no sepa con quién está hablando. Me da una excusa para ignorar su petición sobre la limpieza del armario.

—Claro que sí, abuela —digo.

—Maravilloso. Qué buena has sido siempre conmigo.

—Eso es porque te quiero.

—Lo sé. No abras las cajas. Quémalas directamente.

—¿Las cajas?

—En las que están mis antiguas columnas de sociedad. No conviene que se me recuerde como la señorita Chief. —Se tapa la boca y simula avergonzarse de su época de columnista de cotilleos, pero en realidad no lo hace. Su expresión no deja lugar a dudas.

—Nunca me contaste que escribías ecos de sociedad. —Muevo un dedo simulando regañarla.

Se hace la inocente en eso de tener secretos.

—Ah, ¿no? Bueno, fue hace ya mucho tiempo.

—Pero en esas columnas no dirías nada que no fuera verdad, ¿no es cierto? —bromeo.

—Pues claro que no. Pero la gente no siempre se toma bien la verdad.

Con la misma velocidad con la que nos hemos puesto a hablar de la

señorita Chief, abandonamos el tema. La abuela se pone a hablar de personas que llevan años muertas, pero que en su cabeza es como si hubiera almorzado ayer con ellas.

Le pregunto por su boda. Como respuesta, me ofrece un revoltijo de recuerdos de su ceremonia y de otras a las que ha asistido a lo largo de los años, incluidas las de mis hermanas. A la abuela Judy le encantan las bodas.

De la mía ni se acordará.

La conversación me deja triste y vacía. Siempre hay suficientes fognazos de lucidez para hacerme albergar esperanzas, pero las olas de la demencia enseguida se las llevan mar adentro.

Para cuando la beso y me despido y le digo que mi padre seguramente irá a verla hoy, estamos flotando muy lejos de la orilla.

—Ah, ¿y quién es tu padre?

—Tu hijo Wells.

—Creo que te equivocas. Yo no tengo ningún hijo.

Cuando salgo del edificio, necesito desesperadamente hablar con alguien y contarle todo esto. Abro mi lista de favoritos y me detengo antes de pulsar el nombre de Elliot. Después de lo que dijo ayer sobre la abuela, casi me parece desleal contarle lo mucho que se le va la cabeza.

No soy consciente hasta que suena el teléfono y veo el nombre en la pantalla de que sí hay alguien con quien me apetece hablar. Pienso en la expresión de su cara cuando me habló de esas últimas y difíciles promesas que le hizo a su abuelo, las promesas que tenían que ver con los secretos de May Crandall y de mi abuela, y de forma instintiva sé que él me va a comprender.

Algo dentro de mí me impulsa instintivamente hacia él, a pesar de que no hemos hablado desde aquel día en la residencia de mayores, hace ya varias semanas. Entonces me dije que no debía volver a ponerme en contacto con él, que era mejor dejar las cosas como estaban y seguir con mi vida.

En cuanto contesto, parece no estar muy seguro de por qué me ha llamado. Me pregunto si ha estado pensando lo mismo que yo, que entre nosotros la amistad no tiene cabida. Nuestro encuentro con Leslie en el aparcamiento fue la demostración.

—Quería... —dice por fin—. He visto algo en la prensa de lo de las residencias de mayores. Solo quería decirte que he pensado en ti.

Una sensación cálida y agradable se apodera de mí. Me coge totalmente

por sorpresa. No se me puede notar en la voz.

—Ay, no me lo recuerdes. Como sigamos así mucho tiempo, voy a tener que ponerme en plan tortuga Ninja con alguien.

—No lo creo.

—Yo tampoco, supongo. Pero me gustaría. Es tan... irritante. Entiendo que mi padre tiene un cargo público, pero seguimos siendo humanos. Se supone que determinados temas no deberían estar encima de la mesa, por ejemplo el cáncer. Y luego está lo de ver a mi abuela esforzarse por recordar quién es. Parece que la gente está sedienta de sangre estos días. Cuando era pequeña no era así. Incluso en política la gente tenía... —Busco la palabra adecuada, pero la única que se me ocurre es «decencia».

—Vivimos en la sociedad del entretenimiento —dice Trent serio—. Todo vale.

Abro la boca para seguir despotricando de los ataques a mi familia, pero me lo pienso mejor.

—Perdona, no quería desahogarme contigo. Tal vez necesito otro viaje a la playa.

Hasta que no las pronuncio, no me doy cuenta de que las palabras han sonado a coquetería.

—¿Qué te parece una comida?

—¿Qué?

—Te he llamado porque pensé que quizá tenías tiempo, es que estoy en Aiken. He estado investigando un poco sobre los papeles de mi abuelo y hablando con gente que lo ayudó en sus búsquedas. Uno es un hombre que fue funcionario de juzgado en el condado de Shelby, Tennessee, cuando los expedientes de adopción seguían siendo confidenciales. Por lo que he visto, le pasó bastante información a mi abuelo.

Al momento me siento transportada. Los olores de la diminuta cabaña de Edisto despiertan mis sentidos. Huelo a tabaco de pipa, a recortes de periódicos viejos, a tabloncillos de corcho resacos, a pintura desconchada, a fotografías antiguas.

—¿Para que pudiera ayudar a las personas adoptadas a encontrar a sus familiares, quieres decir? Entonces, ¿estás continuando con lo que él empezó?

—En realidad no. Estaba curioseando sobre May Crandall. Pensando que igual descubriría algo sobre el hermanito que no llegó a encontrar, Gabion.

Por un momento estoy perpleja. Este chico es genuino hasta la médula. También es mejor persona que yo. He estado tan obsesionada con los problemas familiares que he retrasado la llamada al comité por los derechos de los mayores para hablar de la situación de May. Ahora me he dado cuenta de que he dejado este asunto de lado a propósito. Me da miedo que me relacionen con ella después de toda la controversia que suscitó el artículo sobre «Envejecer en desigualdad de condiciones». Si se supiera que la estoy ayudando, nuestros enemigos políticos me acusarían de utilizarla para lavar nuestra magullada imagen.

Tampoco pueden verme comiendo con Trent. No puedo ir de ninguna manera, pero no consigo decirle que no, así que continúo yéndome por las ramas.

—Qué detalle por tu parte. ¿Y qué has encontrado?

—De momento nada importante. En los papeles del juzgado había una dirección en California. Escribí para ver si sabían algo de un niño de dos años adoptado a través de la Asociación de Hogares Infantiles de Tennessee en 1939... o al menos que vivió en esa dirección a finales de la década de 1930. Claro que era bastante improbable.

—¿Y has venido hasta aquí para decírselo a May?

—No... No quiero darle esperanzas si no averiguo algo. En realidad he venido a buscar mermelada. La última vez que te vi fui a visitar a mi tía, a las afueras de Aiken. Estaba haciendo mermelada de moras y ya está lista.

Se me escapa una risita.

—Dos horas y media de coche para recoger mermelada son muchas horas.

—Lo dices porque no has probado las conservas de mora de mi tía. Además a Jonah le encanta ir. El tío Bobby tiene una mula.

—¿Así que has traído a Jonah? —De pronto quedar a comer se convierte en una posibilidad, si vamos a estar los tres. Incluso si nos ven, nadie sacaría conclusiones equivocadas estando Jonah. Repaso a toda prisa mi agenda para la tarde y trato de calcular cómo cambiar algunas cosas para poder escaparme un rato—. ¿Sabes qué? Que me encantaría comer con vosotros.

—Creo que podré arrancar a Jonah del tío Bobby y de la mula. Dime dónde y a qué hora. ¿Te apetece algún sitio en especial? Somos muy flexibles..., siempre que no sea a la hora de la siesta. A esa hora las cosas pueden ponerse feas.

Este comentario me hace reír otra vez.

—¿A qué hora es la siesta?

—Sobre las dos.

—Muy bien. Entonces, ¿qué te parece si comemos pronto? ¿Sobre las once? ¿Es demasiado temprano? —No tengo ni idea de lo lejos del centro que está la casa de su tía, pero, si tienen una mula, entonces no puede estar cerca de donde estoy yo ahora. Hace años que no se crían animales en Magnolia Manor, los jardines están prístinos—. Elige tú el sitio y nos vemos allí. Pero que no sea demasiado elegante, ¿vale? Estaría bien algo sin mucha gente.

Trent ríe.

—Nosotros no vamos a sitios elegantes. Somos más de cafeterías con zona infantil. ¿No conocerás alguna?

Mis pensamientos retroceden y aterrizan en un recuerdo agradable.

—Pues mira, sí. Hay una hamburguesería de toda la vida con un pequeño parque infantil no lejos de la casa de mi abuela. Nos llevaba cuando éramos pequeñas. —Le explico cómo llegar y está decidido. Lo mejor de todo es que, si quedamos a las once, en casa ni siquiera me echarán de menos.

Soy una persona adulta, razono mientras cambio de sentido y me dirijo hacia el vecindario de la abuela Judy. No debería sentirme como una adolescente saliendo a hurtadillas solo porque he quedado a comer con..., con un amigo.

Tengo derecho a mi propia vida, ¿no?

Paso un rato centrada en mi debate interior, mis pensamientos trazando curvas igual que el coche en la carretera. Quizá es que en Maryland me malacostumbré, al llevar una vida anónima, con un trabajo que era mío y solo mío y no vinculado a un equipo de apoyo, a un despacho de Washington y a mi estado natal, a los electores, contribuyentes y a toda una red política.

Quizá es que nunca fui consciente de hasta qué punto ser una Stafford es algo tan exigente, sobre todo aquí, en territorio nativo. La identidad colectiva resulta tan abrumadora que no queda espacio para la individual.

En otro tiempo eso me gustaba..., ¿o no? Disfrutaba de las ventajas que traía consigo. Siempre con alguien que me allanaba cualquier camino que tomara.

Pero ahora tengo ganas de escalar mis propias montañas y a mi manera.

¿Me he cansado de esta vida?

La idea me parte en dos y una mitad de mi identidad se queda en uno de los lados. ¿Soy la hija de mi padre o soy simplemente yo? ¿Tengo que

sacrificar una cosa por la otra?

Sin duda esto no es más que... una reacción a todo el estrés de estas últimas semanas.

Me detengo en un stop, miro hacia la calle de la abuela Judy, más allá de la hondonada donde de niños chapoteábamos en charcos que se formaban al llover, más allá del seto pulcramente podado y del buzón de correos con una cabeza de caballo de hierro en la parte de arriba.

Hay un taxi en el camino de entrada a la casa de mi abuela. En una ciudad del tamaño de Aiken, no es una imagen habitual.

En la intersección, vacilo y me fijo un momento en el taxi. No da marcha atrás y se va. ¿Igual el conductor no sabe que ya no vive nadie allí? Debe de haberse equivocado de casa.

Cuando tuerzo por la calle doy por hecho que se irá mientras llego yo, pero lo cierto es que el conductor está... ¿dormitando? Cuando le adelanto y salgo del coche, no se mueve.

Parece joven, adolescente casi, pero debe de tener edad suficiente para conducir. En el asiento de atrás no hay nadie y tampoco en los alrededores de la casa, hasta donde puedo ver. Lo lógico sería pensar que tiene algo que ver con otra campaña de difamación de la prensa, un reportero husmeando para sacar fotografías de cómo viven los ricos, pero ¿por qué iba a coger un taxi alguien así?

El conductor da un salto en el sentido estricto de la palabra cuando toco en la ventanilla entreabierta. Tiene la boca abierta mientras intenta enfocar la vista.

—Eh... Me parece que me he quedado dormido —se disculpa—. Perdón, señora.

—Me parece que se ha equivocado de casa —le digo.

Mira a su alrededor, suprime un bostezo, agita sus pestañas oscuras y espesas contra la luz brillante de plena mañana.

—No..., no, señora. La reserva es para las diez y media.

Consulto mi reloj.

—¿Lleva aquí... casi una hora, esperando en la puerta? —*¿Quién puede haber enviado un taxi a casa de mi abuela?*—. Deben de haberle dado mal la dirección.

En algún sitio debe de haber un pobre cliente esperando impaciente.

El taxista no parece en absoluto preocupado. Se endereza en el asiento y

mira en la guantera.

—No, señora. Es una reserva semanal. Cada jueves a las diez y media. Está prepagada, así que mi padre..., quiero decir, mi jefe dice que tengo que venir aquí y esperar, puesto que lo hemos cobrado.

—¿Cada jueves? —Repaso la agenda, o lo que recuerdo de ella, de cuando la abuela Judy aún vivía aquí con una cuidadora a tiempo completo. El día que terminó perdida y confusa en un centro comercial iba en un taxi—. ¿Cuánto tiempo lleva haciendo esto? ¿Lo de venir cada jueves?

—Pues... igual debería... llamar a la oficina y hablar...

—No. No pasa nada. —Me temo que en la oficina no contestarán mis preguntas. El chico al volante del taxi tampoco parece saber nada—. Cuando recogía a mi abuela los jueves, ¿dónde la llevaba?

—A Augusta. A un sitio que hay en el río. Yo solo la llevé unas cuantas veces, pero mi padre y mi abuelo lo hicieron durante... quizá un par de años. Somos una empresa familiar. Cuatro generaciones.

La última parte la pronuncia con cuidado, como si la hubiera arrancado directamente de una valla publicitaria.

—¿Años?

Confusión es una palabra que se queda corta para describir cómo me siento ahora mismo. Las agendas de mi abuela no decían nada de una cita cada jueves. Es más, mi abuela no tenía compromisos semanales a excepción del club de bridge o las visitas a centros de belleza. ¿Y en Augusta? Eso es media hora de ida y otra media de vuelta. ¿A quién podía tener que ir a ver todas las semanas en Augusta? Y en taxi. Y durante años.

—¿Y siempre iba al mismo sitio? —pregunto.

—Sí, señora. Por lo que yo sé.

Ahora parece muy incómodo. Por un lado se da cuenta de que le estoy interrogando. Por otra, no quiere quedarse sin lo que obviamente ha sido una carrera de muchos años. No quiero ni imaginar lo que cuesta un viaje de ida y vuelta a Augusta.

Apoyo la mano encima de su ventanilla. Parecerá una tontería, pero quiero asegurarme de que no se escapa mientras proceso esta avalancha de información. *Un sitio que hay en el río...*

—Con lo del sitio en el río, ¿se refiere en la orilla?

Me viene a la cabeza algo del todo inesperado. El río Savannah atraviesa Augusta. Cuando Trent y yo hablamos con May, mencionó Augusta. Algo

sobre volver a casa y navegar sin rumbo por el río Savannah.

—Bueno, podría ser. La valla está... cubierta de maleza. Yo la dejo allí y espero. No sé lo que pasa luego.

—¿Cuánto tiempo suele quedarse?

—Unas horas. Mientras esperaba, mi padre solía ir al puente a pescar. A ella no le importaba. Cuando quería irse, venía al taxi y tocaba el claxon.

Le miro con la boca abierta. No sé cómo casar toda esta información con la abuela que conozco. Con la abuela que creía conocer.

¿Será verdad que estaba escribiendo la historia de May Crandall? ¿O hay algo más?

—¿Puede llevarme? —le digo de sopetón.

El taxista se encoge de hombros. Empieza a bajar del coche para abrirme la puerta trasera.

—Sí, claro. La carrera está ya pagada.

Se me acelera el pulso. Tengo la carne de gallina. *Si me subo a este coche, ¿dónde terminaré?*

Me vibra el teléfono recordándome que iba a alguna parte antes de dar este rodeo. Es un mensaje de Trent diciéndome que Jonah y él han cogido una mesa. El puesto de hamburguesas ya está lleno a esta hora.

En lugar de escribirle otro mensaje, me separo del taxista y lo llamo. Me disculpo por no estar allí y le pregunto:

—¿Puedes..., podrías venir conmigo a hacer una cosa? —La explicación de dónde estoy y lo que pasa suena todavía más rara dicha en voz alta.

Por suerte, Trent no piensa que estoy loca. De hecho está intrigado. Acordamos que el taxi parará en el restaurante para que Jonah y él puedan seguirnos en el coche.

—Te cojo una hamburguesa —me ofrece Trent—. Los batidos aquí al parecer son famosos. Jonah está encantado. ¿Quieres uno?

—Genial. Gracias. —Aunque no estoy segura de poder comer nada ahora mismo.

Durante el corto trayecto al restaurante, casi no puedo pensar de lo nerviosa que estoy. Trent me espera en el aparcamiento con Jonah ya sentado y con el cinturón puesto. Me da una bolsa de papel y un batido y me dice que nos sigue.

—¿Estás bien? —pregunta. Nuestras miradas se encuentran un momento y me pierdo en el azul intenso de sus ojos. Me tranquilizo, pienso: *Está aquí*

Trent. Todo saldrá bien.

Ese pensamiento casi ahuyenta el miedo gigantesco que se está apoderando de mí. Casi.

Por desgracia conozco la sensación lo bastante bien para saber que no debo ignorarla. Es el sexto sentido que se me despierta cuando estoy a punto de descubrir algo casi impensable sobre los implicados en el caso en que estoy trabajando: el vecino de confianza que resulta ser el responsable de la desaparición de un niño; el alumno de octavo curso y aspecto inocente que tiene una colección de bombas de fabricación casera; el pulcro padre de cuatro hijos con el ordenador lleno de fotografías repugnantes. Ese sexto sentido me está preparando para algo. Solo que no sé qué es.

—Estoy bien —digo—, pero me asusta dónde nos va a llevar este taxi... y lo que vayamos a encontrar.

Trent me pone una mano en el brazo y parece que se me calienta la piel al contacto con sus dedos.

—¿Quieres venir con nosotros? Podemos seguir al taxi.

Hace un gesto en dirección a su coche, donde Jonah saluda como loco desde su sillita de niño, tratando de captar mi atención. Quiere compartir conmigo sus patatas fritas.

—Te lo agradezco, pero no. Quiero aprovechar para seguir hablando con el taxista por el camino. —La realidad es que creo que me ha dicho todo lo que sabe, pero quiero mantenerlo ocupado para que no se ponga en contacto con su oficina. Es posible que su padre tenga una opinión distinta sobre que yo use el taxi de la abuela para que me transporte a un destino misterioso. Quizá sea lo bastante espabilado para darse cuenta de que puede tratarse de un asunto privado—. Y no quiero arriesgarme a que se nos escape.

Los dedos de Trent me recorren el brazo antes de soltarme... o quizá es que me lo imagino.

—Pues entonces te seguimos, ¿vale?

Asiento con la cabeza y saludo con la mano a Jonah, que me sonrío con la boca llena de patatas fritas, y nos vamos. El tráfico de esta carrera de treinta y cinco minutos a media mañana es fluido, así que al taxista le resulta fácil charlar. Me cuenta que se llama Oz y que, cuando llevaba a mi abuela, esta siempre le daba galletas, chokolatinas o dulces que habían sobrado de fiestas y reuniones. Por eso la recuerda tan bien. Siente que esté en una residencia. Es evidente que no se ha enterado de todo lo que ha salido en los periódicos

ni de la polémica. Ha estado ocupado trabajando después de hacerse cargo casi a tiempo completo del taxi de su padre, que tiene problemas de salud.

—La última vez que la traje me quedé preocupado —reconoce cuando dejamos la autopista y circulamos por carreteras rurales, se supone que acercándonos ya a nuestro destino. Muros de arbustos abajeños, parras y altos pinos se espesan a nuestro alrededor, cerrándose más a medida que tomamos una curva y luego otra—. Se manejaba bien, pero parecía un poco confusa. Le pregunté si quería que la acompañara hasta la verja, pero no quiso. Dijo que habría un coche de golf esperándola al otro lado, como siempre, y que no me preocupara. Así que la dejé ir sola. Fue la última vez que la llevé.

Callada en el asiento trasero, trato de visualizar lo que me está contando Oz, pero no consigo imaginar nada de lo que me describe.

—A la semana siguiente operaron a mi padre del corazón. Tuvimos un sustituto durante un mes más o menos. El primer jueves después de reincorporarme fui a la casa, pero no había nadie. Y así desde entonces. El conductor sustituto no tenía ni idea de lo que había pasado. La última vez que la vio la dejó en un centro comercial y se despidió de él hasta el jueves siguiente. Hemos intentado llamar al número que sale en su factura, pero no lo coge nadie, y, cuando voy, nadie me abre tampoco la puerta. Nos preguntábamos si le había pasado algo. Siento si hemos causado alguna molestia.

—No es culpa suya. Sus cuidadoras no deberían haberla dejado salir sola. —Estos días es difícil encontrar buen servicio doméstico, pero además a mi abuela se le daba extremadamente bien convencer a sus cuidadoras de que era perfectamente competente y de que la tenían demasiado controlada. Es evidente que la dejaban coger un taxi los jueves. Claro que mi abuela era quien las pagaba, y lo sabían. No tenía reparos a la hora de despedir a los empleados domésticos que le llevaban la contraria.

El coche cruza traqueteando un viejo puente construido durante la Gran Depresión con pasamanos de cemento desconchado y arcos cubiertos de musgo. El taxista reduce la velocidad, pero no veo indicios de casas ni de buzones de correo. Por lo que parece, estamos en mitad de ninguna parte.

Menos mal que Oz sabe dónde va. Otra persona se habría pasado el desvío. Los restos apenas visibles de un sendero de grava dibujan dos caminos entrecortados a través de la hierba y de una acequia. Al final, una enorme entrada de piedra está escondida entre enredaderas de jazmín de Virginia y

zarzamoras. Unas gruesas puertas de hierro, de unos dos metros y medio de altura, cuelgan torcidas, el peso amortiguado por hojas y raíces, las bisagras oxidadas hace tiempo. Una cadena y un candado en estado de desintegración casi parecen una broma. Hace décadas que un coche no cruza esta puerta. Justo al otro lado hay un sicomoro, a unos quince centímetros, cuyos brazos musculosos se cuelan entre los barrotes y levantan ligeramente una de las puertas.

—La entrada es por ahí. —Oz señala un estrecho sendero que conduce a una cancela más pequeña al lado de la principal. Está claro que es la usada, porque el suelo bajo ella está lo suficientemente pisado como para que la hierba de verano no lo haya cubierto aún del todo—. Por ahí iba siempre ella.

Detrás de nosotros se cierra una portezuela de coche. Doy un respingo y me vuelvo antes de acordarme de que es Trent.

Cuando me giro otra vez, me sobreviene la poderosa sensación de que la puerta va a desaparecer. Zas. Me despertaré en mi cama de Drayden Hill pensando: *Qué sueño tan raro...*

Pero la puerta no ha desaparecido y el camino sigue esperando.

22

Rill

Fern se queda paralizada en medio del cuarto de estar. Está tan rígida que le veo cada músculo. Un segundo después, se hace pis encima por primera vez en semanas.

—¡Fern! —la reprendo en voz baja porque no quiero que la señora Sevier me oiga y venga a ver lo que acaba de hacer. Nuestra nueva mamá está tan orgullosa de Fern que nos lleva al cine y habla de viajes que haremos juntos y de cómo veremos a Papá Noel y los regalos que nos traerá. Incluso se le ha metido en la cabeza que deberíamos ir en automóvil a Augusta a visitar a su madre. Yo no quiero ir a Augusta, pero tampoco quiero problemas, ahora que la señora Sevier nos deja un poco más de libertad.

Cruzo corriendo la habitación y le quito a Fern el vestido, los zapatos y los calcetines, que uso para secar el charco.

—Sube antes de que te vea.

Oigo a la señora Sevier hablar con alguien en la salita de la entrada.

A Fern le tiembla la boca y se le llenan los ojos de lágrimas. Se queda quieta mientras hago una bola con las ropas mojadas y la escondo detrás de una papelera; ya me ocuparé de ella luego.

De pronto entiendo por qué no se mueve Fern. Hay otra voz en la salita. Cuanto más me acerco, más escalofríos me produce y me llegan hasta el tuétano.

—Ve a esconderte debajo de la cama —le susurro de nuevo a Fern al oído y la empujo hacia las escaleras.

Fern corre al piso de arriba y desaparece. La respiración sale y entra en mi

nariz en pequeños jadeos cuando me pego contra la pared de la escalera y me acerco con cuidado a la puerta abierta de la salita. En la cocina, Zuma enciende la batidora eléctrica. Por un instante no oigo las voces, pero luego sí.

—... una situación muy desafortunada, pero puede darse —está diciendo la señorita Tann—. No me gusta llevarme a los niños una vez hemos encontrado buenos hogares para ellos.

—Pero mi marido..., los papeles... Se nos prometió que podríamos quedarnos con las niñas. —La voz de la señora Sevier tiembla y se quiebra.

Una taza de té tintinea al contacto con un plato. La respuesta de la señorita Tann parece tardar una eternidad en llegar.

—Y así debería ser. —Habla como si nos compadeciera—. Pero las adopciones no son definitivas hasta que no ha pasado un año. La abuela de estos niños ha elevado una solicitud para recuperar su custodia.

Se me escapa un grito ahogado y entonces me doy cuenta de que he hecho ruido y me tapo la boca con la mano. Ni siquiera tenemos abuela. Por lo menos que yo sepa. Los padres de Briny están muertos y Queenie lleva sin ver a los suyos desde que se fugó con él.

—Eso no puede... —La señora Sevier deja escapar un sollozo que parece que la va a partir en dos. Se sorbe la nariz, tose y por fin vuelve a hablar—: No, no podemos permitir... D-Darren volverá a la hora de comer. Por favor..., por favor, espere. Él sabrá..., él sabrá qué hacer.

—Ay, me temo que la he disgustado más de la cuenta. —La voz de la señorita Tann es de lo más cariñosa, pero me imagino su cara. Tiene la misma sonrisa mezquina que cuando la señora Pulnik me tenía sujeta de rodillas. A la señorita Tann le gusta el aspecto que tienen las personas asustadas—. No era mi intención llevarme a las niñas hoy. Por supuesto pueden oponerse a esta locura. De hecho deberían. La abuela no tiene en realidad medios para mantener a las pequeñas. Llevarían una vida horrorosa. May y la pequeña Beth dependen de ustedes, de su protección. Pero debe entender que... los trámites legales... pueden ser costosos.

—¿C-costosos?

—Para personas de posibles como ustedes, eso no debería suponer ninguna dificultad, ¿verdad? No cuando el destino de dos niñas está en juego. Dos niñas a las que quieren mucho.

—Sí, pero...

—Tres mil dólares, un poco más quizá. Eso debería bastar para empezar a resolver los problemas legales.

—¿Tres..., tres mil dólares?

—Quizá cuatro.

—Pero ¿qué me está diciendo?

Otra pausa y a continuación:

—Nada es más importante que su familia, ¿no le parece?

Oigo esa horrible sonrisa en la voz de la señorita Tann. Quiero entrar corriendo y contar la verdad. Quiero señalarla con el dedo y gritar: *¡Mentirosa! ¡Ni siquiera tenemos abuela! Y yo tenía tres hermanas, no dos. Y un hermanito, y se llamaba Gabion, no Robby. Y usted se lo llevó, igual que se llevó a mis hermanas.*

Quiero contarle todo. Paladeo las palabras, pero no puedo decirlas. Si lo hago, sé lo que pasará. La señorita Tann volverá a llevarnos al hogar infantil. Le dará a Fern a otras personas y ya no estaremos juntas.

La señora Sevier vuelve a sorberse la nariz y a toser.

—Sí, claro... Estoy de acuerdo, pero... —Rompe a llorar de nuevo sin dejar de disculparse.

Una silla cruje y gime y unas pisadas decididas cruzan la habitación.

—Hable con su marido. Exprésele sus sentimientos sinceros sobre el asunto. Dígale lo mucho que necesita a las niñas y lo mucho que la necesitan ellas a usted. Hoy ni siquiera voy a verlas, estoy segura de que están bien cuidadas. Estupendamente incluso.

Sus pisadas se acercan más a las puertas del otro extremo de la habitación. Me separo de la pared y corro escaleras arriba. Lo último que oigo es la voz de la señorita Tann resonando en toda la casa.

—No se moleste en levantarse. Ya salgo sola. Espero tener noticias suyas mañana. No hay tiempo que perder.

Una vez arriba, corro a la habitación de Fern. Ni siquiera la saco de debajo de la cama. Me meto yo también. Estamos tumbadas con las caras juntas, igual que hacíamos en el *Arcadia*.

—No pasa nada —susurro—. No dejaré que se nos lleve, lo prometo. Pase lo que pase.

Oigo a la señora Sevier en el pasillo. Las paredes de madera y el alto techo con los remates dorados devuelven el eco de sus sollozos. La puerta al final del pasillo se cierra y la oigo tumbarse en la cama y llorar, llorar y llorar,

como hacía cuando vinimos a vivir aquí. Zuma sube y llama a la puerta, pero está cerrada con llave y la señora Sevier no quiere dejar entrar a nadie. Sigue en la cama cuando el señor Sevier viene a comer. Para entonces he aseado a Fern y le he leído un cuento y está dormida con el pulgar en la boca y el oso de peluche al que llama Gabby, como nuestro hermanito.

Escucho mientras el señor Sevier abre la puerta del dormitorio. Cuando entra, salgo de puntillas al pasillo para oír mejor. No tengo que acercarme mucho para oír lo furioso que está el señor Sevier después de que su mujer le cuente lo que ha pasado.

—¡Esto es chantaje! —grita—. ¡Esto es un chantaje descarado!

—No podemos dejar que se lleve a las niñas, Darren —suplica la señora Sevier—. No podemos.

—No pienso dejarme chantajear por esta mujer. Ya pagamos los costes de adopción que, por cierto, fueron exorbitantes, sobre todo la segunda vez.

—Darren, por favor te lo pido.

—Victoria, estas cosas cuando empiezan ya no tienen fin. —Algo metálico cae y hace ruido contra el suelo—. ¿Cuándo se terminará? Dímelo.

—No lo sé. No lo sé, pero tenemos que hacer algo.

—No te preocupes, que algo voy a hacer. Esa mujer no sabe con quién está tratando.

Suena el picaporte y corro a mi habitación.

—Darren, por favor. Por favor, escúchame —suplica la señora Sevier—. Podríamos ir a casa de mamá en Augusta. En Bellegrove hay sitio de sobra, y, ahora que papá no está, la casa le resulta demasiado grande. Las niñas tendrán tíos y tías y a todos mis amigos. Nos llevaríamos a Hoy y a Zuma y a Hootsie. Podemos quedarnos todo el tiempo que sea necesario. Para siempre incluso. Mamá se encuentra sola y Bellegrove House necesita una familia. Para un niño es un sitio maravilloso donde crecer.

—Vamos a ver, Victoria, nuestra casa está aquí. Por fin he conseguido hacerme el estudio junto al lago. Los McCamey no es que trabajen muy rápido, pero ya han puesto los cimientos y el suelo y están avanzando con las paredes. No podemos permitir que Georgia Tann nos eche de nuestra casa, de la casa de mi familia, por el amor del cielo.

—Bellegrove tiene muchísimas hectáreas junto al río Savannah. Te puedes hacer otro estudio. Más grande. Como más te guste. —La señora Sevier habla tan deprisa que casi no distingo las palabras—. Por favor, Darren, ¿no puedo

vivir aquí sabiendo que esa mujer puede venir en cualquier momento a llevarse a nuestras hijas!

El señor Sevier no contesta. Cierro los ojos y clavo las uñas en el mullido papel rosa de la pared, esperando, confiando.

—No nos precipitemos —dice por fin el señor Sevier—. Esta noche tengo una reunión en la ciudad. Le haré una visita a la señorita Tann y arreglaré este asunto cara a cara, de una vez por todas. Veremos si sigue igual de exigente.

La señora Sevier no sigue discutiendo. La oigo llorar bajito y luego la cama crujir y al señor Sevier consolarla.

—Vamos, cariño. No llores más. Todo se arreglará y, si quieres llevarte a las niñas unos días a Augusta, también lo podemos organizar.

Me bulle la cabeza con cien pensamientos, pero logro concentrarme en uno. Sé lo que tengo que hacer. No hay tiempo que perder. Voy a mi cómoda, saco lo que necesito y corro escaleras abajo.

En la cocina, Zuma tiene el almuerzo preparado, pero está en un rincón con la cabeza metida en el conducto de la ropa sucia para enterarse de lo que les pasa a los Sevier. Hootsie está probablemente dentro del conducto contándole lo que oye. En la tabla de cortar hay una cesta con comida preparada para llevársela a los McCamey a la obra. Normalmente Zuma haría a Hootsie llevársela: Hootsie los odia y Zuma también. Zuma dice que los McCamey no son más que escoria blanca y que están esperando a que el señor Sevier se dé la vuelta para robarle. Lo único bueno de esto es que Zuma y Hootsie ahora nos odian menos, porque están ocupadas odiando a los chicos McCamey y a su padre.

Cojo la cesta y salgo por la puerta mientras grito:

—Llevo yo esto a la obra. Tengo un folleto para el chico.

Me voy antes de que Zuma pueda decirme que voy a llegar tarde a comer.

Salgo corriendo por la parte de atrás, salto la barandilla del porche y cruzo el jardín lo más deprisa que me permiten las piernas sin dejar de mirar por encima del hombro para ver si Hootsie me sigue. Es un alivio que no sea así.

Junto al lago, el señor McCamey está a punto de sentarse a la sombra de un árbol cuando aparezco con la cesta. A mí me parece que siempre está deseando dejar de trabajar. La única razón por la que hoy ha sudado es que sus dos hijos mayores han ido a la casa de un vecino a ayudar a talar un árbol que tiró un rayo encima del granero y arreglar el tejado. No volverán hasta dentro de un día o dos, cuando hayan terminado el trabajo. La única ayuda

que tiene el señor McCamey ahora mismo es su hijo menor. Se llama Arney, pero el señor McCamey le llama «chico».

Saludo con la cabeza a Arney y me sigue por el sendero hasta un sauce donde nos hemos sentado y charlado otras veces. Me meto debajo de las ramas y le doy a Arney un emparedado, una manzana y dos galletas de azúcar que llevo escondidos en el bolsillo. Arney está bastante raquítico, así que siempre que vengo le traigo comida que no tenga que compartir con los demás McCamey. Creo que la necesita. Tiene un año más que yo, pero ni siquiera es igual de alto.

—Hoy te he traído otra cosa además. —Le doy el folleto del cinematógrafo.

Mira el dibujo de un vaquero a lomos de un gran caballo palomino y da un largo silbido en voz baja.

—Seguro que era buena. Cuéntame cómo era la historia. ¿Había muchos tiros?

Se sienta y me siento con él. Quiero contarle todo sobre la película a la que nos llevó la señora Sevier y sobre la sala del cinematógrafo con sus butacas de terciopelo rojo y unas torres altas que parecían del castillo de un rey. Pero no tenemos tiempo de hablar de esas cosas. Hoy no. No con lo que ha pasado. Tengo que conseguir que Arney me diga que sí a lo que le pedí ayer.

Hoy habrá luna llena y el río estará casi tan claro como a mediodía. Ahora que no están los hermanos de Arney, no hay momento mejor. No puedo permitir que la señora Sevier nos lleve con ella a Augusta. No puedo permitir que la señorita Tann nos lleve de vuelta al hogar infantil. Y además de todo eso, Fern está empezando a pensar en la señora Sevier como su mamá. Poco a poco se está olvidando de nuestra verdadera madre. Por las noches me cuelo en su habitación y le hablo de Queenie y Briny, pero ya no sirve de nada. Fern se está olvidando del río y del reino de Arcadia. Se está olvidando de quiénes somos.

Es hora de irnos.

—Entonces, sobre lo que hablamos ayer. Nos vas a llevar, ¿verdad? —le pregunto a Arney—. Esta noche. La luna saldrá pronto y la noche será larga. —Una no ha vivido toda su vida en el río sin saber cómo viaja la luna. El río y sus criaturas deciden sus estados de ánimo en función de la luna.

Arney se aparta como si lo hubiera abofeteado. Se pellizca los ojos marrones cerrados. Un mechón de pelo fino castaño rojizo le cae sobre la

frente y se separa encima de su nariz larga y huesuda. Niega con la cabeza, nervioso. Quizá nunca fue su intención ayudarnos. Quizá solo quería presumir cuando dijo que sabía guiar el barco de su padre y llegar por el brazo muerto hasta Dedmen's Slough y el gran río.

Pero le conté la verdad sobre Fern y sobre mí. La historia entera. Incluso le dije nuestros verdaderos nombres. Pensé que comprendía por qué necesitábamos ayuda.

Apoya los codos en el sucio pantalón de peto con agujeros en las rodillas.

—Te voy a echar de menos cuando os vayáis. Eres lo único bueno que he encontrado aquí.

—Puedes venir con nosotras. El viejo Zede ha recogido a muchos chicos. Apuesto a que te dejaría quedarte, estoy segura. No tendrías que volver a ver este sitio. Podrías ser libre. Como lo vamos a ser nosotras. —El padre de Arney se emborracha por las noches, hace trabajar a sus hijos como mulas de carga y les pega todo el tiempo, sobre todo a Arney. Hootsie le vio pegar a Arney en la cabeza con el mango de un martillo solo por haberle llevado los clavos equivocados—. Y, en cualquier caso, las perlas son tuyas, como te prometí.

Me meto la mano en el bolsillo, las saco y las sostengo donde Arney pueda verlas. Me siento mal por lo de las perlas. La señora Sevier me las dio la noche después de llevarse a Fern a hacerse los zapatos especiales. Pensaba que era mi cumpleaños por lo que dicen los papeles de la Asociación de Hogares Infantiles de Tennessee. Los Sevier creyeron que me había olvidado de que era mi día especial y me sorprendieron con una cena de cumpleaños. Ya lo creo que me sorprendieron. Mi cumpleaños fue hace cinco meses y medio y soy un año mayor de lo que creen. Claro que tampoco me llamo May Weathers, así que me dio bastante igual celebrar mi cumpleaños en otoño.

Estas perlas son de las cosas más bonitas que he tenido, pero renunciaré a ellas a cambio de Queenie, Briny y el río. Renunciaré sin pensármelo dos veces.

Además, Arney necesita el dinero que cuestan más que yo. La mayoría de las veces en el campamento tienen whisky, pero no comida.

Arney toca las perlas, luego retira la mano y se pellizca una costra del nudillo.

—Bah... No quiero dejar a mi familia. A mis hermanos y eso.

—Piénsalo bien. Lo de quedarte con nosotros en el río, quiero decir. —Lo

cierto es que los hermanos de Arney ya son casi mayores y casi tan malos como el padre. Cuando se cansen de trabajar como mulas y decidan irse, es probable que Arney se muera de hambre o de las palizas que le da su padre —. Briny y Queenie te encontrarán un hogar, te lo prometo. Estarán tan contentos de que nos hayas llevado a Fern y a mí de vuelta que te encontrarán un buen hogar. Si Zede no está ya en la isla de Mud, te puedes quedar con nosotros en el *Arcadia* hasta que volvamos a encontrárnoslo.

Siento una punzada de preocupación. Lo cierto es que no puedo estar segura de que Briny y Queenie sigan amarrados en el sitio de siempre..., pero el caso es que lo sé. Esperarían para siempre si hiciera falta, aunque las noches se estén haciendo frías y los árboles estén perdiendo sus hojas y sea ya hora de poner rumbo sur hacia un condado más cálido.

Lo que me temo que no será fácil es conseguir que Briny y Queenie zarpen una vez Fern y yo estemos de vuelta en el *Arcadia*.

¿Les habrá contado Silas que solo quedamos Fern y yo, que Camellia ha desaparecido y que Lark y Gabion están lejos? ¿Lo sabrán?

No puedo pensar demasiado en eso porque me duele. *No te preocupes por lo que aún está a la vuelta de la esquina*, dice siempre Briny. Ahora mismo tengo que concentrarme en llegar por el lago hasta el gran río. A partir de ahí nos quedaremos cerca de la costa y tendremos cuidado con las estelas de los barcos y barcazas..., y estaremos atentos a la madera de deriva, ramas de árbol y esas cosas. Son muchas las noches en que he subido a la buhardilla de la casa de los Sevier y mirado hacia el horizonte. No puedo ver el río, pero sí sentirlo. Estoy convencida de oír las sirenas y los silbatos, a lo lejos. Al final del cielo veo las luces de Memphis. Por lo que me ha dicho Arney, supongo que el pantano en el que desemboca el brazo muerto debe de unirse al Misisipi en algún punto entre los acantilados de Chickasaw y los bancos de arena río arriba, pasada la isla de Mud. Arney no está seguro, pero yo creo que, si estoy equivocada, es por poco.

Arney asiente con la cabeza y es un alivio.

—De acuerdo. Os llevo. Pero tiene que ser esta noche. No hay manera de saber cuándo van a volver mis hermanos.

—Muy bien. Fern y yo vendremos aquí en cuanto la luna esté más alta que las copas de los árboles. Nos encontraremos en el bote. Asegúrate de que tu padre empieza a beber pronto esta noche. Déjale también que coma mucho, eso le dará sueño. Yo me ocupo de que Hootsie os traiga comida de sobra

para la cena.

Eso no será difícil. Solo tengo que decirle a nuestra nueva mamá que el chico del campamento tiene hambre y no ha comido lo suficiente a mediodía. Le diré a Zuma que prepare muchas cosas.

La señora Sevier tiene el corazón blando como el vilano de un diente de león. Lo malo es que también es frágil. No quiero ni pensar en cómo saldrá adelante cuando nos hayamos ido. No puedo pensar en ello. Queenie y Briny también nos necesitan y son nuestros padres. Es así de sencillo. No hay otra manera de verlo.

Es hora de irnos.

Arney asiente de nuevo con la cabeza.

—De acuerdo. Estaré en el bote, pero, si vamos a bajar juntos por el río, hay algo que debes saber primero. Igual cambia algunas cosas.

—¿El qué? —Se me corta un poco la respiración.

Los hombros delgados como huesos de Arney suben y bajan y me mira con los ojos entornados antes de decir:

—No soy un chico. —Se desabrocha el cuello de la camisa, que en realidad es poco más que un harapo. Una tira de muselina sucia que parece el vendaje de un doctor le envuelve el pecho y Arney no es un chico—. Arney es diminutivo de Arnelle, pero padre no quiere que nadie se entere. La gente no me dejaría trabajar si lo supiera.

Ahora estoy más convencida que nunca de que Arney tiene que quedarse en el río con nosotras. Además del hecho de que sea una chica, y de que esta no es vida para una chica, tiene cardenales por todo su cuerpo flacucho.

Pero ¿qué opinará Zede de tener una chica en su barco?

Quizá Briny y Queenie nos dejen tener a Arney en el *Arcadia*. Encontraré la manera de solucionarlo.

—Da igual que seas una chica, Arney. Te encontraremos un hogar. Tú estate preparada esta noche cuando la luna esté sobre los árboles.

Nos lo prometemos enlazando el dedo meñique y luego el padre de Arney la llama a gritos desde el otro lado de los árboles. Se terminó el almuerzo.

Me paso la tarde preguntándome si Arney estará esta noche en la barca cuando Fern y yo lleguemos allí. Pero supongo que sí, porque, si lo piensa, se dará cuenta de que no hay gran cosa que la retenga aquí. Necesita irse río abajo tanto como nosotras.

Los Sevier vuelven a hablar en su dormitorio antes de que el señor Sevier

se vaya a Memphis a su reunión. Cuando bajan, lleva una bolsa de viaje pequeña.

—Si la reunión termina tarde, igual me quedo en la ciudad —dice y a continuación besa a Fern en la frente y a mí también, algo que no ha hecho nunca antes.

Aprieto los dientes e intento estarme muy quieta cuando se inclina sobre mí. Solo puedo pensar en el señor Riggs.

—Cuidaos las tres. —Mira a la señora Sevier—. No te preocupes. Todo va a salir bien.

Zuma le da su sombrero cuando sale por la puerta y ya estamos las mujeres solas. La señora Sevier les dice a Zuma y a Hootsie que pueden irse al cuarto de la cochera a descansar. No merece la pena ponerse a cocinar. Las chicas cenaremos emparedados en una bandeja.

Zuma prepara una bandeja muy bonita antes de irse.

—Vamos a hacer una fiesta de pijamas. Esta noche tenemos *Capitán Midnight* en la radio —dice la señora Sevier—. Y también cacao caliente. A ver si me asienta el estómago.

Se pasa la lengua por los labios y se apoya una mano en el vientre.

—Yo tampoco tengo muy bien la barriga —comento.

Estoy deseando subir y recoger algunas cosas. No me llevaré más que lo imprescindible de lo que nos han comprado los Sevier. No estaría bien. Y además en el *Arcadia* tenemos cosas. No son elegantes, como las de aquí, pero nos bastan y nos sobran. ¿Para qué querría una niña que vive en el río vestidos de volantes y zapatos de piel reluciente? Además, el ruido de las suelas ahuyentaría a los peces.

—Subid a poner los pijamas, niñas. May, te encontrarás mejor cuando tomemos un poco de cacao y cosas ricas. —La señora Sevier se seca la frente con el dorso de la mano, luego se obliga a sonreír—. Venga. Lo vamos a pasar muy bien esta noche. Las chicas solas.

Cojo a Fern de la mano y subimos.

Fern está tan ilusionada con la fiesta de la señora Sevier que se lava y se cambia en un periquete, aunque se pone el camisón al revés.

Se lo arreglo y le pongo la bata y me la pongo yo también, pero encima de la ropa. Si la señora Sevier se da cuenta, le diré que tenía frío. Últimamente ha empezado a refrescar en la casa de noche. Un recordatorio más de que tenemos que volver al río antes de que llegue el invierno.

Intento parecer contenta por nuestra fiesta, pero estoy nerviosa como un gato mientras nos comemos los emparedados. Se me cae uno en la bata y la mancha, y la señora Sevier me lo limpia.

Me toca la frente para ver si tengo fiebre.

—¿Cómo te encuentras ahora que has comido?

En lo único que puedo pensar es en que ojalá fuera Queenie. Me gustaría que esta gran casa fuera de Queenie y Briny y me gustaría que la señora Sevier pudiera tener un hijo detrás de otro como Queenie para que no estuviera tan sola cuando nos vayamos.

Niego con la cabeza y susurro:

—Me gustaría irme a la cama. Puedo llevarme a Fern y acostarla.

—No hace falta. —Me pasa una mano por el pelo cogiéndomelo con los dedos y separándomelo de la nuca igual que hacía Queenie—. Ya la subo yo luego. A fin y al cabo soy su mamá.

Dentro de mí todo se vuelve otra vez frío y duro. Casi ni la siento cuando me besa en la mejilla y me pregunta si quiero que venga a arroparme.

—No..., mamá.

Salgo de la habitación lo más deprisa que puedo y no me vuelvo ni una sola vez.

Una vez arriba, el tiempo se me hace eterno hasta que la señora Sevier sube a acostar a Fern. A través de la pared la oigo cantar una nana y me tapo los oídos con las manos.

Queenie y yo les cantábamos mucho esa canción a mis hermanitos.

Duerme, niño,
no llores más.
Bonitos caballos
mañana tendrás.

Todo se enreda dentro de mi cabeza. El *Arcadia* y esta casa. Mis padres verdaderos y el señor y la señora Sevier. Queenie y mamá y Briny y papá. El gran río. El brazo muerto. El pantano. Porches blancos alargados y otros pequeños que navegan sin rumbo, sin ningún rumbo, por el río, sin pintar.

Me hago la dormida cuando la señora Sevier entra en mi habitación y vuelve a tocarme la frente. Me da miedo que quiera despertarme y preguntarme cómo me encuentro, pero se va. La puerta del final del pasillo se cierra y por fin puedo respirar tranquila.

La luna está saliendo justo cuando me levanto y me pongo el abrigo y los zapatos. Me cuelgo una bolsa pequeña a la espalda y voy al cuarto de Fern y la cojo en brazos.

—Chsss, no hagas ruido. Vamos a ir hasta el río a ver luciérnagas. Si alguien nos oye, no nos dejarán ir.

Envuelvo a mi hermanita en una manta y, para cuando hemos bajado las escaleras y salido al porche, ya se ha dormido encima de mi hombro. Fuera está oscuro y hay sombras, y oigo algo arañar el suelo del jardín cerca de la casa, un mapache o una mofeta, quizá. Los perros de caza del señor Sevier ladran cuando salgo al césped, pero se callan cuando ven que soy yo. En la cochera nadie enciende la luz. El rocío salpica y me moja las piernas mientras sujeto con fuerza a Fern y corro hacia los árboles. Por encima de las ramas, la luna brilla alta y llena, tan radiante como el farol que Briny cuelga siempre en el *Arcadia* por las noches. Hay luz de sobra para ver por dónde voy y eso es todo lo que necesito. Enseguida llegamos a la orilla del lago. Arney nos está esperando, como prometió.

Hablamos en susurros, aunque me dice que su padre duerme como un tronco por el whisky, como de costumbre.

—Si se despierta y quiere algo de mí, no podrá levantarse para ir a buscarme.

Pero, por si acaso, Arney nos hace subir deprisa a la barca. Sus ojos son dos grandes círculos blancos en su carita delgada cuando se vuelve a mirar el campamento.

Está quieta con una mano sobre el pequeño bote y los dos pies en la orilla. Tengo la sensación de que lleva una eternidad vuelta hacia el campamento, mirando.

—Sube —susurro. En el suelo del bote, Fern se está empezando a despertar; bosteza, se estira y mira a su alrededor. Tengo miedo de que, si se entera de lo que está pasando, arme un escándalo.

Los dedos de Arney se van separando del bote hasta apoyar solo las puntas.

—Arney. —¿Estará pensando en mandarnos solas? No tengo ni idea de cómo llevar el bote y tampoco conozco el pantano. Nos perderemos y no saldremos vivas—. Arney, tenemos que irnos.

Pasadas las copas de los árboles, las sombras sobre el césped cambian y me parece ver haces de luz moviéndose sobre la hierba. Para cuando me

levanto para mirar, han desaparecido. Igual estaban solo en mi imaginación... O quizá el señor Sevier ha decidido volver a casa esta noche en lugar de quedarse en la ciudad. Podría estar aparcando el automóvil y entrando en la casa en este momento. Mirará en nuestros dormitorios y verá que nos hemos ido.

Me inclino como puedo sobre la borda y cojo a Arney del brazo, y ella da un salto, como si se hubiera olvidado de que estoy allí. A la luz de la luna, sus ojos se clavan en los míos.

—No sé si hago bien —dice—. Nunca volveré a ver a mi familia.

—Te tratan mal, Arney. Tienes que irte. Tienes que venir con nosotras. Ahora somos tu familia. Fern y yo y Briny y Queenie y el viejo Zede.

Nos miramos largo rato. Por fin asiente con la cabeza y empuja el bote de manera que pierdo el equilibrio y me caigo encima de Fern. Cogemos los remos y nos alejamos, dejando que el viento y la corriente nos impulsen hacia el pantano hasta que estamos lejos de la orilla.

—¿Dónde están... las luciérnagas? —murmura Fern cuando me acerco a gatas a ella.

—Chsss. Primero tenemos que llegar hasta el río. Puedes dormir otro rato. —La tapo bien con la manta, le pongo los zapatos para que no se le enfríen los pies y dejo que use la bolsa de almohada—. Te despertaré para que las veas.

No habrá caimanes, pero, cuando Fern vea por fin el *Arcadia*, no le importará.

Arney arranca el motor y se sienta en la popa para pilotar. Yo cojo un remo y me coloco en la parte de delante por si hay troncos a la deriva.

—Enciende la lámpara —dice Arney—. En esa caja de ahí hay cerillas.

Hago lo que me dice y minutos después navegamos por el ancho y claro lago despertando a las criaturas de la noche que se escabullen de la luz de la lámpara. Me siento libre como los gansos del Canadá que nos sobrevuelan, llamándose a graznidos y tapando las estrellas. Se dirigen al mismo lugar que nosotras. Al sur del río. Los veo pasar y deseo poder atrapar uno y dejar que me lleve volando a casa.

—Estate atenta. —Arney reduce la velocidad cuando el brazo se estrecha y los árboles se cierran—. Si ves troncos, apártalos. No dejes que choquemos con ninguno.

—Ya.

El aire de la noche se enfría, se espesa y huele a pantano. Me abotono el abrigo hasta el cuello. Los árboles tapan el cielo, sus troncos son anchos, retorcidos y nudosos. Las ramas nos buscan como dedos. Algo araña la quilla y nos levanta por uno de los lados.

—Apártalas —ladra Arney—. Si una rompe el bote, se acabó.

Estoy atenta a troncos, a nudos de ramas de ciprés y a cualquier madera a la deriva. La empujo con el remo y avanzamos muy despacio. Aquí y allí hay esquifes amarrados en la orilla y casas flotantes con faroles que parpadean, pero estamos prácticamente solas. No hay nada excepto kilómetros de tierra baja y cenagosa donde viven nutrias y lince y el musgo cuelga espeso de las ramas altas. Los árboles forman siluetas que parecen monstruos en la oscuridad.

Grita una lechuza y Arney y yo nos agachamos. La oímos pasar volando sobre nuestras cabezas.

Fern se revuelve en sueños, el ruido la ha molestado.

Pienso en las historias de Briny sobre el rugarú, el hombre lobo que se lleva a los niños al pantano. Un escalofrío me recorre el cuerpo, pero no dejo que Arney se dé cuenta. No hay aquí monstruos peores que los que nos esperan en casa de la señora Murphy si nos mandan de vuelta.

Pase lo que pase, no pueden cogernos a Fern y a mí.

Me concentro en el agua e intento no pensar en lo que puede haber en el pantano. Arney vira a un lado y a otro encontrando siempre la manera de avanzar, tal y como dijo que haría.

Por fin nos quedamos sin luz de luna y se termina el queroseno de la lámpara. La llama chisporrotea hasta que solo arde la mecha. La brisa la apaga cuando nos acercamos a la orilla y atamos la guía a la rama de un árbol. Las piernas y los brazos me pesan igual que los troncos empapados que he estado apartando con el remo. Me duelen y me crujen cuando gateo hasta el centro del bote para meterme debajo de la manta al lado de Fern, que ha estado dormida casi todo el rato.

Arney hace lo mismo.

—Desde aquí, el final del pantano no está lejos —dice y las tres nos hacemos un ovillo, ateridas y mojadas y con ganas de dormir. Me parece oír música procedente de alguna parte y me digo que es un barco con espectáculo a bordo y que eso quiere decir que el río está cerca, pero podría ser mi imaginación, que me engaña. A medida que me quedo dormida, estoy más

convencida de que es el sonido de barcas y barcazas a lo lejos. Las sirenas y los silbidos viajan en la noche. Escucho con atención, intento decidir si sé cuáles son. El *Benny Slade*, el *General P.* y un vapor de ruedas con su inconfundible chuuuu, chas chas, chuuuu.

Estoy en casa. Me envuelve una nana que conozco de memoria. Dejo que la oscuridad y los sonidos de la noche entren en mí y ahuyenten los malos sueños y las preocupaciones. Mamá agua me mece con suavidad y dulzura hasta que no me rodea nada más.

Duermo el sueño profundo de los habitantes del río.

Por la mañana unas voces me sacan de la calma... Voces... y madera que choca contra madera. Retiro la manta y Arney se endereza enseguida al otro lado de Fern. Nos miramos un minuto mientras recordamos dónde estamos y lo que hemos hecho. Entre las dos, Fern se gira y mira el cielo pestañeando.

—Ya te dije que había alguien en el bote, Remley. —Tres chiquillos de color nos miran subidos a raíces de ciprés; sus pantalones de peto enrollados dejan ver piernas flacas y sucias de barro.

—¡Ese es una chica! —dice el niño mayor de todos levantando el mentón para verme mejor y golpeando el bote con el garfio de un palo para coger ranas—. ¡Y también hay una niña pequeña! ¡Son blancas!

Los otros retroceden, pero el niño mayor —no puede tener más de nueve o diez años— se queda donde está apoyado en el palo.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Os habéis perdido?

Arney se pone de pie y los ahuyenta con la mano.

—¡Fuera de aquí! Largo si sabéis lo que os conviene. —Su voz es más profunda, como la que usaba antes de que supiera que es una chica—. Hemos salido a pescar y estamos esperando a que sea de día para volver, ya está. Que uno de vosotros suelte esa amarra para que podamos irnos.

Los niños se quedan donde están sin dejar de mirarnos con los ojos muy abiertos.

—¡Deprisa! ¿Es que no me oís? —Arney agita un remo en dirección a la rama a la que está atado el bote. El agua nos ha hecho dar vueltas mientras dormíamos y la cuerda está enganchada. Será difícil que consigamos soltarla nosotras solas.

Rebusco en la bolsa y saco una galleta. En casa de los Sevier no es difícil birlar algún dulce de los que hace Zuma. En los últimos días he estado escondiendo algunos en previsión para nuestro viaje. Ahora nos vendrán

bien.

—Si lo hacéis, os doy una galleta.

Fern se frota los ojos y susurra:

—¿Dónde está mamá?

—Calla —le digo—. Estate muy callada. Nada de preguntas.

Sostengo la galleta para que la vean los niños. El más pequeño sonrío, luego suelta el palo y se sube a la rama con la agilidad de una lagartija. Tarda un poco, pero consigue soltar el nudo. Antes de alejarnos, tiro tres galletas a la orilla.

—No tenías que darles ninguna —protesta Arney.

Fern se acerca a mí y se pasa la lengua por los labios.

Les doy las dos últimas galletas.

—Cuando lleguemos al *Arcadia*, tendremos comida de sobra. Queenie y Briny estarán tan contentos de vernos que prepararán tal barbaridad de comer que te parecerá mentira.

Desde que empezó este viaje, he estado prometiendo cosas a Arney para animarla a seguir. Me doy cuenta de que sigue queriendo volver con su familia. Es curioso como aquello a lo que estás acostumbrado te parece bien aunque esté mal.

—Verás —le digo—. Cuando estemos en el *Arcadia*, nos iremos río abajo donde nadie nos moleste. Iremos hacia el sur y el viejo Zede nos seguirá.

No dejo de repetirme eso a mí misma mientras arrancamos el motorcillo y navegamos hacia la desembocadura del pantano, pero es como si tuviera dentro una cuerda que sigue atada a lo que dejo atrás. Se va tensando cada vez más, incluso después de doblar un recodo y de que los árboles se espacien y vea el río, esperando para llevarnos a casa. Hay una preocupación que crece en mi interior y no tiene nada que ver con las estelas de los barcos grandes que nos mecen y zarandean mientras nos dirigimos traqueteando hacia Memphis.

Cuando por fin vemos la isla de Mud, la preocupación me impide respirar y casi deseo que una barcaza a la deriva nos hunda mientras cruzamos hacia el remanso. ¿Qué dirán Briny y Queenie cuando vean que Fern es la única que queda además de mí?

La pregunta me pesa más y más cuando dejamos atrás el viejo campamento, que ahora está casi vacío, y mientras guío a Arney hacia el remanso que he cruzado cien veces en mi imaginación. He viajado aquí desde

el automóvil de la señorita Tann, desde el sótano de la señora Murphy, desde el sofá de la fiesta para padres adoptivos y desde el dormitorio decorado con puntillas rosas de la mansión de los Sevier.

Me cuesta creer, incluso cuando doblamos el recodo y el *Arcadia* está esperándonos, que esto es real. Que no es otro sueño más.

La casa flotante de Zede está amarrada un poco más abajo, pero, a medida que me acerco, me doy cuenta de que algo le pasa al *Arcadia*. La baranda del porche está rota. El techo está cubierto de ramas y hojas caídas. Los afilados colmillos de cristal de una ventana hecha añicos centellean en la luz del sol cerca de la chimenea de la estufa. El *Arcadia* está escorado y tiene el casco tan encallado en la orilla que me pregunto cómo lo vamos a soltar.

—¡El *Arcadia*! ¡El *Arcadia*! —Fern chilla, aplaude y señala; sus tirabuzones dorados como el sol suben y bajan. Se pone de pie en el centro del bote como solo una niña del río sabría—. ¡*Arcadia*! ¡Queenie! ¡Queenie! —vuelve a gritar mientras nos acercamos.

No parece haber nadie. ¿*Habrán salido a primera hora a pescar o cazar? ¿O quizá están con Zede?*

Pero Queenie no suele dejar el barco. Le gusta quedarse en casa a no ser que tenga alguna amiga cerca a la que visitar. Y por aquí no hay nadie.

—¿Es este? —pregunta Arney dudosa.

—Deben de haber salido. —Trato de parecer tranquila, pero no lo estoy. Un sentimiento espeso y negro se apodera de mí. Queenie y Briny nunca permitirían que el *Arcadia* tuviera este aspecto. A Briny le gustaba presumir de su barco. Lo tenía siempre muy cuidado. Incluso con cinco niños, Queenie tenía nuestro hogar immaculado. «Impoluto», decía.

El *Arcadia* no está nada impoluto ahora mismo. La cosa empeora cuando Arney nos acerca a la pasarela y apaga el motor para que podamos llegar flotando. Cuando agarro la barandilla para impulsarnos, me quedo con un trozo en la mano y estoy a punto de caerme al agua.

Acabamos de echar la amarra cuando veo a Silas correr por la orilla, sus largas piernas abriéndose paso en la arena. Salta un montón de maleza, ágil como un zorro. Me acuerdo de Camellia escabulléndose cuando vino la policía.

Parece que hace años de eso y no solo meses.

Silas se encuentra conmigo cuando bajo del barco. Me da un abrazo de oso y me mece y me levanta en volandas mientras hunde los pies en la arena.

Luego me deja a la entrada de la pasarela.

—¡Qué alegría! —dice—. Pensaba que no volvería a verte.

—Yo tampoco estaba segura. —A mi espalda, oigo a Arney ayudar a Fern, pero no puedo apartar los ojos de Silas. Yo sí que me alegro de verlo—. Estoy en casa. He vuelto a casa.

—Claro que sí. Y además traes a Fern. ¡Espera a que se entere Zede!

Vuelve a abrazarme y esta vez no me quedo con los brazos pegados al cuerpo. Le devuelvo el abrazo.

Hasta que no habla Fern, no me acuerdo de que hay alguien más con nosotros.

—¿Dónde está Queenie? —pregunta.

En cuanto me separo de Silas y doy un paso atrás para mirarlo a la cara, sé que algo va mal. Nadie ha salido del barco, y eso que hemos hecho ruido.

—Silas, ¿dónde está Queenie? ¿Dónde está Briny?

Silas me coge por los hombros. Sus ojos oscuros se clavan con intensidad en los míos. Le tiembla un poco una de las comisuras de la boca.

—Tu madre murió hace tres semanas, Rill. El médico dijo que de envenenamiento de la sangre, pero Zede me dijo que tenía el corazón roto. Os echaba mucho de menos.

La noticia me destripa igual que a un pez. Estoy vacía por dentro. *¿Que mi madre ya no está en este mundo? ¿No está en este mundo y no volveré a verla?*

—¿Dónde..., dónde está Briny? —pregunto.

Silas me sujeta más fuerte. Me doy cuenta de que tiene miedo de que, si me suelta, me caiga al suelo como una muñeca de trapo. Durante un segundo creo que lo voy a hacer.

—No está bien, Rill. Empezó a beber después de perderos a todos. Y desde que murió Queenie, está aún peor. Mucho peor.

23

Avery

Trent y yo estamos uno junto al otro mirando las viejas columnas que cierran el perímetro de unos cimientos de cemento y piedra en mal estado. Se alzan como centinelas, de porte militar, los pies perdidos en la hiedra y la hierba crecida, las gorras coronadas con volutas y querubines.

Transcurren unos instantes antes de que nos demos cuenta de que Jonah ha subido los peldaños para investigar lo que debió de ser en otro tiempo un porche de varias alturas. Sobre nuestras cabezas, las oxidadas barandillas del segundo piso se intercalan serpenteantes con las columnas, uniéndolas como mechones desvaídos de una trenza dorada.

—Oye, vuelve aquí, peque —le dice Trent a Jonah. La piedra parece sólida, pero no hay manera de saber si este lugar es seguro.

Esto fue en otro tiempo la casa de una plantación, asentada sobre una suave colina a orillas del río Savannah, no lejos de Augusta. ¿De quién era? En las inmediaciones, un nevero y otras construcciones exentas se alzan desvalidas, sus techumbres de tejas rojas deteriorándose despacio, con maderos rotos asomando como huesos astillados.

—¿A qué vendría aquí mi abuela?

Me resulta imposible imaginarme a la abuela Judy, una mujer que me regañaba si entraba en casa procedente del establo con pelo de caballo en los pantalones y se me ocurría sentarme en algún mueble, en un lugar como este.

Y cada jueves durante años. ¿Por qué?

—Una cosa es segura. Aquí no la molestaba nadie. Dudo de que alguien sepa siquiera que este sitio existe. —Trent va hacia los escalones y le tiende

la mano a Jonah mientras este salta alegremente—. No te separes de papá, cariño. Ya sé que esto es alucinante, pero puede haber serpientes.

Jonah se pone de puntillas para ver más allá de la entrada.

—¿Dónde está la serpiente?

—He dicho que puede haber una.

—Ah...

Por un momento me distraigo mirándolos. Parecen la fotografía de una revista. El radiante sol de mediodía se cuele a raudales por entre los árboles centenarios y se posa en ellos, resaltando su pelo rubio pajizo y el parecido de sus facciones.

Por fin me vuelvo hacia la casa en ruinas. En su día debió de ser una gran mansión.

—Bueno, a juzgar por el hecho de que venía en taxi y no en su coche con su chófer, no quería que nadie supiera dónde estaba.

Quiero que la verdad sea así de inocente, pero no me engaño. Es demasiada coincidencia que May Crandall mencionara Augusta y que mi abuela viniera aquí de forma regular. Esto es algo que tiene que ver con las dos. Esta casa es de May, lo sé. Su relación con la abuela Judy va más allá de trabajar juntas en una historia trágica de adopción ocurrida hace tiempo.

—Parece que la carretera sigue por allí. —Trent señala el camino que hemos recorrido desde la verja de entrada. Con hierba crecida en la parte central y las inflorescencias que se doblan tapando los surcos hechos por neumáticos, apenas puede llamarse carretera, pero es evidente que desde la estación pasada alguien ha conducido por ella y ha segado la hierba. Alguien ha estado cuidando este lugar hasta hace relativamente poco.

—Supongo que deberíamos ver a dónde lleva.

Pero parte de mí, una parte muy grande, no quiere saberlo.

Echamos a andar por la carretera después de cruzar lo que en otro tiempo fue el césped delantero. Jonah levanta mucho las piernas a cada paso que da, vadeando la hierba sin segar como si estuviera tanteando las olas en la orilla del mar. Trent lo levanta y lo sujeta con un brazo cuando la hierba se espesa y el camino se acerca a los árboles.

Jonah señala pájaros y ardillas y flores haciendo que nuestro paseo parezca algo inocente, una excursión por la naturaleza con amigos. Quiere que tanto su padre como yo comentemos lo que ve. Lo intento, pero mis pensamientos corren colina abajo a un millón de kilómetros por hora. Por entre los árboles

veo agua. El sol la ilumina y una brisa arruga ligeramente su superficie. Es el río, sin duda.

Jonah me llama *Ei-ver-vi*. Su padre lo corrige:

—Se llama señorita Stafford. —Me sonrío mirándome de reojo—. Mi familia es de la vieja escuela. A los adultos se les llama por su apellido.

—Está muy bien. —A mí también me educaron así. Honeybee me mandaba a mi habitación si no usaba «señor» o «señora» para dirigirme a las personas mayores. La norma estuvo vigente hasta que me fui a la universidad, ya adulta.

Más adelante, el camino rodea lo que parecen ser los restos de una verja de hierro oxidado. Está tan cubierta de matas de jazmín de Virginia que no me doy cuenta de que encierra un jardín hasta que la tenemos casi encima. Por entre las rosas trepadoras rojas y los pétalos blancos como la nieve del mirto asoma una pulcra casita. Situada en una colina baja que da al río, parece la cabaña encantada de un cuento infantil, donde podría refugiarse una princesa o un sabio ermitaño que en otro tiempo fue rey. Desde la verja del jardín delantero, una pasarela conduce colina abajo a un embarcadero inclinado sobre el agua.

Aunque los jardines que rodean la casa están ahora descuidados, es evidente que se hicieron con cariño. Hay cenadores, bancos y bebederos de pájaros junto a cuidados caminos de piedra. A juzgar por lo gastado de los marcos de madera de las ventanas y el tejado de chapa, diría que lleva décadas aquí.

Así que aquí era donde venía mi abuela. Es fácil imaginar que disfrutara haciéndolo. Es un sitio donde podría dejar atrás sus obligaciones, preocupaciones, deberes, la reputación de la familia, el ojo público..., todo lo que llenaba esos dietarios cuidadosamente llevados.

—Quién iba a decir que había aquí un sitio así. —Trent admira el pequeño refugio mientras nos encaminamos a la parte delantera, donde un amplio porche cerrado se adivina entre los árboles. Las ventanas tienen visillos de encaje. Un viento entona la música dulce y suave del mediodía. Ramitas y hojas en los peldaños confirman que nadie ha barrido desde las últimas tormentas.

—Desde luego.

¿Es esta la casa de May Crandall? ¿Donde la encontraron haciendo compañía al cuerpo sin vida de su hermana?

Trent abre la verja torcida para que podamos entrar. Los hierros arañan el suelo de piedra, quejándose de nuestra intrusión.

—Está muy silenciosa. Vamos a ver si hay alguien.

Subimos juntos los peldaños y Trent deja a Jonah en el porche mientras la puerta mosquitera se cierra a nuestra espalda con un chirrido.

Llamamos y esperamos y por fin miramos por entre los visillos de encaje. Dentro, un sofá canapé con tapicería de flores y rodeado de mesas estilo reina Ana y lámparas Tiffany parece fuera de lugar en una sencilla casa de campo. Cuadros y fotografías llenan las paredes del pequeño cuarto de estar, pero desde donde estoy no los veo bien. Al fondo hay una cocina. Hay dos puertas en la habitación principal que parecen conducir a dormitorios y a un porche cerrado, al fondo.

Me he ido a la otra ventana para ver mejor, cuando oigo a Trent girar el pomo de la puerta.

—¿Qué haces? —Me vuelvo a mirar por encima de mi hombro medio esperando una sirena de policía, o incluso una escopeta apuntándonos.

Trent me guiña un ojo; su mirada es traviesa cuando el pomo hace clic.

—Estoy inspeccionando una posible venta. Creo recordar que me llamaron para que hiciera un informe de la casa.

Entra antes de que me dé tiempo a llevarle la contraria. Y tampoco sé si quiero hacerlo. No puedo irme sin saber más, sin descubrir lo que ha estado ocurriendo aquí. Me cuesta imaginar cómo alguien en el estado de May Crandall haya podido vivir en este lugar tan aislado.

—Jonah, tú quédate en el porche. Nada de bajar al jardín. —Trent se gira y lo mira con autoridad.

—Vale. —Jonah está ocupado cogiendo bellotas que ha debido de ir acumulando alguna ardilla a través de la esquina rota de la puerta mosquitera. Cuando entro detrás de Trent, las está contando—: Una, dos, *tes...* siete... ocho... *cuadenta y cuato*.

Su voz se pierde cuando piso una pequeña alfombra en el umbral y paseo la vista por la habitación. No es lo que me esperaba. No hay capa de polvo, ni insectos muertos en los antepechos de las ventanas. Todo está impoluto. Se nota que la casa está habitada, pero los únicos sonidos son el silbido del viento, los pájaros, las hojas, la voz susurrada de Jonah y el canto de un ave desde el río.

Trent toca un sobre que hay en la encimera de la cocina y se inclina para

mirarlo.

—May Crandall.

Me está presentando una prueba, pero solo la veo a medias.

Estoy concentrada en un cuadro que hay sobre la repisa de la chimenea. Las pamelas de colores brillantes, los vestidos sesenteros bien almidonados, las sonrisas, los rizos dorados que agita la brisa marina, la risa que ves aunque no la oigas...

Reconozco la escena, aunque la he visto en otra versión. En esta, las cuatro mujeres se miran y se ríen. Los niños que juegan en la arena han desaparecido del fondo. La fotografía que encontré en el estudio del abuelo de Trent era en blanco y negro y las mujeres sonreían a la cámara. La instantánea que inspiró este cuadro debió de hacerse un momento antes o después de la otra. El artista que pintó el retrato añadió los colores vivos. No existe un color para pintar la risa y, sin embargo, el momento capturado irradia alegría. Las mujeres están cogidas del brazo a la altura del codo y con la cabeza echada hacia atrás. Una de ellas está dando una patada a unas algas para lanzárselas al fotógrafo.

Me acerco al cuadro para leer la firma en la esquina inferior: «Fern», dice.

Una placa metálica en el marco lleva el título de la obra: «Día de las hermanas».

Mi abuela está a la izquierda. Las otras tres, a juzgar por lo que nos contaron en la residencia, son May, Lark y Fern.

Con las cabezas hacia atrás y el sol que les da en la cara, estas mujeres parecen claramente hermanas.

También mi abuela.

—No es el único retrato. —Trent se gira para inspeccionar la habitación. Hay fotografías por todas partes. Distintas décadas, distintas localizaciones, variedad de marcos y tamaños, pero siempre las mismas cuatro mujeres. En el embarcadero del río, con los tejanos remangados y una caña de pescar en la mano, tomando el té junto al rosal trepador detrás de esta casita; en canoas color rojo empuñando remos.

Trent se inclina sobre una mesa, abre un álbum de fotografías negro gastado y lo hojea.

—Han pasado mucho tiempo aquí.

Doy un paso hacia él.

De pronto ladra un perro fuera. Los dos nos quedamos paralizados

mientras el sonido se acerca. Ruido de pezuñas que suben los escalones del porche. En solo cuatro zancadas, Trent ha cruzado la habitación y salido a la puerta, pero no ha sido lo bastante rápido. Un enorme perro negro nos gruñe desde el otro lado de la puerta mosquitera y Jonah se queda muy quieto.

—Tranquilo, colega... —Trent avanza, coge a Jonah de un brazo y me lo pasa.

El perro levanta la cabeza y ladra, luego araña la parte inferior de la puerta intentando meter el hocico por la esquina rota.

No muy lejos, ruge un motor de alguna clase. Una cortadora de césped, quizá. Viene hacia nosotros. Trent y yo no tenemos más remedio que esperar. Ni siquiera me atrevo a cerrar la puerta principal de la casa a nuestra espalda. Si el perro entra en el porche, necesitaremos un refugio.

Somos como delincuentes pillados con las manos en la masa. No, somos delincuentes pillados con las manos en la masa. Sin el como.

Solo Jonah, que no ha cometido ningún delito, está pasándolo bien. Mantengo una mano en su hombro mientras da saltitos intentando averiguar de qué es el sonido de motor.

—Ah. ¡Un tractor!... ¡Un tractor! —saluda cuando un hombre con pantalón de peto y sombrero de paja aparece subido a un tractor rojo y gris del año de la polca. Lleva a remolque un carro viejo de dos ruedas con una desbrozadora y unas cuantas ramas dentro. El sol dibuja motas en la piel marrón lustrosa del hombre cuando se detiene cerca de la verja y apaga el motor.

Cuando lo miro con atención, veo que es más joven de lo que su indumentaria hace pensar. Debe de tener la edad de mis padres... ¿Unos sesenta y algo?

—¡Sammy! —dice con voz profunda y autoritaria mientras se baja del tractor y llama al perro—. ¡Quieto ahora mismo! ¡A callar! ¡Ven aquí!

A Sammy no le gusta que le digan lo que tiene que hacer. Espera casi hasta que el hombre está a su lado para obedecerle.

El desconocido se detiene en la mitad de la escalera del porche, pero es tan alto que ya estamos casi a la misma altura.

—¿Querían algo? —pregunta.

Trent y yo nos miramos. Está claro que ninguno de los dos tenía este momento planeado.

—Estuvimos hablando con May en la residencia. —Trent es un vendedor muy listo. Hace que la frase parezca una explicación, aunque en realidad no

lo sea.

—¿Es... es suya esta casa? —balbuceo yo haciéndonos parecer todavía más culpables.

—¡Tienes un tractor! —De los tres, Jonah es el que hace el comentario más inteligente.

—Sí, señor, sí lo tengo, hombrecito. —El hombre apoya las manos en las rodillas para hablar con Jonah—. Era el tractor de mi padre. Lo compró nuevecito en 1958. Cuando tengo un rato vengo a arrancarlo. Limpio la maleza de la granja, recojo las ramas y veo a mi madre. A los nietos les encanta venir conmigo. Tengo allí a uno que debe de ser como tú de mayor.

—Ah —dice Jonah convenientemente impresionado—. Tengo *tes* años. — Con mucho esfuerzo, levanta los tres dedos del medio de una mano y dobla el pulgar y el meñique.

—Pues Bart es de tu edad, entonces —contesta el hombre—. Tres y medio. Se llama como su abuelo, que soy yo. —Bart I se endereza y nos estudia a Trent y a mí.

—¿Son parientes de May? ¿Qué tal está? Me dijo mi madre que su hermana murió y que tuvieron que meterla en una residencia. Dice que sus nietos se la llevaron hasta Aiken pensando que sería mejor que no estuviera demasiado cerca de su casa. Una lástima. Le encantaba este sitio.

—Pues está todo lo bien que puede esperarse, supongo —le digo—. No le gusta mucho estar allí. Y después de ver esta casa, lo entiendo.

—¿Es usted sobrina o nieta? —Se concentra en mí, le veo repasar su catálogo mental tratando de decidir quién puedo ser.

Me da miedo mentirle. No sé ni siquiera si May tiene una nieta. Quizá Bart me está poniendo a prueba.

Y, en cualquier caso, una mentira no solucionará nada.

—Si le soy sincera, no lo sé exactamente. ¿Ha dicho que su madre vive cerca de aquí? Me pregunto si sabrá algo sobre... —*sobre el secreto de mi abuela*— sobre las fotografías que hay en la casa y el cuadro que está encima de la chimenea. Mi abuela es una de las mujeres que está retratada.

Bart mira la casa con expresión de despiste.

—No sabría decirle. Hace años que no entro. Mi madre es la que cuida la casa desde hace mucho tiempo. Desde antes de que un rayo derribara la casa grande en el 82 incluso.

—¿Sería posible... hablar con ella? ¿Cree que la molestaría?

Se retira el sombrero y sonrío.

—Por Dios, ¡en absoluto! Le encanta tener visitas. Solo asegúrense de que tienen tiempo. A mi madre le gusta mucho hablar. —Se inclina hacia atrás y se asoma detrás de la casa—. ¿Han venido andando desde la casa grande? Hay un camino más fácil por ahí. Un sendero que lleva a la granja. May aparcaba su coche al lado de la casa de mi madre.

—Ah, no lo sabía. —Pero eso explica unas cuantas cosas, como lo descuidado de la entrada principal y el camino de cabras por el que hemos llegado hasta aquí—. Hemos entrado por la puerta de hierro.

—Mecachis, pues mañana van a estar llenos de picaduras de ácaros rojos. Recuérdeme que luego les dé un poco del jabón para ácaros de mi madre. Lo hace ella.

Enseguida empieza a picarme todo.

—Súbanse al remolque y los acerco a casa de mi madre. ¿O prefieren ir andando?

Miro el terreno que tenemos que cruzar y no veo más que millones de ácaros rojos esperando a pegarse a mí y causarme picazón para toda la eternidad.

Jonah ya tiembla y le tira a su padre de la pernera del pantalón señalando el tractor.

—Mejor vamos con usted —decide Trent.

Jonah aplaude y vitorea para secundar la moción.

—Vamos, hombrecito. —Bart abre la puerta mosquitera y Jonah le da la mano como si fuera un amigo de toda la vida. Bart lo coge en volandas y baja las escaleras; está claro que tiene experiencia en estas cosas. Se ve que es un abuelo entregado.

Jonah está en la gloria cuando subimos a la pequeña cabina de madera de dos ruedas que me recuerda al vagón para el estiércol que usan los mozos de cuadra en Drayden Hill. Sospecho incluso que este vehículo también ha tenido ese uso. De debajo de las ramas saltan de vez en cuando sustancias de aspecto sospechoso. A Jonah no le importa en absoluto. Parece feliz como un pato en una charca mientras cruzamos la maleza del borde del jardín y seguimos lo que es claramente un camino transitado, quizá por un *quad* o un cochecito de golf.

Nuestra ruta se aleja del río y nos lleva por un camino rural, donde cogemos el primer desvío. La casa azul recién pintada parece de esos lugares

donde habitaría una vieja granjera. Hay gallinas picoteando en el corral. Una vaca lechera moteada descansa a la sombra de un árbol. La colada tendida ondea perezosa. Sammy se adelanta ladrando y aullando para anunciar nuestra llegada.

La madre de Bart sale al porche vestida con una bata de colores vivos, zapatillas de estar en casa y un pañuelo amarillo intenso. Una flor de seda del mismo color adorna un moño de rosca gris en lo alto de la cabeza. Cuando nos ve en el remolque del tractor, retrocede y se coloca una mano sobre los ojos a modo de visera.

—¿A quién traes ahí, Bartholomew?

Dejo que su hijo le dé una explicación, puesto que yo no tengo ninguna.

—Estaban en casa de la señora Crandall. Dicen que la han visitado en la residencia.

La barbilla de la mujer desaparece entre los pliegues curtidos y color canela de su cuello.

—¿Cómo dicen que se llaman?

Bajo del remolque antes de que le dé tiempo a decirle a su hijo que nos lleve adonde nos encontró.

—Avery. —En dos pasos estoy en el porche y me apresuro a darle la mano —. Le he preguntado a su hijo por los cuadros y las fotografías que hay en casa de May. Mi abuela está en ellos.

La anciana nos mira alternativamente a mí y a Trent, que espera al pie de los escalones mientras Jonah investiga el tractor con ayuda de Bart. De un granero vecino sale un niño de aproximadamente su misma estatura y cruza corriendo el jardín para unirse a ellos. No hacen falta presentaciones, pero aun así nos las dan. Es el pequeño Bart.

La mujer vuelve a fijarse en mí. Alarga el cuello y me inspecciona largo rato y con intensidad, como si estuviera cartografiando los contornos de mi cara, comparándolos con algo. ¿Son imaginaciones mías o parece reconocerme?

—¿Cómo me ha dicho que se llama?

—Avery —repito esta vez más alto.

—¿Avery qué más?

—Stafford.

No le he dado esa información hasta ahora a propósito. Pero no quiero irme de aquí sin respuestas y haré lo que sea necesario.

—¿Es hija de la señorita Judy?

El corazón empieza a latirme tan fuerte que noto el latido en los oídos.

—Nieta.

El tiempo parece detenerse, pierdo toda conciencia de los niños que hablan y de Bart I, del cloqueo de las gallinas y la vaca espantando moscas y el canto interminable de un sinsonte.

—Quiere preguntarme por la casa de al lado. Saber por qué venía.

No es una pregunta, sino una afirmación, como si esta mujer llevara años sabiendo que tarde o temprano alguien aparecería haciendo preguntas.

—Sí, señora. Se lo preguntaría a mi abuela, pero, si le digo la verdad, mentalmente no está muy bien. Se olvida de las cosas.

Mueve despacio la cabeza mientras chasquea la lengua. Cuando se concentra de nuevo en mí, dice:

—Lo que la cabeza no recuerda el corazón lo sigue sabiendo. El amor es lo más fuerte que existe. Más fuerte que todas las demás cosas. Quiere saber de las hermanas.

—Por favor —susurro—. Sí, por favor. Cuéntemelo.

—No puedo contar un secreto que no es mío.

Se gira y echa a andar hacia la casa y por un momento pienso que da por concluida la conversación, pero una rápida mirada de reojo me dice lo contrario. Me está pidiendo que entre con ella.

Me lo está ordenando.

Me detengo nada más cruzar el umbral y espero mientras abre la puerta inclinada de un secreter de roble y saca una cruz de hojalata abollada. De debajo saca tres hojas de papel arrugado arrancadas de un bloc amarillo. Aunque han sido arrugadas y estiradas después, no parecen demasiado viejas, desde luego no son de la misma época que la cruz.

—Lo cogí para que no les pasara nada —dice la mujer. Me da la cruz y los papeles por separado—. La cruz fue de Queenie, hace mucho tiempo. Lo otro lo escribió la señorita Judy. Es su historia, pero nunca la terminó. Han decidido llevársela a la tumba con ellas, supongo. Pero imaginaba que algún día aparecería alguien preguntando. Los secretos no son buenos, por muchos años que tengan. A veces los secretos más viejos son los peores. Lleve a su abuela a ver a la señorita May. Su corazón la reconocerá. Sigue sabiendo a quién quiere.

Miro la cruz, le doy la vuelta y a continuación despliego las hojas

amarillas. Reconozco la letra. Es la de mi abuela. He leído lo bastante de sus dietarios para estar segura.

—Siéntate, niña. —La madre de Bart me guía hasta un sillón de orejas. Más que sentarme, me dejo caer. La primera página empieza:

PRELUDIO

Baltimore, Maryland
3 de agosto de 1939

La fecha del cumpleaños de mi abuela y el lugar donde nació.

Mi historia empieza una sofocante noche del mes de agosto, en un lugar que nunca veré. La habitación cobra vida solo en mi imaginación. Casi siempre que la evoco es grande. Las paredes son blancas y limpias, las sábanas crujen como una hoja seca. La *suite* privada tiene de todo...

Floto a través del tiempo, retrocedo años y décadas, me desplazo hasta una habitación de hospital en agosto de 1939, a una vida diminuta que sale al mundo y lo abandona de inmediato, a sangre y dolor y a una joven madre exhausta que se sume en un sueño clemente.

Hay hombres poderosos que hablan en susurros. Un abuelo que, a pesar de su fortuna y su posición social, no puede salvar a su nietecita.

Es un hombre importante... ¿Un congresista tal vez?

No puede ayudar a su hija. ¿O igual sí?

Conozco a una mujer en Memphis...

Se toma una decisión desesperada.

Aquí es donde termina la historia escrita.

Y donde empieza otra. La vida de una niñita de pelo rubio que, como otros protagonistas de la sórdida historia de Georgia Tann, es separada de su madre nada más nacer. Se firman documentos falsificados o quizá se le dice simplemente a la madre exhausta que la niña ha nacido muerta. Georgia se lleva a la pequeña y la entrega en secreto a una familia que dirá que es suya y enterrará así su doloroso secreto.

La niñita se convierte en Judy Myers Stafford.

Esta es la verdad que lleva buscando mi corazón desde el día que vi aquella fotografía borrosa en la mesilla de May y me llamó la atención el parecido.

La fotografía de la residencia es de Queenie y Briny. No son dos personas cualquiera del pasado de May. Son mis bisabuelos. Habitantes del río.

Yo podría haberlo sido también, de no haber dado el destino un giro impensable.

La madre de Bart se coloca a mi lado. Se sienta en el brazo del sillón y me frota la espalda, me da un pañuelo cuando empiezo a llorar.

—Ay, cariño. Niña mía. Es mejor saber. Yo lo digo siempre, es mejor ser quien eres. Lo que eres de verdad. No hay otra manera buena de vivir. Pero es una decisión que no me corresponde a mí tomar.

No estoy segura de cuánto tiempo sigo allí con la anciana dándome palmaditas y consolándome mientras contemplo todas las cosas que separaron a los niños del *Arcadia* los unos de los otros. Pienso en cómo explicó May sus decisiones: *Para cuando nos reencontramos éramos mujeres jóvenes con maridos y con hijos. Decidimos no interferir en nuestras vidas respectivas. Nos bastaba con saber que las otras estaban bien...*

Pero lo cierto es que no bastaba. Ni siquiera las barreras de la reputación y la ambición, la posición social pudieron borrar el amor de hermanas, los lazos que las unían. De pronto, los obstáculos que impusieron la necesidad de llevar vidas ocultas y reunirse en lugares secretos parecen casi tan crueles como las adopciones amañadas, los papeles falsificados y las separaciones forzosas.

—Lleva a tu abuela a ver a su hermana. —Una mano temblorosa aprieta la mía—. Solo quedan ellas dos. De las hermanas. Diles que Hootsie ha dicho que es el momento de ser quienes de verdad son.

24

Rill

El canto del chotacabras trata de arrancarme de mi sueño, pero lo ahuyento y me aferro al sueño. Estamos todos a bordo del *Arcadia*... Briny y Lark y Fern y Gabion. Navegamos por el centro del ancho Misisipi como si fuéramos dueños y señores del río. Hace un día despejado y hermoso y no se ve un remolque ni una barcaza ni un vapor de ruedas.

Somos libres. Somos libres y dejamos que el río nos lleve hacia el sur. Lejos, muy lejos de la isla de Mud y de todo lo que ocurrió allí.

Silas y Zede también están. Y Camellia y Queenie.

Por eso sé que es un sueño.

Abro los ojos, aparto la manta y, por un momento, el sol me ciega y no sé dónde estoy. Es pleno día, no de noche. Entonces me doy cuenta de que estoy hecha un ovillo en el esquife con Fern y que estamos arrebujadas bajo una lona, no una manta. El esquife está amarrado a la popa del *Arcadia* y no va a ninguna parte. Es el único sitio en el que podemos descansar durante el día sin tener que preocuparnos de que nos encuentre Briny.

El chotacabras canta otra vez. Es Silas, lo sé. Le busco entre los arbustos, pero está escondido.

Me retuerzo bajo la lona y Fern se despierta y me coge del tobillo. Desde que hemos vuelto al *Arcadia* le da miedo estar sola. Nunca sabe cuándo puede darle Briny un empujón que la haga caer al suelo o abrazarla tan fuerte que no pueda respirar.

Contesto a la llamada del pájaro y Fern se incorpora tratando de ver algo en el bosque.

—Chsss —susurro. Cuando nos fuimos a hurtadillas al esquiife esta mañana, Briny andaba dando tumbos con una botella de whisky en la mano. Lo más probable es que a estas alturas se haya quedado dormido en el porche. Pero no puedo saberlo con seguridad—. Mejor que Briny no se entere de que ha venido Silas.

Fern asiente con la cabeza y se pasa la lengua por los labios. Le rugen las tripas. Probablemente sabe que Silas nos traerá algo de comer. Si no fuera por Silas, el viejo Zede y Arney, nos habríamos muerto de hambre en las tres semanas que llevamos en el *Arcadia*. Briny no necesita mucha comida. Se alimenta casi solo de whisky.

Levanto la lona y le digo a Fern:

—Quédate ahí un minuto.

Si Briny ve a Silas y se pone furioso, no quiero que Fern esté por medio.

Tengo que soltármela del cuello para ponerla otra vez debajo de la lona, pero después se queda quieta.

Silas me espera en los arbustos. Me abraza fuerte y tengo que morderme el labio para no llorar. Nos alejamos un poco más del río, pero no tanto como para que no pueda oír a Fern si me llama.

—¿Estáis bien? —me pregunta Silas cuando nos sentamos en un claro debajo de un árbol.

Asiento con la cabeza.

—Aunque esta mañana la pesca no se nos ha dado bien. —No quiero pedir, pero tengo la esperanza de que eso que lleva en un hatillo sea comida.

Me da un bulto que no es más grande que dos puños, pero significa mucho. Zede se está quedando sin provisiones y ahora también tiene que dar de comer a Arney. Se ha ido a su barco, donde estará segura. Zede quería que Fern y yo nos fuéramos también, pero yo sé que Briny no nos hará daño.

—Tortas de avena y un poco de pescado salado. Y una manzana que podéis compartir. —Silas se inclina hacia atrás apoyado en las manos, toma aire y mira entre las zarzas en dirección al río.

—¿Está Briny mejor hoy? ¿Más sereno?

—Un poco. —No estoy segura de si es cierto. Quiero que lo sea. Todo lo que hace Briny es deambular por el barco y beber y gritar por las noches. Por el día duerme la mona.

—Zede dice que esta tarde va a llover.

Yo también he visto las señales de lluvia. Me preocupa.

—No volváis a intentar soltar amarras, ¿de acuerdo? Todavía no. Quizá dentro de unos días. En unos cuantos días creo que Briny estará preparado.

Llevamos dos semanas en la orilla opuesta a la isla de Mud mientras el tiempo se vuelve cada vez más frío. Aunque Silas y Zede advirtieron a Briny de que la policía nos encontraría enseguida si venían a buscarnos aquí, Briny no nos deja soltar amarras. Casi le vuela una mano a Silas de un disparo por intentarlo. Y estuvo a punto de disparar también a la pobre Arney. Le di algo de ropa de Queenie y Briny decidió que era Queenie y se puso furioso con ella por haberse muerto.

—Solo un poquito más —le suplico a Silas.

Silas se frota la oreja como si no fuera eso lo que quiere oír.

—Deberías coger a Fern y veniros conmigo al barco de Zede. Lo sacaremos al río y ya verás como Briny nos sigue.

—Solo unos días más. Briny se pondrá mejor. Ha perdido la cabeza, pero se le pasará.

Esa es mi esperanza, pero lo cierto es que Briny no quiere dejar a Queenie y Queenie está enterrada en la espesa tierra del Misisipi no lejos de aquí. Un sacerdote católico dijo allí una última oración por ella, me contó Zede. Yo ni siquiera sabía que Queenie era católica. Hasta que me fui a vivir con los Sevier, ni siquiera sabía lo que significaba eso. Zuma llevaba una crucecita como la de la pared de nuestro barco. A veces la cogía y le hablaba, igual que hacía Queenie, solo que no en polaco. A los Sevier no les hacía mucha gracia porque son baptistas.

Supongo que, sea como sea, es un consuelo saber que a mi madre la enterraron como es debido y con un predicador que dijera unas plegarias en su tumba.

—Zede quiere que le digas a Briny que dentro de cuatro días se va, que se lleva nuestro barco y que, si no quiere venir, os sacará a Fern y a ti del *Arcadia*. Os llevamos río abajo con nosotros.

—¿Quién *essshtá* ahí? —La voz de Briny retumba desde algún lugar cerca de la orilla. Arrastra las palabras por efecto del alcohol. Ha debido de oír a Silas—. ¿Quién *eresshh*?

Briny aparece dando tumbos entre los arbustos y la maleza.

Cojo el hatillo, me lo meto debajo del vestido y le hago una señal a Silas para que se marche. Briny se tambalea mientras me escabullo hasta el esquiife, cojo a Fern y la llevo al barco.

Cuando por fin vuelve, Briny nos encuentra ahí. Hago como que acabo de freír las tortas de avena. Ni siquiera se da cuenta de que la estufa no está encendida.

—Ya casi está la cena. —Empiezo a sacar platos con gran despliegue—. ¿Tienes hambre?

Parpadea, coge a Fern en brazos y se sienta a la mesa mientras la abraza con fuerza. Fern me mira, pálida y asustada.

Me siento como si me estrangularan. ¿Cómo voy a decirle a Briny que Zede solo piensa esperar unos días más? No puedo, así que digo:

—Tortas de avena, pescado salado y gajos de manzana.

Pongo la comida en la mesa y Briny deja a Fern en su sitio. Se diría que hemos comido juntos como las personas normales todos los días. Durante un rato, todo es como debería. Briny me sonrío con ojos oscuros y cansados que me recuerdan a Camellia.

Echo de menos a mi hermana, aunque nos peleáramos todo el rato. Echo de menos lo dura y terca que era. Cómo no se rendía nunca.

—Dice Zede que en cuatro días las corrientes serán buenas y que es el momento de echarse al río. Navegar hacia el sur, donde hay pesca y las aguas son cálidas. Dice que ha llegado el momento.

Briny apoya un codo en la mesa y se frota los ojos mientras mueve la cabeza despacio atrás y adelante. Se le traban las palabras, pero consigo oír las últimas.

—... no sin Queenie.

Se levanta y va hacia la puerta cogiendo la botella vacía de whisky por el camino. Un minuto después, oigo cómo se aleja remando en el esquife.

Espero a que se haya ido y en el silencio que deja atrás me parece que el mundo se me cae encima. Cuando estaba en casa de la señora Murphy y luego con los Sevier pensaba que si conseguía volver al *Arcadia* todo iría bien. Que yo estaría bien. Pero ahora me doy cuenta de que solo me estaba engañando para darme fuerzas un día y otro más.

La verdad es que, en lugar de arreglar nada, haber vuelto al *Arcadia* lo hace todo real. Camellia se ha ido, Lark y Gabion están lejos. Queenie está enterrada en una tumba anónima y con ella el corazón de Briny. Briny se ha refugiado en el whisky y no quiere volver.

Ni siquiera por mí. Ni por Fern. No somos suficiente para él.

Fern trepa a mi regazo y la abrazo con fuerza. Pasamos el resto de la tarde

atentas a que vuelva Briny, pero no viene nadie. Lo más seguro es que haya ido a la ciudad a trapichear en los billares para conseguir dinero con que seguir bebiendo.

Por fin acuesto a Fern en su litera, me acuesto en la mía y trato de conciliar el sueño. Ni siquiera tengo un libro que me acompañe. Todo lo que podía servir para comprar whisky se ha vendido.

La lluvia llega antes de que me duerma y Briny sigue sin aparecer.

Lo encuentro en mi sueño. Estamos la familia al completo y todo es como debería. Briny toca la armónica mientras almorzamos en la arena de la orilla. Cogemos margaritas y chupamos madreselva. Gabion y Lark cazan ranas pequeñas hasta que tienen un frasco lleno.

«¿A que tu madre es bonita como una reina?», pregunta Briny. «Y eso, ¿en qué te convierte a ti? Pues en la princesa Rill del reino de Arcadia, claro está».

Cuando me despierto, oigo a Briny fuera, pero no hay música. Está gritándole a la creciente tormenta. El sudor me pega la sábana a la piel, así que tengo que despegármela para sentarme. Tengo la boca pastosa y seca y me cuesta enfocar la vista. El aire alrededor es oscuro como boca de lobo. La lluvia repiquetea en el techo. Alguien ha llenado la estufa y el tiro debe de estar abierto del todo porque chisporrotea y silba y en la habitación hace un calor infernal.

En cubierta, Briny suelta un juramento. Hay un destello de una lámpara en la ventana. Saco los pies para levantarme, pero el barco se inclina bruscamente y me devuelve a la litera. El *Arcadia* se balancea a un lado y a otro.

Fern rueda por encima de la barandilla de su litera y cae al suelo hecha un ovillo.

De pronto lo entiendo... Ya no estamos fondeados. Estamos navegando.

Silas y Zede han venido y soltado las amarras antes de que volviera Briny. Es lo primero que pienso. Y Briny grita porque está furioso con ellos.

Pero enseguida me doy cuenta de que no nos dejarían a la deriva de noche. Es demasiado peligroso, con los maderos y bancos de arena y las estelas de los barcos grandes y las barcazas. Silas y Zede lo saben.

Briny también, pero está en cubierta, fuera de sí. No está intentando volver a la orilla. Está desafiando al río a que se nos lleve.

—¡Vamos, canalla! —aúlla como el capitán Ahab en *Moby Dick*—.

¡Plántame cara! A ver si puedes conmigo, ¡vamos!

Ruge el trueno. Centellea un relámpago. Briny insulta al río. Se ríe.

La lámpara desaparece de la ventana y a continuación cabecea por la escalera cuando Briny se sube al techo.

Voy como puedo a ver cómo está Fern y a devolverla a su litera.

—Quédate aquí. Quédate hasta que yo te diga.

Me agarra del camisón y gime con voz ronca:

—Nooo.

Desde que estamos de vuelta en el *Arcadia*, le tiene un miedo atroz a la noche.

—No pasa nada. Creo que se han soltado las amarras, nada más. Seguramente Briny está llevándonos otra vez a la orilla.

Echo a correr dejándola en la cama. El *Arcadia* se escora mientras avanzo a tumbos y un remolque hace sonar la sirena y oigo los crujidos y silbidos de cascos de barcazas y sé que vienen estelas más grandes. La madera se desliza bajo mis dedos y me clava astillas bajo la piel. Caigo de bruces, aterrizo en el porche, en el frío. El barco apunta en la otra dirección, se vira hasta colocarse en paralelo al agua.

¡No, no! ¡No, por favor!

Como si me hubiera oído, el *Arcadia* se endereza. Capea la siguiente ola con limpieza y agilidad.

—¿Crees que puedes conmigo? ¿Crees que puedes conmigo? —grita Briny desde arriba. Una botella se estrella y del techo del porche bajan cristales que centellean a la luz de la lluvia nocturna y del faro del remolcador. Parecen caer despacio. Luego desaparecen con un destello en las negras aguas.

—¡Briny, tenemos que volver a la orilla! —grito—. ¡Briny, tenemos que amarrar el barco!

Pero la sirena del remolcador y la tormenta ahogan mi voz.

En alguna parte, un hombre grita insultos y advertencias. Suena un silbato de emergencia. Una fuerte estela levanta el *Arcadia*, que se mantiene en equilibrio igual que una bailarina de puntillas.

Al bajar, la proa se hunde. Agua fría cubre el porche.

El barco vira hasta quedar atravesado en el río.

La luz de un remolcador nos atrapa.

Un madero a la deriva se dirige hacia nuestra proa, un tronco gigantesco con las raíces y la tierra aún unidas a él. Lo veo justo antes de que la luz se

mueva. Busco a tientas el bichero para apartarlo, pero no está donde debería. Lo único que puedo hacer es abrazarme a uno de los postes del porche y gritarle a Fern que aguante y ver cómo el árbol nos golpea y sus raíces envuelven al *Arcadia* como si fueran dedos, cogiéndome de un tobillo, retorciéndomelo, tirando con fuerza.

Dentro de la casa, Fern me llama a gritos.

—¡Agárrate! ¡Agárrate fuerte! —chillo.

El árbol tira y rasga, haciendo girar el *Arcadia* igual que una peonza, zarandeándolo y luego soltándolo y dejándonos a merced de la corriente. Viene una fuerte estela que inunda el camarote.

Empiezo a resbalar.

El *Arcadia* gime. Clavos que se sueltan. Maderas que se astillan.

El casco choca contra algo duro, el poste al que estoy agarrada se me escapa y, cuando quiero darme cuenta, estoy volando bajo la lluvia. Se me quedan los pulmones sin aire. Todo se vuelve negro.

Dejo de oír la madera que se astilla y las voces que gritan y el trueno a lo lejos.

El agua está fría, pero tengo calor. Hay una luz y dentro de ella veo a mi madre. Queenie me tiende la mano y yo busco la suya y, antes de que pueda cogerla, el río tira de mí cogiéndome por la cintura.

Pataleo y me resisto y subo a la superficie. Veo el *Arcadia* a la luz del faro del remolcador. Veo un esquife que viene hacia nosotros. Oigo silbidos y gritos. Tengo las piernas rígidas y la piel fría como el hielo.

El *Arcadia* está encajado en un gran montón de madera a la deriva. El Misisipi arremete contra él como la boca de un gigantesco dragón, engullendo poco a poco su popa.

—¡Fern! —Mi voz se pierde en el agua y el ruido. Nado con todas mis fuerzas, noto los remolinos y las corrientes que tiran de mí mientras voy hacia el montón de madera. El remolino intenta tirar de mí, pero me resisto, me subo a las maderas y trepo haciendo equilibrios hasta la cubierta y asciendo hasta la puerta de la casa.

La puerta cede y se desprende cuando la abro.

—¡Fern! ¡Fern! —grito—. ¡Fern, contesta!

El humo ahoga mi voz. La estufa está volcada y abierta. Hay brasas por el suelo, chisporrotean en la cubierta mojada y silban bajo mis pies.

Todo está del revés y no veo nada. Me equivoco de camino y termino en la

mesa en lugar de en la litera de Fern. La colcha hecha de sacos de harina cosidos de la cama de Briny y Queenie nada como una ballena de colores transportando una lengua de fuego. Muy cerca, el fuego sube por las cortinas.

—¡Fern!

¿Es que no está? ¿Se ha caído al río? ¿La ha sacado Briny?

Entra una ola, atrapa las brasas rojas y se las lleva con ella. Chisporrotean y gimen al morir.

—¡Riiiiill! ¡Ven! ¡Ven!

El reflector nos ilumina entrando por la ventana en un círculo lento y alargado. Veo la cara de mi hermana, con los ojos muy abiertos y aterrada debajo de la litera. Me tiende la mano y al segundo siguiente la tengo cogida y estoy intentando tirar de ella, pero el agua nos alcanza a las dos. Una silla se desliza a gran velocidad y me golpea la espalda con fuerza, tirándome al suelo. El agua me cubre la cara y los oídos. Me agarro a Fern con todas mis fuerzas.

La silla se cae. Cojo a mi hermana y cruzo como puedo y a gatas la casa hasta la puerta lateral.

Entra de nuevo la luz del reflector. Veo la fotografía de Briny y Queenie colgada en la pared con la cruz de Queenie debajo.

No debería, pero después de sujetar a Fern en el sitio con la pierna, cojo la fotografía y la cruz de mi madre y me las meto por el cuello del camisón y dentro de las bragas. Me golpean la piel y se me clavan mientras salimos y trepamos por la barandilla y cruzamos hasta el montón de maderos, abriéndonos paso entre una maraña de ramas, tablones y árboles. Ágiles como ratones. Llevamos haciendo esto toda la vida.

Pero las dos sabemos lo bastante para comprender que un montón de maderos de deriva no es lugar seguro. Incluso desde el otro extremo, noto el calor del fuego. Cojo la mano de Fern, me vuelvo a mirar el *Arcadia* y levanto un brazo para protegerme los ojos. Las llamas se rizan y se estiran hacia arriba, quemando el techo y las paredes y la cubierta, dejando el *Arcadia* en los huesos, despojándolo de su belleza. Pedazos de él flotan en el aire. Suben y suben y giran hasta volar en el cielo como un millón de estrellas nuevas.

Cuando la lluvia los enfría, caen y se posan sobre nuestra piel. Fern grita cuando uno aterriza todavía caliente. La sujeto por el cuello del camisón, me agacho y la meto en el agua. Le digo que se agarre muy fuerte a las ramas

enmarañadas. Hay demasiada corriente para que podamos nadar hasta la orilla. Le castañetean los dientes y se pone muy pálida.

La madera de deriva está empezando a arder. El fuego no tardará en alcanzarnos.

—¡Briny! —grito desesperada. Tiene que estar por aquí. Seguro que ha bajado del barco. Nos salvará.

¿Verdad?

—¡Aguanta! —grita alguien, pero no es la voz de Briny—. ¡Aguanta, no te muevas!

Explota uno de los tanques del *Arcadia*. Cenizas salen despedidas y caen por todas partes. Una aterriza en mi pie; chilló y pataleo y meto la pierna en el agua y sujeto más fuerte a Fern.

El montón de madera se mueve. Ya humea por varias partes.

—¡Ya llegamos! —grita una voz de hombre.

Un bote pequeño sale de la oscuridad, a bordo hay dos hombres encapuchados que reman con fuerza.

—¡No os soltéis! ¡No os soltéis!

La ramas crujen. Los leños gimen y silban. La pila entera se desplaza unos centímetros río abajo. Uno de los hombres del bote salvavidas advierte al otro de que se hundirán si los maderos se sueltan.

Pero aun así vienen, nos suben al bote, nos tapan con mantas y reman con brío.

—¿Había alguien más en el barco? ¿Nadie? —quieren saber.

—Mi padre —digo entre toses—. Briny. Briny Foss.

La orilla me parece un lugar maravilloso cuando nos dejan en ella y vuelven a buscar a Briny. Abrazo a Fern por debajo de la manta; la fotografía y la cruz están entre las dos. Tiritamos y temblamos y vemos arder el *Arcadia* hasta que el montón de maderos se suelta y se lleva lo que queda de él.

Fern y yo nos ponemos de pie y vamos hasta el borde del agua y miramos el reino de Arcadia desaparecer poco a poco. Al cabo de un rato ya no queda nada. Ni rastro. Es como si nunca hubiera existido.

En la luz gris del alba que llega del este miro a los hombres y las barcas. No dejan de buscar. Llaman a gritos, mueven las lámparas y reman.

Me parece ver a alguien orilla abajo. Un impermeable le aletea a la altura de las rodillas. No se mueve ni grita ni hace gestos en dirección a las luces. Se limita a mirar el río, donde la vida que conocía ha sido engullida.

¿Es Briny?

Pongo las manos en forma de bocina y lo llamo. La niebla de la mañana transporta mi voz y el eco la repite una y otra vez.

Uno de los hombres de los botes mira hacia donde estoy.

Cuando vuelvo a mirar hacia la orilla, apenas veo al hombre del impermeable. Se vuelve y se dirige hacia los árboles hasta que las sombras lo envuelven.

Tal vez nunca estuvo allí.

Me acerco unos pasos y vuelvo a gritar.

Mi voz resuena y muere.

—¡Rill! —Cuando por fin llega la respuesta, no viene de río abajo. No es la voz de Briny.

Una lancha motora se acerca al banco de la orilla y Silas salta antes de que el *Jenny* se haya detenido. Ata deprisa el cabo, corre hacia mí y me abraza. Me aferro a él y lloro.

—¡Estás bien! ¡Estás bien! —Me respira en el pelo apretándome tan fuerte que la fotografía y la cruz de Queenie se me clavan más en la carne—. Zede, Arney y yo casi nos morimos de miedo cuando vimos que el *Arcadia* no estaba.

—Briny soltó las amarras anoche. Me desperté y estábamos navegando. — Le cuento el resto entre sollozos: Briny subido al techo diciendo cosas sin sentido, la barcaza con la que casi chocamos, la pila de madera, el incendio, mi caída al agua, mi visión de Queenie, cómo salí luego a la superficie y trepé al *Arcadia* mientras el río se lo tragaba entero—. Unos hombres nos rescataron de la madera flotante antes de que se deshiciera —digo para terminar nuestra triste historia tiritando de frío—. Han ido a buscar a Briny.

No le cuento a Silas que me parece haberlo visto y que, en lugar de venir a buscarnos, se alejó.

Si no se lo cuento a nadie, no será verdad. No será así como terminó el reino de Arcadia.

Entonces Silas me obliga a apartarme un poco para mirarme.

—Pero estás bien. Las dos estáis sanas y salvas. Gracias al cielo. Zede y Arney traerán el barco de Zede en cuanto puedan. Y encontraremos a Briny. Vendréis todos con nosotros. Nos iremos a donde haga calor y haya pesca y...

Sigue hablando de cómo Zede y Briny recogerán madera de la orilla y nos construirán un barco nuevo. Un nuevo *Arcadia*. Empezaremos de nuevo y de

ahora en adelante viajaremos siempre juntos.

Mi cabeza quiere colorear esas imágenes, pero no puede. El barco de Zede es demasiado pequeño para todos y Briny no está. Zede es demasiado mayor para seguir viviendo mucho más tiempo en el río. Es demasiado mayor para criar a Fern. Fern es muy pequeña aún.

Agarrada a mi pierna, escarba debajo de la manta y me tira del camisón.

—Quiero con mi mamá —gimotea. Sus dedos casi tocan el borde de la fotografía de Queenie, pero sé que no se refiere a ella.

Miro a Silas a la cara, que le iluminan los primeros rayos del sol. Tengo el corazón tan encogido que me duele. Ojalá fuéramos mayores. Ojalá fuéramos lo bastante mayores. Quiero a Silas, lo sé.

Pero también quiero a Fern. A Fern la quise primero. Es la única familia que me queda.

Río adentro, la búsqueda de Briny baja de intensidad a medida que el sol de la mañana proyecta su resplandor en el río. En cualquier momento los hombres se darán cuenta de que no hay esperanza de encontrar más supervivientes. Volverán a por Fern y a por mí.

—Silas, tienes que sacarnos de aquí. Tienes que sacarnos ahora mismo.

Me separo de él y voy hacia la lancha mientras tiro de Fern.

—Pero... Briny... —dice Silas.

—Tenemos que irnos. Antes de que vengan los hombres. Nos llevarán otra vez al hogar infantil.

Entonces Silas comprende. Sabe que tengo razón. Nos sube a la lancha y nos marchamos sin hacer ruido hasta estar lo bastante lejos como para que nadie oiga el motor cuando Silas lo arranca. Nos quedamos cerca de la orilla, lejos de los almacenes de algodón, los muelles, la isla de Mud y Memphis en general. Cuando llegamos al remanso, le digo a Silas que no quiero subir al barco de Zede más que para despedirnos.

Tengo que llevar de nuevo a Fern río arriba y confiar en que los Sevier la acepten. No es culpa suya que nos escapáramos. No fue idea suya robar cosas. Fue mía. Lo que ha pasado no es cosa de Fern.

Si tenemos suerte, la dejarán volver..., si es que no tienen ya otra niñita del hogar infantil. Pero, incluso si la tienen, se quedarán con Fern. Quizá prometan quererla y mantenerla a salvo de la señorita Tann.

Lo que será de mí después ya no lo sé. Los Sevier no me querrán, eso seguro. No querrán a una mentirosa y una ladrona. No puedo dejar que la

señorita Tann me encuentre otra vez. Igual consigo trabajo en algún sitio cerca, pero son tiempos difíciles. No volveré al río. El viejo Zede no puede alimentar más bocas, aunque esa no es la verdadera razón por la que no puedo quedarme.

La verdadera razón es que tengo que estar cerca de mi hermana. Hemos vivido cosidas por el corazón desde que nació. No puedo respirar en un mundo en el que no la tenga cerca.

Le digo a Silas lo que quiero que haga por nosotras. Niega con la cabeza y, cuanto más hablo, más triste es su expresión.

—Cuida de Arney —le digo por fin—. No tiene adonde ir. Su familia la trataba muy mal. Encuéntrale un sitio, ¿de acuerdo? No le importa trabajar duro.

Silas mira correr el agua.

—Sí.

Quizá Silas y Arney se casen dentro de unos años, pienso.

Se me encoge otra vez el corazón.

Mi vida ya no será como siempre he querido que fuera. El camino que me trajo hasta aquí está anegado. No hay marcha atrás. Esa es la verdadera razón por la que, cuando llegamos al barco de Zede, le digo que los Sevier estarán encantados de volver a acogernos a Fern y a mí.

—Solo necesito que Silas nos lleve río arriba.

No quiero que Zede venga también. Me da miedo que no nos deje ir cuando llegue el momento.

Zede mira por la puerta abierta al interior de su casa como si estuviera intentando decidir si puede hacerse cargo de todos nosotros.

—En casa de los Sevier Fern tiene un montón de vestidos bonitos y de juguetes. Y lápices de colores. Y yo pronto empezaré el colegio. —Me tiembla la voz y trago saliva para tranquilizarme.

Cuando Zede vuelve sus ojos hacia mí, tengo la sensación de que ve en mi interior.

Fern le busca y él la coge en brazos y apoya la cabeza en la suya.

—Pequeñuela —dice emocionado y a continuación tira de mí y nos abraza a las dos con fuerza. Huele a ceniza, a pez, a aceite de carbón y al gran río. A cosas que conozco.

—Si alguna vez me necesitáis, decidlo en el río.

Asiento con la cabeza, pero cuando nos suelta ambos sabemos que este

adiós es para siempre. El río es muy grande.

Tiene el rostro teñido de tristeza. La borra antes de asentir con la cabeza. Luego levanta el mentón y pone a Fern en el *Jenny* para que podamos irnos.

—Tengo que acompañaros, no conocéis el pantano —dice Arney—. Pero cuando lleguemos no pienso quedarme. Llevaré la lancha de mi padre y la dejaré atada por allí. Dile dónde puede encontrarla. No quiero nada suyo.

Sin esperar respuesta, va a buscar la lancha. A pesar de lo mal que la ha tratado siempre su familia, ha estado preocupada por cómo se las arreglarán sin la lancha.

Cuando nos alejamos, no lloro. El motor fueraborda tiene que luchar contra la corriente, pero conseguimos llegar a la desembocadura del pantano. Cuando doblamos el recodo, los árboles empiezan a cerrarse y me vuelvo una sola vez y dejo que el río se lleve algo de mí con él.

Se lleva lo que queda de Rill Foss.

Rill Foss, la princesa del reino de Arcadia. El rey ha muerto y con él, el reino.

Rill Foss tiene que morir también.

Ahora soy May Weathers.

25

Avery

Y aquí termina mi historia. —Los ojos azules de May, brumosos y húmedos, me estudian desde el otro lado de la mesita redonda en un rincón de la residencia de mayores—. ¿Te alegras de conocerla? ¿O te pesa? Siempre me he preguntado cómo os sentiríais los jóvenes. Pensaba que nunca llegaría a saberlo.

—Creo que... las dos cosas.

Aunque he dedicado una semana a pensar en ello desde nuestra visita a la casita del río y la granja de Hootsie, me sigue costando asimilar que esta historia es la historia de mi familia.

He sopesado una y otra vez las advertencias de Elliot de que estoy jugando con fuego, de que no hay que remover el pasado. Ni siquiera las sorprendentes revelaciones que le hice después de mi visita a la casita junto al río Savannah le hicieron cambiar de opinión. «Piensa en las repercusiones, Avery. Hay personas que ya no... volverían a mirar a tu familia con los mismos ojos».

Cuando dice «personas» creo que se refiere a Bitsy.

Lo triste es que Bitsy no sería la única. Si todo esto se supiera, es imposible predecir cómo afectaría al futuro político, a la reputación, al nombre de los Stafford.

Los tiempos han cambiado, pero las viejas convenciones siguen vigentes.

Si el mundo se enterara de que los Stafford no son en realidad quienes afirman ser, las consecuencias...

No quiero ni imaginarlas.

Eso me asusta tanto que no quiero ni pensar en ello, pero lo cierto es que no soporto la idea de que mi abuela y su hermana pasen separadas lo que les queda de vida. Lo que más me importa es saber que hice lo mejor para la abuela Judy.

—En un par de ocasiones consideré la posibilidad de contárselo a mis nietos —dice May—. Pero están demasiado instalados en sus vidas. Su madre se casó con un hombre con hijos después de que muriera mi hijo. Son unos jóvenes estupendos que están criando a sus hijos rodeados de un grupo de tías, tíos y primos. Con las familias de mis hermanas pasa más o menos lo mismo. Lark se casó con un empresario que levantó un imperio de grandes almacenes. Fern se casó con un reputado médico de Atlanta. Entre las dos tuvieron ocho hijos y dos docenas de nietos y, por supuesto, también bisnietos. A todos les va bien, son felices... y están muy ocupados. ¿Qué puede ofrecerles una historia del pasado remoto que no tengan ya?

May me mira con intensidad, me ve haciendo equilibrios sobre la línea divisoria que separa su generación de la mía.

—¿Se lo vas a contar a tu familia? —pregunta.

Trago saliva, en guerra conmigo misma.

—Se lo voy a contar a mi padre. Es una decisión que le corresponde tomar a él, más que a mí. La abuela Judy es su madre. —No tengo ni idea de cómo reaccionará mi padre a la información ni lo que hará con ella—. Parte de mí piensa que Hootsie tiene razón. La verdad sigue siendo la verdad. Tiene valor en sí misma.

—Hootsie —gruñe May—. Así es como me agradece que le vendiera el terreno junto a la casa de mi abuela para que ella y Ted pudieran tener su granja. Después de todos estos años se pone a contar mis secretos.

—Creo que pensaba que te estaba haciendo un favor. Quería que comprendiera la relación entre tú y mi abuela. Estaba pensando en vosotras.

May espanta la idea como si fuera una mosca revoloteándole cerca de la cara.

—Bah. A Hootsie es que le gusta echar leña al fuego. Siempre ha sido así. ¿Sabes? Gracias a ella me quedé con los Sevier. Para cuando llegamos a la casa, Silas casi me había convencido de que me volviera al río con él. Se paró en la orilla, me cogió por los hombros y me besó. Era la primera vez que me besaba un chico. —Ríe, las mejillas se le encienden y en sus ojos hay un brillo infantil. Por un instante veo a esa niña de doce años a orillas del lago

—. «Te quiero, Rill Foss», me dijo. «Te esperaré una hora. Esperaré a que vuelvas. Puedo cuidar de ti, Rill. Ya lo verás». Sabía que estaba haciendo promesas que no podía cumplir. Solo unos meses antes era un vagabundo que viajaba de polizón en trenes tratando de sobrevivir. Si una cosa había aprendido yo de vivir con Queenie y Briny, es que el amor por sí solo no pone comida en la mesa. No mantiene a una familia a salvo.

Asiente con la cabeza a su propia conclusión, con el ceño fruncido.

—Querer y poder son dos cosas distintas. Supongo que en el fondo sabía que Silas y yo no estábamos destinados a estar juntos. Al menos no tan jóvenes. Pero cuando eché a andar por el camino con Fern, lo único que quería era volver corriendo con aquel chico de pelo oscuro y al río. Puede que lo hubiera hecho de no ser por Hootsie. Decidió por mí antes de que pudiera hacerlo yo. Mi plan era llegar hasta el final del bosque, esconderme allí y asegurarme de que los Sevier acogían de nuevo a Fern. Me daba pánico que, si me encontraban, me mandaran de vuelta al hogar infantil o a alguna clase de correccional para niñas, incluso a la cárcel. Pero Hootsie estaba buscando raíces para su madre cuando nos vio cerca del jardín y empezó a gritar. Al minuto siguiente, Zuma, Hoy y el señor y la señora Sevier corrían ladera abajo con los perros delante. No podía escapar, así que me quedé allí y me preparé para lo peor.

Hace una pausa y me deja al borde de un precipicio.

—¿Y qué pasó?

—Aprendí que no hace falta haber nacido en una familia para que te quieran.

—Así que os recibieron bien.

Asoma una sonrisa a las comisuras de su boca.

—Sí. Papá Sevier y Hoy y los otros hombres habían estado semanas buscándonos por los pantanos. Sabían que nos habíamos ido en la lancha con Arney. Para cuando volvimos, habían perdido la esperanza de encontrarnos.

—Ríe con suavidad—. Incluso Zuma y Hootsie nos abrazaron, de lo contentas que estaban de vernos.

—Y después de aquello ¿fuisteis felices con los Sevier?

—Fueron comprensivos con lo que habíamos hecho. Quiero decir, después de que les contara la verdad sobre el *Arcadia*. O al menos toda la verdad de la que fui capaz. Decidí que nunca sabrían que había otros hermanos aparte de Fern y de mí. Supongo que en mi corazón de doce años me seguía

avergonzando no haber podido proteger a Camellia, a Lark y a Gabion. Me daba miedo que los Sevier no me quisieran si sabían eso de mí. Los Sevier eran buenas personas, pacientes y cariñosas. Me enseñaron a encontrar la música.

—¿La música?

Se acerca a mí por encima de la mesa.

—Sí, tesoro, la música. Hay una cosa que aprendí de seguir los pasos de papá Sevier. La vida se parece al cine. Cada escena tiene su propia música y la música se crea para esa escena, las dos cosas están entrelazadas de maneras que no comprendemos. Da igual lo mucho que nos guste la melodía de un día pasado o imaginemos la canción de uno futuro; tenemos que bailar la música del hoy, de lo contrario perderemos el paso y haremos algo que no le corresponde a ese momento. Yo dejé atrás la música del río y encontré la de aquella casa. Encontré sitio para una nueva vida, una nueva madre que me quería, un nuevo padre que me enseñó no solo a hacer música, también a confiar. Era el mejor hombre que he conocido. De acuerdo, nunca fue como vivir en el *Arcadia*, pero fue una buena vida. Nos sentíamos queridas, valoradas y protegidas.

Un suspiro le hace levantar los hombros, luego los relaja.

—Viéndome ahora, nadie diría que llegué a comprender el secreto. Esta música de la vejez... no está hecha para bailar. Es demasiado... solitaria. Te conviertes en una carga para todo el mundo.

Pienso en mi abuela, en su casa vacía, en su cuarto de la residencia, en su incapacidad de reconocermela mayor parte de los días. Se me llenan los ojos de lágrimas. La música de la vejez es difícil de oír cuando suena por alguien a quien quieres. Me pregunto si mi abuela reconocerá a May cuando por fin se reúnan. ¿Accederá May a venir conmigo? Aún no se lo he preguntado. Trent me espera en el pasillo. Ha venido desde Edisto. Después de estudiar las distintas posibilidades, decidimos que era mejor que hablara yo sola con May primero.

—¿Volviste a ver a Silas?

La pregunta surge y al principio no entiendo por qué la he hecho. Luego me doy cuenta de que estoy pensando en Trent... y en lo que me ha contado May de su primer amor. Es extraño, pero no me lo quito de la cabeza últimamente. La sonrisa de Trent, sus chistes tontos, su cercanía, incluso su voz al teléfono despiertan algo dentro de mí. El hecho de que le importe un

bledo cuál sea mi historia familiar o las decisiones que tome al respecto me conmueve de una manera para la que no estoy preparada. No sé cómo categorizarla o encajarla en mi vida.

Solo sé que no puedo ignorarla.

La expresión de May me taladra. Es como si estuviera escarbando en mi interior y siguiendo los pasillos que conducen a mi alma.

—Me habría gustado, pero no todos los deseos se hacen realidad. Papá Sevier nos llevó a Augusta para protegernos de Georgia Tann. Nuestra familia era bastante conocida allí, así que imagino que pensó que no se atrevería a chantajearle, desde otro estado, además. Silas y el viejo Zede no habrían sabido dónde buscarnos. Nunca supe lo que fue de ellos. La última vez que vi a Silas fue entre los mechones de pelo de mi nueva madre mientras me abrazaba fuerte. Estaba en el lindero del bosque, donde yo había estado momentos antes, y luego se dio la vuelta y volvió al lago. Nunca volví a verlo.

Niega despacio con la cabeza.

—Siempre me pregunté qué habría sido de él. Quizá es mejor no saberlo. Yo crecí en una vida distinta, un mundo distinto y con un nombre distinto. De Arney sí supe, años más tarde. Llegó una carta de repente. Mi madre me la dio cuando fui a casa durante unas vacaciones de la universidad. Siempre había imaginado que tal vez Arney y Silas se casarían, pero no había sido así. Zede le encontró trabajo a Arney en una vaquería poco después de que yo me marchara. Arney estaba hecha para el trabajo duro, pero aquellas personas la trataron bien. Con el tiempo encontró trabajo en una fábrica de aviones de guerra y se casó con un militar. Cuando me escribió, vivían en el extranjero y estaba disfrutando de conocer mundo. Nunca imaginó que la vida le daría una oportunidad así.

Aunque sé que han pasado ya muchos años, la historia me hace sonreír.

—Me alegra que las cosas le fueran bien después de una infancia tan dura.

Dado que May tiene noventa años y Arney era mayor que ella, es poco probable que siga viva, pero me siento reconfortada. Después de oír la historia de May, tengo la sensación de conocer a Arney, a Silas y a todos los habitantes del río.

—Sí. —May asiente con la cabeza—. Me hizo concienciarme de la situación de todas esas mujeres jóvenes e ingenuas que terminaban en manos de los playboys de Hollywood. Conocí a muchas durante mis años allí y me

hice el propósito de ayudarlas, de proporcionarles un lugar donde dormir o un hombro en el que apoyarse. Pasaba a menudo, muchachas que terminaban en unas situaciones terribles. Siempre recordaba las palabras de Arney al final de su carta.

—¿Qué decía?

—Decía que yo la había salvado. —May se seca una pequeña lágrima cerca del ojo—. Claro que no es verdad. Nos salvamos mutuamente. Si Arney no me hubiera llevado de vuelta al río, si no hubiera ocurrido lo del *Arcadia*, yo habría seguido aferrada a Briny, a Queenie y al río. Me habría pasado la vida buscando esa música. Al llevarme de vuelta, Arney me ayudó a pasar página. Eso le dije cuando respondí a su carta.

—Supongo que se emocionaría mucho.

—Las personas no llegan a nuestras vidas por accidente.

—Desde luego.

De nuevo pienso en Trent. De nuevo siento el dilema entre mis sentimientos y las esperanzas y planes que siempre ha tenido mi familia para mí. Unos planes que siempre creí compartir.

—Arney y yo mantuvimos el contacto —continúa diciendo May y trato de concentrarme otra vez en lo que me está contando, de dejar atrás la preocupación por cómo será el resto del día—. Era una mujer muy estimulante. Cuando volvieron a Estados Unidos su marido y ella, montaron una constructora. Trabajó con él hombro con hombro, una mujer entre hombres, haciéndose valer. Estoy segura de que los hogares que construyeron son unos edificios de lo más sólidos. Nos sobrevivirán a todos.

—Claro que sí.

May se vuelve hacia mí con expresión cómplice, se acerca en un gesto íntimo, como si fuera a contarme un secreto.

—El pasado de una mujer no tiene por qué determinar su futuro. Puede elegir bailar otra música distinta. Su propia música. Para oír la melodía, solo necesita dejar de hablar. Consigo misma, quiero decir. Nos pasamos la vida intentando convencernos de cosas.

Me impacta la profundidad de lo que me está diciendo. ¿Estará notando que desde que fuimos a la casita junto al río, desde que supe la verdad sobre mi abuela, me estoy replanteando mi vida?

No quiero hacer daño a nadie, pero quiero encontrar mi propia música. May me ha ayudado a creer que es posible. Lo que me trae a la razón por la

que he venido a verla hoy.

—Me preguntaba si querrías venir conmigo esta tarde a un sitio —digo por fin.

—¿Puedo preguntar dónde?

Pero ya se está poniendo de pie, apoyando las manos en los brazos de la butaca.

—¿Querrás venir aunque no te diga adónde?

—¿Es un sitio fuera de estas aburridísimas paredes?

—Sí.

Se levanta sorprendentemente rápido.

—Entonces me da igual a dónde vayamos. Soy toda tuya. Siempre que no me lleves a un acto político, quiero decir. Odio la política.

Me río.

—No es un acto político.

—Estupendo.

Salimos juntas al pasillo. May se impulsa a una velocidad sorprendente con el andador. No me extrañaría que lo tirara y echara a correr hacia la puerta.

—Trent nos está esperando para llevarnos en su coche.

—¿El guapo de ojos azules?

—Ese mismo.

—Esto cada vez pinta mejor. —Se mira la camisa y los pantalones tipo pijama—. No voy muy bien vestida. Tal vez debería cambiarme.

—Vas muy bien.

Cuando llegamos a su habitación no me lleva la contraria. De hecho, entra solo a coger el bolso.

Trent se levanta cuando salimos al vestíbulo de entrada. Sonríe y me hace a escondidas un gesto triunfal con los pulgares cuando May le dice a la auxiliar que nos la llevamos a pasar la tarde fuera. Ella me da el andador y elige cogerse del brazo de Trent para salir. Me toca doblarlo y meterlo en el maletero mientras Trent ayuda a May a subir al coche. Por suerte tengo experiencia con estos trastos.

Por el camino, May le cuenta a Trent su historia. Toda, no solo las partes que nos contó después de nuestra primera incursión en el estudio de detrás de la casa de Trent en Edisto. Trent me mira por el espejo retrovisor varias veces, mueve la cabeza con un gesto como de triste asombro. Es difícil creer

que no hace tantos años los niños huérfanos fueran tratados como mercancía.

May está tan absorta en su relato o tan fascinada con Trent que no se fija en adónde vamos. Hasta que no estamos cerca de Augusta, no inclina la cabeza hacia la ventana y suspira.

—Me lleváis a casa. Deberíais habérmelo dicho. Me habría puesto las deportivas.

Trent mira las zapatillas planas que lleva May.

—No pasa nada. Su vecino ha cortado el césped.

—Hootsie ha tenido unos hijos encantadores. Parece mentira. Con el mal genio que gastaba. Me peleé más con ella de lo que me peleé nunca con ninguna de mis hermanas.

Trent sonríe.

—Después de conocerla un poco, me lo creo. —Ha estado hablando con Hootsie de la visita de hoy. Bart y ella han removido cielo y tierra para ayudarnos a organizarla.

May se fija en los cambios cuando pasamos delante de la casa de Hootsie por el camino de la granja y ve que el sendero del bosque hasta la casa está limpio. Aparcamos en grava nueva cerca de la puerta.

—¿Quién ha hecho todo esto? —May mira la hierba recién segada, el jardín con las plantas podadas, el porche con sillas esperando detrás de las puertas mosquiteras.

—Me preocupaba que no pudieras llegar andando hasta aquí —le digo—. Así que eso me pareció lo mejor. Espero que no te importe.

Se limita a secarse los ojos y a apretar los labios, que le tiemblan.

—He pensado que quizá te gustaría venir aquí más a menudo después de esto. Mi abuela tiene contratado un taxi con una compañía. Conocen el camino.

—No sé si... si me van a dejar. —Solo acierta a susurrar—. En la residencia. Y no quiero que llamen a mis nietos y los molesten.

—He hablado de eso con un amigo, un hombre que lleva un grupo por los derechos de los mayores. Creo que podremos ayudarte en algunas cosas. No eres prisionera de la residencia, May, solo quieren asegurarse de que no te pasa nada.

De momento le dejo que vaya asimilando esta información. Más tarde podemos hablar de las sugerencias que me ha hecho Andrew Moore, incluida la de que May podría sentirse útil colaborando de voluntaria en el comité.

Andrew es una persona increíble, llena de ideas. Creo que a May le gustará.

Ahora mismo está demasiado hipnotizada con el paisaje para hablar de otra cosa. Se acerca al parabrisas y se echa a llorar.

—Estoy en casa... Pensé que nunca volvería a verla.

—Hootsie y su nieta se han ocupado de mantenerla limpia.

—Pero... No he podido pagarles... desde... —Las lágrimas no la dejan seguir—. Desde que se me llevaron.

—Dice que no le importa. —Abro mi puerta mientras Trent rodea el coche—. Te quiere mucho, no sé si lo sabes.

—¿Eso dijo?

—Bueno, no. Pero salta a la vista.

May resopla escéptica y de nuevo veo en ella la precocidad de una habitante del río.

—Me habías preocupado. Por un momento he pensado que Hootsie había perdido la chaveta. —Me sonrío irónica y deja que Trent la ayude a bajar del coche—. Hootsie y yo siempre nos hemos ayudado la una a la otra a mantenernos lúcidas. Sería una pena estropearlo poniéndonos sentimentales ahora.

Miro entre los árboles a las ruinas de la mansión mientras me desperezo. Me resulta difícil asimilar los matices de la relación entre estas dos mujeres a lo largo de los años.

—Puedes decírselo en persona. Ha dicho que luego se acercará. Le he pedido que nos deje primero estar un rato solas.

May me mira suspicaz mientras cruza la puerta de entrada con la mano cogida del hombro de Trent.

—¿Qué estáis planeando? Esta vez os lo he contado todo. Sabéis toda la historia.

Oigo a lo lejos un coche que sube por el camino de la granja. May aún no se ha dado cuenta y quizá sea mejor así. Mi idea era llevarla a la casita e instalarla allí primero. Pero igual no nos da tiempo. Es muy propio de mi madre llegar a las citas con antelación, aunque no tiene ni idea de a dónde viene ni a qué.

—Les he pedido a mis padres que vengan.

No se me ocurre otra manera mejor de conseguir que se crean todo esto que enseñándoselo directamente. Me preocupa que, si no, piensen que me he vuelto loca.

—¿Al senador? —May pone cara de horrorizada y empieza a peinarse con la mano.

Trent intenta que May entre en la casa, pero esta se agarra al poste y se aferra a él como un colegial al que intentan llevar a poner una inyección.

—¡Por el amor de Dios! Te pregunté si necesitaba cambiarme de ropa. No puedo conocerlos vestida así.

Siento que mis buenas intenciones se dan de bruces con las barreras de la corrección. Son unas barreras que no caen para nadie. Conseguir que mis padres cooperaran con mi misterioso plan para esta tarde de domingo ha sido casi imposible. Les he dicho que es un favor para una amiga, pero a mi madre no hay quien la engañe. Cuando llegue, estará de lo más alerta, sobre todo teniendo en cuenta lo extraño de la petición y lo remoto de la localización.

Pero esto va a pasar, con independencia de que las partes implicadas lo quieran o no, y en mi fuero interno sé que lo he organizado así a propósito. Me daba miedo perder el impulso de seguir adelante, ahora que he cogido carrerilla.

—¡Venga, deprisa! —May echa a andar hacia la casa haciendo perder el equilibrio a Trent—. Tengo ropa en los armarios. Algo habrá que pueda ponerme.

Por entre los árboles veo la limusina blanca de la compañía de taxis.

—No da tiempo. Ya están aquí.

A May se le hinchán las aletas de la nariz.

—¿Sabía esto Hootsie?

—Sí y no, pero la idea ha sido mía. Por favor, confía en mí. De verdad creo que es lo mejor.

Después de hoy, May y yo estaremos más unidas o no volverá a dirigirme la palabra. Una de las dos cosas.

—Creo que me voy a desmayar —dice May apoyándose en Trent. No sé si está actuando.

Trent la rodea con un brazo, listo para sostenerla.

—¿Y si la llevo hasta la casa?

May se deja llevar, demasiado aturdida para protestar.

Yo espero en la puerta. Cuando la limusina se detiene, mamá sale por su lado sin esperar a que Oz le abra la puerta. Honeybee está furiosa.

—Avery Judith Stafford, ¿se puede saber qué pasa aquí? Estaba convencida de que o el conductor se había perdido o nos estaban

secuestrando. —Por su cara enrojecida y ligeramente brillante, se ve que lleva kilómetros enfadadísima, probablemente quejándose a mi padre o agobiando al pobre Oz, que ha sido reclutado para esta operación solo porque se conoce el camino—. Te he llamado al móvil por lo menos quince veces. ¿Por qué no lo has cogido?

—Me parece que aquí no hay cobertura.

No sé si es verdad. Llevo toda la mañana con el teléfono apagado. Si Honeybee no podía ponerse en contacto conmigo para cancelar o cambiar los planes, entonces no tendría más elección que venir. Honeybee nunca falta a un compromiso.

—Vamos, chicas.

Mi padre está de mucho mejor humor. A diferencia de mamá, le encanta salir al campo. Le han curado la hemorragia con cirugía laparoscópica, le ha subido la hemoglobina y está recuperando las fuerzas. Ahora que está casi en plenas facultades, puede hacer frente a sus detractores respecto al asunto de los hogares de mayores. Y lo que ha hecho es ignorarlo sistemáticamente. Al mismo tiempo está recabando apoyos para una propuesta de ley que impida a los dueños de estos centros escudarse en empresas fantasma para evitar demandas judiciales.

Mira interesado hacia el río.

—Ha sido un viaje muy agradable. Hacía tiempo que no veníamos a Augusta. Ojalá hubiera traído la caña y los aparejos de pesca. —Me sonrío y al instante nuestra vida juntos me pasa por la cabeza, desde las visitas cuando era niña a su despacho o las excursiones de pesca en las que no pescábamos nada hasta bailes de fin de curso, cotillones, ceremonias de graduación..., y, más recientemente, reuniones y sesiones para debatir estrategias y actos públicos—. No nos pide cosas muy a menudo, Honeybee. —Me guiña el ojo—. Esta hija no.

Quiere hacerme saber que, sea lo que sea lo que he planeado para hoy, está conmigo, pero lo único que consigue es recordarme todo lo que tengo que perder, sobre todo y entre otras cosas mi relación especial con mi padre. Soy su preferida. Siempre he sido su hija adorada.

¿Cómo le sentará enterarse de que llevo semanas hurgando a escondidas en información que mi abuela había ocultado para proteger el legado Stafford?

¿Qué pasará después, cuando le explique que este viaje me ha cambiado? Que no quiero vivir la vida que vivió mi abuela. Que quiero ser quien soy de

verdad. Eso puede significar que la dinastía política Stafford se termine con mi padre. O no. Es posible que su salud le permita seguir en el cargo un tiempo. Con salud, podrá gestionar esta controversia sobre las residencias de mayores de manera que salga algo positivo. De eso estoy segura.

Yo estaré ahí para ayudarlo en todo lo que pueda, pero lo cierto es que no me siento preparada aún para entrar en política. No tengo la experiencia suficiente. No debería ser elegida para ese cargo solo por ser quien soy. Quiero ganármelo de la manera tradicional. Quiero estudiar las cuestiones sobre las que hay que gobernar —no todas, solo unas pocas— y después decidir cuál es mi postura respecto a cada una. Y si alguna vez me llega el turno, me presentaré con mis propios méritos, no como hija de mi padre. Mientras tanto, Andrew Moore me dijo que su comité para los derechos de los mayores necesita un buen abogado. El salario es indudablemente bajo, pero esa no es la cuestión. Si quiero meter el pie en las procelosas aguas de la política, es la clase de trabajo por la que empezaría una persona corriente, y yo soy buena abogada.

¿Lo entenderá mi padre?

¿Seguirá queriéndome?

Pues claro. Pues claro que lo hará. Siempre ha sido padre ante todo. Sé que es así. Sí. Cuando informe a mis padres de mis planes, habrá decepción. Sí, habrá algún desencuentro, pero sobreviviremos. Siempre lo hacemos.

—Avery, no pienso sacar a tu abuela del coche aquí. —Honeybee inspecciona la casita, el río colina abajo, los árboles sin podar con las ramas que cuelgan sobre el tejado del porche. Se abraza y se frota los brazos con las manos.

—Honeybee. —Mi padre intenta aplacar a mi madre mientras me sonrío indulgente—. Avery no nos habría traído aquí si no tuviera una buena razón. —Se acerca, coge a Honeybee por la cintura y le hace cosquillas en un sitio que solo él conoce. Es su arma secreta.

Mi madre se esfuerza por no sonreír.

—Para. —La mirada que me dirige no es tan alegre—. Avery, por favor, ¿hacía falta todo este teatro? ¿A qué viene tanto misterio? ¿Y se puede saber por qué hemos tenido que venir en limusina, por el amor del cielo? ¿Y traer a tu abuela? Salir de Magnolia Manor la afecta mucho. Luego le cuesta mucho recuperar sus rutinas.

—Quería ver si recuerda algo —digo.

Honeybee chasquea los labios.

—Dudo que recuerde este sitio.

—Quería decir a alguien.

—Tu abuela no conoce a nadie que viva aquí, Avery. Creo que sería mejor que...

—Entra conmigo, mamá, por favor. La abuela Judy ya ha estado aquí. Tengo el presentimiento de que lo va a saber.

—¿No va a sacarme nadie de aquí? —protesta mi abuela desde el coche.

Oz nos mira pidiendo permiso. Mi padre dice que sí con la cabeza. Tiene miedo de que, si suelta a Honeybee, salga disparada.

Cojo a mi abuela del brazo y enfilamos juntas el camino de entrada. A pesar de su deterioro mental, la abuela Judy solo tiene setenta y ocho años y está bastante ágil. Eso hace que la demencia parezca todavía más injusta.

La miro mientras caminamos. A cada paso se va animando. Su vista se posa en todas partes, en las rosas trepadoras y las azaleas, en el banco junto al río, en la vieja cerca de madera, una espaldera con glicinia, una mata de jazmín de Virginia, un bebedero de pájaros hecho de bronce con esculturas de dos niñas pequeñas jugando en el agua.

—Ay —susurra—. Ay, cómo me gusta este sitio. Hace mucho que no venía, ¿verdad?

—Me parece que sí —contesto.

—Lo he echado de menos —susurra—. Lo he echado mucho de menos.

Mis padres se han detenido al llegar al porche y nos miran pestañeando a mi abuela y a mí, atónitos. Honeybee se encuentra en una situación que no puede controlar y por esa razón ya la odia, con independencia de qué se trate.

—Avery Judith, será mejor que empieces a explicar qué es todo esto.

—¡Mamá! —le digo cortante y da un paso atrás. Nunca le he hablado así a mi madre. En mis treinta años de vida—. Deja que la abuela Judy vea de qué se acuerda.

Pongo una mano en el hombro de mi abuela y la acompaño al umbral de la casita. Se para un momento mientras sus ojos se acostumbran al cambio de luz.

La miro examinar la habitación, las fotografías, el cuadro sobre la repisa de la vieja chimenea.

Tarda un momento en darse cuenta de que hay alguien.

—Pero... ¡May! —dice con naturalidad, como si se hubieran visto ayer.

—Judy. —May intenta levantarse del sofá, pero está hundido y no consigue ponerse de pie, así que extiende los brazos. Trent, que se disponía a ayudarla, se aparta.

Mi abuela cruza la habitación. La dejo hacer el viaje sola. A May se le llenan los ojos de lágrimas, levanta los brazos y abre y cierra los dedos para recibir a su hermana. La abuela Judy, que estos días no conoce a casi nadie, no muestra vacilación alguna. Como si fuera lo más normal del mundo, se inclina hacia el sofá y los brazos de May. Se funden en el tembloroso abrazo propio de dos personas mayores. May cierra los ojos y apoya la barbilla en el hombro de su hermana. Se aferran la una a la otra hasta que por fin mi abuela se deja caer exhausta en una butaca que está junto al sofá. Ella y su hermana se cogen de la mano por encima de una mesa que hay entre las dos. Se miran como si no hubiera nadie más en la habitación.

—No creía que fuera a volver a verte —reconoce May.

La sonrisa radiante de mi abuela parece ignorar todos los obstáculos que las han mantenido separadas.

—Ya sabes que siempre vengo. Los jueves. El Día de las hermanas. — Señala con un gesto la mecedora que está junto a la ventana—. ¿Dónde ha ido Fern?

May levanta las manos entrelazadas de las dos y las agita un poco.

—Fern ya no está con nosotros, tesoro. Murió mientras dormía.

—¿Fern? —Mi abuela hunde los hombros y se le llenan los ojos de lágrimas. Una lágrima se desprende y le baja pegada a la nariz—. Ay, Fern...

—Solo quedamos nosotras dos.

—Tenemos a Lark.

—Lark murió hace cinco años. De cáncer, ¿no te acuerdas?

La abuela Judy se hunde un poco más, se seca otra lágrima.

—Dios santo, se me había olvidado. Si es que ya casi no me queda memoria.

—Da igual. —May cubre las manos entrelazadas con la que le queda libre—. ¿Te acuerdas de la primera semana que pasamos en Edisto? —Señala con la cabeza el cuadro que está sobre la chimenea—. ¿No fue maravilloso? ¿Las cuatro juntas? A Fern le encantaba ese sitio.

—Sí lo fue —se muestra de acuerdo la abuela Judy. No sé si se acuerda de verdad o simplemente intenta ser educada, pero sonrío mirando el cuadro y de pronto su expresión es de lucidez—. Nos regalaste las pulseras de las

libélulas. Tres libélulas para recordar a los hermanos que nunca volvimos a ver. Camellia, Gabion y mi gemelo. La tarde que nos las diste estábamos celebrando el cumpleaños de Camellia, ¿verdad? Camellia era la libélula con el ónice. —La luz de la memoria brilla en los ojos de mi abuela. El amor de hermanas vuelve cálida su sonrisa—. Anda que no éramos guapas entonces, ¿verdad?

—Desde luego. Todas teníamos el pelo tan bonito de mamá, pero tú eras la única que había heredado también su preciosa cara. De no saber que eres tú, diría que la mujer del cuadro que está con nosotras es nuestra madre.

A mi espalda, mi madre susurra entre dientes:

—¿Se puede saber qué es todo esto?

Noto el calor que irradia su cuerpo. Está sudando y Honeybee no suda nunca.

—Tal vez deberíamos salir. —Intento reunir a mis padres y sacarlos al porche. Mi padre parece casi reacio a abandonar la habitación. Está ocupado mirando las fotografías, tratando de encontrarle un sentido a todo esto. ¿Hay una parte de él que recuerda las ausencias inexplicadas de su madre? ¿Recuerda salir en el fondo de la fotografía tomada en Edisto? ¿Ha sospechado siempre que su madre es algo más que la mujer que conoció?

Cuando me dispongo a cerrar la puerta, Trent me hace un gesto con la cabeza desde el otro lado de la habitación. Los ánimos que me transmite me hacen sentir fuerte, capaz, confiada. Es un defensor de contar la verdad sea cual sea. Tiene eso en común con Hootsie.

—Es mejor que oigáis sentados lo que os voy a contar —les digo a mis padres.

Honeybee se sienta de mala gana en el borde de una mecedora. Mi padre elige el balancín para dos y su postura me da a entender que espera oír algo serio y desagradable. Se inclina hacia delante con los pies bien plantados en el suelo, los codos apoyados en las rodillas, los dedos juntos. Sea cual sea la situación, está preparado para analizarla y controlar los daños.

—Dejadme que os lo cuente todo —les pido—. No hagáis preguntas hasta que haya terminado, ¿vale?

Sin esperar respuesta, tomo aire profundo y empiezo a hablar.

Mi padre escucha desde detrás de su habitual máscara de estoicismo. Mi madre termina por recostarse en el respaldo de la mecedora con una muñeca pegada a la frente.

Cuando termino, se hace el silencio. Nadie sabe qué decir. Es evidente que ni siquiera mi padre tenía idea de nada de esto, aunque algo en su expresión me dice que ahora se explica determinados comportamientos de su madre.

—¿Cómo... cómo sabes que todo esto es verdad? Igual... igual esta mujer... —Mi madre se calla, mira por la ventana de la casita. Está pensando en lo que ha oído ahí dentro, en las fotografías de las paredes—. Es que me parece imposible.

Mi padre respira por encima de los dedos juntos y sus cejas grises se juntan. Sabe que es posible, aunque le gustaría que no fuera así. Pero le he contado lo que descubrimos Trent y yo sobre la Asociación de Hogares Infantiles de Tennessee y me he dado cuenta de que la información no es nueva ni para él ni para mi madre. Sin duda han oído hablar del escándalo, quizá han visto alguno de los programas de televisión que recrean los hechos del infame orfanato de Tann.

—No puedo... ¿Mi madre? —murmura mi padre—. ¿Lo sabía mi padre?

—No creo que lo supiera nadie. La abuela Judy y sus hermanas eran mujeres adultas para cuando se reencontraron. May me dijo que no quisieron interferir las unas en las vidas de las otras. Teniendo en cuenta que los documentos se prepararon expresamente para evitar que las familias biológicas se encontraran, es un milagro que cuatro hermanas consiguieran reunirse.

—Dios mío. —Niega con la cabeza como si estuviera tratando de ordenar los pensamientos de forma que tengan algún sentido—. ¿Mi madre tiene un hermano gemelo?

—Nació con un hermano gemelo. Investigó durante años, pero nunca llegó a saber qué fue de él. Si murió o sobrevivió y lo adoptaron.

Mi padre apoya la barbilla en las manos. Levanta la vista hacia los árboles.

—Dios bendito que estás en los cielos.

Sé lo que está pensando. Yo llevo dando vueltas a las mismas cosas desde el día que supe la verdad. Toda la semana me he debatido entre llevarme el secreto conmigo a la tumba... y liberar la verdad, sean cuales sean las consecuencias. Al final mi conclusión es esta: mi padre se merece saber quién es. Mi abuela se merece pasar con su hermana el tiempo que le quede.

Los cinco niños del río que sufrieron a manos de la Asociación de Hogares Infantiles de Tennessee se merecen que sus verdaderas historias pervivan. De no ser por un giro del destino, la madre de mi padre habría crecido en un

barco, entre personas humildes y rodeada de la pobreza de la Gran Depresión.

Al ser de esa clase social, no habría conocido a mi abuelo y, desde luego, no se habría casado con él.

No seríamos Stafford.

Mi madre recupera un poco la compostura y le coge una de las manos a mi padre.

—Eso pasó hace mucho tiempo. No tiene sentido atormentarse ahora con ello, Wells. No tiene sentido ni siquiera contarlo.

Me mira de reojo, es una advertencia. Me resisto al impulso de acobardarme. Para mí no hay vuelta atrás.

—Papá, lo que decidas hacer ahora es elección tuya. Lo único que pido es que la abuela Judy pueda pasar tiempo, el que le quede, con su hermana... Se han pasado toda la vida escondiéndose del mundo por nosotros, para no perjudicarnos. Ahora se merecen un poco de paz.

Mi padre besa los dedos a mi madre, los coge entre sus manos y asiente con la cabeza. Sin hablar, nos está diciendo a las dos que reflexionará sobre esto y tomará una decisión.

Honeybee se inclina hacia mí.

—¿Y qué me dices de ese..., del hombre que está ahí dentro? ¿Podemos estar seguros de que no..., de que no querrá... usar esta información? Con las elecciones al Senado el año que viene, nada le gustaría más a Cal Fortner que un escándalo personal para alejar el debate de los verdaderos problemas.

Me alivia que mire automáticamente a mi padre y no a mí cuando habla de las elecciones al Senado. Tengo la sensación de que la vida está volviendo a ser como era y me alegro. Así será más fácil decirles que no habrá una boda ventajosa desde el punto de vista político en nuestro jardín cuando florezcan las azaleas. No estoy preparada para abordar aún el tema, pero ya llegará.

Estar aquí, ver a May y a mi abuela juntas me reafirma en mi decisión. Mucho.

—Por Trent no tienes que preocuparte. No haría algo así. Es un amigo. De no ser por su abuelo, las hermanas de la abuela nunca la habrían encontrado. No habría sabido la verdad sobre su pasado.

La expresión de mi madre da a entender que no está convencida de que eso no hubiera sido mejor.

La de mi padre dice otra cosa.

—Me gustaría hablar un ratito con la señora Crandall.

Honeybee abre un poco la boca. Luego la cierra, se endereza y asiente con la cabeza. Sea cual sea el camino que elija mi padre, lo recorrerá a su lado. Es lo que han hecho siempre mis padres.

—Creo que a May le gustará. Podemos dejaros solos a los cuatro para que pueda contártelo todo.

Oír lo ocurrido de boca de May, en sus propias palabras, convencerá a mi padre, creo. Es la historia de nuestra familia.

—Puedes quedarte —dice mi madre, vacilante.

—Prefiero daros un poco de tiempo.

Lo que quiero en realidad es estar a solas con Trent. Sé que se muere por preguntarme cómo se han tomado mis padres la noticia sobre la abuela Judy. No hace más que mirarme por la ventana de la casa.

Cuando nos levantamos y entramos en la casa, su alivio salta a la vista. Mi abuela está hablando de una excursión en barca por el río. Habla de ello como si hubiera pasado ayer. Al parecer, en algún momento May compró una lancha. La abuela Judy ríe al recordar a las cuatro flotando por el río Savannah porque el motor no arrancaba.

Mi padre se acerca despacio a una silla; mira a su madre como si fuera la primera vez que la ve. En cierto modo es así. La mujer que recuerda era una actriz interpretando un papel, al menos en parte. Durante todos los años transcurridos desde que sus hermanas la encontraron, en el cuerpo de Judy Stafford han vivido dos personas. Una de ellas es la mujer de un senador. La otra tiene sangre de los nómadas del río.

En esta casita, en el Día de las hermanas, las dos se funden en una.

Trent está encantado de salir conmigo.

—Vamos a subir la colina —sugiero—. Quiero sacar algunas fotos de la casa grande..., por si esto sale mal y nunca volvemos aquí.

Trent sonrío mientras cruzamos la verja y dejamos atrás el jardín de la casa.

—No creo que eso pase.

Recorremos el camino hasta los árboles. Pienso en Rill Foss convirtiéndose en May Weathers hace todos esos años.

¿Imaginaría entonces la vida que le esperaba?

La luz del sol me calienta mientras cruzamos el prado y empezamos a subir. Hace un día precioso, de esos que anuncian un cambio de estación. La sombra de la antigua mansión se proyecta en la hierba y hace que no parezca

en ruinas. Mientras saco el teléfono y hago fotografías, me tiemblan las manos. En realidad no quería venir aquí para eso. Hay una razón por la que sentía la necesidad de venir con Trent adonde no pudieran vernos —ni oírnos — desde la casa.

Pero ahora no doy con las palabras... ni con el valor. Así que saco una cantidad absurda de fotografías. Llega un momento en que se me agota la excusa.

Me trago una repentina avalancha de mariposas y trato de reunir el valor suficiente.

Trent se me adelanta.

—No llevas el anillo —dice con los ojos llenos de preguntas cuando me vuelvo hacia él.

Me miro la mano, pienso en todo lo que he aprendido desde que acepté la proposición de matrimonio de Elliot y vine a Carolina del Sur a hacer lo que se esperaba de mí. Todo eso me parece ahora una vida distinta, la música de una mujer que no soy yo.

—Elliot y yo hemos hablado. No está de acuerdo con mi decisión sobre la abuela Judy y May y probablemente no lo estará nunca. Pero es más que eso. Creo que desde hace un tiempo los dos sabemos que funcionamos mejor como amigos que como pareja. Llevamos muchos años juntos, compartimos muchos recuerdos bonitos, pero... falta algo. Lo de casarnos fue algo que decidimos más por nuestras familias que por nosotros. Quizá en el fondo siempre lo hemos sabido.

Miro a Trent estudiar nuestras sombras en la hierba, con el ceño fruncido y expresión pensativa.

Mi corazón se agita, luego se desboca. Los segundos parecen tofe, pegajosos y eternos. *¿Siente Trent lo mismo que yo? ¿Y si no es así?*

Al fin y al cabo, primero tiene que pensar en su hijo.

Y en cuanto a mí, no sé exactamente hacia dónde va mi vida. Trabajar con el comité me dará tiempo para descubrir quién quiero ser. Creo que por eso he indagado tanto en el pasado de May, por eso he traído a mi abuela aquí esta tarde.

Hoy se ha reparado una injusticia de hace muchos años, en la medida en que algo así es posible cuando ha pasado ya tanto tiempo.

Eso me produce satisfacción, pero ahora las preguntas que me hago sobre Trent me hacen olvidarme de ella. *¿Cómo encaja él en este futuro que no he*

hecho más que empezar a imaginar? Su familia y la mía son muy diferentes.

Cuando me mira, sus ojos atrapan la luz. Son del color azul intenso de las aguas profundas y, por primera vez, me doy cuenta de que quizá no somos tan distintos como parece. Compartimos un rico legado. Los dos descendemos del río.

—¿Quiere decir esto que puedo cogerte de la mano? —Mientras dice estas palabras, sonrío, levanta una ceja y espera.

—Sí. Creo que sí.

Me ofrece una palma y pongo mi mano en ella.

Sus dedos se cierran sobre los míos, en un círculo cálido, fuerte, y subimos la colina alejándonos de las ruinas de una vida que fue.

Hacia una vida que puede ser.

May Crandall

Época actual

Nuestra historia empieza una sofocante noche de agosto en una habitación blanca, estéril, en la que se toma una decisión fatídica fruto del egoísmo que causa el dolor. Pero nuestra historia no termina aquí. No ha terminado aún.

¿Cambiaría el curso de nuestras vidas si pudiera? ¿Preferiría haber pasado mi vida tocando el piano en un barco o arando la tierra como mujer de un granjero o esperando a que mi marido vuelva del río y se siente conmigo delante de la chimenea?

¿Cambiaría el hijo que tuve por otro, por más hijos, por una hija que me consolara en mi vejez? ¿Cambiaría los maridos que amé y enterré, la música, las sinfonías, las luces de Hollywood, los nietos y los bisnietos que viven lejos de mí pero tienen mis ojos?

En esto pienso sentada en el banco de madera, con la mano de Judy en la mía, las dos compartiendo otro Día de las hermanas. Aquí, en los jardines de Magnolia Manor, podemos tener un Día de las hermanas siempre que queramos. Es tan fácil como salir de mi habitación, cruzar al otro pasillo y decirle a la auxiliar: «Creo que voy a llevarme a mi amiga Judy a dar un paseo. Sí, por supuesto, yo me ocupo de traerla de vuelta a la Unidad de Trastornos de la Memoria. Ya sabe que lo hago siempre».

A veces mi hermana y yo nos reímos de nuestra triquiñuela.

—En realidad somos hermanas, no amigas —le recuerdo—. Pero eso no se lo digas. Es nuestro secreto.

—No lo diré. —Me sonrío con esa dulzura tan suya—. Pero las hermanas también son amigas. Las hermanas son amigas especiales.

Evocamos las muchas aventuras de los Días de las hermanas pasados y me pide que le cuente lo que recuerdo de Queenie y Briny y nuestra vida en el río. Le hablo de los años y estaciones que viví con Camellia y Lark y Fern y Gabion y Silas y el viejo Zede. Le hablo de remansos y de fuertes corrientes, del baile de las luciérnagas en verano y del hielo que permitía a los hombres caminar por el río. Juntas navegamos por el río que fluye. Volvemos la cara al sol y volamos una y otra vez al reino de Arcadia.

Otros días, para mi hermana no soy más que una vecina de esta vieja casa de campo. Pero el amor entre hermanas no necesita palabras. No requiere recuerdos, ni memoria ni pruebas. Es tan profundo como el latido de un corazón. Está tan presente como el pulso sanguíneo.

—¿No son adorables? —Judy señala una joven pareja que pasea de la mano por los jardines cerca del lago. Forman una estampa muy bonita.

Doy una palmadita cariñosa a Judy en la mano.

—Es tu nieta. Supongo que ha venido a visitarte. Y se ha traído a su enamorado. Es un bombón. Se lo dije la primera vez que los vi juntos, que no lo dejara escapar. Reconozco un flechazo cuando lo veo.

—Pues claro que es mi nieta. —Judy simula haberlo sabido desde el principio. Algunos días así habría sido, pero no hoy—. Y su enamorado. —Mira hacia el camino con los ojos entrecerrados—. Lo que pasa es que no me salen los nombres. Ya sabes, mi memoria.

—Avery.

—Ah, sí... Avery.

—Y Trent.

—Conocimos un Trent, ¿verdad? Era un encanto de hombre. Vendía los terrenos que estaban contiguos a nuestra casa de Edisto, me parece.

—Sí. Pues el que viene con Avery es su nieto.

—Mira tú. —Judy saluda con entusiasmo y Avery le devuelve el saludo. Luego su novio y ella desaparecen detrás del cenador. No reaparecen tan pronto como cabría esperar.

Judy se tapa la boca con una mano, riendo.

—¡Ahí va!

—Pues sí. —Recuerdo amores perdidos y amores que no llegaron a ser—. Nosotros los Foss siempre hemos sido apasionados. Y no creo que eso

cambie.

—Creo que no debería cambiar.

Judy está de acuerdo conmigo y nos damos un cariñoso abrazo de hermanas mientras nos reímos de los secretos que compartimos.

Nota de la autora

Llegado el final del libro, seguramente el lector se está preguntando: ¿cuánto hay de verdad en esta historia? Es una pregunta hasta cierto punto difícil de contestar. Quien quiera saber más de la historia real de granjas de niños, orfanatos, adopciones irregulares, Georgia Tann y el escándalo que rodeó a la Asociación de Hogares Infantiles de Tennessee en Memphis encontrará información excelente en *Pricing the Priceless Child*, de Viviana A. Zelizer (1985); *Babies For Sale: The Tennessee Children's Home Adoption Scandal*, de Linda Tollett Austin (1993); *Alone In the World: Orphans and Orphanages in America*, de Catherine Reef (2005), y *The Baby Thief: The Untold Story of Georgia Tann, the Baby Seller Who Corrupted Adoption*, de Barbara Bisantz Raymond (2007), que incluye entrevistas con varias de las víctimas de Georgia Tann. Para saber cómo saltó el escándalo, se recomienda leer el informe original presentado al gobernador Gordon Browning llamado *Report to Governor Gordon Browning on Shelby County Branch, Tennessee Children's Home Society*, disponible en bibliotecas públicas. También hay artículos de periódicos y revistas sobre el escándalo y sobre la reunión de familias años más tarde, así como episodios dedicados al caso en los programas de televisión *60 Minutes* y *Unsolved Mysteries* y el documental *Deadly Women*. Todas estas fuentes me fueron de gran valor en mi trabajo de documentación.

Los niños Foss y el *Arcadia* cobraron forma en el polvo de la imaginación y en las aguas terrosas del río Misisipi. Aunque Rill y sus hermanos existen solo en estas páginas, sus experiencias reflejan las de otros niños que fueron

arrancados de sus familias entre las décadas de 1920 y 1950.

La verdadera historia de Georgia Tann y la rama de Memphis de la Asociación de Hogares Infantiles de Tennessee es una paradoja extraña y triste. Sin duda la organización rescató a muchos niños de circunstancias deplorables y peligrosas, o simplemente acogió a niños que no eran queridos y los colocó en buenos hogares. Tampoco hay duda de que hubo muchos niños separados de sus padres sin motivo y sin trámites legales y de que sus familias biológicas, para su dolor, nunca los volvieron a ver. Los testimonios de supervivientes revelan que hubo madres que sufrieron durante décadas la ausencia de sus hijos robados al nacer y que muchos de esos niños se alojaron en centros donde sufrieron abandono, maltrato, abusos sexuales y fueron tratados como mercancías.

Madres solteras, padres indigentes, mujeres ingresadas en pabellones psiquiátricos y aquellas que recurrían a la beneficencia y a clínicas de maternidad fueron los blancos principales. Se obligaba a las madres biológicas a firmar papeles cuando estaban bajo los efectos de la sedación y se les decía que ceder temporalmente la custodia de sus hijos era necesario para asegurar que estos recibían tratamiento médico. Otras veces se les decía que sus hijos habían muerto. Niños que pasaron periodos en el hogar infantil —los que tenían edad suficiente para recordar su vida anterior— afirman haber sido secuestrados del porche de su casa, de la carretera camino a la escuela, de barcos donde vivían en el río. En esencia, si eras pobre y vivías en o pasabas cerca de Memphis, tus hijos estaban en peligro.

Los niños rubios como los Foss eran especialmente populares en la red de Georgia Tann y a menudo eran detectados por «espías» que trabajaban en hospitales y en clínicas de la beneficencia. Los residentes de la ciudad, aunque ignoraban los métodos, no eran ajenos a su trabajo. Durante años vieron anuncios de periódico con fotografías de niños de aspecto adorable con pies de foto del tipo: «Puede ser suyo», «¿Busca un regalo de Navidad de carne y hueso?» y «George quiere jugar a la pelota, pero necesita un papá». Georgia Tann era saludada como la «madre de la adopción moderna» y la misma Eleanor Roosevelt le pidió consejo sobre cuestiones relativas a la atención a la infancia. Para el gran público, no era más que una señora respetable y con buenas intenciones que dedicaba su vida a rescatar a niños necesitados. Su defensa de que estos niños fueran adoptados por familias ricas y conocidas ayudó a popularizar la idea de la adopción en general y a

ahuyentar la creencia, muy extendida, de que los huérfanos eran niños indeseables y con problemas irreversibles. Entre los padres adoptivos famosos que recurrieron a Georgia Tann hubo políticos como el gobernador de Nueva York Herbert Lehman y estrellas de Hollywood como June Allyson y su marido Dick Powell, y Joan Crawford. Antiguos empleados del orfanato de Tann en Memphis hablaban de hasta siete niños transportados al mismo tiempo durante la noche a «hogares adoptivos» en California, Nueva York y otros estados. Cuando le preguntaban por sus métodos, Tann alababa con total descaro las virtudes de separar a niños de padres de baja extracción social que no podían criarlos como es debido y colocarlos en hogares de «clase social alta».

Desde una perspectiva actual, cuesta imaginar cómo Georgia Tann y su red consiguió actuar sin ningún tipo de control durante décadas o dónde encontró empleados dispuestos a mirar hacia otro lado ante el trato inhumano que se dispensaba a los niños en los hogares de la organización o en centros de acogida sin licencia, como aquel en el que Rill y sus hermanos fueron a parar. Sin embargo, sucedió. En un determinado momento, la Oficina para la Infancia de Estados Unidos envió a un investigador a Memphis para indagar sobre el elevado índice de mortalidad infantil en la ciudad. En 1945 una epidemia de disentería causó la muerte de entre cuarenta y cincuenta niños en un centro de la red de Georgia Tann, pese a los esfuerzos de un médico que ofreció sus servicios de forma voluntaria. Tann, no obstante, insistió en que solo se había perdido a dos niños. Bajo presión, la asamblea legislativa del estado aprobó una ley que exigía la posesión de una licencia a todos los hogares de acogida de Tennessee. La nueva legislación aprobada incluía un artículo que eximía de su cumplimiento a todos los hogares de acogida contratados por la agencia de Georgia Tann.

Aunque la señora Murphy y su hogar infantil son ficticios, las vivencias de Rill se inspiran en testimonios de supervivientes. También hubo muchos que, debido a los abusos, el abandono, la enfermedad o la atención médica inadecuada, no vivieron para contar su historia. Son las víctimas silenciosas de un sistema no regulado, alimentado por la avaricia y los beneficios económicos. Se calcula que el número de niños que desaparecieron a manos de la organización de Georgia Tann puede ascender a seiscientos. Otros varios miles fueron dados en adopción previo pago y se alteraron sus nombres, fechas y partidas de nacimiento para evitar que sus familias

biológicas los encontrarán.

Cabría suponer, dado lo terrible de las cifras, que el reinado de Georgia Tann terminó con una avalancha de acusaciones públicas, investigación policial y acciones legales. Si *Antes de que llegaras* fuera solo ficción, habría escrito un final en el que la justicia se impone. Por desgracia, la realidad no fue esa. Los muchos años de Tann dedicados al negocio de la adopción no terminaron hasta 1950. En una rueda de prensa de septiembre de ese año, el gobernador Gordon Browning evitó abordar la terrible tragedia humana que había detrás y se centró en el dinero. La señorita Tann, informó, había ganado ilegalmente un millón de dólares (el equivalente aproximado a diez millones de dólares hoy) cuando trabajaba para la Asociación de Hogares Infantiles de Tennessee. A pesar de la divulgación de sus crímenes, para entonces Georgia Tann estaba a salvo de cualquier acción legal. A los pocos días de la rueda de prensa murió en su casa a consecuencia de un cáncer de útero para el que se había negado a recibir tratamiento. Un periódico local publicó un reportaje que denunciaba sus acciones junto a su necrológica, en portada. Se cerró su hogar infantil y se designó un investigador, que pronto se vio frenado por personas poderosas con secretos, reputaciones y, en algunos casos, adopciones que había que proteger.

Aunque el cierre del hogar infantil dio esperanzas a las familias biológicas, pronto se apagaron. Legisladores y agentes políticos enseguida aprobaron medidas para legalizar incluso la más dudosa de las adopciones y clasificar los expedientes. De los veintidós niños que seguían bajo la tutela de Tann cuando esta murió, solo dos —que ya habían sido rechazados por sus familias adoptivas— fueron devueltos a sus padres biológicos. Miles de familias no llegarían a saber lo que había sido de sus hijos. El sentimiento público más extendido era que, al haber sido sacados de la pobreza para ser criados en familias acomodadas, habían resultado beneficiados, con independencia de las circunstancias en que se hubiera producido su adopción.

Aunque algunos niños adoptados, hermanos separados y familias biológicas consiguieron encontrarse uniendo recuerdos, recuperando documentos de los archivos de juzgados y con la ayuda de detectives privados, las víctimas de Georgia Tann no tuvieron acceso a sus archivos hasta 1995. Para muchos padres biológicos e hijos adoptados, que habían llorado por sus seres queridos toda su vida, ya era demasiado tarde. Para otros fue el principio de una reunión familiar esperada durante mucho tiempo y la

oportunidad, por fin, de contar su historia.

Si hay una lección que se puede extraer de la historia de los Foss y de la verdad sobre el escándalo de la Asociación de Hogares Infantiles de Tennessee, es que los niños, con independencia del rincón del mundo del que provengan, no son mercancías ni objetos, ni tampoco pizarras en blanco, como a menudo describía Georgia Tann a sus tutelados. Son seres humanos con recuerdos, necesidades, deseos y sueños propios.

Agradecimientos

Los personajes de ficción se parecen un poco a las personas de carne y hueso: con independencia de sus orígenes, sus vidas las conforman la familia, los amigos, los vecinos, los colegas y los conocidos en general. Algunos de estos los animan, algunos los guían, algunos les brindan amor incondicional, algunos les enseñan, otros los impulsan a ser mejores. Esta historia, como la mayoría de las historias, debe su existencia a un conjunto de individuos únicos y generosos.

En primer lugar, estoy agradecida a mi familia por apoyarme todos estos años que he dedicado a escribir, incluso cuando ello implicaba noches sin dormir, horarios imposibles y neveras vacías. Este año quiero dar las gracias en particular a mi hijo mayor por enamorarse y añadir por fin una chica a la familia. Una boda no solo te distrae de corregir, reescribir y volver a corregir, ahora por fin tengo a alguien con quien ir a las presentaciones de libros y con quien charlar en el camino de ida y de vuelta.

Gracias a mi madre por ser mi ayudante oficial y también una excelente primera lectora. No todos tienen la suerte de contar con un ayudante que te diga cuándo necesitas ir a la peluquería o que tu último capítulo necesita un retoque. Gracias a mi encantadora suegra por ayudarme con las listas de envíos y por querer a mis chicos, que han crecido demasiado deprisa, y a Paw-Paw por asegurarse de que la próxima generación de Wingate sabe contar como es debido una historia a la hora de la cena. Gracias también a familiares y amigos de aquí y de allí por quererme y ayudarme y acogerme en sus casas cuando viajo. Sois los mejores.

Estoy agradecida a algunos amigos especiales que son como de la familia, en concreto a Ed Stevens por su ayuda con la documentación y sus constantes ánimos, y a Steve y Rosemary Fitts por ser nuestros anfitriones en la isla de Edisto. Si existe un lugar más agradable donde investigar, aún no lo conozco. Gracias también al maravilloso equipo que me ayudó con las primeras lecturas en público y las presentaciones: Duane Davis, Mary Davis, Virginia Rush, y, por último, aunque no menos importante, a mi tía Sandy, que tiene un gran talento para los argumentos y un sentido del humor igual de grande. A Kathie Bennett y Susan Zurenda de Magic Time Literary, gracias por haberme organizado tan bien viajes de promoción en el pasado, por apoyar este libro desde sus primeras fases y por el entusiasmo que habéis puesto en ayudarlo a nacer.

En el lado editorial, estoy eternamente en deuda con mi fabulosa agente, Elisabeth Weed, por animarme a escribir esta novela y a continuación trabajar como la profesional que es para asegurarse de que encontraba la editorial idónea. Gracias a la extraordinaria editora Susanna Porter por insistirme en que desarrollara más las vivencias de los niños Foss y el viaje de Avery al pasado secreto de su familia. Gracias al magnífico equipo editorial que hay detrás de este libro: Kara Welsh, Kim Hovey, Jennifer Hershey, Scott Shannon, Susan Corcoran, Melanie DeNardo, Kristin Fassler, Debbie Aroff, Lynn Andreozzi, Toby Ernst, Beth Pearson y Emily Hartley. No hay palabras que expresen lo mucho que agradezco a cada uno de vosotros el amor que habéis puesto a la hora de lanzar este libro. Estoy en deuda también con los equipos de diseño, producción, marketing, publicidad y ventas. Gracias por aportar vuestro increíble talento. Sin vuestro trabajo, las novelas se quedarían ignoradas y sin leer en un estante. Vosotros conectáis los libros con los lectores y, al hacerlo, conectáis a unas personas con otras. Si los libros pueden cambiar el mundo, los que ayudáis a los libros a nacer sois los artífices del cambio.

Por último, estoy agradecida a los muchos lectores que habéis compartido viajes anteriores conmigo y que ahora os embarcáis en este. Os valoro mucho. Valoro el tiempo que pasamos juntos a través de mis historias. Gracias por recomendar mis otros libros a amigos, por proponerlos en clubes de lectura y por tomaros tiempo de enviarme mensajes de apoyo por correo electrónico, Facebook y Twitter. Estoy en deuda con todos los que leéis mis historias y también con los libreros que las venden con tanta devoción. Tal y

como dijo Fred Rogers: «Buscad a los que ayudan. Siempre encontraréis personas dispuestas a ayudar».

Vosotros, amigos míos, sois quienes me ayudáis a mí.

Y os estoy muy agradecida.

El libro que ha arrasado por sorpresa en las listas de Estados Unidos, basado en el impactante caso de niños robados que conmocionó al país.



Aunque la vida nos lleve por diferentes caminos, el corazón siempre recuerda a donde pertenece.

Memphis, 1939

Rill Foss y sus cuatro hermanos pequeños disfrutaban de una infancia mágica en su casa-barco en el Misisipi. Hasta que una noche de tormenta sus padres tienen que correr al hospital y unos desconocidos llegan para llevárselos a la fuerza al orfanato. Aunque les aseguran que su estancia allí será solo temporal, Rill pronto se dará cuenta de la terrible verdad. Y de que tendrá que luchar con todas sus fuerzas para mantener juntos a sus hermanos en un mundo de crueldad e incertidumbre.

Aiken, Carolina del Sur, en la actualidad

Avery Stafford ha vivido una vida de riqueza y privilegio, tiene una exitosa carrera política y pronto va a casarse con su encantador prometido. Pero un encuentro fortuito suscita dolorosas preguntas que la empujan a investigar en la historia oculta de su familia... y a destapar secretos que pueden llevarla a la destrucción o la redención.

Una conmovedora novela inspirada en el escándalo real de la organización de adopciones que durante treinta años secuestró y vendió niños desfavorecidos a familias acomodadas por todo el país.

** En los primeros puestos de *USA Today*, *Amazon* y *The New York Times*.

** Mejor novela histórica del año para los lectores de Goodreads.

Han dicho...

«Uno de los mejores libros del año... Es imposible no dejarte atrapar por esta novela prácticamente perfecta. Se lleva tu corazón desde la primera página.»

The Huffington Post

«Una novela fantástica.»

Publishers Weekly

«La historia de una familia perdida y encontrada... Un relato cautivador y muy emotivo sobre el amor fraternal y el peso de los secretos.»

People

«Con seguridad este va a ser uno de los libros más apasionantes de este año... Wingate es una maestra en el arte de contar historias.»

Parade

«Una historia sincera y genuina.»

Historical Novels Review

«De cuando en cuando encuentro una novela que me enamora, y *Antes de que llegaras* de Lisa Wingate es uno de esos libros... Tomen nota: esta puede ser la mejor novela del año.»

Shreveport Times

«Una historia compleja y que invita a pensar sobre dos familias separadas por dos generaciones... Basada en un famoso escándalo real.»

Library Journal

Sobre la autora

Lisa Wingate trabajó como periodista y actualmente es conferenciante y autora de más de veinte novelas de gran éxito en Estados Unidos. Sus obras han ganado o han sido nominadas a numerosos premios, incluyendo el Pat Conroy Southern Book Prize, el Oklahoma Book Award, el Carol Award, el Christy Award y el RT Reviewers' Choice Award. Wingate vive en las Montañas Ouachita del suroeste de Arkansas.

Título original: *Before We Were Yours*
© 2017, Wingate Media, LLC
Todos los derechos reservados
© 2018, Laura Vidal, por la traducción
© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-9129-168-8
Adaptación del diseño original de Lynn Andreozzi: Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de cubierta: Alan Ayers, basado en imágenes de © Krasimira Petrova Shishkova / Trevillion
Images © Cristina Iranzo / Getty Images
Conversión ebook: Javier Barbado

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

[Antes de que llegaras](#)

[Dedicatoria](#)

[Citas](#)

[Preludio. Baltimore, Maryland](#)

[Capítulo 1. Avery Stafford](#)

[Capítulo 2. May Crandall](#)

[Capítulo 3. Avery Stafford](#)

[Capítulo 4. Rill Foss](#)

[Capítulo 5. Avery](#)

[Capítulo 6. Rill](#)

[Capítulo 7. Avery](#)

[Capítulo 8. Rill](#)

[Capítulo 9. Avery](#)

[Capítulo 10. Rill](#)

[Capítulo 11. Avery](#)

[Capítulo 12. Rill](#)

[Capítulo 13. Avery](#)

[Capítulo 14. Rill](#)

[Capítulo 15. Avery](#)

[Capítulo 16. Rill](#)

[Capítulo 17. Avery](#)

[Capítulo 18. Rill](#)

[Capítulo 19. Avery](#)

[Capítulo 20. Rill](#)

[Capítulo 21. Avery](#)

[Capítulo 22. Rill](#)

[Capítulo 23. Avery](#)

[Capítulo 24. Rill](#)

[Capítulo 25. Avery](#)

[Capítulo 26. May Crandall](#)

[Nota de la autora](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre la autora](#)

[Créditos](#)